

Sinhogarismo, política social y género:
etnografías sobre situaciones y rutas habitacionales en
Santiago Centro

zur Erlangung des Grades eines Doktors der Philosophie
am Fachbereich Geschichts- und Kulturwissenschaften
der Freien Universität Berlin

vorgelegt von Mauricio Javier Lara Martínez

Berlin 2022

Fassung: 12/12/2022

1. Gutachterin: Prof. Dr. Stephanie Schütze
2. Gutachterin: PD Dr. Martha Zapata Galindo
3. Gutachter: Prof. Dr. Dr. h.c. Stefan Rinke

Tag der Disputation: 15/2/2023

Selbstständigkeitserklärung

Hierdurch versichere ich, dass ich meine Dissertation selbstständig verfasst und keine anderen als die von mir angegeben Quellen und Hilfsmittel verwendet habe.

Danksagung

Quisiera agradecer en primer lugar a mi profesora guía, Stephanie Schütze, por haber aceptado mi propuesta cuando era una idea y haber estado siempre presente y darme su apoyo y seguridad para transformarla en una investigación. También a la doctora Martha Zapata Galindo, quien me dio la oportunidad de analizar y aprender temas que indirecta y finalmente pulieron este trabajo.

También agradecer a las redes de académicos y de profesionales que con sus discusiones y actividades permitieron poner en cuestión temas relevantes de mi investigación, principalmente a CISCAL (Ignacio, Isabel y Luis), a la Netzwerk Forschung Wohnungslosigkeit (Frank Sowa y compañía) y a Leonardo Piña de la Universidad Alberto Hurtado, por haberme invitado a investigar estos temas hace tiempo atrás. Particularmente quisiera agradecer a les integrantes de la Fundación Feman relacionada a Ukamau, por permitirme encontrar espacios donde canalizar y proyectar discusiones políticas relativas a este tema, mostrándome lo fundamental que es una ciencia social al servicio de las personas y las comunidades.

Central en este trabajo son las personas y grupos que aceptaron trabajar conmigo en el terreno y me abrieron las puertas de sus organizaciones, de sus casas y de sus vidas, me refiero a las trabajadorxs y residentes de la Residencial de la Corporación Nuestra Casa y a les integrantes del Comité de Vivienda “Por un Santiago Multicolor” y de la Junta de Vecinos “El Progreso”, principalmente a Valeria Bustos, una incansable luchadora social.

Muchas gracias a mi familia por impulsarme a seguir mi carrera aunque esto significara separarme de ellxs por miles de kilómetros, por seguir mi trabajo y por apoyarme desde tal distancia sobre todo en los momentos más duros de vivir en otro país.

Pero infinitos son mis agradecimientos a quienes día a día, a cada hora, permitieron que este trabajo se escribiera. En primer lugar a mi compañera y pareja, Mia, por entregarme tus consejos, tu motivación y tu contención, no hay duda de que viviste conmigo los momentos más complicados de este proceso y fuiste fundamental para avanzar. Y en segundo lugar a Aurelle, por tus miradas, tus sonrisas y tu ternura, que me han motivado y alegrado estos últimos meses de una manera especial e inolvidable.

Inhaltsverzeichnis

Danksagung	3
Zusammenfassung	6
Abstract.....	7
Resumen	8
Introducción.....	9
Pregunta y objetivos.....	11
Metodología.....	12
Aclaraciones conceptuales.....	15
<i>Sinhogarismo y emergencia de vivienda</i>	16
<i>Persona en Situación de Calle</i>	18
<i>Pobladores y pobladoras</i>	19
<i>Allegamiento</i>	20
<i>Rutas habitacionales</i>	22
<i>Sistemas sexo-género y dominaciones masculinas del espacio</i>	23
<i>Marginalidad social y masculinidades marginales</i>	23
Hipótesis y presentación capítulos	25
Contingencias: estallido social y pandemia.....	27
1 Primer Capítulo. Políticas de vivienda y ayuda social para poblaciones sin casa	29
1.1 Políticas públicas de vivienda social	29
1.1.1 Política urbana y de vivienda en la dictadura de Pinochet.....	30
1.1.2 Los noventa y la continuación del modelo por la Concertación.....	41
1.1.3 Los dos mil, el colapso de la periferia y la inversión financiera	48
1.1.4 Los dos mil diez: la colonización del borde y la reconstrucción postterremoto.....	52
1.1.5 El proyecto neoliberal de integración en vivienda.....	59
1.1.6 El gobierno de Boric y el Plan de Emergencia Habitacional.....	63
1.2. Políticas de Ayuda Social para poblaciones “en situación de calle”	67
1.2.1 Primer Catastro y Chile Solidario	68
1.2.2 Programa Calle.....	70
1.2.3 Ministerio Desarrollo Social, segundo catastro y Programa Noche Digna.....	71
1.2.4 Programa Vivienda con Apoyo (Housing First).....	75
1.3 Análisis final	78
2 Segundo Capítulo. Poblaciones sin hogar bajo una perspectiva de género	85
2.1 Androcentrismo en la investigación sobre población sin hogar.....	88
2.2 Construcción de masculinidades, trabajo y paternidad.....	91
2.3 Violencia masculina doméstica, separaciones y sinhogarismo.....	94

2.4	Hombres, niños y jóvenes sin hogar, bandas callejeras y dominación masculina	99
2.5	Invisibilidad de situaciones de hombres <i>gay</i> , población trans y mujeres sin hogar	107
2.6	Situaciones y experiencias de mujeres sin hogar.....	109
2.7	Mujeres sin hogar con o sin hijas/hijos.....	118
2.8	Comentarios finales	126
3	Tercer Capítulo. La Residencia Solidaria de la Corporación Nuestra Casa	129
3.1.	Primera Parte.....	130
3.1.1	Barrio Yungay	130
3.1.2	Corporación Nuestra Casa.....	131
3.1.3	Residencia solidaria: infraestructura y propiedad.....	134
3.1.4	Normativa, consejo de Residentes y organización	137
3.2.	Segunda parte:	140
3.2.1.	Perfiles, causas y rutas.....	140
3.2.2.	Trabajo y acceso a recursos	146
3.2.3.	Salud y consumos.....	148
3.2.4.	Violencias callejera y sus principales actores	151
3.2.5.	Sexualidad y paternidad	153
3.2.6.	Relaciones, amistades y conflictos	158
3.2.7.	Ayudas, voluntariado y actividades.....	163
3.3.	Comentarios finales	169
4	Cuarto Capítulo. Comité de Vivienda “Por un Santiago Multicolor”	173
4.1.	Barrio 10 de julio	175
4.2.	Junta de Vecinos “El Progreso” y Comité de Vivienda: terreno, proyecto y trabajo territorial 178	
4.3.	Caminos habitacionales y motivaciones de ingreso al Comité	187
4.4.	Dirigencias femeninas, reclamos machistas y nuevas participaciones de hombres	217
	Conclusiones	229
	Referencias bibliográficas.....	238
	Referencias páginas web	248
	Listado de Imágenes	251

Zusammenfassung

Diese Forschung beschreibt und analysiert das Problem der Wohnungslosigkeit oder des „Wohnungsnotfalls“ in Santiago de Chile und gibt einen Überblick über die strukturelle und historische Krise des Wohnungswesens und der Stadt, über die zur Bewältigung dieses Phänomens errichteten und entwickelten Institutionen und über die Wege des Ertragens, Verhandeln und Bewegens der beteiligten Personen.

Es wird ein historischer Rundgang durch die institutionelle Entwicklung des sozialen Wohnungsbaus und der Sozialhilfepolitik unternommen, der aufzeigt, wie diese im urbanen und politischen Kontext neoliberaler Transformation arme Bevölkerungsgruppen konzentriert, isoliert und an den Rand gedrängt haben. Dies wurde sowohl in Vierteln mit Sozialwohnungen als auch in Wohnheimen getan, wobei diese Räume mit materieller Prekarität, Hyperverdichtung und Verlassenheit erhalten wurden, was schließlich ihre Ausgrenzung reproduziert und vertieft hat.

In dieser Situation der Ausgrenzung wird beschrieben, wie Menschen in "Wohnungsnot", basierend auf ihrer Geschlechtsidentifikation und einer männlichen Dominanz der Räume, versuchen, sich einen Raum zum Leben zu sichern. Dazu werden zwei Gruppen aus ethnographischen Annäherungen analysiert, die als Beispiele für unterschiedliche Umgangsformen mit dieser Situation betrachtet wurden: erstens ein Wohnheim und zweitens ein Wohnungskomitee der Kommune Santiago Centro. Ergänzt wird dies durch die Problematisierung von Geschlechterdynamiken und Konflikten in denselben Organisationen, die irgendwie die Aufrechterhaltung der sozialen Ordnung und manchmal sogar die Möglichkeit der Organisation und Mobilisierung bedrohen.

Folglich wird analysiert, wie sich Gruppen und soziale Bewegungen wohnungsloser Bevölkerungsgruppen den immobileren, institutionellen und männlichen Kräften entsprechend ihrer Situation im Sex-Gender-System entgegenstellen.

Abstract

This research describes and analyzes the problem of homeless populations and in "housing emergency" in Santiago de Chile, giving an account of the structural and historical crisis of housing and the city, of the institutionality built and developed to address this phenomenon and on the ways of carrying it, negotiating and moving around of the people involved.

A historical tour of the institutional development of social housing and social assistance policy is made, giving an account of how in an urban and political context of neoliberal transformation these have concentrated, isolated and marginalized poor populations. This has been done both in social housing neighborhoods and in hostels, maintaining these spaces with material precariousness, hyperdensification and abandonment, which has finally reproduced and deepened their exclusions.

In this situation of exclusion, the ways in which people in "housing emergency" are described, based on their sex-gender identifications and male domination of spaces, seek to ensure a space to live. For this, two groups are analyzed from ethnographic approaches that were considered different ways of dealing with this situation, firstly a Solidarity Residence and secondly a Housing Committee of the Santiago Centro commune. It is complemented by a problematization of gender dynamics and conflicts in the same organizations that somehow threaten to maintain social order and sometimes the very possibility of organization and mobilization.

Consequently, it is analyzed how groups and social movements of homeless populations counteract the real estate, institutional and masculine forces according to their situations in the sex-gender system.

Resumen

Esta investigación describe y analiza el problema de las poblaciones sin casa y en “emergencia de vivienda” en Santiago de Chile, dando cuenta la crisis estructural e histórica de la vivienda y la ciudad, de la institucionalidad construida y desarrollada para atender este fenómeno y sobre las formas de llevarlo, negociar y moverse de la gente involucrada.

Se hace un recorrido histórico del desarrollo institucional de la política social de vivienda y de ayuda social dando cuenta cómo en un contexto urbano y político de transformación neoliberal estas han concentrado, aislado y marginado poblaciones pobres. Esto se ha realizado tanto en barrios de viviendas sociales como en hospederías, manteniendo estos espacios con precariedades materiales, hiperdensificaciones y abandonos, lo que finalmente ha reproducido y profundizado sus exclusiones.

En esta situación de exclusión se describen las formas como personas en “emergencia de vivienda”, en base a sus identificaciones de sexo-género y a las dominaciones masculinas de los espacios, buscan asegurarse un espacio para vivir. Para esto se analiza a partir de aproximaciones etnográficas dos grupos que fueron considerados formas diversas de afrontar esta situación, en primer lugar una Residencia Solidaria y en segundo lugar un Comité de Vivienda de la comuna de Santiago Centro. Se complementa con una problematización de las dinámicas y conflictos de género en las mismas organizaciones que de alguna manera amenazan con mantener el orden social y en ocasiones la misma posibilidad misma de organización y movilización.

En consecuencia, se analiza cómo grupos y movimientos sociales de poblaciones sin casa hacen para contrarrestar las fuerzas inmobiliarias, institucionales y masculinas de acuerdo a sus situaciones en el sistema de sexo-género.

Introducción

Esta investigación es una antropología histórica sobre el problema de las poblaciones sin casa en Santiago de Chile, sobre la institucionalidad de la política pública nacional construida y desarrollada para atender este fenómeno y sobre las formas de llevarlo, negociar y moverse de la gente involucrada. Se hace un recorrido histórico de la relación de la institucionalidad frente al movimiento social de la zona central de la capital de Chile complementada con un análisis de las políticas sociales que da cuenta la profundización de la marginalización de las poblaciones atendidas, así como la influencia y determinación de las identidades e identificaciones de sexo-género para enfrentar esta situación.

El centro de este trabajo está constituido por un trabajo etnográfico, cuyas visitas y relaciones se localizaron en dos barrios de Santiago Centro, Chile, con dos grupos de personas de alguna manera u otra sin casa. Una Residencia Solidaria en el Barrio Yungay y un Comité de Vivienda en el Barrio 10 de Julio.

El problema que me motivó al comienzo de la investigación fue la idea o suposición de que el problema de las personas sin hogar es mayormente masculino, y dentro de estos que referiría más bien a personas mayores, solitarias, “fuera del sistema”. Esto me llevó a una investigación tanto conceptual como en terreno que fue mostrando que la visibilidad de las personas, sobre todo de quienes en grupos focalizados, y de las relaciones que estas personas tejen, depende absolutamente de la conceptualización y preconcepciones que se tenga de estas, tanto de las instituciones públicas, de las organizaciones sociales de atención, de las ciencias sociales enfocadas en esto y de las personas que por diversos motivos se confrontan con el problema. También me fue mostrando un sistema que se ha desarrollado para atender e investigar las poblaciones sin hogar, lo que rompe con la idea de poblaciones que estarían “fuera del sistema”, sino que más bien están desigualmente relacionadas a instituciones comunes.

En ciertos espacios, como calles o instituciones, las poblaciones más presentes son las visibles, muchas de ellas con falta de hogar crónica, principalmente hombres. Pero también me mostró que su mayor presencia responde a cómo la política social y la institucionalidad está construida, dirigiendo mayor atención a hombres, también a la forma que estas personas construyen sus relaciones familiares y de amistades que los impulsa “más rápidamente” a las calles e instituciones, y también a la forma en que estos hombres ocupan y socializan en estos espacios, ejerciendo dominaciones espaciales que incomodan o violentan a otros grupos. La investigación me fue llevando al problema de considerar estos espacios de calle y de instituciones no sólo como espacios particularmente precarios y potencialmente incómodos,

sino que además como espacios donde operan dominaciones y violencias masculinas que alejan a otras poblaciones “menos masculinizadas” o “feminizadas”.

Esto me llevó directamente al problema de preguntarme hacia dónde estaban yéndose las mujeres sin hogar, los hombres menos masculinos, los jóvenes y niñas, las personas trans. Frente a esto, tanto la literatura como el trabajo en el terreno me fue mostrando que estas son poblaciones que principalmente buscan refugios y posibilidades bajo techo de otros, tanto por dependencias históricas como por discriminaciones del mercado laboral, del mercado de la vivienda, de los créditos hipotecarios, etc. Muchas de estas personas son entonces personas sin hogar pero que se encuentran bajo techo, ya sea permanentemente o por tiempos más cortos, tanto en viviendas, piezas privadas de pensiones, pagando arriendos muy altos o quedándose con familiares y parejas, como “allegadas” o “allegados”. Dentro de esta población la proporción femenina aumenta considerablemente, a la vez que son las mujeres, sobre todo de núcleos familiares allegados, quienes sufren más en la red ampliada de las estructuras familiares que entra en cuestión y eventual conflicto en el allegamiento. Pero al entrar en el problema del allegamiento y las situaciones bajo techo precarias no sólo se encuentra a la población en principio que no va a los servicios o a las calles, sino que se encuentra ahí una cantidad masiva de población silenciadas y otras que gritan fuerte contra las condiciones bajo techo que viven con urgente necesidad de vivienda, en “emergencia habitacional” o en el “déficit de vivienda”. Lo complejo del asunto fue entender que esta masificación del problema había sido en gran parte responsabilidad de la política de vivienda de la segunda mitad del siglo XX en Chile, lo que da a entender que tras algunas décadas el estado chileno, las empresas privadas y los distintos gobiernos desarrollaron a través de la política social de vivienda una política de segregación y precarización de la vida de millones de personas. Estos fueron los responsables de trasladar el problema habitacional desde el espacio público al espacio privado y dentro de estos generó un grupo potencial de personas que en circunstancias de sus vidas podrían llegar a los servicios o a la calle. Se analiza también cómo los espacios para poblaciones sin hogar han sido determinados por las políticas sociales, las que en el caso chileno tuvieron características neoliberales ortodoxas en cuanto a subsidiarización y privatización. Una cuestión fundamental en la transformación institucional es dar cuenta cómo la política urbana y de vivienda que han colaborado en despolitizar la demanda por derechos a la vez que ha fortalecido la idea de responsabilidades individuales, a la casa propia, criminalizando además a los movimientos que luchan por tales derechos.

Sin embargo, también se evidenció cómo dentro de estos grupos en necesidad de vivienda fundamental ha sido siempre la organización y la movilización, sobre todo quienes activamente

luchan por sus derechos a la ciudad y a la vivienda, me refiero al movimiento de pobladores y pobladoras. Este movimiento, que fuera protagonista histórico de las luchas sociales del siglo XX, está principalmente integrados por mujeres populares que viven en hogares, muchas de estas personas viviendo en “allegamiento”.

Con estas informaciones me propuse analizar las dinámicas de género en las poblaciones sin hogar que hace que haya población masculina más presente y dominante en ciertos espacios, mientras que haya una participación mayoritaria de mujeres en otros espacios/movimientos; pero también para analizar las rutas y tránsitos de las personas por diversos espacios, organizaciones y soledades, cuyos movimientos dependen de sus características sexogenéricas.

Asimismo, uno de los puntos más relevantes de este trabajo en particular es dar cuenta que los movimientos sociales no solamente deben enfrentar una institucionalidad construida para desarticularlos y segregarlos, sino que además, sobre todo la gran mayoría de mujeres de los movimientos, tienen que enfrentar discriminaciones y violencia masculina provenientes desde el mismo movimiento o los grupos en contacto. Esto me hizo querer averiguar por qué muchos hombres no simplemente no se motivan por la búsqueda y lucha por una vivienda, sino por qué ciertos hombres buscaban incluso impedirlo, consciente o inconscientemente.

Pregunta y objetivos

La primera pregunta de investigación fue la siguiente: ¿Qué rol juegan las identidades de sexo-género en las experiencias y tránsitos de habitabilidad de personas sin casa y cuál es la responsabilidad de la política pública de vivienda y de ayuda social en esto? Sin embargo, al tiempo de ir dimensionando el problema de la focalización, al machismo y la lucha feminista del movimiento de pobladores y pobladoras, quedó así: ¿Qué rol juegan las posiciones, identidades e identificaciones de sexo-género en las experiencias, en las rutas de habitabilidad de personas sin casa y en la forma como lo enfrentan o luchan contra esto?

Con esta pregunta me propuse ciertos objetivos. En primer lugar explicar la discusión del fenómeno de “sinhogarismo”, “homelessness” o “Wohnungslosigkeit”, revisando la bibliografía en Latinoamérica, Estados Unidos y Alemania. En segundo lugar describir la institucionalidad construida y desarrollada para atender este fenómeno desde el período neoliberal chileno en perspectiva histórica. En tercer lugar, dar cuenta cómo esa institucionalidad y burocracia tiene una función discriminatoria, donde las categorías y discriminaciones relativas al sexo-género son centrales y cómo la institucionalidad público-privada a través su contacto con las poblaciones involucradas reproduce y colabora en

reproducir la existencia del fenómeno y del orden social general. Pero en base a la profundización etnográfica en los grupos, se buscó como cuarto objetivo dar cuenta qué fuerzas se dan también dentro de los mismos grupos que también buscan mantener el orden social, y como los mismos grupos y movimientos sociales hacen para contrarrestar las fuerzas inmobiliarias, institucionales y masculinas.

Metodología

La metodología utilizada es etnográfica, cuyo desarrollo tuvo importantes modificaciones determinadas por cuestiones políticas como por decisiones estratégicas. Me propuse concentrarme en Chile, específicamente en la comuna de Santiago Centro, comuna donde crecí y barrios en los que había transitado en innumerables ocasiones. También son espacios donde trabajé en investigaciones sobre poblaciones “en situación de calle” y conocía los dispositivos disponibles. Siempre me había llamado mucho la atención los espacios donde se vivía situaciones de marginalidad urbana extrema que están tan cerca del “centro” histórico, político y económico, con alojamientos ilegales y miserables, arriendos abusivos y en hacinamiento sobre todo de población migrante, tráfico de drogas, prostituciones precarias, delincuencia, incendios, etc.

Para buscar analizar los problemas de las personas sin casa en Santiago centro pensé en un primer momento acercarme a otra hospedería o casas compartida del sector además de la Padre Lavín, ya que ahí había trabajado haciendo terreno anteriormente. Decidí acercarme a la Residencia Solidaria de la Corporación Nuestra y mi primera aproximación la realicé con quien averigüé era su Directora Ejecutiva. A través de redes sociales me comuniqué con ella y tras conocernos en un café al frente de la Residencia, me dejó invitado al Consejo de residentes que realizan cada lunes. Afortunadamente pude participar en este consejo en varias ocasiones, donde también me tocó contar cosas y responder preguntas en ronda. También acompañaba en ciertos momentos a las trabajadoras en la oficina, lugar donde entraba y salía constantemente gente. Ahí fui constantemente presentado a las personas que entraban y con ello había generalmente conversaciones cortas. En la participación con el grupo fui parte entonces de sus consejos, de sus actividades de fin de semana, de una visita que hicieron en un evento en el Hogar de Cristo, pude conversar con muchos en la misma casa y con otros pude hacer entrevistas en profundidad en restaurantes del centro de Santiago donde no quisieron ser grabados pero sí aceptaron que fuera tomando notas, les comenté lo incómodo pero importante que era, que me perdonaran al hacerlo con el celular. En varias ocasiones también se me acercaban y

me preguntaban quién era y qué hacía en la Residencia. También yo fui parte del grupo de Residentes para otras personas, principalmente visitas, como el caso de la iglesia evangélica, quienes me ofrecieron comida y me “mandaron a sentar a la mesa”. Fue interesante hablar con las visitas que recibían, tanto las estudiantes en práctica, como con un grupo de Scouts, gente de la iglesia evangélica, que eran principalmente mujeres, y con otras personas del barrio que podían entrar a usar los baños y las mesas, principalmente hombres. La comunicación con la Directora de la Residencia fue muy buena desde un principio, abriéndome las puertas y su conocimiento para entender los procesos que se viven desde ahí.

En el otro barrio, un poco más alejado pero dentro de la comuna de Santiago Centro, me puse el contacto a través de redes sociales con la presidenta del Comité “Por un Santiago Multicolor”, quien también aceptó y me invitó a reunirnos en una olla común que se organizaba tras el estallido social. Ese día me presentó brevemente en un grupo de mujeres vecinas que estaban ahí, especialmente comentándole a una vecina que yo venía de Alemania, ella también había vivido en este país y será una de las entrevistadas posteriormente. Más adelante fue principalmente la Presidenta del Comité la que me fue dando contactos de personas bajo la idea de lograr ver la diversidad del grupo. Con sus integrantes tuve conversaciones en diversos lugares, en sus trabajos, en mi casa, en sus casas; también me invitaron a participar en movilizaciones o actividades barriales.

Me planteé entonces realizar dos etnografías en dos espacios, uno con la Residencia Solidaria del barrio Yungay y otra con el Comité de Vivienda, siendo ambas organizaciones, una residencia y un comité, como dos formas de “sobrellevar” o “luchar” contra la situación de estar sin hogar o en urgente necesidad de uno, que además tenía un componente de sexo-género evidente. Me llamaba la atención que en la residencia había una exclusividad de hombres, relacionado con que entre las “personas en situación de calle” siempre ha sido registrado una mayoría de hombres cercana al 85% y, por otro lado, un movimiento de pobladoras y pobladores muestra una mayoría de mujeres tan superior como el anterior porcentaje. Pero también un espacio se presentaba como cerrado (residencia) y el otro abierto, y así también fueron las conversaciones y posibilidades. En el espacio cerrado, las conversaciones y entrevistas fueron en gran parte en la residencia misma o en sus alrededores en dos ocasiones, a su vez fueron ocasiones donde las personas que conversaron conmigo decidieron no grabar. Por otro lado, las personas del comité, las reuniones fueron en la calle, en lugares de trabajo, en mi casa, en sus casas. Ambos grupos también representaban la dicotomía entre desinterés masculino en la Residencia y por otro lado el activismo político femenino. Pese a que estas

dicotomías fueron muy superficiales, lograron despertar mi interés para poder llevar a cabo la investigación en terreno.

En el terreno, a través de aproximaciones etnográficas, en ambos lugares se realizaron observaciones participantes y también entrevistas, tanto estructuradas largas como también informales y cortas. En ambas organizaciones al estar el ingreso permitido desde sus direcciones me ayudó para tener visitas sin complicaciones, lo que me ha permitido mantenerme actualizado con las noticias y situaciones que viven. El contacto con la primera organización me abrió la posibilidad de conectarme mejor con personas que trabajan e investigan con personas en situación de calle en Chile, así como con redes latinoamericanas que estas personas han desarrollado, mientras que la relación con el comité de vivienda me motivó a acercarme al movimiento de pobladores y poder participar en una institución parte del movimiento de pobladores.

Me parece por ello fundamental destacar a las etnografías como herramientas para ver y entender luchas urbanas y los movimientos urbanos (Juris, Jeffrey S. y Khasnabish, Alex, en Della Porta, Donatella y Diani, Mario [Ed.], 2015: 578). Como reconocen Juris y Khasnabish, la etnografía con una observación participantes junto a grupos en lucha, es un buen camino para captar las emociones, las experiencias vividas y la cotidianidad de la lucha de los activistas (Ibid.: 578). Los acercamientos etnográficos, dicen, están bien posicionados para explorar las creaciones de significados de los movimientos y de las relaciones entre los diversos actores sociales con toman contacto (Ibid.: 579). La etnografía más que un grupo de métodos de investigación, es también una forma de análisis y escritura que nos permita capturar “the subjective mood, tone, and feeling of social movement events, activities, and encounters (Ibid.: 579). Inspiradas en los métodos de las luchas feministas, la militancia etnográfica no es solamente importante para ganar acceso a grupos activistas y sus redes, sino que también proveen una comprensión crítica de las tensiones y problemas centrales para estas personas que nos puede ayudar a capturar las lógicas subyacentes de las prácticas sociales y las luchas micropolíticas que dan forma a sus redes (Ibid.: 580-584). Esta permite acceder a informaciones que son menos accesibles con otras formas de investigación más tradicionales, a las experiencias cotidianas de las realidades vividas por los y las activistas (Ibid.: 588). Fu y Simmons (2021) complementaban que para entender porque los protestantes se quedan en casa o van a protestar, eligen ciertos objetivos y no otros, es importante entender cómo eso les hace sentido en sus mundos. Por esto es importante, dicen las autoras, incorporar los elementos de la confusión, las contradicciones y la ambigüedad en los análisis, para lo cual la etnografía está muy bien situada (Fu, Diana y Simmons, Erica S., 2021: 12).

Plows plantea que la etnografía, principalmente como observación participante, provee historias ricas en información para analizar las prácticas sociales, como un método que permite entender lo que está pasando “río arriba” o en sus bases, muchas condiciones sociales veces escondidas, latentes, y en la medida que los movimientos sociales y actividades sociales en red son fluidas, rápidas, la etnografía puede capturar transformaciones que se pierden por un nivel macro de análisis (Plows, 2008, 1523-1529). Para la autora la etnografía tiene particular relevancia para el estudio de movimientos sociales y movilización social, posible de capturar la condiciones fluidas y cambiantes y también rastrear patrones de movilización e identificar cuestiones clave como la forma en que los actores sociales se perciben en su compromiso, donde la actividad de protesta suele ser “la punta de un iceberg” (Ibid.: 1524). También comentan lo adecuada que es la etnografía para analizar las contiendas en los contextos urbanos, donde muchas acciones y respuestas del estado no se ven (ej. represiones, violencias encubiertas, conexiones clandestinas), “la zona gris de la política” (Fu y Simmons, op. Cit.: 5). Como comentan Joseph, Mahler y Auyero: “ethnography is also particularly useful to capture changing and/or persistent beliefs and their relationship to specific practices and the nitty-gritty details and effects of different forms of political action, networks, and tactics” (Joseph, Mahler y Auyero, 2007: 3).

Pero, la confianza y el acceso son cuestiones clave, especialmente donde a menudo se producen vigilancias y conflictos, particularmente dado en el caso de los movimientos sociales, y que por eso también desconfían de los investigadores (Plows, op. Cit.). Recojo finalmente la necesidad de una etnografía como relación política y humana pero también cuidadosa en temáticas de conflicto.

Estas experiencias etnográficas fueron complementadas con literatura multidisciplinar, principalmente basado en la historia social, los estudios urbanos, los estudios de género y los estudios sobre marginalidad. Se agregaron informes, evaluaciones del estado y de privados a las gestiones públicas, programas de política pública y leyes/decretos relativos a la política de vivienda y ayuda social. Por último, fueron agregadas fuentes periodísticas y artículos de periodismo de investigación.

Aclaraciones conceptuales

En este apartado explicaré ciertos conceptos que son centrales en esta investigación. Como se explica más adelante, es la forma como son conceptualizadas distintas poblaciones sin casa la que permite o no ver a ciertos grupos.

Sinhogarismo y emergencia de vivienda

Lo primero es definir brevemente qué se entiende por sinhogarismo, homelessness o Wohnungslosigkeit, los que podríamos tratar como sinónimos en español, inglés y alemán. La definición oficial proveniente de la FEANTSA, organización europea para la lucha contra el sinhogarismo, considera como personas “homeless” a: 1) las personas que viven en la calle, lugares públicos, sin alojamiento; 2) las personas en refugios que no tienen domicilio fijo y se quedan en servicios de baja categoría; 3) Las personas que viven en las instalaciones donde la duración de la estancia es limitado, tales como residencias de transición, refugios y albergues; 4) las mujeres y los niños que han abandonado sus hogares debido a la violencia doméstica y son a corto y medio plazo, alojadas en un servicio de protección, tales como los refugios para mujeres no tienen hogar; 5) personas sin hogar también son inmigrantes y solicitantes de asilo que viven en centros de acogida, campamentos, casas o albergues hasta que su estado de inmigración se clarifique; 6) las personas que se liberan de las instituciones, tales como cárceles, hospitales, hogares de ancianos y centros juveniles; 7) la gente de alojamiento temporal con amigos, conocidos o familiares sin encontrar una residencia primaria tengan o sin título legal (es decir, un contrato de arrendamiento contractual), y que dependen de la buena voluntad de los demás, y las que viven en condiciones precarias de vivienda; 8) y por último, las personas que están en riesgo inminente de desalojo. Dentro de esta definición, se definen cuatro categorías: las personas sin techo, sin casa, con acomodación insegura y con acomodación inadecuada. Serían las dos primeras categorías (sin techo y sin casa) las que serían las formas más visibles (Wolf, Anderson, van den Dries, Filipovic en Mayock y Bretherton [ed.], 2016); Hansen Löffstrand y Quilgars, en Ibid., 2016) y el concepto de sin techo es lo que podríamos asimilar a los conceptos de “obdachlos” alemán y el concepto “persona en situación de calle” chileno, donde ambos refieren a personas durmiendo ya sea en calles o en instituciones específicas para personas sin hogar.

Es así como la definición de sinhogarismo en los últimos años en Latinoamérica, Europa y Estados Unidos ha sido planteada como una situación urbana, rejuvenecida, heredable y masculinizada (Rial, 2007; Bermudez, 2009). Catalogada como una exclusión social máxima (Cabrera y Rubio, 2008; Salavera, 2009), la mayor manifestación de pobreza e injusticia en el mundo desarrollado (Bretherton y Mayock, en Mayock y Bretherton, 2016) y como un caso extremo de marginalidad económica y social que significa pérdida de privacidad, autonomía, identidad, y un quiebre-pérdida de conexiones y seguridades y sentidos de pertenencia (Mayock y Bretherton, en Ibid.: 2016).

Pero se pueden encontrar cinco puntos problemáticos en definición del sinhogarismo que son necesarios aclarar. En primer lugar existe poca claridad en la línea que separa al sinhogarismo de las persona domiciliadas en viviendas “indigna“ y son los países mismos los que definen esto, por lo que se complica la comparación (Pleace, en Mayock y Bretherton, 2016). En segundo lugar, hay dificultades en entender las complejidades de los significados sociales, culturales y políticos del concepto de “hogar”, relacionado no sólo a aspectos físicos o legales, sino que también a aspectos relacionales y afectivos, incluyendo los conceptos de violencia, control, seguridad, sentidos de pertenencia, etc. (Mayock, Bretherton y Baptista, en Ibid.). En tercer lugar, la preponderancia o focalización en la idea de persona sin hogar crónica en las categorías de los servicios de ayuda o asistencia social privada, en detrimento de la población mayoritaria de personas que experimentan esta situación de forma esporádica, transitoria o circunstancial, siendo las personas con situación crónica o más recurrente los que usan más los servicios y los que dominan también aquellos espacios. En cuarto lugar y relacionado con lo anterior, existe una perspectiva androcéntrica de parte de los investigadores, los que no son capaces de ver situaciones de mujeres o minorías sexuales, lo que complementado a ideologías patriarcales y dominaciones masculinas presentes en políticas sociales y atenciones directas, se acoplan a violencias y discriminaciones cotidianas que terminan generando que grupos numerosos no se relacionen, ni dirijan y esquiven el contacto con los servicios e instituciones de atención. Y en quinto lugar, existe un anglocentrismo en la investigación relacionada al sinhogarismo que es necesario considerar, de programas de atención e incluso de las políticas sociales (Housing First) que se masifican a través de congresos, publicaciones, conferencias, etc., así como también de la literatura que durante todo el siglo XX, pero principalmente después de los 80, se produjo masivamente sobre todo en Estados Unidos.

Pero estos conceptos por largo tiempo han dejado fuera a grupos que pese a vivir en situaciones en extremo precarias y en una urgente necesidad de vivienda, no estaban siendo consideradas. Por ejemplo la población migrante sin permiso de estadía en Alemania no son contabilizados dentro del concepto de “wohnungslos”, y solo por cuestiones de registro y no de situación estaban quedando fuera. Como comentaba Susanne Gerull: “Seit 1987 existiert der Begriff „Wohnungsnotfall“, der die Gruppe der akut wohnungslosen Menschen ergänzt um diejenigen, die unmittelbar von Wohnungslosigkeit bedroht sind oder aus sonstigen Gründen in unzumutbaren Wohnverhältnissen leben“ (Gerull, 2009: 37). Por lo tanto, complementando lo que plantearon Enders-Drägässer y Sellach, la funcionalidad del concepto de “*Wohnungsnotfall*” habría ayudado a una confusión dada anteriormente en el límite, margen o

diferencia entre lo que se considera “Obdachlosigkeit” y “Wohnungslosigkeit” (Enders-Drägässer y Sellach en Reuschke, 2010). Este concepto referiría a los que están experimentando el sinhogarismo, los que están en cierta manera amenazados por este y los que viven en situaciones y condiciones en extremo precarias. Pero aunque la conceptualización de *Wohnungsnotfall* esté incluida en la ley, muchas personas en esto siguen siendo invisibles a la ayuda social y a las investigaciones.

Según las Naciones Unidas, la población sin hogar global rondaría entre cien millones y mil millones de personas dependiendo cómo se defina “persona sin hogar” (Madden y Marcuse, 2016: 28).

Persona en Situación de Calle

Por otro lado, en Chile, por una intención de no definir a las personas de acuerdo a sus carencias (“sin casa”, “sin hogar”), desde las instituciones de atención, que fueron protagonistas en demandarle al estado la inclusión de las personas en el sistema de protección social, buscaron un concepto que retratara su forma de vida pero de forma positiva. Fue así como desde las organizaciones civiles nace el concepto de “Persona en situación de calle”, en gran parte incorporado desde el concepto de “morador de rúa” brasileño.

Si bien las definiciones han cambiado levemente con los años, considero acá la definición planteada en el segundo y último Catastro de Personas en Situación de calle del 2012. Este documento las definió como las

“personas que pernoctan en lugares públicos o privados, sin contar con una infraestructura que pueda ser caracterizada como vivienda, aunque esta sea precaria. Esto excluye a las familias y personas que viven en campamentos. Personas que por carecer de un alojamiento fijo, regular y adecuado para pasar la noche, encuentran residencia nocturna —pagando o no por este servicio— en lugares dirigidos por entidades públicas, privadas o particulares, que brindan albergue temporal. Pertenecen a este grupo quienes alojan en residencias y hospederías, solidarias o comerciales” (MDS, 2012: 20).

Es decir, este concepto considera básicamente a personas viviendo en calles o instituciones. Con esta definición, en el catastro se registraron aproximadamente 12 mil personas, con un promedio de 5,8 años en esta situación, con casi una mitad viviendo en Santiago y aproximadamente un 85% de hombres, con más de un 40% con problemas de alcohol y un 20% con problemas de drogas.

Pobladores y pobladoras

Como se planteó anteriormente, el concepto de “persona en situación de calle” excluye explícitamente al grupo de pobladores y pobladoras. Como decía Mario Garcés, este grupo, “los más pobres de la ciudad, es decir los pobladores, se constituyeron en los años sesenta en un movimiento social de alta significación en la sociedad, especialmente por sus demandas y luchas por la vivienda” (Garcés, 2015: 34). Emergiendo a finales de la década del cincuenta, la organización y la movilización fueron sus principales instrumentos para buscar sus demandas y son ambas cosas lo que ha generado el soporte y su recurso más fundamental en su historia, lo que les permitió desarrollar una particular vida colectiva y comunitaria a las poblaciones que se fueron constituyendo en Santiago. Este colectivo constituye uno de los principales movimientos sociales de la historia chilena, “cuya acción emergía con más fuerza que la de ningún otro”, comentaba Iglesias Vázquez (2011). Particularmente la organización es entonces tanto un “instrumento de lucha” como también un “espacio para la construcción de poder comunitario” (Ibid.: 40-41). Para el marxismo, el movimiento poblacional habría representado un espacio específico en la lucha de clases, relacionado con la crisis de la vivienda y el equipamiento colectivo, con unidades ecológicas de bajo nivel de servicios y periféricos, como expresión de los sectores marginales y como formas y procesos de gobierno y organización locales (Castells, 1987, 10). Para Castells se daba en los pobladores la fusión de tres elementos: una reivindicación en torno a la vivienda y el consumo colectivo, la pertenencia a una fracción del proletariado en crisis o en escaso ingreso y la intervención de líneas políticas de partidos de izquierda y centro (Ibid.: 27). Castells profundizaba que “el movimiento de pobladores expresa a la vez las reivindicaciones de los "sin casa" y de aquellas fracciones de clase que no tienen otro cauce de expresión al nivel de los frentes de masa. *Lo cual no implica que represente al subproletariado, como a veces se dice*, puesto que representa de esta forma, además, a las otras capas y fracciones indicadas: he ahí la base objetiva de su diversidad política interna” (Ibid.: 29). Su organización se dio así a través de Comités de Sin Casas, herramientas con las que pobladores se ubicaron además en toda la ciudad “sin respetar la planificación estatal (planos reguladores) ni el cálculo empresarial (valor de renta de la tierra) generando un descontrol en el orden desigual y segregado de la capital, es decir, el germen de una revolución urbana que alteró las relaciones de clase en la principal ciudad del país” (Cofré, 2011: 139).

También para Angelcos y Perez la categoría de poblador en el movimiento por la vivienda refiere a un sujeto que si bien tiene una necesidad material, tiene también la de una movilización personal y colectiva por mejorar esa situación (Angelcos y Perez, 2017: 100). Sin embargo,

como se explicará más adelante, si bien el movimiento de pobladores fueron actores claves en las luchas por la vivienda y contra la dictadura, desde los años noventa fueron excluidos de cierto debate público, especialmente el académico (Del Romero, 2018: 48). Con ciertas apariciones, fueron los movimientos de pobladores “Andha Chile a Luchar Democrático”, “Movimiento del Pueblo Sin Techo” y “Movimiento de Pobladores en Lucha” los que consiguieron crear un partido de ámbito nacional para concurrir a las elecciones presidenciales y presentar, por primera vez en la historia del país, a una pobladora como candidata a la presidencia (Del Romero, 2018: 55). En su acción, el movimiento de pobladores requiere una gran confrontación para ser escuchado, sobre todo si se compara con otras realidades geográficas latinoamericanas o europeas, donde según datos de Del Romero, en un 58% de los conflictos estudiados por él, la presión del movimiento se ejerció principalmente mediante acciones “ilegales”, especialmente ocupaciones de terrenos y corte de avenidas y calles; en pocos casos hubo enfrentamientos violentos con la policía, pero el espacio fundamental es la calle (Del Romero, 2018: 57-58). Particularmente lo que tenía mayor impacto eran las tomas de sitios.

Mario Garcés reconoce que los pobladores son un movimiento social con “altos niveles de logros” ya que siendo los más pobres de la ciudad lograron modificar sus modos de pertenencia, dejando atrás un pasado precario, periférico y “en el límite de la sobrevivencia”. Esto fue posible, sin embargo, por “la porosidad del estado” en procesar las demandas y de parte de los mismos pobladores para producir cambios también desde sus mismos territorios (Garcés, 2011: 39).

Fundamental en esta definición es la proporción mayoritaria de mujeres. Genaro Marileo Millán (2019) ve que en el movimiento UKAMAU un 91% de las personas participantes eran mujeres, siendo proporciones que también pude observar en el comité con el cual trabajé. Además, una importante cantidad de estas mujeres, poblaciones movilizadas y que conforman el movimiento de pobladoras y pobladores viven en situación de allegamiento, es decir, en casa de alguna persona, lo que en el caso de UKAMAU llega a ser 8 de cada 10 mujeres las que viven en esa situación.

Allegamiento

En Chile se usa el concepto allegado para describir a las personas que son “transitoriamente” acogidos por parientes o conocidos, “relaciones familiares entre familias” (Araos, Consuelo, 2016: 198; Araos, 2015: 102) o como “la convivencia de dos o más grupos familiares

distinguibles al interior de una misma vivienda y/o sitio, donde la relación entre al menos dos de estos grupos es complementaria (Marileo Millán, op. Cit.: 7). Según datos de Araos, de acuerdo con la Encuesta CASEN (de Caracterización Socioeconómica Nacional), el allegamiento nunca bajo del 30% a nivel de hogares y alrededor de un 50% en los deciles más pobres y encuentran una correlación con el hacinamiento al depender de las situaciones socioeconómicas (Araos, 2015: 100). En los comités del movimiento UKAMAU investigado por Marileo Millán, un 76% de las integrantes son allegadas y dentro de estas un 70% son allegadas en casa, un 15% son allegadas en mediaguas y un 15% son allegadas en departamentos (op. Cit.: 8).

El allegamiento parece ser parte de estrategias de sobrevivencia tanto para familias allegadas como también las receptoras (Araos, 2016 op. Cit.: 208). Además, como explicara años atrás Necochea Vergara, la solución del allegamiento coincidiría con otras dimensiones de la economía informal en la medida que el grupo familiar vive condiciones precarias en todas las dimensiones de sus necesidades básicas (educación, trabajo, salud, vivienda) (Necochea Vergara, 1987: 98). En su sentido de urgencia, el allegamiento parece ser “la fracción más importante de la demanda potencial de vivienda” (Arriagada, Icaza y Rodríguez, 1999: 2)

Ahora, dentro de la complejidad y variabilidad de situaciones, hay diversas conceptualizaciones del allegamiento. Se consideraba el allegamiento interno cuando el hogar está compuesto por un núcleo familiar principal, y otro secundario o allegado; el allegamiento externo cuando existen dos o más hogares en un domicilio y para efectos de consumo o comidas, el hogar allegado es independiente del hogar que lo acoge; el allegamiento a vivienda cuando la familia principal comparte su vivienda con un hogar o núcleo allegado; y el allegamiento a sitio cuando la familia principal comparte el sitio con segundas viviendas (Ibid.: 2). Y la heterogeneidad de situaciones las resumen en cuatro casos: el receptor y allegado no pobres (26,4% de su muestra) donde cada uno puede subsistir con sus ingresos, hogares pobres acogidos por hogares pobres (25%) donde normalmente se necesitan de políticas públicas, hogar no pobre que recibe a familia pobre (17%) y las familias allegadas no pobres en hogares pobres (30%). Se da generalmente también una concentración de población envejecida en el núcleo principal y una alta proporción de niñas y niños en los hogares allegados (45,8 de su muestra). (Ibid.: 5). Los autores concluyen que el allegamiento no es sólo un problema de vivienda sino también de pobreza, es una estrategia de sobrevivencia tanto en allegados como en receptores, hay dependencia entre ambos, no siempre una nueva vivienda es una respuesta adecuada, y no todas las personas allegadas demandan viviendas nuevas.

Lo importante es ver el allegamiento como una situación que golpea a una amplia proporción de la población, gran parte de esta receptora de viviendas “sociales”, y en esta población particularmente a las mujeres de acuerdo a las posiciones en las estructuras familiares, más duro aún para mujeres integrantes de núcleos pobres allegados. Esto permite ver el allegamiento como una situación por superar y en esto es fundamental la evidencia recabada por Marileo Millán, donde expone que para las integrantes del movimiento Ukamau, “superar la condición de allegamiento es el inicio de la conformación de proyectos de vida” (Marileo Millán, op. Cit.: 8).

Rutas habitacionales

Es también común que el allegamiento forme parte de rutas de las personas. Hace unas décadas se ocupan los conceptos de trayectorias y caminos para explicar de mejor forma los movimientos de personas en contextos urbanos, donde estos distaban mucho de ser progresivos y simples. Como dice Francisca Márquez, más que analizar lo sociológico y estadístico en grupos ilusoriamente compactos (por ejemplo “los desocupados”), es necesario más bien trabajar con las historias individuales con su variabilidad de situaciones y trayectorias de pobreza (Márquez, 2004: 4).

Pero Mallet, Rosenthal, Keys y Averill comentan que el concepto en los acercamiento al fenómeno de la homelessness, el concepto de “pathways” o “rutas” contrastaba a las de “trayectorias” o “carreras”, en la medida que es más amplio en su foco, sobre todo considerando que las causas estructurales suelen no considerarse. El concepto de “pathways” ayudaría a incluir, aunque no está restringido a, el análisis de las carreras habitacionales y sin hogar de las personas hacia el sinhogarismo, sus experiencias sin hogar y sus salidas hacia acomodamiento estable. La metáfora de “pathways” sugeriría para los autores tanto estructuras (“a well-trodden track”), como también las elecciones (“a negotiated journey”), y particularmente en lo relacionado con personas sin hogar, que esta denotaría que las personas “take common routes into, through and out of homelessness (Anderson and Tulloch, 2000), while also allowing for divergence and convergence, forks in the track, made sometimes by external interventions, at others by choice or chance” (Mallett, Rosenthal, Keys y Averill, 2010: 29). “Pathways” sugiere también el movimiento a través del tiempo, de espacios, recordando lo transitorio y cambiante de las situaciones. Se puede así capturar algo del dinamismo de las relaciones entre elecciones individuales y circunstancias sociales y las restricciones, viendo cómo las “siempre cambiantes” rutas del sinhogarismo es experimentado, permitiendo ver razones y experiencias de la

situación. (Ibid.: 30). Ahora, la influencia del género en los “pathways” es fundamental y ha sido utilizado para trabajar con mujeres (Savage, 2016), con poblaciones trans (Davidson, 2014), con hombres (Diebäcker, 2015), aunque también se ha utilizado en otros tipos de análisis en relación a las clases medias (Stillerman, 2017).

En general se ha podido evidenciar cómo las rutas son mucho más complejas en el caso de mujeres y este trabajo intenta mostrarlo, principalmente en el capítulo 4.

Sistemas sexo-género y dominaciones masculinas del espacio

Consideramos acá la conceptualización realizada en 1986 por Gayle Rubin sobre los “sistemas sexo/género”, diciendo “como definición preliminar, un ‘sistema sexo/género’ es el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en producto de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (Rubin, 1986: 97). Teresa de Lauretis, también en relación a esto, comentaba que el género es la representación de cada individuo en términos de una relación social particular que pre-existe y es planteada en la oposición estructural de dos sexos biológicos, y es a esta estructura lo que se ha designado como sistema sexo-género (de Lauretis, 1987).

Dentro de este sistema consideramos, sin embargo, la situación de dominación general masculina, con los hombres como poseedores “del monopolio de los instrumentos de producción y reproducción del capital simbólico, tienden a asegurar la conservación o el aumento de dicho capital”, viendo cómo en las relaciones de parentesco y matrimonio y violencias buscan dar a las mujeres estatus sociales de objetos que colaboren con ello (Bourdieu, 2000: 34-38). Recogemos la concepción de Bourdieu para ver a las estructuras de dominación como históricas y como producto de trabajos continuados de reproducción donde colaboran personas e instituciones (familia, estado, escuela) (Ibid.: 28).

Marginalidad social y masculinidades marginales

Por último me gustaría aclarar lo que se entiende por marginalidad y por masculinidades marginales. Si bien en este trabajo se explica el proceso literal de marginación de poblaciones urbanas pobres como la erradicación de estas a los márgenes de las ciudades, también se intenta explicar la existencia de espacios y relaciones marginales en los centros de las ciudades. En este caso concuerdo con Wacquant en considerar lo marginal actual como procesos urbanos en transformación hacia finales del siglo XX, donde se da una transformación en la pobreza urbana en occidente provocada por la neoliberalización de los sistemas, produciéndose una

“modernización de la miseria” con un “nuevo régimen de desigualdad y marginalidad urbanas” (Wacquant, 2001: 167). Si bien anteriormente la pobreza en las metrópolis eran residuales o cíclicas, fijadas en comunidades obreras y geográficamente difusas, dice el autor, hoy en día parece ser de más largo plazo o permanentes, muchas veces desconectada de los análisis macroeconómicos y establecida en barrios relegados y estigmatizados, donde aislamiento y alienación se “alimentan uno al otro”, profundizando “el abismo entre las personas ahí confinadas y el resto de la sociedad” (Ibid.: 168).

“Cualquiera sea la etiqueta utilizada para designarla –‘infraclase’ [‘underclass’] en Estados Unidos e Inglaterra, ‘nueva pobreza’ en Holanda, Alemania y el norte de Italia, ‘exclusión’ en Francia, Bélgica y los países nórdicos-, los signos reveladores de la nueva marginalidad son inmediatamente reconocibles incluso para el observador casual de las metrópolis occidentales: hombres y familias sin hogar que bregan vanamente en busca de refugio; mendigos en los transportes públicos que narran extensos y desconsoladores relatos de desgracias y desamparo personales; comedores de beneficencia rebosantes no solo de vagabundos sino de desocupados y subocupados; la oleada de delitos y rapiñas, y el auge de las economías callejeras informales (y las mas de las veces ilegales), cuya punta de lanza es el comercio de la droga; el abatimiento y la furia de los jóvenes impedidos de obtener empleos rentables, y la amargura de los antiguos trabajadores a los que la desindustrialización y el avance tecnológico condenan a la obsolescencia; la sensación de retroceso, desesperación e inseguridad que gana las barriadas pobres, encerradas en una espiral descendente de ruina aparentemente imparable, y el crecimiento de la violencia etnorracial, la xenofobia y la hostilidad hacia los pobres y entre ellos. En todos lados, las elites estatales y los expertos en políticas públicas están marcadamente preocupados por impedir o contener los ‘desórdenes’ que se preparan dentro y en torno de los enclaves en expansión de declinación y abandono urbanos” (Wacquant, op. Cit.: 170)

Auyero se refiere a estos como barrios donde el estado tiene una presencia fracturada, con espacios de violencia que persisten en poblaciones pobres, con alta presencia de tráfico y donde también las fuerzas del orden actúan contradictoria y selectivamente (Auyero, 2014: 168-170).

Pero me parece sin embargo fundamental de destacar que si bien lo marginalidad puede relacionarse a espacios carenciados y precarios, muchas veces muy controlados y secretos, lo marginal refiere más bien a las relaciones e informaciones que se intercambian, y no restrictiva a la pobreza, sino que participan en circuitos marginales y en relaciones marginales personas e instituciones que están totalmente insertos en la oficialidad y cotidianidad. No son las personas sino sus relaciones las que constituyen la marginalidad. Un ejemplo de esto que ilustra muy

bien es la participación de las policías en acciones u organizaciones ilegales o delictuales que operan en ciertos barrios o espacios marginales.

Y con respecto a las masculinidades marginales, se toman los planteamientos de Connell (2005) para dar cuenta que responde a identificaciones masculinas que se construyen en relación al poder hegemónico, son relaciones frente al poder y conforman configuraciones de las prácticas generadas en situaciones particulares. Si bien Connell dice no encontrarlo ideal, es bueno para referirse a las relaciones entre masculinidades dominantes y las subordinadas y analizar el concepto de autorización. Busca romper con las ideas homogéneas de las masculinidades, dando cuenta las desigualdades de poder dando cuenta las diversas relaciones entre hombres y mujeres, donde las personas tienen importante agencia en transformar o reproducir las relaciones de género. Como diría también Gutmann, “an important contribution of anthropological studies of masculinity has been to explore the subjective perceptions of men about being men, including the relation of being men to claiming, seeking, and exercising various forms of power over other men and over women” (Gutmann, 1997: 398)

Hipótesis y presentación capítulos

Con estas concepciones, en las próximas páginas se ahonda en la institucionalidad pública y privada dedicada a la vivienda, en las discusiones sobre sexo-género y la falta de hogar, y en dos ejemplos se analizarán dos organizaciones de poblaciones sin hogar, describiendo y analizando situaciones, problemas y conflictos donde el sexo-género es central. Con esto se establece, en primer lugar, que las identidades e identificaciones de sexo-género, así como las violencias y dominaciones, determinan las rutas habitacionales de las personas. En segundo lugar, que hay una institucionalidad público-privada que además de discriminar estructuralmente a poblaciones pobres y clases medias, aplica y evalúa en base a criterios de sexo-género, lo que colabora en la reproducción del fenómeno y del orden social de clase y sexo-género. En tercer lugar, que los desintereses y violencias masculinas son determinantes para los servicios y el movimiento social, sobre todo en lo segundo ya que significa un gran daño en muchas ocasiones y que también esta es una larga y dura lucha que tienen miles de mujeres de movimientos de pobladoras. Y en cuarto lugar, que ronda a la discusión política y académica de este fenómeno una estrategia focalizada y una discusión apolítica y técnica que centra su observación en las pobrezas extremas y olvida y desprotege a cantidades mayores de poblaciones no tan pobres y clase media y sus compartidas causas estructurales, por lo tanto que se constituye como una estrategia de contención del movimiento social.

Este trabajo pretende aportar en esto los elementos descriptivos del funcionamiento institucional y cotidiano de los actuales sistemas con sus regulaciones y normativas y lograr corroborar si estas políticas público-privadas realmente están colaborando para una erradicación a largo plazo de esa condición, o si, en su contrario, colaboran consciente o inconscientemente a su desarrollo y/o reproducción y el progresivo aumento de la población en emergencia. Pero no solo lo institucional en cuanto relación movimiento social-estado, sino también en este trabajo se avanza en problematizar dinámicas internas que sí dañan al movimiento.

Entonces, como breve resumen, en el primer capítulo se describe y analiza la política de vivienda y de ayuda social para poblaciones sin casa. Con respecto a la primera se analizan los años desde la dictadura militar, dando cuenta de las transformaciones urbanas y relacionadas a la política de vivienda social, viendo un modelo que se proyecta hasta la actualidad. En esto se remarca las intenciones neoliberales que pese a caretas de integración y proximidad, segrega a poblaciones constante y progresivamente. Con relación a la ayuda social para poblaciones “en situación de calle” se analizarán las formas de contabilizar a la población, las ayudas y servicios prestados y las tendencias prometedoras de programas sociales, dando cuenta el proceso de focalización relacionado con el sistema subsidiario que oculta las razones estructurales e invisibiliza a personas necesitadas de vivienda pero que no viven situaciones evidentemente extremas y/o registradas.

En el segundo capítulo se presenta una perspectiva y discusión teórica y del trabajo social sobre el género en las poblaciones sin hogar, en sus posibilidades, en sus problemas y soluciones. Se analiza el androcentrismo de la política pública y de investigadorxs, cómo se construyen las masculinidades en relación al trabajo y la familia en situaciones de extrema pobreza, las violencias machistas domésticas y su relación con el sinhogarismo, la situación de jóvenes y niños sin hogar, la invisibilización de poblaciones gays y trans, para finalizar mostrando las discusiones en relación a situaciones y experiencias de mujeres, así como las situaciones particularmente diversas que viven mujeres sin o con acompañamiento de niños.

En el tercer capítulo se describe y analiza a la Residencia Solidaria para hombres de la Corporación Nuestra Casa en Santiago Centro. En esto se describen aspectos del barrio, de la infraestructura, normativa y organización, así como una profundización en los perfiles presentes, los accesos a recursos, la salud y los consumos, las violencias callejeras, la importancia de la paternidad, las sexualidades y placeres, y las relaciones y conflictos.

Por último, en el cuarto capítulo se presenta, describe y analiza a un Comité de Vivienda de la comuna de Santiago Centro, parte del Movimiento de Pobladores de Santiago. En este

capítulo se describen infraestructuras y espacios barriales, también el proyecto del Comité, el terreno y el problema al que se enfrentan, así como se profundiza en los rutas habitacionales y políticas de ciertas personas pertenecientes al Comité, el protagonismo femenino en estas organizaciones, en las dirigencias y bases, pero también se muestran los reclamos masculinos contra esto, para terminar comentando nuevas participaciones de hombres más jóvenes que adquieren importante compromiso y trabajo.

Contingencias: estallido social y pandemia

Al año de investigación ocurrieron en Chile seguidamente dos fenómenos que determinaron que me concentrara finalmente en Santiago Centro: el estallido social y la pandemia. Unos meses después del estallido, donde la clase política y principalmente el gobierno no era capaz de responder y dimensionar la situación, y en relación a la pandemia, el ministro de salud reconocía con respecto a Santiago que “no sabía que había tanta pobreza y hacinamiento” frente a un incremento explosivo de las tasas de contagio tras las confusas medidas optadas. Y es más, la forma en que el estado buscó tomar contacto con estas poblaciones marginadas, y que se aplicó también en todo Santiago, frente al estallido social y frente a la pandemia ha sido primera y principalmente una respuesta empresarial-policial-militar, ejemplificado en *toques de queda*, que buscaron controlar, y esto es lo más importante, estrictamente la “domiciliación” de las personas y la desocupación del espacio público. La pandemia y el estallido social, donde la primera vino en cierta manera a interrumpir y complejizar al segundo, generó una continuación de las desprotecciones laborales y sociales, del empobrecimiento y endeudamiento, y las faltas de movilización y acceso a la ciudad para miles de santiaguinos.

En cuanto a las personas que duermen en la calle tuvieron particulares complicaciones con las cuarentenas/toques de queda, con menor acceso a recursos y ayuda en un primer momento, donde sorprendentemente el gobierno llamaba a las personas en situación de calle “a volver a sus hogares” y presentaba el Plan Protege Calle COVID-19, un Plan que considera la apertura de ciertos albergues en algunas regiones del país, totalmente insuficiente y que no es más que un adelantamiento del Plan Invierno que anualmente se aplica. No obstante, esto se seguía haciendo en paralelo a una realidad donde cotidianamente ciertas municipalidades (Municipalidad de Santiago Centro en este caso) en compañía de las policías realizan erradicaciones o “limpiezas urbanas” de poblaciones que habita la calle y de los terrenos ocupados por pobladores.

Pero el virus también repercutió en la vida de los con techo, como la población en albergues u hoteles baratos, que encontraron acrecentados los riesgos de infección por las faltas de higiene de estos lugares, además de las dificultades de pagarlos (todos son pagados) en el sentido que la mayoría de la población que reside en estos lugares son obreros o trabajadores ambulantes que ganan al día o a la semana con contratos frágiles, que se vieron restringidos por las cuarentenas y toques de queda. Y también complicó a lxs pobladorxs, como mencionaba, en gran parte lideradxs por mujeres, que han visto complicadas sus luchas que generalmente son a través de acción directa y en la calle, de organización en asambleas locales y en reuniones con gente de la Municipalidad, del gobierno, y profesionales que los apoyan. Sin embargo, estos últimos han logrado adaptarse a la situación y han seguido desarrollando ayudas populares y organización virtual y en forma segura y restringida en la calle, por ejemplo, a través de la alimentación comunitaria (“ollas comunes”), práctica que empezó a reaparecer desde las revueltas populares del año pasado. El componente político que inunda este último grupo lo hace singular frente al resto de las poblaciones sin casa/hogar.

1 Primer Capítulo. Políticas de vivienda y ayuda social para poblaciones sin casa

En este primer capítulo se describe y analiza cronológicamente la política de vivienda social y la política de ayuda social para personas sin hogar en Chile, centrándose desde los años de dictadura en la primera y desde los años dos mil en la segunda. Se describen los principales marcos legales e institucionales del proyecto neoliberal ortodoxo chileno que propondrá la focalización subsidiaria como aspecto central y dejará de lado la universalidad y el derecho a la vivienda definitivamente. Este capítulo es fundamental para entender el marco institucional en que se mueven las poblaciones sin hogar en Chile en el contexto neoliberal, pero también para entender que la política de vivienda y de ayuda social son políticas explícita e históricamente segregadoras, excluyentes y discriminadoras.

Este capítulo presenta el sistema al cual se encuentran enfrentadas las personas cuyas historias se exponen en el capítulo 3 y 4, quienes luchan constantemente por información y accesos a servicios y derechos básicos.

1.1 Políticas públicas de vivienda social

En esta primera parte describo y analizo los aspectos más importantes de la política “social” de vivienda en Chile o política habitacional¹ de los años setenta en adelante, es decir, desde la dictadura y posteriormente en gobiernos de la Concertación y Piñera, para terminar comentando las políticas de vivienda de la coalición de centro-izquierda en el actual gobierno de Gabriel Boric. Quisiera destacar en las siguientes páginas que hay una política de vivienda que se desarrolla en la dictadura de corte neoliberal y subsidiario que se expresa a través de una política planificada de erradicación y persecución política que profundiza y masifica el proceso de marginalización residencial de las poblaciones pobres urbanas. Estas erradicaciones y desplazamientos en conjunto con una política de persecución, de detenciones, torturas, muertes y desapariciones, logró desarticular a la izquierda política popular y los movimientos sociales activos en estos grupos y territorios, dentro de estos al movimiento de pobladores y pobladoras

¹ Como política habitacional considero “la expresión oficial del estado sobre el modo de orientar, encauzar o dirigir la acción habitacional mediante la formulación de principios, objetivos y estrategias que son implementadas mediante planes y programas dentro de ciertos marcos jurídicos, institucionales y financieros”. La definición corresponde a Haramoto (1988) y es citada en la Introducción de Álvaro Rivera (2012).

que desde los años cincuenta eran protagonistas de las luchas sociales urbanas y la configuración de las ciudades de Chile.

Por un lado, el proceso de ocupación de las periferias y los asentamientos protagonizados por los mismos pobladores en el periurbano es un proceso que se proyecta durante todo el siglo XX, particularmente importante en los sesenta ya desde los gobiernos de la Democracia Cristiana que habían desarrollado una política de vivienda segregadora, lo que aparentemente intentó ser revertido sólo en el gobierno de Salvador Allende (Sánchez González, 2017). Por otro lado, el centro urbano, en este caso de Santiago, mantendrá espacios habitacionales precarios durante todo el siglo XX hasta entrada el nuevo siglo, que se proyectará en el último tiempo a barrios sitiados por el narcotráfico, hiperdensificación de clases medias pobres y concentración habitacional de población migrante, a lo que se le suma las consecuencias urbanas del estallido social del 2019 y la pandemia del corona. Todo esto deriva en que tanto ciertas comunas de la periferia como las comunas centrales vivan una crisis crónica tanto habitacional como de comercio ilegal, tráfico y de seguridad. Esta sección pretende finalmente ayudar a entender el contexto histórico en el que se inserta el capítulo 3 dedicado a analizar las luchas y dinámicas del Comité de Vivienda Por un Santiago Multicolor de Santiago Centro.

1.1.1 Política urbana y de vivienda en la dictadura de Pinochet

Chile representa uno de los ejemplos más claros de cómo las concepciones neoliberales se instalaron tanto en las políticas públicas como en la sociedad misma. Esta implementación, ocurrida desde los años setenta y profundizada después de dictadura, respondió no sólo a objetivos e intereses de la elite económica chilena, sino que tuvo también un importante soporte internacional basado en el Banco Mundial y CEPAL, con la persecución de lo que se llamó “meta ideal” bajo el lema de “crecimiento con igualdad” (Flock, 2005; Fuster-Farfán, 2019). Estas transformaciones neoliberales vinieron a interrumpir y dismantelar el desarrollo de un estado social que tuvo importantes avances en el área de la vivienda y el urbanismo hasta el gobierno de Allende. El gobierno de la Unidad Popular fue interrumpido por un golpe de estado y el establecimiento de una dictadura que impuso reformas neoliberales y restituyó otras a través de violencia y muerte. Este gobierno implementó un toque de queda y restricciones de movimiento, reprimiendo y dismantelando la organización popular, reordenando la política, suprimiendo los municipios y después reorganizándolos y segregándolos entre municipios para familias ricas y para pobres, asignándoles autoridades militares. Reordenó la propiedad del suelo y privatizó la industria y producción y transformó la institucionalidad de política urbana

y de vivienda como parte de un proceso de transformaciones hacia la neoliberalización y subsidiarización de todo el aparato estatal. Esta transformación o “giro neoliberal” instaló en Chile el protagonismo de construcción y planeamiento de la ciudad en agentes privados que a través de políticas focalizadas apoyadas y evaluadas estatalmente mercantilizaron al extremo el suelo urbano, la construcción de viviendas para población pobre y el acceso a créditos para las familias que fueron cargados progresivamente con sus costos.

Según Alfredo y Paula Rodríguez (en Rodríguez, Saborido y Segovia, 2012: 32), el período dictatorial puede dividirse en dos momentos que rompen las políticas sociales de incorporación de sectores populares a la vida social y política. El primero es un momento fundacional entre 1973 y 1983 que vio implementado un programa influenciado por la escuela económica de la Universidad de Chicago, basado en la crítica a una “ineficiencia estatal” apostando a la apertura comercial, al desmantelamiento del control estatal y a la privatización de empresas públicas dedicadas a servicios sociales urbanos esenciales (vivienda, salud, educación). El segundo fue el momento entre 1983 y 1990 donde se profundizó y comenzó a consolidar el modelo neoliberal en base a endeudamiento externo y privatización de las grandes empresas públicas, como los fondos de pensiones, de acuerdo con lineamientos del FMI y el Banco Mundial (en Rodríguez, Saborido y Segovia, 2012: 32). Por otro lado, según Alvarado Peterson (2019) hay tres quiebres que corresponden a un giro neoliberal en relación con la vivienda. El primero refiere a la forma del estado y el paso de las anteriores corporaciones a “servicios” en la política pública, buscando un estado más “eficiente” y menos “político”. En segundo lugar, un quiebre relacionado con el establecimiento de un “bienestar neoliberal”, con participación de las cajas de previsión social, de las familias a través del ahorro y del aporte estatal en el financiamiento del modelo con una bancarización de las relaciones hipotecarias y accesos más diversificados que buscan integrar a los sectores populares urbanos en circuitos de consumo. Y, en tercer lugar, una orientación hacia una subjetividad propietaria basado en el concepto de la casa propia del paradigma neoliberal, higienista y contrario a las ideas de izquierda (Alvarado Peterson, op. Cit. 19-22, 30). La vivienda dejó de ser definida como un derecho y empezó a ser vista como un problema que debía ser resuelto por las familias y por el estado compartiendo la responsabilidad, que no fuera “un regalo del estado” (Rivera, op. Cit.: 36; Valdés, op. Cit.: 46-47; MINVU, 1976: 2). El suelo urbano pasó a ser concebido como un recurso no escaso, la intervención del estado en la planificación pasó a ser mínima y se permitió que las áreas urbanas crecieran espontáneamente según los intereses del mercado, se liquidó el suelo urbano que estaba en manos del estado y fue entregado a empresas privadas, dejando al mercado como el

regulador de los usos y distribuciones futuras (Rivera, op. Cit.: 36-37; Vergara Erices, 2014: 151).

Hacia 1976 se explicitaba la importancia para el gobierno de la propiedad individual y de los subsidios habitacionales, que venía siendo propuesto por la Cámara Chilena de la Construcción, grupo representante de la elite inmobiliaria que adquiere en estos años un importante protagonismo y tuvo una progresiva acción y presión en la configuración del sistema. Orientando la política pública a sus intereses propició la “explosión cuantitativa de las soluciones habitacionales” comenzada en 1985 y que se extendiera durante los noventa (Hidalgo, op. Cit.: 391-392; Rivera, op. Cit.: 38; Valdés, op. Cit.: 47). En esta dirección se “reordenaron” o “extinguieron” las instituciones anteriormente creadas en torno a la vivienda (CORVI, CORHABIT, CORMU, etc.) (Arizaga, 2019: 175) y se disolvió la autonomía política de las corporaciones anteriores a través de la creación de servicios de orientación técnica, “eficiente y centralizado” en función de un sistema presidencialista y unitario propuesto por la Constitución de 1980 (Alvarado Peterson, op. Cit.: 16). Se implementaron además las Secretarías Regionales Ministeriales (SEREMI) y los Departamentos de Desarrollo Urbano como parte de la descentralización del accionar del ministerio (Rivera, op. Cit.: 36). El estado asumió así un rol pasivo dejando su papel de productor de bienes, en este caso viviendas, para actuar sólo en casos de emergencia donde el sector privado no encontrara intereses (Valdés, op. Cit.: 46).

Fue este el estado el que le cedió el protagonismo a las constructoras e inmobiliarias en torno a la Cámara Chilena de la Construcción (CChC) y a la banca, liberalizando las leyes de arrendamiento, rebajando impuestos, eliminando restricciones al financiamiento y eliminando los límites urbanos y planos reguladores, orientando la política “a la privatización tanto de la oferta de vivienda como a la demanda” (Rodríguez P., op. Cit.: 4; Valdés. Op. Cit.: 48-50). Finalmente será la Cámara Chilena de la Construcción el núcleo desde donde se comenzó a controlar la intervención, las tipologías y la localización de las viviendas sociales por parte de la elite inmobiliaria (Vergara Erices, op. Cit.: 153). Suponiendo que la construcción podría crear empleos y facilitar la inversión privada, el enfoque en las viviendas nuevas benefició aún más a las empresas constructoras. La vivienda en propiedad se fortaleció como ideal de salida a la pobreza, parte del orden social y la modernidad urbana esperada por el gobierno y la fórmula para acceder a esta se constituyó en la combinación de un subsidio, ahorros y un crédito bancario (Modelo ABC²), asegurando con esto la participación constante y progresiva de las constructoras privadas y la banca (Alvarado Peterson, op. Cit.: 14; Rodríguez y Sugranyes,

² Ahorro, Bono, Crédito (Fuster-Farfán, op. Cit.: 9)

2005: 37). El problema fundamental fue que se intentó profundizar la focalización de las políticas sociales hacia poblaciones con menos recursos junto a una reducción del gasto y de inversión pública, que calzaba con el fortalecimiento de la idea de propiedad individual, como soluciones supuestamente integrales y en función de una supuesta “libertad” de elegir para la familia (Hidalgo, op. Cit.: 391-392). El estado abandonó paulatinamente el mercado de la vivienda excepto en la creación de normativas para este (Hidalgo, Paulsen y Santana, 2016: 67)

Como se ha planteado, esta reforma no resultó ser una “política de vivienda social”, sino más bien constituyó una “política de financiamiento para la construcción de viviendas baratas” (Rodríguez P., 2013: 4). Central en esto es el concepto de subsidio propuesto por el grupo de “Chicago Boys” y, como se dijo, por la Cámara Chilena de la Construcción, que se hace masivo durante las décadas siguientes entregado de forma centralizada desde el Ministerio de Vivienda y Urbanismo (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 23-26). El estado vio o defendió el subsidio como un instrumento “redistributivo del ingreso” (Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Memoria 1979. Santiago: Ministerio de Vivienda y Urbanismo, 1980. Citado en Hidalgo, op. Cit.: 426), considerado en ese momento con un carácter transitorio “hasta que los precios de las viviendas fueran compatibles con la renta de la población” (Ibid.: 426), y a las viviendas como medios para salir de la pobreza en línea con supuestos del Banco Mundial hacia mediados de los setenta (Rodríguez P., 2013: 3). La idea original fue la de ofrecer 10 mil subsidios al año de un monto que iba entre 150 y 200 Unidades de Fomento³, creándose dos soluciones para la postulación: en primer lugar, el Sistema Único de Postulación a subsidios para familias con capacidades de ahorro y acceso a crédito (1975), y en segundo lugar, para quienes viven en extrema pobreza y no pueden ahorrar y por ende acceder al sistema primero, se creó el concepto de “Vivienda de Interés Social” (Hidalgo, op. Cit.: 381; Vergara Erices; 153). Este se entregaría una sola vez a personas naturales jefas de familia, no podía superar el 75% del valor de tasación de la vivienda, que contaran con ahorro previo, en base a un puntaje “financiero e ideológico —valorizaba el criterio de la competencia entre los demandantes, según su ahorro previo” (Hidalgo, Paulsen y Santana, op. Cit.: 68)

Para postular a estos subsidios se desarrollaron sistemas de acceso que buscaron identificar a quienes *efectivamente* necesitaban asistencia, cuyos requisitos era ser jefe de familia, no ser propietario de otra vivienda y no haber obtenido una por un concurso público, tener capacidad

³ “La unidad de fomento (UF) es una unidad de cuenta usada en Chile, reajutable de acuerdo con la inflación [...] Su finalidad original era la revalorización de los ahorros de acuerdo con las variaciones de la inflación, permitiendo que el dinero ahorrado en bancos y cajas mantuvieran su poder adquisitivo” (Unidad de Fomento, Wikipedia, 2022).

de ahorro o depósitos a largo plazo, la propiedad de un terreno y disponer de una renta que permita el pago de un dividendo de un 20% si es que recurre a un préstamo bancario (Hidalgo, op. Cit.: 381). Para el subsidio, la familia debía cumplir ciertos requisitos, como inscribirse y dejar que se le aplicara por parte del Municipio una encuesta socioeconómica, de donde saldría el “puntaje de pobreza”, el que en una ecuación con la cantidad de ahorro y otros puntajes define finalmente sus posibilidades (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 39). Para identificar más técnicamente a las familias supuestamente más pobres, se elaboró en los primeros años de la dictadura el Mapa de la Extrema Pobreza a través de la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN) en colaboración con el Instituto de Economía de la Universidad Católica de Chile (PUC), que hacia la década siguiente se buscó perfeccionar con la creación de la Encuesta de Estratificación Social o Ficha CAS (Hidalgo, op. Cit.: 381-382), la cual buscó ampliar la cobertura a la identificada por el MINVU y las municipalidades (Rivera, op. Cit.: 37).

Se evidenció que el objetivo de esta política era el apoyo y financiamiento a las ganancias privadas y al sector financiero, con la reducción del control del estado, donde el subsidio permitiría más bien que la construcción de viviendas publicas se desarrolle como un rubro de alta rentabilidad para un grupo pequeño de empresas (Rodríguez, 2013: 13). Enfocado en las viviendas nuevas en terrenos privados, este modelo cumplía las expectativas de las empresas que unos años más tarde en las crisis económicas a principios de los ochenta van a adquirir a precios irrisorios grandes paños de terrenos agrícolas en la periferia de la ciudad (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 35; Rodríguez y Sugranyes, 2012).

Además, como un caso excepcional y radical en América Latina y en base a la información recogida por catastros de campamentos, el Ministerio de Vivienda y Urbanismo retomó y profundizó una política de relocalización y alejamiento de la población pobre de las comunas ricas (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 31). Los programas de erradicación relocalizaron tomas de terrenos y campamentos repartidos por la ciudad, considerando no sólo a los campamentos “no regularizados” sino también a viviendas y condominios sociales que eran habitados por clases trabajadoras que estaban en comunas del este pero que ahora incrementaban fuertemente su valor de suelo y bienes raíces al concentrarse ahí la riqueza y las familias ricas del país (Correa Parra, 2016: 77⁴). Estos fueron destinados a comunas con terrenos de menor valor y los criterios para ser relocalizado eran supuestamente tres: el potencial de inversión de la localización, el valor del suelo y la vulnerabilidad geográfica (Vergara Erices, op. Cit.: 154). Así, en 1978 comenzó la “Operación Confraternidad”, consistente en la erradicación de un total

⁴ Véase el caso de la Villa en Elías Sánchez, 2017.

de 1.850 familias desde el Zanjón de la Aguada y del Campamento Nueva Matucana hacia 16 asentamientos en diez comunas distintas, proceso que llevó a que hacia 1982 en la comuna de Las Condes ya no quedaran campamentos (Valdés, op. Cit.: 47).

El Decreto Supremo 420 del MINVU de 1979 suprimió además el límite urbano de Santiago reordenando la ciudad y dividiendo el territorio en zonas, definiendo un Área de Expansión Urbana, disponible para la construcción de privados expandible a la periferia (Rivera, op. Cit.: 37). Si bien ya desde mediados de la década del setenta las viviendas populares habían sido construidas masivamente en los márgenes de las ciudades, la magnitud a finales de la década marcó un salto.

Estos suelos y espacios que comenzaban a ser liberados permitieron la implementación a finales de los años setenta de la Política Nacional de Desarrollo Urbano (PNDU) (Rivera, op. Cit.: 36). La Política Nacional de Desarrollo Urbano, que sustenta las bases y la estructura que rigen hasta hoy en día en las ciudades chilenas, permitió que la ciudad se “acoplara” a la nueva dinámica neoliberal del estado con una política que buscó regular el crecimiento, los usos del suelo y la distribución de este basado en las leyes del mercado, la que habría unido la política sectorial urbana y la economía neoliberal (Vergara Erices, op. Cit.: 151; Alfredo y Paula Rodríguez, en Rodríguez, Saborido y Segovia, 2012: 34). Como declaran Alfredo y Paula Rodríguez, esta política influenciada por las asesorías en el Ministerio de Arnold Harberger de la Universidad de Chicago, definió como su núcleo la fijación del valor del suelo con un uso más “racional, flexible y lucrativo”, considerando que los límites urbanos distorsionaban el mercado y la “forma natural de la ciudad”, orientándose a un crecimiento horizontal más que vertical (Rodríguez, A. y Rodríguez P., en Rodríguez, Saborido y Segovia, op. Cit.: 34-35). Siguiendo el esquema de C. Montes (1999), Vergara Erices, plantea que esta política urbana se basó en cuatro objetivos principales: en primer lugar conformar un sector inmobiliario privado que se hiciera cargo del desarrollo urbano, desplazando al estado; en segundo lugar, que este desarrollo se rigiera por criterios de rentabilidad; en tercer lugar sostenían que liberados los suelos los precios de este tenderían a la baja; y por último, que con estos cambios los grupos más vulnerables podrían acceder a la compra de vivienda en beneficio de su calidad de vida. Sin embargo, de los objetivos planteados por Vergara Erices sólo los primeros dos se cumplieron y más bien se contribuyó con estas reformas en un aumento del precio del suelo y un aumento de la segregación residencial (Vergara Erices, op. Cit.:151).

Desde los años ochenta la política de erradicaciones se masificó aún más, de forma descentralizada y totalmente ajena a la diversa realidad municipal y al funcionamiento del incentivo privado de construcción de viviendas nuevas basado en rentabilidad (Rodríguez y

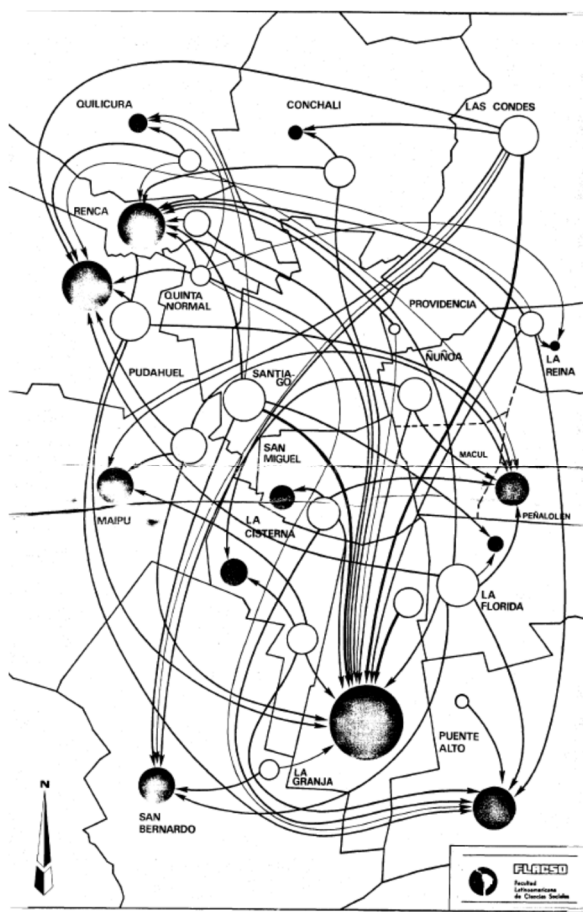
Sugranyes, 2005: 33). Desde el comienzo de la dictadura hasta 1984 se erradicaron en todo el país un aproximado de 78.820 familias, es decir, alrededor de 400.000 personas a residencias edificadas para ese fin, “resolviéndose” la situación de unos 390 campamentos (Rodríguez A. y Rodríguez P., en Rodríguez, Saborido y Segovia, 2012: 37). Particularmente en la ciudad de Santiago entre los años 1979 y 1986 fueron erradicadas casi 40.000 familias con una distribución desigual dependiente de los municipios (Hidalgo, op. Cit.: 408), donde solo las comunas de La Granja⁵, Pudahuel, Renca, Puente Alto y San Bernardo recibieron al 72% por ciento de los traslados (Ibid.: 413).

Desde el año 1983 los programas de Radicaciones de Campamentos, llamado “Programa de Mejoramiento de Barrios” y a cargo la Subsecretaría de Desarrollo Regional del Ministerio del Interior, contó también con el financiamiento del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el que según datos de Hidalgo, hasta el año 1992 había dado casi la mitad del financiamiento total, complementándose con aportes locales, fondos municipales y del Fondo de Desarrollo Regional (Ibid.: 422). Es complejo pensar que esta iniciativa habría estado en el centro de las propuestas realizadas por el Banco Mundial en apoyo a las políticas habitacionales de los países en vías de desarrollo durante los setenta (Ibid.: 423). Pero a pesar de que el subsidio difundido por CEPAL tenía publicidad de ser un sistema de subsidio a la demanda exitoso, este demostraba ser una confusa herramienta de políticas neoliberales, más bien un subsidio a la oferta y con enormes costos y consecuencias sociales que se evidenciaron ya a mediano plazo y que se aplicó casi exclusivamente con los programas de erradicación (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 27). Resultó ser que el tipo de vivienda al que postulaban las familias tuvo directa relación con la capacidad de ahorro de estas y se complicó desde un principio el éxito de esta política en las familias más necesitadas, las que debieron comenzar a buscar la vivienda por su cuenta y pedir créditos (Rivera, op. Cit.: 36; Valdés, op. Cit.: 47; Rasse, Serella, Sabatini y Trebilcock, 2021: 40). Hacia 1983 el 67% de las personas beneficiarias de los subsidios fueron de estratos medios y medios altos (Hidalgo, op. Cit.: 428), limitación que a su vez significó que otros grupos que no optaron a estas soluciones ni a créditos tuvieron que optar por las tomas de terreno y el allegamiento (Ibid.: 432). A principios de los ochenta ya se daba un importante proceso de densificación, hacinamiento y allegamiento, deteriorando profundamente las condiciones de las familias principalmente de sectores populares, y se había generado una creciente segregación espacial y social (Valdés, op. Cit.: 59). La ubicación de los campamentos

⁵ Según Teresa Valdés, revisando los datos del Ministerio de la Vivienda en 1982, La Granja era la comuna que más familias erradicadas había recibido, pero además era la comuna que mayor número de familias allegadas tenía (Valdés, op. Cit.: 64).

en Santiago hacia la década del ochenta y los flujos de desplazamientos y erradicaciones de estos, principalmente hacia el sur y el poniente de la ciudad, se muestran en la figura a continuación.

Imagen 1. Flujos de erradicación de campamentos en Santiago hacia el año 1987



Fuente: Morales y Rojas (1987): Plano 1.

Como planteó Valdés, si bien el gobierno de Pinochet defendía no haber aumentado el déficit de vivienda en 10 años, no se consideraban las condiciones de las familias viviendo en allegamiento, en campamentos⁶ y en viviendas deterioradas o mínimamente suficientes (Valdés, op. Cit.: 54).

Principalmente el problema del allegamiento mostraba una crisis a los pocos años y su solución se buscó a través del Programa de Densificación Predial, otorgando créditos y subsidios del Programa de Vivienda Progresiva (Hidalgo, op. Cit.: 433). Además, otros aspectos

⁶ Según los datos del XV Censo Nacional de Población del año 82 considerados por Valdés, aproximadamente un 7% de la población de Santiago vivía en campamentos.

de la vida de las familias fueron también determinadas por estos traslados obligatorios. A pesar de obtener casas, la población trasladada sufrió por ello pérdida de fuentes de empleo, incremento de costos y tiempos de traslado, dificultades de acceso a otros servicios como educación o salud y se vieron envueltos en otros problemas de violencia e inseguridad por el hacinamiento y la densificación que no percibían en los campamentos de procedencia. En general las erradicaciones desarrollaron un desarraigo a la red de apoyo y una disminución en la participación organizacional, lo que se condijo con la nula participación que tuvieron las y los mismos pobladores y los municipios receptores en el proceso de planificación y ejecución de los programas (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 32; Vergara Erices, op. Cit.: 155). Y estos problemas se han ido agudizado en el pasar del tiempo.

Pesó mucho un supuesto éxito del subsidio que fue defendido hasta hace muy poco tiempo, donde los mismos partidos de la transición colaboraron en evitar la posibilidad y responsabilidad de una discusión profunda a nivel político y social. Es que más bien fueron los antiguos propietarios del suelo y el empresariado de la construcción los principales beneficiarios de esta nueva política, que tuvo además una coyuntura económica favorable para lograr comprar grandes paños de terreno de la periferia de Santiago durante los años ochenta como efecto de la crisis económica de principios de la década. Con esto las empresas constructoras tuvieron una reserva de terrenos que han ido utilizando en años posteriores y que ha significado que la localización de la vivienda social esté determinada por la localización de aquellas reservas (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 60). El modelo de producción parece estar más bien “aprisionado en un mercado cautivo con protagonistas plenamente satisfechos”, sin riesgo ni competencia, bajo un entendimiento perfecto entre estado y privados (Sugranyes y Rodríguez, Ibid.: 61-62). Prácticamente no hubo competencia, ya que eran muy pocas las empresas especializadas para ocupar los cupos por región y para entrar al sistema de licitación las empresas constructoras debían mostrar la disposición de terrenos cuyos valores encajaran con la inversión en vivienda social y disponer de respaldos financieros para garantizar el cumplimiento del contrato. Es decir, desde este momento hasta la segunda mitad de los noventa, fueron las mismas empresas las que definieron en sus licitaciones la cantidad de viviendas, el rango de valor, las especificaciones técnicas, e incluso con respecto a la localización de los conjuntos, si bien estas empresas las podían definir solas, ni siquiera se les exigía comunicarlas en estas licitaciones (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 36-37). Al tener cautivo el mercado, estas empresas no desarrollaron innovación alguna, haciendo que los primeros veinte años las viviendas sociales tuvieran la misma tecnología de construcción, sin el debate necesario para

reflexionar sobre sus características ni menos un juicio desde el punto de vista arquitectónico (Ibid.: 61-62).

Con respecto a las y los mismos pobladores involucrados en esta reforma política y al término de la vida de campamentos que habían tenido y sustentado la organización política, se puede plantear la efectividad de una gran operación de geopolítica ya desde los años setenta (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 36). La criminalización de los conflictos sociales y los movimientos que exigían derechos se hizo apuntando a la desarticulación y desmantelamiento de las organizaciones sociales y del movimiento popular y la eliminación de la izquierda política territorializados en los campamentos (Rodríguez P., op. Cit.: 2; Valdés, op. Cit.: 56; Sánchez, op. Cit.: 62). Como se mencionó, esto en marco de una inmediata y fuerte represión, persecución, desapariciones y muertes que golpeó a todo el movimiento popular e industrial (Angelcos y Perez, 2017: 98). Pero a pesar de esta violencia, estas organizaciones territoriales, principalmente las poblacionales, trataron de retomar acción posteriormente con el apoyo de instituciones de asistencia social y de solidaridad, con iniciativas de las mismas organizaciones poblacionales, como comedores populares, bolsas de cesantes, talleres de trabajo, huertos familiares, entre otras, las que intentaron desarrollarse a través de limitadas negociaciones con el mismo estado (Valdés, op. Cit.: 57). Si bien tuvieron relativo éxito en sus gestiones de diálogo, lo que llevó a, por ejemplo, la masificación de Comités de Vivienda coordinados a nivel zonal y regional, la imposibilidad de negociar aspectos políticos con el gobierno y con ello las fuertes limitaciones en sus objetivos, llevó a las y los pobladores a radicalizar la labor de algunas organizaciones que fue finalmente fuertemente más reprimido por el gobierno, determinado con esto un aislamiento y silenciamiento del movimiento en su totalidad durante algunos años (Ibid.: 57). Este aislamiento no evitó, sin embargo, la continuidad de la lucha reivindicativa que llevó en octubre de 1981 a emitir el “Pliego de los pobladores de Chile”, demandando una continuación de una nueva Operación Sitio y el término de los allanamientos y la represión en las poblaciones y campamentos (Ibid.: 58). Esta será la antesala del protagonismo adquirido posteriormente en las jornadas de protestas del año 1983, relevante nuevamente en la lucha social urbana. Otro sector del movimiento de pobladores parece haber desarrollado otras vías de organización y “reconstitución del tejido social”, “más social que político”, apostando a la formación de cooperativas, centrada, por ejemplo, en adquirir terrenos (Ibid.: 57). En general, la demanda del movimiento de pobladores estará, para Valdés, centrada en el sitio y no en la vivienda, la que tiene un carácter secundario.

La política habitacional ya definida en 1979 comenzó a ser aplicada de forma masiva justamente en 1983, tiempo en que Modesto Collados, personaje clave de la Cámara Chilena

de la Construcción y ministro de Vivienda y Urbanismo, llamaba a detener el crecimiento del déficit con la producción masiva de soluciones habitacionales (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 28-29). Y es más, después de cinco años de tal Política de Desarrollo Urbano, en momentos donde la producción de viviendas se volvía masiva, el mismo gobierno ajustó el Plan Nacional de Desarrollo Urbano planteando que el suelo urbano sí era un recurso escaso, que el derecho a propiedad sí podía tener restricciones en función al bien común, que el mercado y los proyectos inmobiliarios debían estar sujetos a control estatal y que era necesario promocionar el uso intensivo de los suelos en áreas centrales para frenar la expansión (Rivera, op. Cit.: 38). Pero durante la década del ochenta el déficit no pudo ser reducido: si el déficit en 1983 era de 841 mil viviendas aproximadamente, hacia 1990 alcanzaba más de 888 mil (Vergara Erices, op. Cit.: 156). Pero todo demostraba la incapacidad del modelo para dar respuesta a una emergencia nacional.

Pero apuntando al fondo del problema, Sánchez plantea que “*antes de que los valores y extensión del suelo urbano fuesen liberados y homogeneizados en un espacio geográfico desigual a nivel comunal, a partir de ingresos económicos, la dictadura ya los había liberado [con las primeras erradicaciones], contribuyendo de forma estructural al mantenimiento de la marginalidad urbana*” (Sánchez, op. Cit.: 67). Es que fue directamente a través de la política pública de vivienda social basadas en la masificación de erradicaciones y la implementación de subsidios, que la dictadura expulsó a los pobres principalmente de las ciudades grandes y de algunas capitales regionales y preparó la inserción de esquemas e ideologías neoliberales individualistas que interrumpieron y reordenaron el desarrollo de la ciudad (Rodríguez, 2013: 43; Vergara Erices, op. Cit.: 148-153). El estado, a través del Ministerio de Vivienda y otros ministerios, desarrolló una política de vivienda basada en violencia, marginalización y desarticulación de importantes cantidades de poblaciones y familias pobres de la ciudad de Santiago acompañado de una dura represión contra el movimiento de pobladores y las familias que tomaban terreno y campamentos por necesidad (Garcés y Leiva, 2005).

Esta interrupción del proceso de la Unidad Popular, o más bien la *restitución* de políticas segregacionistas y mercantilistas del suelo presentes en casi todo el siglo XX pero con nuevas características neoliberales tras el gobierno de la Unidad Popular, generan lo que por Sánchez ha sido catalogado como el paso de la ciudad de la “participación popular” a la de “los promotores inmobiliarios” (Sánchez, op. Cit.: 59). O como plantea Rodríguez, la ciudad pasó de ser un espacio de conflicto político a ser un escenario de atomización social e individualismo con un proletariado sumido en crisis sociales y económicas despojado de sus antiguas conquistas y bases, en un orden urbano “*que les hiciera sentir día a día su subordinación,*

recordándoles el lugar que ocupaban en la estructura social” (Rodríguez, op. Cit.: 53). Estas políticas tuvieron finalmente efectos en el “ordenamiento socioeconómico espacial” de las ciudades en Chile, siendo determinantes en la profundización e intensificación de esta segregación urbana. La implementación de estas significó una redefinición de la relación del estado con los pobres urbanos en su demanda por vivienda y significó que la ocupación masiva de terrenos y la autoconstrucción desaparecieron casi totalmente de las poblaciones sin casa (Angelcos y Pérez, 2017: 94). En general, se puede asumir que la periferia de la ciudad siguió siendo en estos años y hacia delante “el lugar preferido de la acción pública” y una “verdadera tradición de las políticas de vivienda en el siglo XX” (Hidalgo, op. Cit.: 375).

Con respecto a Santiago Centro, se veía un progresivo deterioro de la comuna desde la segunda mitad del siglo XX, más la destrucción producto del terremoto del año 1985. Se da así el Plan de Repoblamiento que se inicia con la creación de la Corporación de Desarrollo de Santiago (CORDESAN) ese mismo año y que sigue vigente hasta la fecha, de carácter privado, sin fines de lucro pero con objetivos comunales. Esta corporación busca “un equilibrio entre los usos residenciales y el mercado del suelo”, fomentando la colaboración entre la Municipalidad, el sector privado y la comunidad, implementado a través de un subsidio a viviendas en zonas de “renovación urbana” (Arizaga, op. Cit.: 171-176). Estas podrían ser declaradas por el presidente de la República desde la década del noventa.

1.1.2 Los noventa y la continuación del modelo por la Concertación

Si bien este sistema de subsidio a la demanda, con ahorro y crédito se implementó en dictadura, se terminó masificando y consolidando en las décadas siguientes con los gobiernos de la Concertación y ha sobrevivido más allá de estos (Rasse, Sarella, Sabatini, Cáceres y Trebilcock, 2021: 40; Rodríguez y Sugranyes, 2005: 44). Para Alfredo y Paula Rodríguez, desde fines de los ochenta y principalmente durante los noventa se da la fase de “creación neoliberal” de las ciudades en Chile, que contempla su despliegue y una fase de “neoliberalismo inclusivo” o “subsidiación” para luego pasar a un proceso de expansión del modelo hasta entrada la década del dos mil, donde se terminan de dar los “arreglos” que aseguraron su continuidad (Rodríguez y Rodríguez, en Rodríguez, Saborido y Segovia, op. Cit.: 32-40).

El Banco Mundial planteaba con respecto a vivienda hacia el año 1993 que *“se aconseja a los gobiernos que dejen de lado su anterior función de productores de viviendas y que asuman el papel de facilitadores de su administración en la totalidad del sector. Este cambio fundamental es necesario si se quiere dar a los problemas de vivienda una solución*

proporcional a su magnitud –el mejoramiento sustancial de las condiciones de vivienda de los pobres– y si se quiere administrar el sector de la vivienda como sector económico importante” (Fuster-Farfán, op. Cit.: 8)⁷.

En los años noventa hubo reformas estructurales a instituciones que pese a ser centrales en las décadas pasadas como “ejecutores” de políticas públicas pasaron a tener un carácter de “financiadores de proyectos”, traspasando los recursos para las ejecuciones a organizaciones privadas que contemplaron “las ONG, agrupaciones gremiales, sindicales, de la comunidad y las empresas particulares” (Hidalgo, op. Cit.: 439). Entre las instituciones estatales más significativas en esta transformación contamos al FOSIS (Fondo de Solidaridad e Inversión Social), al SERNAM (Servicio Nacional de la Mujer), al CONADI (Comisión Nacional de Pueblos Indígenas) y al FONADI (Fondo Nacional para la Discapacidad), además de la transformación de la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN) a un “Ministerio de Planificación y Cooperación” (MIDEPLAN) (Ibid.: 438; Raczynski, 1994). Particularmente el FOSIS fue pensado como un nuevo instrumento de “combate a la pobreza”, “desarrollo social” o de “inversión social” y un tiempo después, en 1994, colaborará también el Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza (Hidalgo, op. Cit.: 440-442). Las Juntas de Vecinos y organizaciones “paraguas” o intermediarias con la población civil mantendrán su existencia y se expandirán y consolidarán como bases de organización social, pero ahora sin las vinculaciones políticas de las décadas anteriores, y su actividad se concentrará en gestiones comunitarias de servicios básicos no provistos por el estado (Irrázaval, Azocar, Nualart y Morandé, 2007: 22).

Contrario a la idea de que “el estado se achicó”, en esta nueva institucionalidad la inversión estatal en vivienda realmente aumentó sustancialmente y se creó una estructura de inversión de financiamiento diverso del mercado inmobiliario. La inversión del estado aumentó en un 53% su financiamiento entre 1990 a finales de la década (Hidalgo, op. Cit.: 443) y desde mediados de los noventa el sector inmobiliario se benefició potentemente del financiamiento proveniente de los nuevos fondos privados de pensiones (AFP) que reinvertían las cotizaciones de todos los habitantes del país en diversos mercados nacionales e internacionales. También colaboró en el desarrollo inmobiliario la privatización del desarrollo de autopistas urbanas, lo que especialmente en la capital ha funcionado como una base de la expansión hacia nuevas áreas urbanas de la periferia de la ciudad (Rodríguez y Rodríguez, en Rodríguez, Saborido y Segovia, op. Cit.: 40-43). Con todas estas presiones e inyecciones de capitales e infraestructura el sector de la construcción se constituyó como el primer responsable de la política masiva de viviendas

⁷ Citado de Banco Mundial (1993)

de subsidio, que entre 1980 y 2002 construyó en el país entero más de 500 mil viviendas sociales y sólo en Santiago más de 230 mil, cantidades únicamente comparables con las reconstrucciones posguerra ocurridas en Europa (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 56; Rodríguez y Rodríguez, en Rodríguez, Saborido y Segovia, op. Cit.: 41).

“Hasta esa fecha, los empresarios de la construcción y los urbanizadores marchaban por carriles diferentes, e incluso competitivos. Pero las concesiones de las autopistas y el capital financiero (fondos privados de pensiones) inauguraron una nueva modalidad de desarrollo de la ciudad: *autopista más urbanización más grandes proyectos*. Así se quebró definitivamente la ciudad compacta del pasado, y surgió la ciudad dispersa y fragmentada actual” (Rodríguez y Rodríguez, en Rodríguez, Saborido y Segovia, op. Cit.: 41)

El argumento que defendieron para apostar a una masividad fue el gran déficit de viviendas que arrastraba la dictadura, el que se ilustraba en el problema de los allegados y en la demanda del movimiento de pobladores y pobladoras organizado. Como plantea Arriagada, Icaza y Rodríguez (1999), en Chile sólo desde principios de los noventa se empieza a considerar el allegamiento en los programas habitacionales en el otorgamiento de subsidios, priorizando los casos más críticos, y a reconocer que había una “profundización en la heterogeneidad de situaciones” y la urgente necesidad de un mejor diseño y aplicación de las políticas públicas (Arriagada, Icaza y Rodríguez, 1999: 2-3). Los objetivos primeros fueron en teoría congelar este déficit y aumentar los recursos en soluciones para los más pobres con propuestas focalizadas y subsidiarias. Acompañando objetivos de infraestructura, se incorporaron conceptos de planeamiento territorial, participación, medio ambiente, desarrollo sustentable, descentralización y modernización de la gestión y sin duda una positiva novedad fue la posibilidad de postulación colectiva al subsidio habitacional, dejando de considerar la postulación como un proceso únicamente familiar y aislado (Hidalgo, op. Cit.: 454; Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 44-46). Pero más importantes fueron las garantías prometidas a una industria de construcción/inmobiliaria y a la banca en el nuevo contexto democrático, siendo en esto absolutamente relevantes la desregularización de la normativa y una minimización de la planificación urbana para incentivar la construcción, generándose una presión por la expansión de la ciudad, donde las empresas rentaron como nunca antes por lograr la conversión de paños de suelo agrícola en terrenos urbanos (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 42). Las organizaciones poblacionales que participaron protagónicamente en las protestas de principios de los ochenta y que representaban a las familias allegadas en mayoría no fueron nunca participes en la política habitacional en la transición a la democracia y finalmente el grupo de

pobladoras y pobladores terminaron criticando el pacto político que permitía esta transición sin interrupción del modelo, donde en general se mantuvieron los programas de financiamiento de vivienda de bajo costo (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 35-43).

Específicamente con respecto a la comuna de Santiago, en el año 1990 se aprobó el Plan Regulador Comunal y en 1991 se publicó la “Propuesta de desarrollo para la renovación de Santiago” que planteaba tres temas: ampliar el rol residencial de la comuna, fomentar servicios, comercio e industria y mejorar la calidad de vida de la población. Se buscaba, sin embargo, incentivar financieramente la acción de privados, materializándose por lotes y dejando de lado el concepto de proyecto urbano y la visión de ciudad a través de un subsidio apoyado en normas que liberalizan la altura de edificación y que deja la intervención en el espacio público a cargo de los promotores inmobiliarios (Arizaga, op. cit.: 176). El año 1994 el Plan Metropolitano de Santiago concretizó un “drástico cambio” en relación con la altura de las edificaciones y el espacio público, ya que la altura se comenzó a explotar como dimensión central de construcción y el espacio público fue abandonado y dejado a criterio de cada promotor inmobiliario. Esto ha llevado a lo que Arizaga denomina “la ciudad sorpresa”, donde edificaciones de alta densidad se instalan en sitios no previstos sin proyecto urbano alguno a considerar y sin diálogo con la ciudad circundante, construyendo servicios de esparcimiento y deporte al interior (piscinas, gimnasios), y menos aún consideran hacen cargo de las consecuencias barriales de su impacto (Arizaga, op. Cit.: 185). En este tipo de viviendas en altura se aplicaron también los subsidios de “renovación urbana”, aunque finalmente no se considerara aspectos de integración barrial y la armonía del espacio (Ibid.: 188). Y más aún, estas propuestas fueron modificadas en 1997 en función aún más de los intereses inmobiliarios propuestos por “figuras técnico-jurídicas”, haciendo que las propuestas integrales de desarrollo territorial fueran aún más difíciles de alcanzar (Hidalgo, op. cit.: 452-453).

El estado se felicitaba de que había logrado evitar las tomas de terreno, contabilizando sólo una entre mediados de los noventa y mediados de los dos mil, y también por supuestamente erradicar o reducir los campamentos o asentamiento informales, buscando tranquilizar a los propietarios del suelo. Sin embargo, había sido principalmente en Santiago⁸ y no así en otras ciudades con fuerte concentración de viviendas precarias, como Valparaíso y Concepción, ni menos estaba llegando a las comunas más pobres del país, y donde se logró fue sólo por un corto tiempo (Correa Parra, 2016: 61). Más bien se hacía patente a mediados de esta década una evidente profundización de la crisis relacionada aún con los tamaños y la infraestructura de la

⁸ Entre 2011 y 2016 disminuyen un 48% las familias residentes en campamentos (Correa Parra, op. Cit.: 61), siendo la ciudad donde más campamentos se habían “erradicado”.

mayoría de las viviendas nuevas entregadas, con hacinamiento, segregadas y fragmentadas del resto de la ciudad (Hidalgo, op. Cit.: 478), tras haber saturado las comunas del sur y poniente de la capital con población proveniente de diversos sectores de Santiago.

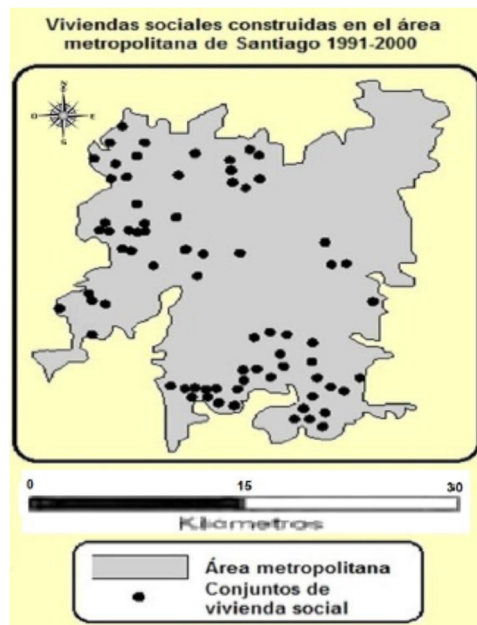
“Para el total del lapso señalado [1978-2002] los municipios que concentran mayor número de soluciones son Puente Alto (15,58%), La Pintana (11,54%), San Bernardo (9,11%), La Florida (8,07%), Maipú (6,89%), Pudahuel (6,11%), Renca (5,83%), El Bosque (5,4%), Peñalolén (4,6%), Quilicura (4,02%) y La Granja (3,59%). Estas once comunas representan en su conjunto el 80,74% del total de viviendas sociales materializadas en Santiago en el período mencionado. Dicho de otra forma, de las 34 comunas que conforman el Gran Santiago, solo en 11 se han construido más de las tres cuartas partes del universo de viviendas edificadas durante 24 años” (Hidalgo, op. Cit.: 481)

Otros datos también detallados en cierta comunas son presentados por Tapia (2011):

“Del análisis de los listados recabados se observa el que cuatro comunas del área sur del Gran Santiago (Puente Alto, La Florida, San Bernardo y La Pintana) en su conjunto, además de la comuna de Peñalolén, en el período 1980-2002, fueron receptoras del 49, 7% de todo el parque habitacional construido en una cantidad de 101.164 unidades habitacionales (Cuadro N° 2). La comuna de La Florida fue depositaria de vivienda social en el período 1983-1986 (gobierno de Pinochet). La comuna de San Bernardo presenta gran cantidad de instalación de viviendas sociales en el período 1998-2002 (gobiernos de Frei y Lagos). La comuna de Puente Alto presenta instalación de viviendas sociales entre los años 1993-1995 (gobierno de Aylwin y Frei). Si a estas cinco comunas se le adicionan la comuna de El Bosque y La Granja, se obtiene un total de 119.281 viviendas, equivalente al 58, 6% de todo el parque de vivienda social construido en el Gran Santiago en el período analizado” (Tapia, 2011: 112).

La comuna de La Pintana ha pasado a ser el ícono de la precarización urbana en las últimas décadas: la comuna entre 1985 y 1994, debido a las erradicaciones provenientes de las zonas más pobres de Santiago, aumentó su población de 80 mil habitantes a 190 mil en menos de diez años (Rodríguez y Rodríguez, en Rodríguez, Saborido y Segovia, op. Cit.: 61). También se mediatizó no sólo como comuna sino también como sector el de Bajos de Mena en Puente Alto, construida entre 1990 y 2010 donde habitan alrededor de 122 mil personas y al año 2016 “en toda el área no existe un solo consultorio de salud, comisaría policial, farmacia, jardín infantil o colegio” (Gil Cawley, 2016: 262). En la siguiente Figura se muestra la localización en la Región Metropolitana de las viviendas sociales construidas en la década del noventa.

Imagen 2. Viviendas sociales construidas en el área metropolitana de Santiago, 1991-2000



(Vergara Erices, op. Cit.: 158. A partir de datos de R. Hidalgo [2007])

Una mayoría de las viviendas sociales eran menores a los 45 metros cuadrados con escasas posibilidades de ampliarse, sin equipamiento urbano, con altos índices de segregación urbana, en un mal suelo y alejado de sectores de servicios y esparcimiento (Correa Parra, op. Cit.: 51). La mitad de las viviendas fueron en lotes de viviendas familiares individuales, los que fueron reduciendo su tamaño, mientras que la otra mitad fue en edificios de estilo blocks, masivos y con espacios comunes residuales, donde los complejos residenciales llegaron a tener dos mil viviendas juntas con más de 600 habitantes por hectárea, viviendo en promedio 1,9 núcleos familiares por vivienda (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 64-66). Vergara Erices cita un estudio realizado por el mismo Ministerio de Vivienda y Urbanismo el año 2007 que daba cuenta la expansión urbana de las ciudades de más de 15 mil habitantes entre el año 1993 y 2003. En relación a ciudades intermedias menores, como Los Álamos, Frutillar, Curicó, habían llegado a aumentar su superficie en más de un 80% en 10 años; las ciudades intermedias mayores, en gran parte capitales regionales, como Serena-Coquimbo, Iquique-Alto Hospicio, Temuco-Padre Las Casas, habían aumentado en más de un 50%; mientras que las áreas metropolitanas mostraban menor crecimiento, donde el mayor estaba en Concepción (48 % aprox.), seguida de Valparaíso (25% aprox.) y finalmente Santiago (20% aprox.) (Vergara Erices, op. Cit.: 157). Pero estos problemas de infraestructura estuvieron particularmente en el foco de la atención

mediática en el invierno del año 1997, cuando las fuertes lluvias en la capital provocaron el anegamiento masivo de viviendas sociales de la empresa COPEVA con pocos años de uso, siendo cubiertas con plásticos como solución temporal y quedó en la retina de la población como ícono del fracaso arquitectónico, lo que provocó un replanteamiento de la política pública en general.

La mala calidad, localización y organización con que se estaba llevando este nuevo sistema tuvo consecuencias también en las formas de convivencia familiar y vecinal, sobre todo por el crecimiento sostenido de familias que viven en allegamiento en Chile, es decir quienes buscaron techo o vivienda a través de sus redes de familiares o de amistades, asociándose con un hogar receptor que en la mayoría de las veces necesita también invitar a alguien a convivir por diversas razones, principalmente económicas (Arriagada, Icaza y Rodríguez, op. Cit.). Aumentando el hacinamiento también aumentaban los problemas de la habitabilidad y eventuales conflictos se trasladaban o encapsulan en el barrio y el ámbito familiar, ejemplificado en la insatisfacción continua y el incremento de las tasas de violencia barrial y intrafamiliar, una profundización de problemas de vivienda en poblaciones “con techo” (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 14-18). Informaciones recogidas ya en los dos mil indicaron que había un 90% de residentes de viviendas entregadas por subsidio que había realizado alguna obra con recursos propios, casi un 40% de residentes que invertían en ampliaciones (que invadían espacios comunes), había residentes ya decididos a pagar incluso el doble de lo que pagan de dividendo mensualmente por otra opción de vivienda y un 65% de las familias de los conjuntos de vivienda social manifestaban intenciones de irse de esta, calculándose que la satisfacción por la casa propia se desvanecía en los primeros dos o tres años de habitarla (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 69-77; Rodríguez y Sugranyes, 2012, 63). Es más, como plantea Sabatini y Brian, según datos del mismo Ministerio de Vivienda y Urbanismo, la mitad de la población habitante en los nuevos conjuntos habitacionales declararon querer volver incluso a sus antiguos campamentos (Sabatini y Brian, 2008: 12).

Así, con la situación de la continuidad de la masividad de campamentos y el nuevo problema de los “con techo”, bastaron como argumentos para pensar el Programa Chile Barrios nacido hacia el año 1997, el que propondría un esfuerzo multisectorial y descentralizado basado en “parámetros objetivos” para su focalización y contaría con la participación relativa de pobladores de campamentos, aunque como plantea Rodríguez y Sugranyes, terminó justamente por seguir radicando o erradicando las familias de campamentos hacia soluciones “con techo” y con el tiempo quedó también estancado (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 48). Y lo peor es que, además, hacia el año 1996, el Catastro Nacional de Asentamientos Precarios seguía

contabilizando 972 campamentos en el país con alrededor de 117 mil familias viviendo en estos, es decir, aproximadamente medio millón de personas habitaban en este tipo de asentamientos pese a una masiva política de vivienda (Hidalgo, op. Cit.: 467).

1.1.3 Los dos mil, el colapso de la periferia y la inversión financiera

Para entender todo este continuo fracaso, es importante repetir que desde el estado y los medios de comunicación chilenos se defendía que el sistema subsidiario y la gestión del Ministerio de Vivienda y Urbanismo habían sido muy exitosos y no se generó un debate serio en torno a la política habitacional hasta entrada la década de los dos mil (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 49-50). Se defendía su éxito cuantitativo, el haber entregado dos millones de unidades en un país de quince millones de personas (Rodríguez y Sugranyes, op. Cit.: 18) y pese a las críticas de las últimas décadas ha seguido siendo considerado un modelo a imitar en el ámbito regional (Amarilla y Ruiz-Tagle, 2018).

Pero desde la década de los dos mil la periferia mostraba una saturación de la acumulación de viviendas sociales y pobreza radicada en guetos urbanos, lo que comenzó a determinar que los nuevos conjuntos habitacionales fueran ubicados fuera del radio urbano en espacios rururbanos, una “nueva periferia” más lejana, pero con los mismos sentidos de concentración, densificación y fragmentación (Vergara Erices, op. Cit.: 159; Correa Parra, op. Cit.: 54). Esta organización de la ciudad es denominada “precariópolis” por Vergara Erices, refiriendo a la idea de configuraciones de nuevos espacios dormitorios que no ofrecen más que la posibilidad de habitación sin fuentes laborales, educacionales, y sólo medianamente comerciales o de servicios, manteniendo no obstante una dependencia al centro, lo que lo hace más complicado y lejano que el traslado urbano que había determinado la urbanización de vivienda social de los noventa (Vergara Erices, op. Cit.: 160). Esto significó que en esta década el tema de la vivienda social volvió al debate público y se planteó desde el estado la necesidad de un replanteamiento para mejorar las condiciones la política general y de los conjuntos de viviendas, modificando la institucionalidad y los actores involucrados, todo dentro de un marco neoliberal (Correa Parra, op. Cit.).

Tanto desde el estado como desde las organizaciones civiles se intentó buscar soluciones a esta profundización de la crisis habitacional. Nacen, como los actores más relevantes, los Servicios de Vivienda y Urbanismo como descentralización del Ministerio, y las EGIS (Entidad de Gestión Inmobiliaria Social), organizaciones en principio privadas que mediarían el proceso de acceso a una vivienda social con subsidio entre las personas, las inmobiliarias y el gobierno,

permitiendo la participación de Municipalidades como EGIS, práctica que ha ido masificándose (González, 2017: 54-56). Esto se dio en un proceso de municipalización que ha colaborado a su vez en una segregación de las poblaciones en la medida que se mantienen las diferencias radicales en los presupuestos de los mismos gobiernos locales. Las postulaciones que ya eran colectivas contaron, sin embargo, con una mayor participación de las comunidades en los proyectos, principalmente a través de Comités de Viviendas que se comenzaron a constituir y masificar. Esto ha permitido incluso la autogestión sin necesidad de EGIS externas, como lo ha hecho el Movimiento de Pobladores en Lucha de Peñalolén y el Movimiento Ukamau de Estación Central (Correa Parra, *Ibid.*: 53). Además, se agregó un “Subsidio diferenciado a la localización” que buscó promover la construcción en sectores mas favorecidos, entregando recursos extras, mejorado posteriormente con otros decretos que buscarían promover la construcción de “viviendas sociales” en sectores más favorables, con condiciones respecto a las distancias a establecimientos educacionales, de salud, de transporte público de equipamiento y de área verde (Decreto Supremo 105).

Pero además se intentó llevar a cabo dos procesos que intentaron “disminuir los niveles de segregación” pero que no fueron parte de un plan urbano estatal. El primero de esto es el proceso de dirigir nuevos programas habitacionales a sectores consolidados de la ciudad que anteriormente habían sido espacios para estratos medios o altos, apostando a una “dispersión de la vivienda social”; el segundo es un proceso más bien determinado por las mismas constructoras e inmobiliarias que consta de una “colonización” o gentrificación de áreas tradicionalmente pobres para residencia de estratos medios o altos en los territorios principalmente periféricos y rururbanos. Lo último, si bien hizo disminuir los niveles de segregación a gran escala, no significó un mayor contacto social entre los diversos estratos ya que los nuevos habitantes fueron instalados en complejos habitacionales con grandes murallas, sistemas de seguridad y controles de acceso (Hidalgo, *op. Cit.*: 161-162). Además, se evidenció la poca eficacia de estas medidas en un contexto de mercado de suelos ya inaccesibles y la ausencia del estado en el control (Correa Parra, *op. Cit.*: 53). Pero la misma masividad de las unidades construidas anteriormente hizo que las mejoras no pudieran ser suficientes, las medidas se limitaron finalmente a cuestiones cosméticas y finalmente se mantuvo la tendencia de la década pasada: producción masiva de unidades nuevas, falta de debate por la localización, consolidación de mecanismos financieros, consolidación de la gestión privada del subsidio habitacional y una gestión basada en la oferta (*Ibid.*: 46-56). La intervención del estado se siguió dirigiendo al financiamiento, exenciones tributarias y préstamos hacia los agentes privados como bancos, constructoras, etc., disminuyendo las exigencias técnicas y subiendo los valores

de licitaciones, principalmente interesado en mantener el interés en la producción masiva de viviendas de bajo costo (Ibid.).

Con respecto a Santiago, hacia el año 2003 se comenzó a discutir el proyecto de Ley N°19.939, la que revisaba la Ley General de Urbanismo y Construcción (LGUC) en cuanto a las áreas de utilidad pública de los planes reguladores para permitir eventuales caducidades de estas y expropiaciones de terrenos públicos. Jaime Ravinet (Democracia Cristiana), en ese tiempo Ministro de Vivienda (200-2004) y personaje fundamental en la profundización del modelo neoliberal, planteaba que se debía corregir el congelamiento de los terrenos declarados de “utilidad pública” en los años setenta, sobre los cuales no podían venderse ni realizarse obras, lo que habría llevado según el Ministro a una desvalorización de los terrenos, por lo que proponía devolver las tierras de propiedad pública a sus antiguos dueños, buscando proteger el lucro privado (Hidalgo, op. Cit.: 199). Particular en esto es el caso de la comuna de Santiago Centro, uno de los lugares donde se han concentrado las edificaciones principalmente en altura, presionado insistentemente por las inmobiliarias que no han dudado en destruir barrios patrimoniales y expulsar a sus habitantes, ofreciendo cada vez departamentos más pequeños: “entre 1990 y 1999 se construyeron 23.096 de unidades de vivienda, con una superficie de 1.759.845 metros cuadrados. Estas cifras aumentaron sustancialmente en la década siguiente: entre 2000 y 2009 se construyeron 96.761 unidades con 5.065.947 metros cuadrados, reduciéndose el tamaño promedio de 77,1 a 56,1 metros cuadrados” (Ibid.: 205). Santiago pasó a ser la segunda ciudad con mayor concentración de inversores múltiples después de Independencia y antes que Estación Central, “alcanzando los multi-adquisidores el 54,4%, el 41,7% y el 35,3% de la demanda total respectivamente” (Herrera Castillo y López-Morales, 2021: 123).

La diversificación de fuentes de inversión en Chile y la concentración de inmuebles comenzó a acelerarse a mediados de la década. Herrera Castillo y López-Morales (Ibid.) evidenciaron que después del 2007 se reenfocó el dominio del sector financiero en la industria inmobiliaria, ya no masivamente hacia la propiedad por créditos o subsidios, sino que para asegurar la acumulación de viviendas de la elite y otras clases medias altas. Esto se da además en una situación de escasez de viviendas que resulta ser funcional a este sistema al presionar a los inquilinos a pagar precios más altos (Ibid.: 113). No deja de ser relevante remarcar que el perfil del inversor es principalmente masculino.

Es que la capacidad de presión y convencimiento de las empresas inmobiliarias frente a las autoridades locales y funcionarios municipales en función de sus intereses en cuanto a los posibles usos del suelo, las alturas máximas, las normas, procedimientos y plazos han llevado

a Alfredo Rodríguez y Paula Rodríguez a aplicar el concepto de “urbanismo a la carta” (Rodríguez y Rodríguez, 2013: 189-209). Finalmente, las empresas privadas se han transformado en los actores centrales del desarrollo urbano neoliberal porque “las autoridades sucumben y, en el borde de la legalidad, eliminan toda traba o regulación que no sea del agrado del inversor, haciendo que la desregulación sea el factor que permite los enormes beneficios inmobiliarios (Ibid.: 191). Todo esto evidenciaba ya por todos lados que más que una política habitacional era un negocio redondo para las empresas constructoras cuyo éxito era únicamente el haber construido “viviendas pequeñas, de mala calidad y mal ubicadas”, donde una gran cantidad de complejos habitacionales ya a los dos mil se habían transformado en guetos como “la expresión máxima de la segregación social y espacial” (Rodríguez y Rodríguez, en Rodríguez, Saborido y Segovia, op. Cit.: 42; Vergara Erices, op. Cit.: 158-159). Esto será considerado como un ejemplo de la corrupción del Estado neoliberal y su incapacidad de responder a derechos humanos en función de intereses privados (Rodríguez y Rodríguez, 2012: 198-200⁹).

Y también las repercusiones sociopolíticas siguieron profundizándose con el tiempo, repercutiendo en el decaimiento del golpeado movimiento social y organizaciones industriales de trabajadores, las que perdieron aún más peso en este nuevo contexto neoliberal (Alfredo y Paula Rodríguez, en Rodríguez, Saborido y Segovia, op. Cit.: 43).

No hay que olvidar que otra de las aristas en la relación entre estado y privados que quitó más la escasa responsabilidad y protagonismo que mantenía el estado en el tratamiento del problema de los campamentos y la falta de acceso a la vivienda fue el desarrollo y mantenimiento de la perspectiva pastoral como política pública-privada, principalmente llevada por instituciones como el Hogar de Cristo y Techo Para Chile (Hidalgo, op. cit). El problema es que, como remarcaba Nicolás Rojas Pedemonte, en las organizaciones de beneficencia como el Hogar de Cristo, las personas logran satisfacer necesidades básicas y acceso a medios de comunicación, pero no encuentran espacio ni fomento para la participación y la asociatividad (Rojas Pedemonte, 2008, 59¹⁰). Y si es que se da, como describo en el capítulo 3, la participación es absolutamente irrelevante en la determinación de las condiciones del sistema mismo.

⁹ Los autores destacan en el artículo cómo encuestas en ese tiempo demostraban la alta percepción pública de corrupción en las municipalidades al ser estas las instituciones que lideraban el ranking. (Rodríguez y Rodríguez, 2012: 201)

¹⁰ Para profundizar sobre la historia y modalidades del Hogar de Cristo véase Fernández, Samuel (2008) y Fernández, Pamela (sin año).

1.1.4 Los dos mil diez: la colonización del borde y la reconstrucción posterremoto

Como hemos visto, el proceso de segregación del estado chileno en sus décadas de desarrollo responde definitivamente a una política histórica. Este “sesgo segregador del Estado” (Rasse, Sarella, Sabatini, Cáceres y Trebilcock, op. Cit.: 42), que se proyecta evidentemente desde la década de los sesenta para adelante, vio cómo su implementación masiva primera dio paso posteriormente a una reducción del número total de viviendas nuevas y a una concentración de la oferta en los sectores periurbanos (Ibid.: 45). Vergara Erices realiza una división temporal en cuatro etapas para ilustrar la movilidad de las clases populares a la periferia: una primera entre 1979 a 1989 caracterizada por los traslados de los campamentos, una segunda entre 1990 y 2000 donde comienza la “producción industrial de la vivienda social”, una tercera entre el año 2000 y 2005 cuando se produce el “desborde de la vivienda social, la que sale de los márgenes urbanos”, y finalmente una cuarta etapa desde el 2006 cuando “la expulsión de los estratos bajos de la ciudad comienza a disminuir su intensidad” (Vergara Erices, 2014: 154). En este apartado quisiera referirme a la última etapa principalmente posterior al 2010.

Hacia la década del dos mil diez se ve que tras el “estallido de los bordes” de las ciudades chilenas se da una “ruptura de su patrón tradicional de segregación”, adquiriendo un mayor dinamismo y variedad de usos del suelo y población habitante (Sabatini, Rasse, Trebilcock, Greene, 2020-2021: 11). Se siguió desarrollando una política neoliberal, pero estuvo fuertemente determinada por el terremoto del 2010 y los intereses que sentaron en la reconstrucción de parte del primer gobierno de Piñera, que se proyectaron después también a su segundo gobierno (2018-2022). Un dato relevante es que un año antes del terremoto del 2010 un 26% de los hogares estaba afectado por el allegamiento (del Romero, 2018: 53). En esta década se masificó la construcción de conjuntos de viviendas destinados a grupos económicos medios y medios altos en las periferias (Rasse, Sarella, Sabatini, Cáceres y Trebilcock, op. Cit.: 39-41), pero esta “colonización” llevó automáticamente a un proceso de “desplazamiento” o “presión de desplazamiento” hacia las poblaciones pobres asentadas en la periferia, elevando el precio del suelo, lo que ha generado que los paños de terrenos para viviendas sociales tengan que alejarse más aún, ya fuera de la ciudad (Rodríguez y Rodríguez, en Rodríguez, Saborido y Segovia, op. Cit.: 45; Rasse, Sarella, Sabatini, Cáceres y Trebilcock, op. Cit.: 44).

Las poblaciones en emergencia de vivienda están así entrampadas en situaciones contradictorias. En primer lugar, las familias allegadas al buscar acceder a un subsidio de vivienda deben enfrentarse a la situación de que con esta ida de la familia allegada la cantidad de familias pobres se duplican porque ninguno mejora su situación, de una familia a dos

núcleos, multiplicándose los problemas habitacionales y rompiendo redes (Rodríguez y Sugranyes, 2012: 61). Otras situaciones donde las familias estarían atrapados entre la posibilidad de vivir en una vivienda fuera de la ciudad o mantenerse en la ciudad, pero en condiciones de informalidad o precariedad (Rasse, Sarella, Sabatini, Cáceres y Trebilcock, op. Cit.: 44-45). Muchas de las comunas de las zonas periurbanas no pueden aún destinar suelo a viviendas sociales al seguir siendo esta propiedad de desarrolladores inmobiliarios que orientan sus proyectos a esos otros grupos de más altos ingresos, y es por esto la larga espera que ciertos grupos deben tener para acceder a viviendas en aquellos territorios (Ibid.: 50-51). Una alternativa es la posibilidad de habitar las comunas centrales, pero en una hiperdensificación en edificios de altura orientados a poblaciones de ingresos medios pero aún así con infraestructuras deficientes. De allí se determina, junto con la intensificación y crisis migratoria principalmente en ciertas regiones, que la población en campamentos haya ido creciendo aún más: “*de acuerdo con el Catastro Nacional de Campamentos realizado por el MINVU (2019), las familias habitando en campamentos en la Región Metropolitana de Santiago (RMS) han aumentado de 4.645 en 2011 a 5.991 en 2018, número que, de acuerdo con Techo (2021), llega a 19.444 en 2021*” (Ibid.: 52). Y el número de familias viviendo en allegamiento ha crecido también explosivamente en los últimos años: de 37 mil a 175 mil entre 2000 y 2017 (Rasse, Sarella, Sabatini, Cáceres y Trebilcock, op. Cit.: 53).

“al mirar la ciudad como un todo, incorporando sus áreas de expansión, es posible ver que la tendencia a ir “alejando” a los pobres del centro en círculos concéntricos con el paso del tiempo, a través de las sucesivas políticas de vivienda social, no se ha replicado en la expansión de la ciudad hacia el periurbano desde el 2000. No existe evidencia de un desplazamiento masivo de los nuevos hogares pobres hacia áreas periurbanas, sino de su exclusión del mercado habitacional formal. La lectura global de los datos expuestos sugiere que los grupos populares se están localizando al interior de la metrópolis, sin llegar a conformar grandes zonas de concentración, resolviendo su acceso a vivienda a través de una serie de estrategias informales y condiciones deficitarias (allegamiento, hacinamiento, campamento)” (Ibid.: 54)

Una intensa profundización de este sistema se dio durante los gobiernos de Sebastián Piñera, donde el primero estuvo además marcado por el terremoto del 2010 y los planes de reconstrucción (Rodríguez y Rodríguez, 2012). A través del Ministerio de Vivienda y el de Obras Públicas se llevó a cabo una política de vivienda y reconstrucción llena de espectáculo, promesas e incumplimientos, buscando intereses económicos y posibilidades de enriquecimiento a pesar de la catástrofe a través de la organización de monopolios y con

corrupción ejemplificada en el sobrepago de mediaguas, licitaciones para empresas de demolición, ampliaciones del suelo urbano, aprovechamiento de las leyes de ayuda y donaciones, etc. (Ibid.: 127-129).

Una de las confusiones fue la de mostrar resultados basados en subsidios en teoría otorgados, pero efectivamente no utilizados (Ibid.: 131). Como comentan Alfredo y Paula Rodríguez con relación al discurso del Sebastián Piñera del 21 de mayo del año 2013 donde prometía entregar 750 mil subsidios, superando así a gobiernos anteriores, en realidad *“lo que hacía esta pieza de oratoria era intentar convertir un trozo de papel, un certificado de subsidio habitacional, en una vivienda, en un objeto material, traspasando a -al gobierno siguiente- la responsabilidad por su realización”* (Rodríguez y Rodríguez, 2013: 164). Esta situación fue central para lo que fue planteado por la autora y el autor como *“un monólogo auto-elogioso”*, es decir, un discurso de la eficacia hipermediatizada y la sobreexposición de los ministros en terreno con identidad corporativa (Rodríguez y Rodríguez, 2012: 120 y 133). Como plantea Paula Rodríguez, la práctica de *“auto-elogiar”* el subsidio entregado fue criticada intensamente, planteándose la necesidad de asegurar su utilización y con ello el acceso efectivo a la vivienda, ya que una gran cantidad de familias pierden sus subsidios al no encontrar casas en el mercado que puedan pagar con este, al ser estas las responsables de esa búsqueda, lo que terminó sobrecargando aún más a los hogares con más hacinamiento como solución primera. Es que los mismos promotores inmobiliarios siguieron considerando más rentable y por ende mejor apuntar a estos estratos sociales con intención y posibilidad de pagar departamentos privados, ubicándolos en concentraciones masivas de personas y pisos en edificios de las comunas centrales, principalmente Estación Central y Santiago Centro, y para lograrlo presionan por cambiar la normativa comunal a su favor. Estos procesos responden a una valorización económica de la desigualdad y la distinción, focalizando, homogenizando socialmente y segregando, como diría la autora, *“destrozando lo urbano”* (Rodríguez P., 2016: 63, 74¹¹).

Con relación al terremoto y la reconstrucción, en el proceso de reconstrucción se ha visto la presión de las inmobiliarias, quienes a través de la Cámara Chilena de la Construcción siguieron buscando generar conjuntos habitacionales masivos (más de 150 viviendas por complejo) como

¹¹ Paula Rodríguez como definición, desde Lefebvre, define lo urbano así: *“se trata de una forma, no un sistema, una posibilidad y una tendencia, lo que involucra la idea de proceso, construcción. Lo urbano es la morfología social. Se refiere a la posibilidad de que se produzca la situación urbana (Rodríguez, P., 2016: 63) y la segregación como “la imposición de una formación totalitaria que apunta a desgarrar lo urbano y su complejidad mediante la ruptura de relaciones y el cese de información. Ahora bien, lo opuesto a segregación no es la unidad ni la armonía, sino el lugar de las expresiones, del deseo, ‘el lugar de enfrentamientos y confrontaciones, como unidad de las contradicciones’”* (Ibid.: 64).

en los ochenta y noventa (Rodríguez y Rodríguez, 2012: 132). Uno de los nuevos problemas fue por ejemplo que la focalización mediante la cual se definieron los beneficiarios separó a los postulantes de subsidios con los que fueron categorizados como “damnificados” y privó a quienes dentro de los últimos no tenían cómo acreditarlo o no contaban con Ficha de Protección Social (Ibid.). También presionaron a finales de marzo para la aprobación de un nuevo Plan Regulador Metropolitano de Santiago que buscaba ampliar el suelo urbano, cambiando su uso, arguyendo que no habría suelo disponible en la ciudad e incrementando finalmente su valor (Ibid.: 133).

Como políticas generales, el gobierno de Piñera buscó a través de Decretos implementar soluciones habitacionales diferenciadas según ingresos de los postulantes y comenzó a introducir el concepto de Integración Social para disfrazar el beneficio económico de las constructoras. El 2012 entró en vigencia el Decreto Supremo 49 (Fondo Solidario de Elección de Vivienda) para familias vulnerables para promover el acceso a una solución habitacional a través de un subsidio otorgado por el estado y dirigido al 40% más vulnerable (Ministerio de Vivienda y Urbanismo, 2012). Este podría incluir como máximo al 30% del 40% y hasta un 90% de los “más vulnerables” “siempre que se encuentran en las condiciones de carencia habitacional y otras situaciones de vulnerabilidad socioeconómica que se establezcan por resolución fundada del Ministro de Vivienda y Urbanismo”, si este contara con su propio sitio, podría pertenecer al 50% más vulnerable. A febrero 2022 el programa anunciaba haber beneficiado a más de 5.600 familias a través de la entrega de unos 67 mil subsidios traducidos en aproximadamente 200 mil millones de pesos (Gobierno de Chile, 2022). Se ofrecieron dos modalidades de postulación: una individual para una vivienda nueva o usada con un valor inferior a 950 UF y otra colectiva de grupos organizados en comités. Para postular a este se debía contar con una cuenta de ahorro a nombre de quien postule y tener como mínimo 10UF¹² ahorrados, es decir unos 220 mil pesos en ese tiempo, y si fuera colectiva y la persona pertenece a un tramo fuera del 40% más pobre, tendrá que contar con un ahorro de 15UF. Por otro lado, el DS.1 (Decreto para Sectores Medios) se había aprobado hacia el año 2011 el Reglamento del Sistema Integrado de Subsidio Habitacional, permitiendo a familias o personas individuales sin posesión de viviendas o sitios con destino habitacional acceder a un subsidio categorizado en tres tramos con un tope de valor de vivienda de 500 UF: el primer tramo es para viviendas de un máximo de 1.100 UF, debiendo tener un ahorro mínimo de 30 UF; el segundo tramo para viviendas con un máximo de 1.600 UF, teniendo un ahorro mínimo de 40 UF y que tenga la posibilidad de complementar el valor de la vivienda con un crédito hipotecario; y un tercer

¹² La UF estaba en esos momentos a unos 22 mil pesos chilenos, es decir, un poco más de 23 euros.

tramo para viviendas con un valor máximo de 2.200 UF, para lo cual las familias deben tener un ahorro mínimo de 80 UF y que también tengan la posibilidad de complementar el valor de la vivienda con un crédito hipotecario (Chile Atiende, 2022). Este decreto define, además, la incorporación de viviendas correspondientes a Proyectos de Integración Social, las que accederían a un subsidio adicional de hasta 100 UF siendo requisito un ahorro de por lo menos 30 UF. El concepto de Proyecto de Integración Social planteó aquí la construcción de proyectos con un máximo de viviendas (aprox. 300) con un porcentaje mínimo de viviendas destinadas a población del grupo más vulnerable (20%) (Ministerio de Vivienda y Urbanismo, 2011).

Un análisis comparado entre ambos decretos es el realizado por Michelle Cáceres (2019) con el objetivo de ver las barreras legales que tienen las personas para postular a estas soluciones habitacionales en la comuna de Santiago. La autora contextualiza mencionando que la comuna de Santiago vive en los últimos años un repoblamiento (tras un proceso de despoblamiento producto de la política urbana y de vivienda) y crecimiento (aumento de población de un 55,09% entre los años 2002-2012), convirtiéndose en uno de los focos de la demanda habitacional actual. Sin embargo, se hace muy difícil acceder a una vivienda por el alto valor del suelo y la escasez de este, haciendo prácticamente imposible costear proyectos con el bajo subsidio habitacional (Ibid.: 41). Es que el sistema si bien ha mostrado cifras exitosas, como hemos ya mencionado, basada en la intervención de privados que construyen en paños económicos de la periferia y de forma horizontal y no controlado, se ha concentrado en la propiedad del bien físico, lo que ha llevado a un alto nivel de insatisfacción, morosidad y déficit cualitativo (Ibid.: 40). Aunque haya habido cambios relativos al tamaño, aumento del mismo subsidio, además de su masividad, que llegaba a 497 mil unidades aproximadamente al 2017, la incorporación del subsidio de localización y el programa de recuperación de barrios, el principal foco de acceso siguió siendo el financiamiento del inmueble, lo que ha seguido dejando porcentajes importantes de población fuera por no cumplir el perfil o por no ser atraído por la oferta. En relación con las barreras que identifica la autora, en primer lugar, en relación al DS. 49, cuentan el hecho de no poder postular individualmente sino que entre dos personas o más, tener ahorros, no haber personas en la familia postulantes que hayan sido asignatarios de otros subsidios para viviendas (aunque esta no cumpla sus necesidades y sea este el argumento de postular de nuevo), en caso de contar con sitio este debe tener acreditada su posesión (esto significa un gran problema para familias pobres con adquisiciones no regularizadas), la falta de acceso a entidades patrocinantes necesarias para la postulación (municipalidades o agentes privados) y la falta de información (Ibid.: 41). Ahora, con relación al DS. 1 hay diferencias, como el hecho de que sí pueden postular personas solteras, deben

acceder a un crédito hipotecario, y se le suma también el componente de (auto)estigmatización, en el hecho de que pese a que poblaciones pobres postulan a este subsidio dirigido en rigor a grupos medios, estos deben reconocerse como sujetos vulnerables al ser ingresados. (Ibid.: 42). Y comparando ambos se repiten algunas dificultades, como la tenencia acreditada del sitio debido a la antigüedad de las construcciones, la falta de saneamiento legal y la dificultad de ubicar a los o las dueñas o la falta de información. El aspecto de la composición familiar es por lo tanto un punto sensible, sobre todo en el DS. 49, ya que como muestra la autora hay una gran cantidad de postulantes que vienen justamente de familias que históricamente se han relacionado con subsidios y eventualmente han recibido alguno, pero no han solucionado con ello las necesidades de todo el grupo familiar, manteniéndose en situación de vulnerabilidad y con la imposibilidad de postular, y aunque este decreto está pensado en familias, no está pensado en la forma e historias reales de la familia. Otra gran barrera que plantea la autora es la nacionalidad y la residencia definitiva en Chile, lo que es un problema particular de la comuna de Santiago, la que cuenta un 28% de su población como inmigrante, la proporción más numerosa de la Región Metropolitana, lo que hace que este sea uno de los grupos más afectados. En este sentido, muchas y muchos vecinos han seguido buscando las alternativas informales como *“el allegamiento, tomas de terreno, el acceso autogestionado y el arrendamiento en mercado informal. En tanto a las alternativas en el caso de Santiago, los más críticos identificados en esta investigación, son el allegamiento y el mercado de arrendamiento informal”* (Ibid.: 44). La autora especifica que el arriendo informal se muestra como una estrategia común en las poblaciones inmigrantes, mientras que el allegamiento se asocia más a residentes más antiguos y grupos familiares. Los adultos mayores también son afectados de gran manera por no tener muchas redes de apoyo y tienen más probabilidades de haber tenido otra solución habitacional anterior, por haberse acercado a ONG's en busca de soluciones *“de emergencia”* (Ibid.: 44). Es la escasez de suelo y el precio de este el que determina que en la comuna no se construyan viviendas públicas (Ibid.: 45).

Como destacaba Victoria López (2019), se daban inconsistencias entre el supuesto éxito cuantitativo del modelo subsidiario de vivienda, la creciente cantidad de tomas de terrenos y los niveles de desigualdad en Chile, muy patentes a nivel de vivienda¹³. Según datos de la autora, al año 2017 se dimensionaba un déficit de más de dos millones de personas que necesitaban alrededor de unas 425 mil viviendas para terminar con el allegamiento y 315 mil más para reemplazar unidades deterioradas; interesante y preocupantemente sigue siendo el número de asentamientos informales, similar al que existía en 1985 (Ibid.: 57). Pero en lo que

¹³ López, Victoria (2019)

debería ser la solución, se daba una disyuntiva en la política pública de vivienda, a saber, que la gente estaba eligiendo entre tamaño o localización: mientras más chico el departamento podría vivir más central. Para analizar esta inconsistencia es que revisa los dos programas de subsidios del Ministerio anteriormente descritos, pero agregando el DS. 19. En general estos Decretos han ido actualizando programas anteriores, uniendo diferentes subsidios focalizados al nivel socioeconómico de los postulantes y han ido “perfeccionando” el subsidio habitacional (Ibid.: 55). Sin embargo, según la autora, han evidenciado una ausencia de diseños arquitectónicos y planificación urbana y los efectos de esta focalización han terminado por reproducir desigualdades al concentrar la pobreza en ciertos barrios, al tener “catalizadores de desigualdad” (Ibid.: 58 y 61).

En el análisis de estos tres programas la autora remarca algunos problemas. En primer lugar, se hace problemático que la focalización no sólo se presenta en el proceso de selección del beneficiario o beneficiaria, sino que se da en el mismo diseño de las viviendas, más evidente en los conjuntos de integración social, además de evidenciarse, sobre todo en el DS. 19, procesos de selección arbitrarios y segregadores llevados a cabo por las Entidades Patrocinantes con relación a la estabilidad financiera de las y los postulantes o a antecedentes penales (Ibid.: 63). En segundo lugar, que, si bien tanto la localización como la integración en la ciudad son consideradas importantes en la regulación en cuanto a distancia con servicios básicos, a otros estratos socioeconómicos o a espacios comerciales, se demostró que las distancias máximas planteadas en la normativa no han sido garantía de una buena ubicación, acceso a comercio y con ello una posible integración efectiva (Ibid.: 61-62). Es que tanto en el DS. 49 y el DS. 1 no se proveen pautas de diseño de espacios comunes, servicios o espacios de circulación, e incluso más, es un requisito del DS. 49 que haya un cerco perimetral en cada nuevo conjunto, generando condominios cerrados donde sus áreas verdes no tienen calidad de bienes públicos, con una ausencia de requerimientos relacionados a espacios de usos mixtos y comerciales, los que se terminan generando por iniciativas vecinales (Ibid.: 64). En relación con esto, particularmente frente al DS. 1 es donde Alvarado Peterson plantea que el bienestar neoliberal hace que la propiedad conculque los ideales de barrio o paisaje, dando cuenta de las transacciones que cierta población está dispuesta a hacer para acceder a otras prestaciones (Alvarado Peterson, op. Cit.: 29). El tercer problema es que, al ser incluido el valor del terreno en el presupuesto general del subsidio, repercute en que el presupuesto para la vivienda termina reduciéndose (López, 2019.: 62). En cuarto lugar, que establecer precios máximos para cada subsidio resalta las desigualdades de recursos, segregando internamente. En quinto lugar, que, según el análisis de la autora, si bien el 72% del déficit habitacional corresponde a familias de bajos ingresos,

concordaba que estos tres programas dan en mayor proporción subsidios a sectores medios, además de ser ya cuestionable que de alguna manera los sectores de clase media reciban un subsidio por estar dispuestos a vivir con poblaciones vulnerables, lo que contradice las definiciones de equidad (Ibid.: 66). En sexto lugar, al establecerse porcentaje mínimo de familias vulnerables por complejo habitacional, las constructoras demuestran poca motivación para superarla y la mantienen finalmente en el mínimo (Ibid.: 66-68).

Se concluye que el déficit no puede quedar en manos del mercado y que los requisitos mínimos no pueden ser tan mínimos para las constructoras (Ibid.: 67-69). La participación comunitaria en el diseño y construcción es fundamental para generar vecindad, comunidad y para conocer justamente las políticas de vivienda y el problema actual es que al ofrecerse viviendas sin terminaciones o como viviendas progresivas con posibilidad de ampliarse, pero a la vez no se incluye a la comunidad anteriormente, genera que la comunidad se vea obligada a tomar, sin toda la información y sin posibilidad de elegir, nuevos procesos de postulaciones para habitar los barrios y viviendas (Ibid.: 68). En general se ve que la vivienda social “se aleja deliberadamente de la equidad” ya que los requerimientos son proporcionales a los orígenes socioeconómicos de los postulantes, por lo que se enfatiza que la política pública representa una reproducción de desigualdades (Ibid.: 68). Es fundamental entender, como plantea la autora, que los conjuntos habitacionales no sólo significan la provisión de vivienda sino también de redes urbanas y ahí reside “la clave para la integración social”, pensarse efectivamente como política urbana. Con esto, la autora recomendaba aumentos considerables del porcentaje mínimo de familias vulnerables en proyectos de integración, devolver la calidad pública a los espacios de los proyectos, darle mayor participación a las autoridades locales en los procesos de planificación, incorporar diversidad en el uso del suelo de los barrios y así incorporar comercio y, por último, que los espacios comunitarios se construyan antes que las viviendas para constituir así puntos de encuentros a lo largo del proceso (Ibid.: 69).

1.1.5 El proyecto neoliberal de integración en vivienda

Hacia finales del 2018 se ingresó al Congreso el Proyecto de Ley de Integración Social y Urbana, el que propuso algunos supuestos cambios en la institucionalidad e incentivos a la construcción de viviendas sociales, con la supuesta idea de colaborar en reducir las altas cuotas de segregación urbana. Se planteó así la densificación de zonas de desarrollo urbano creando las “zonas de integración urbanas” donde se flexibilizarían las condiciones de construcción, una

política de “arriendo protegido” y una “mayor fiscalización” de viviendas sociales (Palma F., 2019).

Básicamente este concepto se concretizaba en la idea de un mecanismo donde “dichos proyectos puedan aumentar densidad y capacidad de edificación, a cambio de que en ellos se incluya un determinado porcentaje de viviendas para beneficiarios de los programas de subsidio habitacional del Estado (Centro UC Políticas Públicas, 2019: 8). Si bien parece haber habido ciertos consensos en algunos sectores, las críticas a este proyecto se alzaron desde este primer momento. Se criticó la idea de entregar terrenos fiscales a inmobiliarias para proyectos con cuotas de viviendas sociales, que reproduce la lógica del estado subsidiario incapaz de ejecutar por sí mismo. También que pasara por alto los instrumentos de planificación territorial con ciertos niveles de participación democrática en sus diseños de organizaciones sociales o cooperativas de vivienda, siendo estas invisibilizadas. Además, se manifestó que esta política social tenía problemas en no dejar definidos claramente el porcentaje de terrenos públicos en concesión o que el SERVIU si bien tendría un rol fiscalizador, ya con los anteriores proyectos de menor complejidad encontraba problemas para vigilarlos. Y por último que no dejaba definido qué se iba a entender por “integración social”, concepto que parece ser aún impreciso, entendiendo que una integración sólo a través de la vivienda es ilusorio, ya que es necesario contemplar otros aspectos altamente segregados aún: educación, salud, trabajo, integración etaria, de diversas nacionalidades, de personas con discapacidad, etc. Es que el problema, como se explicita en el artículo de la Universidad de Chile, es que se terminarían “integrando” a poblaciones pobres con determinadas aspiraciones o características más cercanos a las clases media y no a los más necesitados. Es que como ahí precisa el profesor Ernesto López, “*el Estado chileno en estos momentos tiene todas las posibilidades de tomar suelos de bienes nacionales y mandar a construir ahí proyectos de vivienda, pero no con un 10 o 20 por ciento de viviendas sociales y el resto para el mercado, sino que 100 por ciento de integración social*” (Palma F., op. Cit).

El medio de periodismo de investigación CIPER planteaba hacia finales del 2020 algunos puntos sobre esta Ley (Larraín C., 2020). Se plantea que ya en la Política Nacional de Desarrollo Urbano de 2014 se había definido promover la integración social en una política de suelo y fue el año 2018 cuando entra a trámite la primera versión del proyecto, la que no pretendía entregarle al estado más responsabilidad con respecto al suelo urbano, pero sí le entregaba tres atribuciones. En primer lugar, propuso entregar a los SERVIU la posibilidad de concesionar por licitación pública la construcción, administración y mantención de viviendas en terrenos bajo su dominio, es decir, la entrega de un terreno del estado a un particular por un período

definido (máximo 25 años) a cambio de que un porcentaje de las viviendas construidas se asignaran a familias receptoras de subsidios, el estado debería fiscalizar y además recibiría el inmueble después del plazo máximo de concesión. El proyecto fue sin embargo rechazado en la Cámara de Diputados tanto por la Democracia Cristiana, arguyendo que había muy pocos suelos públicos disponibles para concesionarlos para un subsidio de viviendas protegidas en arriendo, y también por la centroizquierda y el Frente Amplio, quienes argumentaron lo negativo de entregar suelo público al lucro inmobiliario. En segundo lugar, este proyecto buscaba “profundizar y ampliar la capacidad del Minvu para entregar incentivos de normas urbanísticas a proyectos inmobiliarios que incorporen viviendas sociales”, lo que también fue muy cuestionado por revalidar la lógica mercantil en relación con la vivienda social. En tercer lugar, el Ministerio podría definir los criterios de la integración social, pero serían los municipios y gobiernos regionales quienes deliberarían cómo cumplirla a través de la planificación urbana. Tras estos percances en la Cámara de Diputados y en la discusión pública, la nueva versión del proyecto buscó reordenar lineamientos centrales, por ejemplo, en un rol ahora activo del Ministerio de Vivienda y Urbanismo en la adquisición y gestión del suelo. Otras nuevas competencias serían tomadas por los SERVIU, como la posibilidad de viabilizar estudios preliminares o adquisición de terrenos prioritariamente en algunos territorios demandados o de asociarse con entidades públicas y privadas para desarrollar proyectos habitacionales o de mejoramiento o regeneración urbana y barrial, pudiendo así utilizar terrenos de otros organismos públicos.

Con estos antecedentes, desde CIPER se plantearon algunos aportes para colaborar en la discusión. Uno de los puntos es que la ley original no abordaba el rol de las políticas de suelo en la integración social y que los mecanismos existentes habían sido poco eficientes, con muchos problemas para realizar expropiaciones, subdivisiones y fusiones de terrenos, junto al rediseño vial y del espacio público, aunque la nueva versión habría apuntado a estas debilidades. Pero se evidencia que los SERVIU tienen problemas en gestionar la adquisición de terrenos junto a los comités de vivienda y la localización de estos proyectos sigue dependiendo de los privados y sus capacidades de pagar suelo, generalmente periférico en las áreas metropolitanas. Desde CIPER se manifestaba la necesidad de voluntad política y planificación, lo que se entorpecería con la “gobernanza centralizada y sectorial de nuestras ciudades”, además de romper con la reducción de un estado pasivo en el mercado de los suelos que se buscó reforzar en este proyecto. El autor del artículo planteó tres dimensiones necesarias de incorporar y cómo estas fueron abordadas en el nuevo proyecto de ley: en primer lugar regular las ventas de terrenos públicos y evaluar su posible destino con la incorporación de bancos de suelo público

que priorice los usos de este y en esto el nuevo texto avanzaba aunque sigue habiendo “discrecionalidad” sectorial; en segundo lugar, se planteó la necesidad de que el estado tuviera herramientas para adquirir y viabilizar terrenos, especialmente en zonas con déficit habitacional, permitiendo ahí radicar a familias y comités de vivienda y no desplazarles, dándole más herramientas a los SERVIU para comprar, gestionar e invertir en terrenos, evitando que los recursos para terrenos signifiquen reducir el subsidio a la vivienda; y en tercer lugar, que el estado debería conservar terrenos con buena localización y demanda desarrollando conjuntos que sea de oferta pública en arriendo, conservando el suelo y su plusvalía. Un punto complejo es que no se entregan claridades de los actores que deberían desarrollar los proyectos, sobre todo en un espacio donde de alguna manera compiten por el suelo público inmobiliarias privadas con fines de lucro con organismos sin fines de lucro, como municipalidades. Se recomendaba que si el estado construyera infraestructura pública, a través de contratos del SERVIU con otras entidades públicas, podría disponer en terrenos aledaños de suelo para viviendas sociales.

En junio del año 2020 se creó el Banco de Suelos del Ministerio, el cual a finales del año disponía ya con 1.827 hectáreas para proyectos habitacionales (Rodríguez S., 2020). Reconociendo un déficit de 600 mil viviendas a finales del 2021, en base a estos terrenos del Banco de Suelos, Sebastián Piñera en su segundo gobierno anunciaba el programa “Compromiso Vivienda”, el que entregaría soluciones habitacionales integradas y conectadas a la ciudad, con supuestos buenos servicios y terrenos bien ubicados a unas 100 mil familias, con sistemas de construcción más rápidos que podrían entregar viviendas en un plazo entre tres y tres años y medio (Prensa Presidencia, 2021). Un punto interesante era que esta ayuda contemplaba subsidios individuales a familias que sí habían recibido subsidio pero que no lo habían podido usar. Además, anunciaba la urgencia que se le había dado al proyecto de Integración Social y Urbana en el congreso, pese a que se alzaban las voces criticando que este proyecto “pro-inmobiliarias” amenazaría los patrimonios barriales (Valencia F., 2021). La lectura que se hacía por parte de la concejala de Santiago, Rosario Carvajal, recogida por el medio “El Ciudadano”, es que este proyecto sobrepasaría la jerarquía a la Ley General de Urbanismo y Construcciones y a los planes reguladores comunales, definiendo polígonos en la ciudad y entregaría beneficios en altura a las inmobiliarias a través de una flexibilidad normativa que permite una mayor altura de pisos, mayor densidad y flexibilización de “conos de sombra”. Y en este sentido, la comuna de Santiago Centro era ilustrativa del peligro de la destrucción de barrios, al contar con la mayor cantidad de patrimonio protegido por ley. Estos aspectos llevaron a que el proyecto se mantuviera tres años en el parlamento e incluso a ser

rechazado por la Comisión de Vivienda y Urbanismo del Senado en mayo de ese año por considerar la integración social como un proceso de traslado de personas a lugares con mayor plusvalía, demostrando un concepto de integración social de lógica neoliberal y buscando dejarla amarrada para el próximo gobierno.

Finalmente, en mayo del 2022, a dos meses de haberse terminado el gobierno de Sebastián Piñera y comenzar el de Gabriel Boric, se promulgó la Ley 21.450 de Integración Social en la Planificación Urbana, Gestión del Suelo y Plan de Emergencia Habitacional (Ministerio de Vivienda y Urbanismo, 2022). Esta ley pretende aumentar la construcción de viviendas sociales con integración social a través de una “densificación equilibrada en zonas con potencial de desarrollo urbano”, modernizando la gestión del ministerio y entregándole funciones, además de fomentar la organización y desarrollo de comités y cooperativas de viviendas, sistemas de autoconstrucción, precisando el concepto de viviendas de interés público. Se regula además los procesos de regeneración de barrios y conjuntos habitacionales exigiendo además el desarrollo de un Plan Maestro de Regeneración, la dotación de equipamiento comunitario y áreas verdes, mejorar los estándares de urbanización, gestionar la movilidad habitacional y organización comunitaria. Se le impuso además al Ministerio elaborar, diseñar e informar al Congreso un “Plan de Emergencia Habitacional” y se facultó al Ministerio para destinar algunos recursos del Fondo Solidario de Elección de Vivienda para estudios preliminares y adquisiciones de terrenos por el SERVIU. Se incluyeron normas destinadas a la adquisición y gestión de suelo para la integración social y urbana y por último, se establece un rol clave a los municipios y gobiernos regionales en la promoción y resguardo de esta Integración Social y Urbana, los que deberán incorporar disposiciones para resguardar e incentivar la construcción de interés público.

1.1.6 El gobierno de Boric y el Plan de Emergencia Habitacional

El programa de vivienda del Gobierno de Gabriel Boric está determinado en un principio de su gobierno por la promulgación de la Ley N°21.450, que aprueba la Ley de Integración Social en la Planificación Urbana, la gestión de suelo y el Plan de Emergencia Habitacional. En un contexto actual de extrema complejidad, se decidió asentar el foco principalmente en el Plan de Emergencia Habitacional.

“Se estima que la actual emergencia habitacional afecta a cerca de 650.000 hogares y presenta una gran diversidad de expresiones sociales y espaciales. Entre ellas, el incremento de los asentamientos precarios y de personas habitando en las calles, un persistente número de hogares

que comparten viviendas en condición de allegados, con un alto grado de hacinamiento; familias lanzadas del arriendo abusivo a los campamentos; barrios que accedieron en el pasado a soluciones urbano-habitacionales de precaria calidad, donde hoy se concentran la pobreza y la inseguridad; extensas áreas rurales rezagadas de la acción del Estado, y miles de personas con un subsidio para compra o arriendo que no pueden materializar, ya que se enfrentan a un mercado privado de viviendas inasequibles” (Plan de Emergencia Habitacional, 2022-2025, Ministerio de Vivienda y Urbanismo, junio 2022: 11)¹⁴

Según la interpretación que se hace desde el Ministerio de Vivienda y Urbanismo es que particularmente este Plan (pensado para el período 2022-2025) ofrece un marco para avanzar en la dirección de que el estado recupere su rol de promotor y garante del derecho a la “Vivienda Adecuada”, buscando reducir las desigualdades socioeconómicas y culturales viendo a la vivienda como la puerta de entrada a otros derechos, buscando desarrollar además de la propiedad el arriendo protegido. Es fundamental para el gobierno, según dichos del Ministro, el pasar del “sueño de la casa propia” al “derecho de la vivienda digna”, lo que demostró un “cambio de paradigma” en la relación entre el estado y la sociedad civil (24horas.cl, 2022). Pero esto se lograría sólo en conjunto “con todas las instituciones públicas, sociales y privadas” que actúan en esta área, fortaleciendo el trabajo con los Gobiernos Regionales, Secretarías Regionales Ministeriales de todas las carteras y con los Municipios, entregando herramientas normativas y de gestión para desarrollar ciudades más justas e inclusivas.

Sus focos y principios rectores son el desarrollo y fortalecimiento del banco de suelos, la sustentabilidad, la innovación, la perspectiva de género, la diversificación de los programas, la descentralización de su gestión, la incorporación de nuevas tecnologías, la equidad territorial, la seguridad de tenencia y la participación, aunque aún focalizadamente. Como se plantea en el Plan, la idea es que la producción de viviendas y sus equipamientos no dependan únicamente de los subsidios estatales, sino que puedan ser financiados por proyectos y ejecuciones globales, incorporando además modalidades mixtas de gestión y financiamiento con aportes de fuentes diversificadas. Como metas nacionales consideraba absorber como mínimo un 40% de la demanda habitacional proyectada para el primer año, es decir unos 643 mil hogares, abordando el hacinamiento interno de los hogares, que de acuerdo con datos de la encuesta CASEN 2020, alcanzaría unos 316 mil hogares. También considera una estrategia directa para campamentos, los que no han encontrado una consistente atención de parte de los gobiernos, basados en

¹⁴ En Alemania, también desde el estado se ha optado por el concepto de Wohnungsnotfall (Emergencia de vivienda) para categorizar a las personas sin hogar, superando los conceptos de *obdachlos* y *wohnunglos* que sin embargo se siguen utilizando.

radicaciones y eventuales relocalizaciones, esta vez con la supuesta consideración de la mantención de redes y vínculos de los habitantes. Relacionado con los vínculos es la propuesta de un Sistema Nacional de Cuidados incluido en este Plan en la medida que considera una perspectiva de cuidados y de género. En esto se propone la creación y habilitación de una Red de Centros Comunitarios de Cuidado y Protección en edificaciones comunitarias en los mismos complejos habitacionales que considere espacios para actividades económicas, de cuidado, de desarrollo personal, talleres, capacitaciones, espacios de comercialización, entre otros. Fundamental para lograr este objetivo es la aplicación de nuevas tecnologías de innovación en la producción de viviendas, considerando la industrialización de la construcción de viviendas como también el desarrollo de viviendas modulares, mejorando la calidad y eliminando al máximo los residuos de las faenas. Además, se planteó la búsqueda de parte del gobierno de que se pueda establecer propiedad municipal de viviendas a las que las mismas municipalidades puedan postular, llegando a un total de 6 mil viviendas (Márquez, Y., 2022). También en la presentación del Plan, el Ministro Montes planteó como garantía la disposición de 20 mil viviendas para arrendar a “precio justo” y que se recuperaría la auto construcción asistida. En este Plan, la Región Metropolitana es la región con mayor población y menor superficie a nivel nacional, concentrando el 43% del déficit habitacional nacional con un alto valor del suelo y un aumento de la cantidad de campamentos en la región, aún con un reducido mercado de empresas constructoras que ejecutan proyectos para poblaciones vulnerables.

A los pocos meses hubo desde el mundo académico “voces expertas” que analizaron el Plan de Emergencia del gobierno (Alvarado, R., 2022). En un artículo publicado en la plataforma online de la Universidad de Chile a partir de entrevistas con académicos y académicas, se planteó en primer lugar por Mariela Gaete y Jorge Larenas, que el Plan se enfrentaba la encrucijada de depender en su aplicación de lo que sucedería con la propuesta de Nueva Constitución, sobre todo con las posibilidades que tendrá el estado de robustecerse y tener un rol en relación con el suelo, a la construcción y al empleo. En segundo lugar, que uno de los puntos destacados es que en “las reglas actuales de juego” en relación al desarrollo del banco de suelo podría generar incluso un alza aún mayor en el precio de este. En tercer punto, se remarcó la importancia de aplicar la distribución regional y comunal efectiva y descentralizar la gestión de las agencias privadas que entran en juego, como entidades patrocinantes, con los gobiernos regionales o con los municipios. En cuarto lugar, el académico de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile (FAU) Ricardo Tapia destacaba que si bien es un Plan ambicioso, sobre todo en relación a la articulación para su ejecución entre diversos organismos, es necesario que exista, pero es necesario circunscribirlo a una política

que considere ordenamientos territoriales y que se incluyan también alusiones a la vivienda y el buen vivir en relación a los pueblos originarios, al ser estos parte del déficit. Según palabras de Mónica Bustos, también de la FAU, el Plan sería exhaustivo al dimensionar y caracterizar el déficit habitacional actual, proponiendo soluciones de emergencia frente a la crisis política, económica y migratoria y valoró la diversificación de las modalidades de acceso (arriendo, cooperativas, sistema de vivienda para trabajadores), incorporando además los ejes de sostenibilidad y género. Otro académico, Carlos Lange, del Instituto de la Vivienda de la Universidad de Chile, planteaba lo interesante de la vinculación con la promoción al derecho a la ciudad y al proyecto de nueva Constitución, permitiendo bajar estos conceptos a una propuesta práctica de política pública. Además, la diversificación de accesos establecería una relación más directa con las y los ciudadanos y los gobiernos locales, buscando reconocer a los habitantes como agentes activos con posibilidad de autogestión y no sólo como beneficiarios, recogiendo los conocimientos que se han generado con relación a comités y cooperativas, aunque muchos estén invisibilizados, apuntando a una vinculación entre distintos conocimientos en procesos de gestión. Por último, se recogen las palabras de la Dra. Yasna Contreras del Departamento de Geografía, quien llama a no ver a la vivienda como objeto, dando cuenta que no es sólo una crisis de la vivienda sino que del territorio y que es necesario definir “lo digno”, lo que según ella responde a la idea de una buena ubicación, de tamaño adecuado y precio diversificado según ingresos e integrantes, con materialidades diversas dependiendo de climas y territorios, con posibilidad de ampliación y protección frente a desastres, entre otros. Es fundamental en este sentido, remarcaba, pensar viviendas en conjunto con especialistas de Oficinas Nacional de Emergencias y expertos de riesgos, geógrafos, expertos en salud mental, y no sólo arquitectos y no únicamente anclado en el Ministerio de Vivienda y Urbanismo, sino que abordado intersectorialmente, generando propuestas diversificadas a los diversos campamentos existentes, dejar de aportar a la idea de barrio o vivienda transitoria y acortar los tiempos de espera para las viviendas.

“En la mayor parte de las naciones democráticas del mundo, los gobiernos tienen entre sus funciones el proveer de viviendas seguras y accesibles a sus ciudadanos, sin que ello tenga como única fórmula de provisión los subsidios o el compromiso de otorgamiento de una vivienda propia. En Chile, se han implementado en tiempos recientes algunas políticas de subsidios para arrendamiento de propiedades, a propósito, por ejemplo, de algunos episodios como terremotos, incendios, tsunamis u otros eventos, que han seguido el patrón *voucher*. Lo claro es que la búsqueda del sueño de la casa propia ha invisibilizado la producción de desigualdades en otros cuadrantes, como la disponibilidad de urbanización, la cercanía a fuentes contaminantes, la baja accesibilidad de las soluciones

habitacionales, el incremento de las distancias a colegios y las fuentes laborales con el consecuente encarecimiento real del transporte, hacinamiento, baja calidad en materiales y en los estándares de construcción, segregación socioespacial, entre otros factores. Tanto el discurso estatal como el público coinciden en relevar la consecución del deseo del hogar propio, independientemente de la calidad y la mantención de importantes niveles de insatisfacción de otras necesidades. En conclusión, el acceso a la casa propia invisibiliza otros aspectos de la desigualdad que a su vez influyen en una baja global en la calidad de vida de los beneficiarios de los subsidios” (Hidalgo, Paulsen y Santana, op. Cit.: 74-75)”

1.2. Políticas de Ayuda Social para poblaciones “en situación de calle”

Como pudimos revisar en el apartado anterior, la política de vivienda se erigió como el cauce por el cual el estado chileno no sólo buscó solucionar el problema habitacional sino también reordenar la ciudad, desocupando las zonas ricas de las ciudades principales de poblaciones pobres para erradicarlas a estos en zonas periféricas con bajo avalúo del suelo y también controlar y en un principio desarticular al movimiento social de pobladores urbanos, que habían logrado acumular gran fuerza los años finales de la dictadura. Así se encausaron en adelante las demandas de vivienda a través de subsidios en un sistema vertical, centralista, burocrático y subsidiario.

No obstante, quedarán al margen de las políticas de viviendas las poblaciones sin hogar más pobres, desarticuladas y desorganizadas, poblaciones sin hogar que han perdido redes familiares y de amigos por diversas razones, habitando espacios de calle, instituciones de atención a personas en situación de calle, pensiones baratas y también de manera allegada menos estable. Este grupo, relacionado anteriormente a indigente o mendigos, pasó en la década de los dos mil a ser incluido en una nueva categoría, “las personas en situación de calle (PSC), a las que se les dirigió una particular política social fuera del derecho y la política de vivienda. Hay que destacar en esto que la consideración de este grupo bajo a esta categoría fue una demanda de organizaciones de la sociedad civil que manifestaban al gobierno su preocupación por esta población y con ello para asegurar la posibilidad de estas mismas organizaciones de atenderla. Este planteamiento fue considerado finalmente por los gobiernos de la Concertación y se incorporó a este grupo a la política de protección social como el grupo más vulnerable de los vulnerables, bajo una focalización máxima. Lo singular es que esta inclusión y su atención quedó inscrita en los programas del gobierno a través de un nuevo aparato institucional dedicado a combatirla pobreza, me refiero al Ministerio de Desarrollo Social, en conjunto con organizaciones privadas, en momentos que el gobierno se decidió por una reducción del gasto

social general. Esta conjunción entre focalización y austeridad será ilustrativa de la transformación estatal neoliberal, que finalmente al aplicarse, más que combatir la pobreza, terminará creando un sistema que la atiende y gestiona.

Esta política y los programas aplicados que incluso llegan a confundirse unos con otros alejarán aún más la discusión relativa al derecho a la vivienda y a la ciudad dentro de esta población, centrándose mayormente en apertura de dispositivos de residencia “temporal” y en asistencia psicológica y laboral. Las personas categorizadas como “personas en situación de calle” serán contabilizadas, estudiadas y atendidas así en relación no a su falta de acceso a la vivienda por problemas estructurales anteriormente descritos, sino por aspectos considerados como responsabilidades individuales, como los problemas de salud, de consumo, problemas familiares e historias de violencias.

Para dar cuenta de este recorrido, a continuación, haré una revisión de los sistemas y programas más relevantes para la atención de esta población sin hogar desde que se incluyó su figura en la política de ayuda social, es decir desde los dos mil, dando cuenta su tendencia a la focalización y a la confusión de sus aspectos internos. Intentaré comentar el negativo impacto en la intervención finalmente dada, en la disposición y característica de los servicios de atención y finalmente en la mejora o recomposición de situaciones de pobreza extrema. Esto pretende además servir como contexto institucional para el capítulo 4 dedicado a analizar las dinámicas de una Residencia Solidaria de Santiago Centro.

1.2.1 Primer Catastro y Chile Solidario

Al terminar la dictadura de Pinochet y desmantelarse la estructura social del estado a través de la implementación de la Constitución de 1980, se implementó un sistema de protección social con características neoliberales, subsidiarias y focalizadas.

El año 2002 bajo el gobierno de Ricardo Lagos y por iniciativa de asociaciones de la sociedad civil que atendían poblaciones en “situación de extrema pobreza” es que se establece el Sistema “Chile Solidario”, cuyo objetivo fue incorporar a las personas beneficiarias a redes sociales y que tuvieran acceso a mejores condiciones de vida, teniendo como población objetivo llegar a un 5 o 6% de la población nacional (Galasso y Carneiro, 2009: 2). Este sistema concentró los beneficios del Programa de Apoyo Integral a Familias Indigentes del FOSIS (Fondo de Solidaridad e Inversión Social) y consideró un grupo de herramientas diferenciadas para las

personas beneficiarias: apoyo psicosocial, un subsidio familiar¹⁵, una pensión básica de vejez o invalidez, un subsidio al pago de agua potable y servicio de alcantarillado o un subsidio pro retención escolar. Entre el 2002 y el 2005 se desarrollo en etapas y desde ese año se convirtió en un correspondiente sistema de protección social. Al año 2004 ofrecía acceso preferente a servicios y programas a unas 166.000 familias que se encontraban en situación de extrema pobreza y a unas 59.000 familias o personas en el año siguiente. Para determinar quién serían “beneficiados” el estado se basó en la información de la encuesta CASEN y la ficha CAS, herramientas de medición de pobreza/vulnerabilidad. La pobreza comienza a ser un problema de medición para transferencias monetarias en un estado “de bienestar de carácter residual” (Vargas Faulbaum y Socías Hernández, 2016: 192). Para su implementación se crearon convenios con las Municipalidades del país, permitiendo también hacerlo con otros organismos del estado y privados sin fines de lucro en ciertas circunstancias y para ciertas funciones especiales.

El año 2005 las “personas en situación de calle” fueron cuantificadas por el primer catastro de dedicado a esta población y pasaron a conformar parte de Chile Solidario a través del Programa Calle (MIDEPLAN, Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle, 2005). Se definió por Persona en Situación de Calle a quien reunía ciertos “patrones comunes” que surgían de la socialización en calle, como “percepción de rechazo de sus modos de vida”, “desvinculación social y afectiva”, “visión negativa de su historia personal”, “víctimas de un destino injusto”, “diferenciación con el resto de la sociedad”, considerar “la libertad como valor identitario”. Bajo este criterio, algunos de los resultados registraron una mayoría masculina (83%), con un 52% durmiendo en hospederías, 28,9% durmiendo en calle y un 18,3% en otro lugar. Para atender a esta población se crearon los “Gestores de Calle”, personas que asumían un compromiso de acompañamiento y de construcción de una relación de ayuda, en un proceso que desde el Ministerio de Planificación (antecesor del Ministerio de Desarrollo Social) se

¹⁵ El año 1981 se creaba la Ley 18.020, la que establecía que se entregaría un subsidio mensual a personas de escasos recursos, el cual era de \$13.832, posible de ser doblado para personas inválidas. Los beneficiarios eran las madres o padres de niños, niñas hasta los 18 años y personas inválidas que vivían a sus expensas, también se incluía a las mujeres embarazadas, pero sólo después de cinco meses de gestación. Este subsidio era incompatible con otras ayudas estatales (excepto el beneficio por orfandad de los menores) ni con actividades remuneradas que sobrepasaran el monto del subsidio. También, interesantemente, modificaba el Subsidio a la Cesantía, que al igual que el subsidio anterior, era delegada a la Municipalidad, además de las otras instancias de verificación, para que sea corroborada su vulnerabilidad. En este último caso, el alcalde podría asignarle tareas en el municipio, las que, si rechazaba, perdía el beneficio. También perdía el beneficio cuando no aceptaba labores encontradas por la Servicio Nacional de Capacitación y Empleo (Ministerio de Trabajo y Previsión Social, 1981)

entendió como que las personas necesitarían acumular “activos sociales” (“acervo de competencias adquiridas por la persona, familia o comunidad para desarrollar capitales productores de ingresos que lo hagan salir de la situación de pobreza y gestionar las situaciones de riesgo que los hacen vivir en dicha situación”, dentro de los cuales contaban los capitales humanos (habilidades escolares y corporales), físicos (activos financieros, dinero, propiedades y “reservas de capital”)’ y los sociales (“grupo de normas y redes sociales que facilitan la acción colectiva entre personas”) (Ministerio de Planificación, “Orientaciones Metodológicas para el Apoyo Psicosocial, Programa Calle Chile Solidario, sin año”. Para esto se ponía énfasis en el “trabajo de redes de apoyo”, promoviendo autonomía que le permita satisfacer sus necesidades y resolver sus problemas “de manera eficaz u oportuna, conforme a los grados de libertad que presenta” (Ibid.: 11). Como efectos en los usuarios buscaba mejorar condiciones de bienestar y un “mejoramiento de sus condiciones psicosociales” que significaba conceder importancia al acompañamiento “singular y personalizado” y personalizado de cada usuario”, y por último un “mejoramiento en la estructura de oportunidades” (Ibid.: 12).

1.2.2 Programa Calle

Desde el año 2006 se crea el Programa Calle Chile Solidario (Gobierno de Chile-MIDEPLAN, s.f. : 35). La “misión” planteada por este programa fue la generación de oportunidades tendientes a garantizar el respeto y la “realización de los derechos” de las personas en situación de calle, que por diversas razones no contarían con plena autonomía, no tendrían redes suficientes y por lo tanto requerirían apoyo adicional.

Este programa consistió en que, tras la incorporación de la persona al aceptar participar en el programa, contaría con un servicio de consejería y apoyo psicosocial individualizada y continua por la menos 12 meses, con el objetivo de “conectarse a redes”, “permitirles” el acceso a servicios y programas, y “cuando es posible”, “desarrollar” en los usuarios destrezas para el desenvolvimiento autónomo y eficaz. Se exigió con esto que los usuarios se caracterizaran, que se generaran planes individuales de trabajo, vincular a las personas principalmente a las redes primarias de atención de salud y registro civil y afianzarlas a niveles locales y “microterritoriales”. (Manual de Orientaciones de Condiciones Mínimas, Programa Calle Chile Solidario, 2014: 4). Las personas fueron incorporadas al Sistema Integrado de Información Social (SIIS), para después poder avanzar a la evaluación de las Condiciones Mínimas de su calidad de vida, viendo cuál demanda requiere mayor apoyo. El Diagnóstico de las Condiciones Mínimas queda bajo responsabilidad de los Gestores de Calle, quienes deberían evaluar

objetivamente el estado de las condiciones, basado en el Manual de Orientaciones de Condiciones Mínimas.

Dentro de la intervención se definieron ciertas dimensiones: la de identificación (Inscripción Registro Civil y a Ficha de Protección Social, que tenga cédula de identidad y si es perteneciente a algún pueblo originario que se registra en el Corporación Nacional de Desarrollo Indígena), salud (inscripción servicio de atención primaria, realización de controles anuales gratuitos, controles de embarazo para quienes corresponda, exámenes de Papanicolau para mujeres mayores de 35, control prostático hombres mayores de 40 años, controles médicos para adultos mayores, posibilidad de rehabilitación para personas con discapacidad, tratamientos de alcohol o drogas para quien lo requiera, acceso a prestaciones dentales, planes de vacunación al día, entre otros) educación (saber leer y escribir, nivelación de estudios para quien lo quiera, información y orientación para realizar estudios superiores), dinámica familiar (apoyo frente a violencia intrafamiliar, posibilidad de visita a menores en sistemas de protección, salud y educación a menores bajo cuidado de otros, información jurídica, posibilidad de revinculación familiar), habitabilidad (acceso a instalaciones y recursos para su higiene, alimentación, descanso y custodia de pertenencias, información sobre la gestión de riesgos en los espacios compartidos, conocimiento sobre alternativas de residenciales), trabajo (conocer alternativas para generación de ingresos, inscripción en la Oficina Municipal de Información Laboral, protección a menores que trabajen y estén a cargo de una persona en situación de calle) e ingresos (derecho a Pensión Básica Solidaria o Aporte Provisional Solidario de Vejez o Invalidez, obtención de subsidios familiares para menores bajo su cargo).

1.2.3 Ministerio Desarrollo Social, segundo catastro y Programa Noche Digna

El año 2011 fue promulgada la Ley 20.530 que creó el Ministerio de Desarrollo Social, encargado de “colaborar en el diseño y aplicación de políticas, planes, y programas en materia de equidad y/o desarrollo social, especialmente aquellas destinadas a erradicar la pobreza y brindar protección social a las personas o grupos vulnerables, promoviendo la movilidad e integración social y la participación con igualdad de oportunidades en la vida nacional”. Este Ministerio, al suceder el anterior Ministerio de Planificación, tomo a su cargo el Sistema Intersectorial de Protección Social, además ser quien debiera evaluar las iniciativas de inversión que solicitan financiamiento del estado. Para esto constó de dos Secretarías: una de Evaluación Social y otra de Servicios Sociales, además de las correspondientes Secretarías Regionales Ministeriales de Desarrollo Social. Este Ministerio debería estudiar la sociedad, diseñar la

política pública y revisar que se coordinen y cumplan criterios de eficiencia, eficacia y “focalización” hacia grupos vulnerable. En esta Ley se entendieron como grupos vulnerables “aquellos que por su situación o condición social, económica, física, mental o sensorial, entre otras, se encuentran en desventaja y requieren de un esfuerzo publico especial para participar con igualdad de oportunidades en la vida nacional y acceder a mejores condiciones de vida y bienestar social”.

Ese mismo año se implementó además el segundo catastro de poblaciones en situación de calle, saliendo sus resultados el año siguiente (Ministerio Desarrollo Social, 2012). En este se registraron aproximadamente 12 mil personas, con un promedio de 5,8 años en esta situación, con casi una mitad viviendo en Santiago y aproximadamente un 85% de hombres, con más de un 40% con problemas de alcohol y un 20% con problemas de drogas. En base a estos datos se diseñó el Programa Noche Digna, implementado el mismo 2012, que posteriormente pasó a consistir en una conjunción entre un sistema público de Centros Temporales de Superación y el Plan de Invierno, y últimamente consta de Centros Temporales para la Superación, el Plan Protege Calle (ex Plan Invierno) y Vivienda Primero (Housing First) (Chile Atiende, 2022). Además, se comenzaron a capacitar a los ejecutores del Plan de Invierno y se instaló una Central de Coordinación en la Región Metropolitana (Informe Plan de Invierno, 2012), buscando coordinar la protección de personas que “pernoctan en la vía pública siendo discriminadas y excluidas socialmente”. Específicamente se definió a la población potencial y objetivo del Programa (persona en situación de calle) como “personas y/o familias que carecen de residencia fija y que pernoctan en lugares públicos o privados, que no tienen las características básicas de una vivienda, aunque cumplan esa función (no incluye campamentos)”, fijando como su objetivo primero el reducir y prevenir las muertes por bajas temperaturas (Resumen Ejecutivo, Evaluación Programas Gubernamentales, Noche Digna, 2015). La especificación de que no considera a la población en campamentos es particular por dos cosas: en primer lugar, porque supone que las poblaciones podrían confundirse, viviendo en condiciones muy similares, y por eso hay que separarlas, y en segundo lugar que por ser registrado en un momento específico en un espacio específico, muchas veces solo temporal, se derivan en distintos programas y ministerios., aunque las personas transiten por campamentos, servicios y calles.

Los Centros Temporales de Superación están diversificados entre centros de día, hospederías, residencias y casas compartidas. De acuerdo con los planteamientos de documentos del Ministerio de Desarrollo Social, siguen el “modelo de superación” o progresivo basado en una estrategia de “staircase” o “escalera” (Ministerio de Desarrollo Social, 2011; Ministerio de Desarrollo Social, 2014). En este sistema, bajo la premisa del “treatment first”

(tratamiento primero), se busca la “superación” de las personas atendidas a través de la “habilitación” para acceder a una residencia definitiva. El Centro día es puertas abiertas de baja exigencia sin máximo, la hospedería es nocturna y con un máximo de seis meses pudiendo extenderse y con capacidades de unas sesenta personas, las residencias tienen estadías máximas de 12 meses extensibles con una capacidad de 30 personas aprox., la casa compartida y las casas especializadas tienen un máximo de 12 meses entendibles con cofinanciación de gastos y en el caso de las últimas incluyendo personas inscritas en el Registro Nacional de Discapacidad.

Sin embargo, desde su implementación si bien se destacaron las disminuciones de muertes en calle a través del Plan de Invierno y la disposición de servicios de atención, hubo ciertos nudos críticos. Salieron a la vista la discrepancia e inflexibilidad de los horarios de los albergues con los de las personas hospedadas, la mala infraestructura o ausencia de servicios en algunas regiones, problemas con los servicios higiénicos, los turnos de trabajo extenuantes, la falta de capacitación a monitores y voluntarios¹⁶, el gran volumen de atención, la existencia de derivaciones no adecuadas y falta de coordinación y una “falta de perfilamiento de los albergues” que generaba mezcla de perfiles y con ello se declaraba la consecuencia de segregaciones internas, planteándose desde el ministerio la necesidad de tener una mayor convocatoria y apoyo de personas voluntarias, por lo que llamaban a mejorar las campañas de comunicación (Evaluación Plan de Invierno 2011, 2012).

“Existe controversia sobre el enfoque de reintegración, ya que se sostiene que éste enfoque contiene una dimensión de control social. Particularmente sobre el enfoque de escalera progresiva, donde se espera que la persona en situación de calle pase un período en hospederías, residencias temporales, y otras formas básicas de estadía y después de un período de intervención pueda pasar a una residencia de largo plazo. Este modelo tendría a la base una visión enjuiciadora sobre la condición de calle, y una visión lineal del fenómeno y solo un porcentaje muy pequeño de usuarios lograrían alcanzar el nivel de residencia definitiva. Este tipo de dilemas debe ser considerado también al momento de sistematizar programas y servicios dirigidos a personas en

¹⁶ Hace el año 2007 se planteaba lo siguiente en relación al trabajo voluntario en el sector de las políticas públicas y el sector sin fines de lucro: “Tal como lo demuestran los resultados del Estudio Comparativo del Sector Sin Fines de Lucro en Chile, dicho sector cuenta con un contingente importante de trabajadores voluntarios. Datos como que el 47% del trabajo del sector es voluntario, o que el trabajo voluntario equivale al 2,3% de la población económicamente activa del país, avalan esta afirmación. En efecto, ‘Chile país de voluntarios’ como se ha denominado en el mencionado estudio, alcanza los mayores porcentajes de voluntariado en el continente latinoamericano” (Irrázaval, Azocar, Nualart y Morandé, op. Cit.: 34)

situación de calle” (“Estudio de Caracterización y levantamiento de buenas prácticas” (Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile - ISUC, 2014)

La realidad muestra que los progresos de las personas no son lineales, sino que más bien cíclicos, con recaídas e incluso con mayores descendencias que ascendencias en algunos casos, y con tiempos mucho mayor a los estipulados. En este sentido se mostró problemático que en algunos dispositivos no se admitan personas que hayan “superado” ciertas etapas o que los dispositivos “más bajo” cuentan con menores recursos humanos por persona. También que si bien hay indicaciones para evitar tratos paternalistas o autoritarios, en la práctica ciertos equipos discriminan y no entregan trato adecuado a las personas, declaraban las evaluaciones. Además, la misma externalización del servicio generaba retrasos en los inicios de las prestaciones, en las adjudicaciones y transferencias, sobre todo en el Plan de Invierno, lo cual tiene el agravante de que al ser un programa corto y urgente. Y por último, se veía una confusión y duplicación de intervenciones entre el Programa Noche Digna y el Programa Calle, faltando la división de roles o la aclaración de complementariedad, generando que un hacia el 2014 un 24% de las personas tratadas por Noche Digna también participaban del Programa Calle (“Estudio de Caracterización y levantamiento de buenas prácticas” - Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile (ISUC), 2014).

En los siguientes años se intentó, sin embargo, mejorar el sistema. Hacia 2015 se incorporan el Programa Niños Calle y se realizó tres años más tarde un Censo Nacional de los NNASC (Niños, Niñas y Adolescentes en situación de calle), donde se contabilizaron menores de 18 años en calle y en resultado nacional hubo 547 personas (Defensoría de la Niñez, 2022: 3). El año 2018 se implementa la Política Nacional Calle, constando de una alianza latinoamericana para la erradicación del sinhogarismo, incorporación estrategias mundiales, siguiendo la estrategia de “Techo Primero”, y duplicando la cobertura de Plan Invierno (observaderechos.cl, 2018). Hacia finales de la década del dos mil diez y comienzos de la nueva década se reestructura la institucionalidad relacionada al tema creándose la Oficina Nacional Calle y el Programa Noche Digna incorpora el Programa Calle y se complementa con el Plan Código Azul de emergencia que considera ya operativos móviles y móviles de traslado (Chile Atiende, 2022). Y hacia el 2020 se instaló además el Programa Barrios Calle Cero, instalando Centros de Acogida Municipal además de ayuda en el acceso de todos los programas, invitando también a las empresas a colaborar con las comunidades para solucionar el problema de la calle (Ministerio Secretaría General de Gobierno, 2018). La estrategia Barrios Calle Cero es finalmente la red que hoy integra Vivienda Primero, Código Azul y los Centros Temporales.

Sin embargo, ciertos aspectos del Programa Noche Digna y el modelo de escalera o superación no permite un avance y con ello finalmente contrarrestar efectivamente el problema. Como remarcó Eissmann y Cuadra, hay una ausencia de un marco mayor de funcionamiento, además de una inestabilidad en la continuidad de los procesos de intervención que son finalmente individuales, fragmentados y aislados, lo que no permite establecer certidumbres sobre los logros y sus consolidaciones. Es por esto por lo que finalmente recomiendan establecer y consolidar una estrategia a nivel nacional, con un mayor rol del estado, aplicar modelos territoriales y establecer altos niveles de estándares de calidad (Eissmann y Cuadra, 2018: 33).

1.2.4 Programa Vivienda con Apoyo (Housing First)

El año 2019, en el segundo gobierno de Piñera, complementario a otros programas del sistema de superación o escalera se implementó el programa “Vivienda Primero” o “Vivienda con Apoyo”, llamado internacionalmente como “Housing First”. Este programa desarrollado en Estados Unidos y expandido en Europa como solución de viviendas individuales para población crónica sin dependencias de consumo se ha erigido como un programa “efectivo”. Sus principales componentes son la retención de la vivienda, el mejoramiento de la salud y bienestar y la integración social (Feantsa, 2016).

En su adaptación chilena fue implementado como el Programa “Vivienda con Apoyo”, que consta de un subsidio de arriendo mensual por un plazo de 36 meses renovables través del Ministerio de Desarrollo Social en convenio con otros, como el Ministerio de Vivienda y Urbanismo. La alianza de ministerios entrega recursos a disposición para las postulaciones de entidades, ya sea ONGs o Municipalidades, que son las instituciones que finalmente aplican el programa. Su objetivo es “reinsertar” a estas personas en situación de calle a través de un hogar “provisorio” para grupos de dos o tres personas mayores de cincuenta años y que estén hace más de cinco años en calle, con un plan de apoyo con un equipo de profesionales como terapeutas ocupacionales, trabajadores sociales o psicólogos, donde cada equipo tendría cinco viviendas bajo su responsabilidad (gob.cl, 2019; Chile Atiende, 2022). El Ministro de Vivienda y Urbanismo de Piñera, Cristián Monckeberg, declaraba que a través de este programa el estado volvería a tomar una responsabilidad que estuvo casi exclusivamente delegada en organizaciones e instituciones de la sociedad civil, como el Hogar de Cristo o Techo para Chile. El Ministro de Desarrollo Social de Piñera, Alfredo Moreno, decía también palabras que finalmente resumían la visión de estado, de política pública y de pobreza extrema que tenía este

gobierno: “vamos a hacer todo lo contrario a lo que se ha hecho por tanto tiempo. Esta vez vamos a proveerlos con una casa, donde ellos se van haciendo cargo, con un equipo que los va a ir ayudando a reintegrarse a su familia, al trabajo, también a los programas para salir de adicciones, muchos de ellos tienen adicciones como alcohol o drogas. Esta es la gente más vulnerable, no tienen ningún apoyo, están lejanos a sus familias, lejanos a la sociedad” (gob.cl, op. Cit). En el comunicado de su página web, el gobierno planteaba que el programa internacional ha demostrado tener éxito en erradicar la situación de calle en “EE.UU., Canadá y en varios países europeos”, complementando que “nosotros hemos trabajado en este tema de personas en situación de calle desde el día 1 del Gobierno. Para el Presidente es un tema muy importante, lo hemos puesto como uno de los grupos de Compromiso País, para los grupos más vulnerables de Chile, y queremos trabajar con ellos, que llevan muchos años en la calle”.

Desde el Hogar de Cristo celebraron la que según para ellos era la política más innovadora que se había hecho en relación con las personas en situación de calle en la historia del país, un “cambio de paradigma” fuera del prejuicio.

El programa hacia finales del 2020 se había instalado en 5 regiones donde había únicamente 300 cupos, desarrollando tres pilares de intervención: dar una vivienda estable y digna, mejorar estado de salud y fortalecer la “integración social”. Como documentos para postular están la cédula de identidad, un informe de la institución “derivadora” que acreditara los años en calle, un informe de salud de un centro de salud público o privado dando cuenta del estado de salud física, mental y “situación de consumo”, resultados de mediciones de dependencia a través del Índice de Barthel y la Escala de Independencia Funcional (FIM), resultados de evaluaciones de riesgo de alcohol y certificado de antecedentes. Pese a esta cantidad de documentos a presentar (Chile Atiende, 2022) se plantea que no se piden requisitos de ingreso ni de permanencia condiciones de consumo de drogas o participación en programas laborales.

En general desde evaluaciones realizadas desde organizaciones que han administrado el programa en Chile, como Moviliza y Nuestra Casa, dicen tener en general una buena retención de la población residente en las viviendas, donde en sus primeros 18 meses superaron el 80% de la retención, siendo estos datos similares a Estados Unidos y algunos países de Europa (Eissmann y Lacalle, 2022). Pero también hay puntos críticos y dificultades tanto para los equipos de trabajo como para las personas beneficiarias que se han manifestado con los años: se ha evidenciado situaciones de conflictos entre quienes comparten un departamento o casa (el programa en Chile es compartido), relacionado también con la convivencia en un contexto de pandemia, las consecuencias económicas y sociales de las restricciones de salida y la crisis del comercio minoritario. Quedaron también en evidencia los problemas de soledad y en general

de salud mental y emocional, sobre todo al llegar la pandemia unos meses después de comenzado el programa. No obstante, los equipos llegaban a la conclusión de que las personas han usado finalmente las viviendas de forma muy diferenciada.

Pero quisiera remarcar tres problemas o paradojas resaltados por el documento y finalmente agregar otra problemática más general. Los dos primeros refieren al perfil de ingreso y a su vez las conductas esperadas. El problema del perfil de ingreso es el hecho de que el perfil pide que la persona pertenezca a un grupo de personas que presentan las situaciones más críticas proveniente de su cronicidad, pero a la vez se le exige autonomía para poder residir en las viviendas. Con respecto a las conductas esperadas el problema es la tensión que se produce entre la implementación de un acceso no condicionado a la vivienda y por otro lado la cultura de intervención en las conductas de las personas esperando cambios y que se adapten a las conductas esperadas y mostrar actitudes que argumenten el “merecimiento” de participar. Las personas beneficiarias o potencialmente beneficiarias no tienen ninguna participación en el diseño mismo de la política pública. El tercer problema mencionado tiene que ver con la proyección del programa más allá de este, en la medida que terminada la participación de las personas en el programa se enfrentan a la realidad del pago directo de arriendos y las complicaciones en los procesos de postulación, lo que genera que solo a largo plazo se podrá saber si hubo o no interrupciones definitivas de la estancia en calle o si esta se abandona sólo por un período breve. Gran parte de estos problemas radica en el hecho de que el programa no cuenta aún con recursos garantizados y debe postularse por periodo fijos.

La problemática que para mí es central y que determina finalmente que el problema del sinhogarismo no disminuya y tampoco se vea la posibilidad de controlarlo es que las políticas que hemos descrito buscan solucionar un problema considerando a las personas en etapas muy tardías y con recursos mínimos producto de la focalización de la atención. Esta política en su focalización no se hacen cargo de las razones centrales de la masificación de las poblaciones sin hogar. El problema de concentración de la propiedad del suelo, la concentración de la riqueza en unas pocas comunas de la capital, la liberalización absoluta de la regulación en la construcción de viviendas en las ciudades de Chile, la especulación y la subida de precios sin precedentes de los arriendos y precios de venta, los altos intereses hipotecarios en los créditos bancarios, la jerarquía burocrática en los procesos de postulación, la concentración de los servicios y comercios en pocos barrios, la inseguridad y criminalidad urbana, el narcotráfico y la ocupación de territorios de la ciudad. Estos problemas crean una masiva cantidad de gentes y familias que rondan en situaciones de inseguridad habitacional o emergencia habitacional entre diversas viviendas e instituciones y a veces calles. Esta masividad permitirá que los

programas de atención siempre tengan potenciales personas por atender, y si de este grupo además se establecen criterios de admisibilidad y mantenimiento, las instituciones están tratando finalmente con quienes mantengan mayores cuotas de autonomía y desintoxicación, muchas veces de clases medias empobrecidas que pasan mejor con los criterios institucionales, pero habrán miles de otras personas visitando esos espacios precarios, en un movimiento sin fin del cual la focalización ve una parte. El discurso “auto-elogioso” también de los mismos programas que evalúan únicamente su accionar y no consideran el problema estructural en el que estamos inmersos no sólo aquellas personas en situación de calle, sino que todas las personas que buscan viviendas y quieren salir de otras o habitar las zonas donde crecieron o viven las familias, hace que esta discusión no pueda tener ninguna posibilidad de transformar la situación y controlar finalmente el problema. Actualmente el proyecto “vivienda con apoyo” está atendiendo a 300 personas, en un país que declara tener más de medio millón de hogares en déficit habitacional, un 9%, que además está concentrado en ciertas comunas, donde según datos de la Universidad de Chile, 35 comunas concentrarían el 55% del déficit de vivienda del país (Diario Uchile, 9 junio 2022). Este déficit de vivienda y las condiciones que viven las personas que lo sufren general una fuente constante de personas que potencialmente lleguen a vivir en la calle o en instituciones.

El restringido aunque positivo aporte que hacen estos programas nos obliga a pensar más allá de estos, politizando la discusión en torno a la propiedad de las viviendas y el suelo de la ciudad, tomando una posición con respecto a la necesidad de fortalecer el arriendo¹⁷ y controlar sus precios, fortalecer las ligas de arrendatarios y el límite a la concentración de la propiedad.

1.3 Análisis final

En este capítulo se intentó describir la política de vivienda social y de ayuda social para poblaciones sin hogar en sus procesos de neoliberalización, privatización y focalización de los últimos 50 años en Chile, con un particular desarrollo de la financiarización de las propiedades desde los dos mil para adelante. Se mostró que ambas políticas apuntaron y apuntan a la segregación y a la concentración de poblaciones pobres en espacios precarios y densos, sean en complejos de viviendas sociales o piezas de albergues o residencias. Se ha tratado de mostrar en este capítulo cómo la política de vivienda y de ayuda social fueron desarrolladas directa e indirectamente para controlar a poblaciones pobres urbanas, basado en una reorganización

¹⁷ Blanco, Fretes Cibils y Muñoz (2014)

poblacional en las ciudades y en una focalización individualizada de ayudas precarias, que definió las posibilidades de acceso en comportamientos personales y no en derechos consagrados social e históricamente. Esto golpeó directamente las organizaciones del movimiento social de los sin casa que hasta la década de los ochenta se reconocían como protagonistas de la organización nacional y la movilización, desterritorializando sus familias tanto persecuciones políticas, secuestros, desapariciones y muertes a militantes de izquierda y dirigentes sociales, despolitizando a la fuerza el problema de la vivienda y de otras exclusiones urbanas.

La descripción de la política de vivienda fue más extensa debido a que es anterior, proyectada por todo el siglo XX y de mucha mayor envergadura, que representa la forma primera como el estado trató de atender las condiciones en que vivían las clases obreras populares, basadas en concepciones higienistas que le daban una central importancia a la vivienda y su salubridad. Sin embargo, pese a ser tan amplia, vivió desde la dictadura un proceso de subsidiarización y focalización, por largo tiempo individualizada, delegando la construcción de viviendas terminadas a empresas privadas que en un mercado estrecho se enriquecieron con las regalías regulatorias y con la adquisición de grandes paños de suelo tras las crisis económicas de principio de la década del ochenta.

Por su lado, la política de ayuda social para personas sin hogar, particularmente para “personas en situación de calle”, busca demostrar un ejemplo máximo de focalización, al considerarse esta población como la más vulnerable de las vulnerables del sistema de protección social. Pero esta focalización, también individualizada, es delegada en su atención a instituciones privadas, incluso la postulación de la persona misma es delegada a las organizaciones, donde muchas de estas tienen concepciones también pastorales de la pobreza¹⁸. Esta visión histórica concentra su visión en perfiles que muchas veces no tienen asidero en la realidad de los grupos a quien debería atender: se piensa en población masculina, adulta, crónica, de calle y no logra ver a quienes son más vulnerables en esos y otros espacios, dentro de estos niños, mujeres o diversidades. Además, esta ayuda concentra en personas una serie de ayudas sociales que se solapan o se confunden, que deben combinarse por su limitación, pero donde algunas requieren bastantes condiciones, donde algunas son también difíciles de cumplir. Los dispositivos que siguen perteneciendo a los Centros Temporales, sobre todo los más masivos, mantienen graves problemas de tenencia de los espacios e infraestructura, problemas

¹⁸ Queirolo plantea que existiría una relación del estado con las poblaciones pobres basadas por un lado en un capital guerrero y otra en un capital pastoral, relacionadas a la concepción de mano derecha y mano izquierda del estado (Queirolo Palmas, 2017)

de higiene y mantenimiento, de seguridad, conflictos internos, abusos sexuales y consumos. Y por su lado las soluciones aplicadas por Housing First atienden a 300 personas en un país donde el déficit de vivienda, o sea personas que viven de alguna manera una “emergencia de vivienda” (Wohnungsnotfall), llega a casi un 10% de la población total.

El problema que ese 10% de población opera como una masividad de personas, del cual progresiva o esporádicamente personas llegan a vivir a instituciones y calles. La focalización, al fijarse en esa “situación” de institucionalización o calle, está viendo manifestaciones restringidas a espacios y no a las personas. Los problemas estructurales del desarrollo urbano chileno en tiempos neoliberales, relacionado a la concentración del suelo y la propiedad, la especulación inmobiliaria, la segregación residencial, la usura de arrendatarios, las malas calidades de la producción de vivienda subsidiada en los últimos 30 años, la discriminación de arrendatarios a mujeres, migrantes y poblaciones trans, las estructuras familiares que expulsa a personas por no calzar en sus valores, la violencia machista que hace huir a mujeres, jóvenes y niños, el narcotráfico y la violencia que golpea en miles de poblaciones en nuestro país o las altas condiciones de ciertas ayudas sociales genera una masificación de poblaciones sin acceso a viviendas o que tienen que salir de estas por periodos largos o cortos. De acuerdo con sus condiciones, redes y perspectivas de vida tomarán tal o cual camino, en diferentes espacios, grupos y buscando políticas sociales, deberán someterse a mediciones de su vulnerabilidad y esperar respuestas que a veces tardan años y son agobiantes.

Los procesos de solicitud de las viviendas y ayudas sociales son bastante complejos de llevar a cabo. Las poblaciones más organizadas y en grupo buscarán los subsidios de vivienda, las personas más solitarias, desconectadas con redes, más inestables económicamente y mayores grados de vulnerabilidad, buscarán en los servicios debiendo cumplir reglas a veces muy estrictas.

Los largos tiempos de espera y una cantidad grande de trámites y finalmente inversión de tiempo y conocimiento de ciertos procesos y lenguajes, lleva a que las personas solicitantes vean esto como un “constant struggle” (Von Leeuwen, 1994). Esto puede relacionarse con la idea del suplicio (Foucault, 2009¹⁹). Donde el cuerpo es al mismo tiempo punto de aplicación

¹⁹ “Inexplicable, quizás, pero ciertamente no irregular ni salvaje. El suplicio es una técnica y no debe asimilarse a lo extremado de un furor sin ley. Una pena, para ser un suplicio, debe responder a tres criterios principales: en primer lugar, ha de producir cierta cantidad de sufrimiento que no se puede medir con exactitud, aunque sí al menos apreciar, comparar y jerarquizar [...] La muerte-suplicio es un arte de retener la vida en el dolor subdividiéndola en “mil muertes” y obteniendo con ella, antes de que cese la existencia, “the most exquisite agonies”. El suplicio descansa sobre todo en un arte cuantitativo del sufrimiento. Pero hay más: esta producción está sometida a reglas. El suplicio pone en correlación el tipo de perjuicio corporal, la calidad, la intensidad, la duración de los sufrimientos con la gravedad

del castigo como el lugar de obtención de la verdad, una medida para castigar y un acto de información, donde “el verdadero suplicio” tiene la función de que a través de este se manifieste “la verdad” (Ibid.: 53-54). La lentitud del suplicio y sus sufrimientos desempeñan “el papel de una prueba última” como parte de un “ritual político” o “ceremonias” donde se manifiesta el poder, que tiene como intención “restaurar la soberanía “por un momento ultrajada” (Ibid.: 56-59). Se puede decir que cada vez más masivamente el estado actual, antes que por el ultraje individual a alguna soberanía, como decía Foucault, determinadas personas y grupos deberán pasar por suplicios sólo por su pertenencia a cierto género, nacionalidades, etc..

Es interesante hacer una lectura de la ayuda social en conjunto a perspectivas de política policial-penal. El contacto de policías, fiscales y jueces, como ha demostrado las investigaciones de Bourgois, Waquand o Fassi, encuentra en el grupo de los hombres jóvenes y principalmente migrantes de las ciudades, poblaciones en constante discriminación, seguimiento y control. Por su lado, en esas mismas familias, principalmente las madres, abuelas, hermanas mayores, accederán eventualmente a ayudas sociales. Pero estas personas, sobre todo en la política de vivienda chilena en primer lugar, pero también en la ayuda social vivirán “suplicios burocráticos” y discriminaciones que evidencian la paradoja que tanto los equipos de registro/asistencia y “clientes” tratan de hacer ingresar a estos últimos y mantenerlos en un sistema que continuamente trata de sacar a las personas fuera de este, y como decía Hatton, Kleffel, Bennet, Gaffrey: “*society has two publicly and privately funded tems that oppose each other. One system tries to gain access for clients. The other tries to keep clients out*” (2001: 30-31). Pero una vez dentro de la ayuda social, una razón de exclusión común es la condición de

del delito, la persona del delincuente y la categoría de sus víctimas. Existe un Código jurídico del dolor; la pena, cuando conlleva un suplicio, no cae al azar o de una vez sobre el cuerpo, sino que está calculada de acuerdo con reglas escrupulosas: número de latigazos, emplazamiento del hierro al rojo, duración de la agonía en la hoguera o en la rueda (el tribunal decide si procede estrangular inmediatamente al paciente en vez de dejarlo morir, y al cabo de cuánto tiempo ha de intervenir este gesto de compasión), tipo de mutilación que imponer (mano cortada, labios o lengua taladrados) [...] El suplicio, además, forma parte de un ritual. Es un elemento de la liturgia punitiva que responde a dos exigencias. Con relación a la víctima, debe ser señalado: está destinado, por la cicatriz que deja en el cuerpo o por la resonancia que lo acompaña, a volver infame a aquel que es su víctima; el propio suplicio, si bien tiene como función “purgar” el delito, no reconcilia; traza en torno o, mejor dicho, sobre el cuerpo mismo del condenado signos que no deben borrarse; la memoria de los hombres, en todo caso, conservará el recuerdo de la exposición, de la picota, de la tortura y del sufrimiento debidamente comprobados. Y, por parte de la justicia que lo impone, el suplicio debe ser resonante, y debe ser comprobado por todos, en cierto modo como su triunfo. El mismo exceso de las violencias infligidas es uno de los elementos de su gloria: el hecho de que el culpable gima y grite bajo los golpes no es un accidente vergonzoso, es el ceremonial mismo de la justicia manifestándose en su fuerza [...] En los “excesos” de los suplicios se manifiesta toda una economía del poder” en Foucault (2009: 43).

“cooperación” con el sistema estatal o privado, que significa la condicionalidad de disponibilidad absoluta a los tiempos y formas de la institución basado en concepciones totalmente desiguales de las partes.

Estas condicionalidades se dan además con procesos de automatización, basado en concepciones técnicas de la pobreza como situación medible cuantitativamente que profundizan las exclusiones a poblaciones históricamente excluidas. Como observa Virginia Eubanks en Indiana- Estados Unidos, al eliminarse el criterio humano de asistentes sociales y depositarlo en ingenieros y proveedores privados, se multiplicó la discriminación en el sistema y a medida que aumentaba la pobreza, “los casos de solicitantes de ayuda social disminuían (Eubank, Virginia, 2019: 103). La autora comenta: “cuando el gobernador firmó el contrato con IBM, en 2006, el 38 por ciento de las familias pobres con niños recibían ayudas del citado programa. En 2014, la cifra había descendido a solo un 8 por ciento” (Ibid.: 104). El sistema “desvía digitalmente” tomando decisiones automatizadas “que ocultan la pobreza a la población de la clase media profesional y brindan al país la distancia ética necesaria para tomar decisiones inhumanas: quién recibe comida y quién se muere de hambre, quién tiene vivienda y quién permanece sin hogar, y qué familias destruye el estado” (Ibid.: 26). Como explicaban Vargas y Socías en el caso chileno, los mecanismos de focalización aumentan la probabilidad de generar errores de exclusión y contradice el enfoque de derecho de carácter universal, así dicen: “la excesiva complejidad y resguardo de las fórmulas de cálculo contradice el principio de transparencia de la información porque no permite que los actores involucrados, y la sociedad en general, puedan entender el funcionamiento detallado de la selección de beneficiarios (ya sea por el puntaje u otro criterio de distribución territorial de los cupos)” (Ibid.: 195). Según Eubanks los modelos son finalmente útiles porque sacan información considerada superflua y considera datos esenciales, basado finalmente en abstracciones más relacionadas a las preocupaciones de los diseñadores que en la realidad de la población (Ibid.: 172). Finalmente, el modelo automatizado está basado en un criterio de muy pocas personas, a diferencia del criterio humano, que se diversifica y que puede “estar sujeto a corrección” (Ibid.: 200).

Las personas se enfrentan a problemas cuando buscan acceder a las ayudas sociales, ya que estas tienen el doble carácter que hace que la gente recurra menos a esto. En algunos países con alto grado de automatización, como Estados Unidos, las instituciones que dan ayuda también son las que pueden llevar a cabo investigaciones, por lo que optar por ayuda es para las familia y personas un “canje aterrador”. “Las familias pobres y de clase obrera se ven obligadas a canjear sus derechos a la privacidad, la protección frente a investigaciones desmedidas y el respeto de las garantías procesales a cambio de una oportunidad de acceder a los recursos y

servicios que necesitan para ofrecer seguridad a sus hijos” (Ibid.: 189). Por lo tanto, para Eubanks, “el problema no radica en que la ciudad carezca de datos adecuados sobre qué tipo de vivienda se precisa para hacer frente al problema del sinhogarismo. El problema estriba en que tal vez las personas pobres y de clase obrera y sus aliados no sean capaces de superar la resistencia política explícita de las élites organizadas” (Ibid.: 151).

Como plantea Van Leeuwen (1994), la ayuda social (poor relief) se pensó en la época preindustrial europea como una forma de pago a combinar con otras fuentes de ingresos producto de las temporadas de producción, lo que combinado pudiera permitirle a ese grupo de trabajadores de reserva de existir e invitarlos a no migrar (Van Leeuwen, op. Cit.: 593). El desempleo extensivo, sobre todo en ciertas temporadas del año, creó así una particular forma de caridad. Las elites buscaron estabilizar el orden social presentando a este como un regalo de dios, por lo tanto legitimado, donde se daba una reciprocidad: las elites estaban en la obligación de asistir a los pobres, mientras que estos últimos tenían el deber de aceptar el mundo como era, o en palabras de Van Leeuwen: “By accepting money and goods, the poor were made to accept the legitimacy of the existing social order. The children of the poor were obliged to go to pauper schools, receiving education that stressed the justice and invariability of the social order. The attempts by elites to minimize upward social mobility are situated within this framework. Assistance was also given to impoverished persons of good families in order to mitigate sharp downward mobility” (Ibid.: 593). Es decir, la ayuda social se transformó en una “Legitimierung des Glückes” (Ibid.: 596). Se trata finalmente a las poblaciones pobres a título individual para eludir nuestra responsabilidad compartida de erradicar la pobreza” (Eubanks, op. Cit.: 26)

Al ser expulsados o constantemente “probados” como para acceder a las ayudas, así como por la insuficiencia de esta, es central en la política pública neoliberal la creciente responsabilidad o carga de la unidad familiar, eventualmente con ayudas en una dispersión confusa de programas o acciones en áreas de salud, educación, seguridad social, pobreza, violencia, etc. (Florencia Picasso, 2016). Algunas instituciones defienden esta co-responsabilidad (co-pago) como una forma de asegurar un mayor compromiso de las personas. Pero estas cargas sobre la unidad familiar presionan más a quienes llevan a cabo principalmente los roles de cuidado en las familias. Los roles de cuidado que muchas mujeres viven las lleva a tener que aceptar condiciones no deseables para poder, por ejemplo, mantener bajo techo a sus hijas o hijos pero también las lleva a buscar alternativas incluso políticas. Particularmente por sus identificaciones de sexo género, algunas personas viven más control, vigilancias y largas esperas que otros grupos (Susser, 1996: 418).

Me parece interesante que en esta diferencia entre poblaciones más organizadas y su acercamiento al subsidio y otras poblaciones más solitarias de las residencias y hospederías sea una diferencia también de sexo-género. La mayoría de la proporción de mujeres en el movimiento de pobladoras y pobladores y la mayoría de población masculina en las instituciones de atención directa supone explicaciones que tiene que ver con dinámicas y estereotipos de género, formas familiares, socializaciones y violencias. En el siguiente capítulo se intentará profundizar teóricamente este problema, y en los capítulos referido al Comité de Vivienda y a la Residencia, se evidenciará desde datos etnográficos.

2 Segundo Capítulo. Poblaciones sin hogar bajo una perspectiva de género

Revisado el capítulo anterior sobre política pública, este capítulo plantea una discusión y reflexión sobre la relación que establecen las personas con esta institucionalidad o con estos recursos en función de sus identificaciones de sexo-género. Acá se ha sintetizado una discusión entre textos que pensaron la investigación sobre personas sin hogar en contexto de marginalidad urbana bajo una perspectiva de género, principalmente las producidos en Estados Unidos, Alemania y Chile (bajo los conceptos de *homeless* en inglés, *Wohnungslos* en Alemania y Personas en Situación de Calle en Chile). Dentro de la población sin hogar se considera no sólo a las personas que habitan la calle, los albergues de emergencia, las casas compartidas y otros servicios destinados para población “en situación de calle”, sino también a personas que se encuentran viviendo transitoriamente con parejas, familiares y amigos y buscan una urgente posibilidad habitacional, es decir, que viven en allegamiento o dependencia habitacional o en la “emergencia de vivienda”.

Los estudios más prematuros con respecto a la importancia de las identidades de sexo/género²⁰ y sus determinaciones en la vida de la gente que vive sin casa (u hogar) fueron generados desde 1980 en Estados Unidos²¹. El año 1987 incluso fue declarado como el Año Internacional de la Vivienda para las Personas sin Hogar, buscando generar un mayor enfoque en esta creciente problemática. Alice John y Larry Kreuger (1989) comentan que la discusión en Estados Unidos sobre diferencias de género se dio cuando las mujeres empezaron a llegar a los albergues. En los años noventa se comenzó a publicar intensamente sobre las diferencias de

²⁰ Consideramos acá la conceptualización realizada en 1986 por Gayle Rubin sobre los “sistemas sexo/género”, diciendo “como definición preliminar, un ‘sistema sexo/género’ es el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en producto de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (Rubin, 1986: 97). Teresa de Lauretis, también en relación a esto, comentaba que el género es la representación de cada individuo en términos de una relación social particular que pre-existe y es planteada en la oposición estructural de dos sexos biológicos, y es a esta estructura lo que se ha designado como sistema sexo-género (de Lauretis, 1987).

²¹ El hecho de que en Estados Unidos se haya producido en grandes cantidades investigación académica sobre los homeless ha determinado diferentes grados de anglocentrismo en esta. En este sentido, comenzar discutiendo teóricamente estas producciones tiene la finalidad de establecer que efectivamente fue Estados Unidos uno de los países donde más temprano se hizo masivo este fenómeno en un contexto de transformaciones neoliberales. El hecho de que Alemania y Chile desarrollaran conciencia mayor sobre este fenómeno una década después se relaciona también con que serán los años noventa cuando se comienzan a implementar reformas neoliberales, lo que posteriormente será en el caso de Alemania llamado “americanización” por von Mahs en relación a la transformación similar en Alemania a lo que había ocurrido en Estados Unidos. En von Mahs, Jürgen (2011).

sexo-género en las condiciones de las personas sin casa-hogar, principalmente centrado en la salud mental y física, con la situación que esta población estaba muy representada por mujeres y jóvenes y su proporción aumentaba progresivamente. Pero se dieron algunos datos que permitieron poner en discusión no sólo la forma como se estaba representando la situación de las mujeres sin hogar en ese entonces en Estados Unidos, sino también evidenciar los estereotipos y suposiciones de género de la sociedad y la burocracia (Ritchey, La Gory y Mullis, 1991). Demostraron en primer lugar que las mujeres tenían tasas más altas de morbilidad y probabilidad de tener ataques sexuales, unas 20 veces más que en comparación a las mujeres domiciliadas. En segundo lugar, que los *predictores* de su situación fueron la hospitalización mental, la reciente victimización por violencia de parte de familiares y/o parejas y la falta de contactos recientes con los familiares. En tercer lugar, las mujeres con un sinhogarismo más reciente reportaron mayores síntomas de enfermedades físicas y psicológicas que las mujeres en una situación sin hogar de más larga duración (lo que se explica por los eventuales abusos recientes que determinaron y siguen determinando una sorpresa llegada a esta situación), así como que las mujeres sin hogar con tiempo prolongado mostraron tener una prevalencia de enfermedades equivalente a los hombres²², aunque el número de mujeres sin hogar vaya disminuyendo a medida que aumentan los años en calle. Y en cuarto lugar, que en un contexto de continuas entradas, salidas y reingresos en situaciones de estar en calle, piezas baratas, o en relaciones de dependencia con parejas o en los centros de atención directa, las vueltas al refugio de las mujeres siguen siendo en peores condiciones, considerando que sólo se deciden por buscar ayuda cuando agotan otras posibilidades y contactos.

Este capítulo tiene la intención de mostrar en primer lugar que existe un grupo de personas sin hogar crónico, estereotipado y romantizado, asociado generalmente a experiencias de hombres solos y adultos. La focalización en estos está determinado no sólo por la forma cómo está estructurada la política social y de vivienda, sino también por la dominación que ejercen estos hombres en diferentes espacios de los servicios de hospederías y albergues, en las calles, en las estaciones de trenes y en los comedores, espacios segregados y masculinos. Mi intención es lograr una mayor profundización en lo que estaría fuera del grupo *crónico* o de largo tiempo masculinizado, centrándome en quienes se encuentran en “riesgo inminente de caer” o que caen y salen rápidamente, incluso repetitivamente, o quienes llevan poco tiempo (se considera un mes como mínimo para ser considerado persona situación de calle). Con esto me preocuparé de

²² „[...] many of the gender differences routinely reported in studies of domiciled men and women apparently disappear among the homeless [...] The condition simply overpowers most gender factors in determining health differences" (Ibid.: 34-35)

una cantidad mayor de población que incluye a los que viven o vivieron recientemente como allegadas/allegados en casa de familiares, amigas/amigos o conocidas/conocidos, y en hogares extremadamente precarios y bajo condiciones de vulnerabilidad y dependencia económica extrema y/o violencia, un concepto más amplio que “Persona en Situación de calle” y que se acerca más a lo que en Alemania se ha considerado *Wohnungsnotfall* (emergencia de vivienda)²³ y que incluye muchas de las situaciones que se han relacionado al “problema de las poblaciones con techo” (Sugranyes y Rodríguez, 2005) o las que de alguna manera integran el “déficit”. Esta perspectiva permite de mejor manera comprender que algunas poblaciones, muchas veces “invisibles”, por ser transitorias y/o esporádicas, entran y salen constantemente de distintas situaciones y espacios de pobreza extrema y/o la posibilidad inminente de perder la vivienda. Son personas que encuentran barreras estructurales para el acceso a esta, tanto en su forma de propiedad como de arriendo y que son la mayoría. Lo complejo en la investigación es que son personas que pasan por diversas categorizaciones como “personas en situación de calle”, “familias sin hogar”, “persona en indigencia” o “víctimas de violencia intrafamiliar” dependiendo de las instituciones con las que tomen el primer contacto y cómo estas personas construyan también su propio relato para ser atendida. En todo esto los roles de sexo-género-familiares juegan un rol central.

En este capítulo son importantes cuatro puntos: en primer lugar, las situaciones transitorias o esporádicas son en gran proporción experimentadas por mujeres y “familias”, por población gay, lesbiana, trans, que son invisibilizados en su demanda a la vivienda. En segundo lugar, que estas personas al tomar contacto con instituciones entran muchas veces en categorizaciones arbitrarias, confusas y vigilantes, como el ejemplo de la confusión en las categorías de madre sin hogar o familia sin hogar. En tercer lugar, que el aumento de la cantidad de familias sin hogar debe ser visto como un fenómeno relacionado a la pobreza femenina, ya que la mayoría de estas familias son llevadas únicamente por mujeres. Y, en cuarto lugar, es necesario considerar las formas, prácticas y relaciones entre la ayuda social-organismos privados ejecutores y las personas que se acercan a estos, para analizar que las ayudas son no sólo difíciles de acceder, sino que además están llenas de exigencias burocráticas que escapan a las

²³ „Der Deutsche Städtetag hat mit dem Begriff "Wohnungsnotfall", verbunden mit einer weitgehend akzeptierten Definition, eine lange Diskussion um ein einheitliches und erweitertes Problemverständnis von "Obdach- bzw. Wohnungslosigkeit“ beendet. Nach der Grundstruktur dieser Definition sind Wohnungsnotfälle aktuell von Wohnungslosigkeit betroffene und unmittelbar von Wohnungslosigkeit bedrohte Haushalte und Personen sowie Haushalte und Personen, die in unzumutbaren Wohnverhältnissen leben“ (Enders-Drägässer und Sellach, en Reuschke, 2010: 197)

posibilidades de realización de las personas y que generan discriminaciones y valoraciones también basadas en criterios sesgados de sexo género²⁴.

2.1 Androcentrismo en la investigación sobre población sin hogar

¿Por qué se relaciona tan directa la población sin hogar a los hombres y principalmente adultos y solos? Tanto en leyendas y cuentos urbanos, en la prensa, en las investigaciones académicas sobre vagabundaje, en la literatura, en los censos y las políticas sociales y con ello en las prácticas en los servicios de atención se asume de que la población es principalmente masculina.

En Chile hay representaciones populares que son transmitidas y reproducidas desde la niñez, “hombres vagabundos” que son el peligro para los niños²⁵ u otras veces relacionados con historias de delincuencia²⁶, que han significado la inscripción de fuertes estigmas en esta población (Goffman, 1998). Las poblaciones históricas móviles (peones, vagabundos, desplazados), principalmente masculinas, han sufrido una fuerte criminalización desde los tiempos de la Colonia, pasando por los nacimientos de las República latinoamericanas, las dictaduras cívico-militares y en las ciudades occidentales desde los 90 en el marco del Estado Penal neoliberal. Gran parte de los estigmas y criminalizaciones derivan del enfoque científico centró las explicaciones de la “desafiliación” y su “aislamiento” en las causas *individuales* como la salud mental, las adicciones y/o violencia, el desgano personal por trabajar, entre otros, buscando evadir la problemática estructural, producto de la acumulación y “mercado del suelo”, de los procesos de urbanización, de la industria de la construcción y las inmobiliarias, de la reproducción del trabajo estacionario y no calificado, de la dismantelación del estado social en el siglo XX, la reducción-precarización de viviendas sociales, etc.

Las representaciones académicas del vagabundaje y los sin casa en Chile desde Góngora en adelante (1966), atravesando las conceptualizaciones sobre el bandidaje (Valenzuela: 1991; Salinas, 1986) y del trabajo libre (Salazar, 2000), así como los trabajos sobre masculinidades sin hogar (Bermúdez, 2009), han destacado siempre este fenómeno como realizado casi exclusivamente por hombres o adultos jóvenes. Los “procesos de campesinización/descampesinización” (Salazar, op. Cit.) referidos a los intensos procesos de

²⁴ Para el caso francés, véase el capítulo “Con una desocupada” en Pierre Bourdieu (2013)

²⁵ Por lo menos en Chile y Argentina existe el cuento de “el viejo del saco”, un hombre que se lleva a niños que no hacen caso a sus padres, por lo que es común generarle miedo a los niños en momentos en que se acerca un “mendigo” o “vagabundo”.

²⁶ Véase Montecinos (2007), Lepin y Montecino (2010) y Camejo et al. (2014)

privatización y capitalización de la tierra, habrían generado por un lado la necesidad de asentamiento dentro de la hacienda de ciertos trabajadores, pero por otro lado una masa de población que se descampesinizó, rompiendo y restableciendo relaciones con la hacienda constantemente y lanzándose/volviendo al/del trabajo temporal migrante-estacionario, a trabajos agrícolas hacendales, al trabajo minero, a las ciudades, etc.. La estructuración del latifundio y los cercamientos desde el siglo XVI trajeron consigo la masificación del trabajo libre (“braceros” o peones) y la mayor presencia y dominación de individuos, grupos y bandas de hombres en los sectores fuera de los márgenes físicos de las ciudades que rondaron campos y ciudades hasta entrado el siglo XX (Mellafe, 1981; Salazar, 2000; Valenzuela, 1991). Es posible que la mujer puede haber sido más llamada o forzada a asentarse, como dice Salazar, principalmente a través del matrimonio, para así constituir familias dentro de los márgenes de los fundos y así asegurar el trabajo estable de los hombres y las hijas e hijos de esta al patrón. No hay que olvidar, sin embargo, la gran cantidad de mujeres que migraron a diferentes ciudades principalmente para realizar trabajo doméstico a mediados de siglo, lo que hacía que ciertos barrios populares, por ejemplo de Santiago de Chile, tuvieran una alta proporción de habitantes mujeres y niños (Ponce de León, 2011).

También las investigaciones de los sociólogos de Chicago (USA) en la década de 1920, que fundan los estudios de la población *homeless*, comentaron y se concentraron en la presencia de trabajadores hombres itinerantes y nómades que llegaban a la ciudad de Chicago empobrecidos tras la privatización y capitalización de la tierra de sectores rurales, viendo este fenómeno como una concentración de hombres trabajadores “libres” en la ciudad industrial (Anderson, 1923). Estos análisis hacen del vagabundo un hombre solo, adulto-joven y que transita entre situaciones de asentamiento (trabajos temporales, inquilinaje, etc.) y largos recorridos a través de diferentes regiones o países.

Pero gran parte de la representación sobre vagabundaje tanto en la literatura académica como periodística sigue manteniendo esta representación masculina pese a que cada vez haya mayor presencia y/o visibilidad femenina y lo que se ha anunciado y denunciado desde los años setenta en el marco de los acercamiento a “la feminización de la pobreza” (Pearce, 1976; Aguilar, 2011). Es necesario destacar en esto la responsabilidad de investigadores que sólo han registrado a mujeres pero no las han investigado en profundidad, lo que ha tenido negativos impactos también en las políticas sociales (Savage, 2016). Muchos de los argumentos ocupado para estas limitaciones refieren a cuestiones metodológicas en relación a la dificultad de encontrar a las mujeres como también la poca confianza que ellas depositan en los investigadores e investigadoras.

Los catastros mencionados han registrado siempre mayorías masculinas abrumadoras. En Chile en el catastro del 2011 se registró que un 84% de las personas en situación de calle a nivel nacional eran hombres y la mayoría jóvenes solos y del total tendría en promedio 44 años. Se registró también que el porcentaje de hombres aumenta al aumentar la edad (el porcentaje de hombres y mujeres es de 65% y 35% en menores de 18 años, de 73,7% y 26,3% entre 18 y 24 años, de 84,9 y 15,1% entre 25 y 59 años, y finalmente, de 90,2% y 9,8% en mayores de 60 años) y que casi un 60% de las personas catastradas llevaban menos de un año en esta situación, es decir, eran “transitorios” (Segundo Catastro, Ministerio Desarrollo Social, 2011). Es interesante la idea de una mayoría de hombres que se presenta casi como global:

“The issue of gender within family dynamics is implicit in the present study; the survey was confined to boys, because very few girls are homeless, and all are currently placed in hostels. Studies in Colombia (Aptekar 1988), Honduras (Wright et al 1993), Brazil (Campos et al 1994), South Africa (Swart 1990), Sudan (Veale 1992), Ethiopia (Veale et al 1993), and India (Chatterjee 1992) confirm that homelessness in developing countries is primarily a male phenomenon (Baker, Panter-Brick y Todd, 1997: 139)

Pero también agregaban:

“The scarcity of homeless Nepali girls is most probably a consequence of their social and cultural status. Girls have less freedom than their brothers and remain more closely within the confines of their family, caring for, and working with, other family members. They are less likely than their brothers to be sent in search of work, and perhaps also less likely to leave employment which proves exploitative. However, increasing numbers of Nepali village girls are being sold or tricked into prostitution in Nepal and India, as growing awareness of AIDS further fuels the demand for younger prostitutes” (Ibid.)

El problema es que estas mediciones (y muchas mediciones sobre la pobreza en general) se realizan con perspectivas *androcéntricas*. Dentro la focalización que se ha hecho sobre el hogar, se ha evitado mencionar las estructuras jerárquicas y las dependencias o exclusiones femeninas y juveniles que eventualmente marginalizan o expulsan gente de los hogares. Y por otro lado, al investigar los espacios de calle y las hospederías como los espacios de las personas sin hogar, se investigan las personas más presentes o dominantes en estos espacios, que en su mayoría son hombres, obviando la descripción de las relaciones de poder y dominación en estos mismos espacios.

2.2 Construcción de masculinidades, trabajo y paternidad

El hogar, las hospederías y la calle deben pensarse no sólo como *espacios masculinos* simplemente por la mayoría de hombres que las ocupan, sino como espacios de la ciudad que han vivido y viven *procesos de masculinización*. Me refiero con esto a procesos desarrollados y reproducidos por las relaciones y prácticas entre individuos y colectivos, bajo dominaciones, violencia, compañerismo, y también por la relación de estos con los trabajadores de los servicios con los cuales toman contacto y con las personas representantes de los aparatos estatales y privados y los contingentes policiales con los que se relacionan cotidianamente (Bourdieu, 2000; Bourgois, 2010; Wacquant, 2008). Hay una gran cantidad de masculinidades que al no tener bases económicas, por ejemplo el trabajo o acceso a propiedad/arriendo, elementos constitutivos de identidades masculinas, masculinidades marginales, frágiles o fracturadas que eventualmente ejercen dominación y/o violencia contra otros o contra sí mismo en ambientes tensamente violentos y precarios, (Connell, 1995; Segato, 2003). Esto determina el alejamiento de *otras personas* de estos espacios.

Investigaciones desde los años 1980 en Estados Unidos sobre los hombres sin hogar y las éticas del trabajo mostraron cómo muchos hombres luchaban con las obligaciones centrales de los roles masculinos, como la presión por la autosuficiencia, existiendo estigmas hacia quienes eran dependiente del estado, lo que finalmente determinaba un alejamiento de las ayudas sociales y la continuidad y profundización de la situación de estos hombres en esta situación. Había en esto tres puntos paradójicos: en primer lugar, si bien las masculinidades eran definidas en contraste con los comportamientos y pensamientos de niños, personas con discapacidad y mujeres, al no encontrar espacio en el mercado laboral no podían diferenciarse de estos grupos económicamente; en segundo lugar, la ética del trabajo era, más que nunca antes, una barrera para el reconocimiento de los hombres como sujetos de ayuda; y en tercer lugar, si bien los hombres eran cotidianamente visibles, eran *irreconocibles en su individualidad* (Richard First y Beverly Toomey, 1989). En general, los problemas económicos o familiares fueron los principales para los hombres entrevistados por estos autores, la mayoría había tenido una crisis inmediata de vivienda y la mitad dijo tener problemas económicos como el desempleo, el pago de la renta, desalojo o término de beneficios, donde el desempleo y los altos costos de las viviendas fueron los principales elementos señalados como los que los *empujaban* a las calles.

Según el estudio de Ritchey, La Gory y Mullis (1991) a principios de los noventa, los hombres sin hogar eran menos tendientes a recibir ayuda del gobierno, eran desanimados de

aceptar su dependencia, *al igual que sus pares domiciliados*. Como obligaciones de los roles masculinos mencionaron la competición forzada, la presión a trabajar y la autosuficiencia. En este estudio los hombres fueron más tendientes a tener experiencias crónicas de larga duración, donde el 43% de los hombres y un 25% de las mujeres habían estado sin hogar más de seis meses, los hombres habían mostrado tener menos recursos sociales y menos apoyo social extensivo, menos amigos cercanos y menos contactos familiares y recibir ayuda de ellos, eran también menos capaces de nombrar compañías diarias y más tendientes a gastar una gran parte del día solos y a darle menos prioridad a los problemas de salud. Se reconocía así que había tendencias de género sobre las formas de percepción de las enfermedades, de los comportamientos y reportes, que hacía y hace que ciertos problemas posiblemente estén bajo-representando por el hecho de que los hombres reportan menos los síntomas de problemas de salud.

A mediados de los noventa, Corazón Lafuente y Patricia Lane en “*Lived experiences of homeless men*” (1995) trataban la relación que tiene esta situación de homelessness con el rechazo, la incertidumbre y el aislamiento social en términos de *desafiliación*, es decir, “debilitamiento de los encajes asociativos, familia, escuela, religión, política, recreación”, generalmente por cambios *externos o naturales*, como la muerte de un familiar, o por cambios *situacionales*, como la pérdida del trabajo. En su trabajo, los hombres fueron el grupo más visible, y notaron un rejuvenecimiento y posesión de niveles educativos más altos, con apoyos limitados de amigos o familias e incluso algunos hombres comentaron que nadie sabía sus problemas. Significativo fue ver que los hombres describieron el fenómeno del rechazo como algo experimentado antes de su “aislamiento social” o de empezar a estar sin hogar. Algunos atribuyeron sus llegadas al sinhogarismo directamente del rechazo de sus familias y también del resto de la comunidad, como de empleados locales, policías, el personal de bibliotecas, entre otros, y como un resultado de los limitados recursos para cubrir necesidades físicas o psicosociales los participantes se volvían crecientemente dependientes de otras instituciones como hospitales, albergues, cocinas, etc.

Más recientemente se han investigado también los roles de paternidad en sus construcciones de masculinidad, lo que fue interesantemente tratado en el la investigación sobre Viena de Diabäcker, Arhant y Harner (2015). Los autores plantearon en este texto que pese a la visibilidad había una ceguera de género en los estudios sobre hombres sin hogar y específicamente con respecto a la paternidad. Manifestaron que se considera la paternidad generalmente sólo en relación al “rol de proveedor”, faltando un mayor reconocimiento de la paternidad como conjunto de atribuciones, expectativas, orientaciones de comportamientos y

competencias que los hombres desarrollan, para lo cual definieron categorías que estarían dentro de la idea de paternidad: la función de cuidado, la función de provisión, de crianza, de educación, cuidado emocional, de ocio y de protección (Ibid.: 90). La falta de integración en el mercado laboral, sin embargo, fue la característica central en sus entrevistas y todos los entrevistados fueron dependientes de los beneficios de servicios de seguridad social y transferencia de pagos del gobierno, como beneficios de desempleo o ayuda social. Las funciones de ocio y emocional jugaron para los hombres entrevistados un papel fundamental frente a sus hijas e hijos, por estar separados de ellas y ellos y por la falta progresiva de recursos para las otras funciones. Las “reglas” hacia el niño o niña, por otro lado, fueron atribuidas o dejadas a la madre o al hogar donde estos habitaran al igual que las tareas del cuidado y que habían sido delegadas *incluso antes de que los hombres llegaran a estar sin hogar*, por lo que también se asoma ciertas formas de familia y paternidad tradicionales. Muchos de los entrevistados formularon en sus aspiraciones, sin embargo, imágenes clásicas de familias nucleares, trabajos tiempo completo y situaciones de vivienda segura, donde ellos se sintieran responsables de la seguridad financiera de sus hijas e hijos. Se asume por los autores que el hecho de presentarse como buenos ejemplos no sólo era debido a las propias expectativas, sino también a su interpretación de las expectativas de las madres de sus hijas e hijos o por las y los trabajadores sociales. Los hombres trataban interesantemente de recrear un estatus social particular y representar-reproducir las nociones hegemónicas de la familia nuclear con las mujeres llevando el trabajo de cuidado, dando cuenta la fuerza con que operan las categorías-roles familiares y de género, pero también la desesperación que puede llevar no poder cumplirlas.

Considerando las complicaciones para cumplir los roles masculinos impuestos social e institucionalmente, la tesis de Bertha Bermudez (op. Cit.) mostró cómo las significaciones en torno al género definen la vida, el comportamiento y el grado de vulnerabilidad de los hombres en calle. La autora concuerda que tanto la paternidad como el trabajo se han posicionado históricamente como los sustentos o fundamentos de la masculinidad y por lo tanto determinantes en las personas al decidir mantener o dejar el hogar. Los hombres sin hogar que entrevistó consideraron el trabajo y el cuidado de la mujer como cosas centrales en su discurso como hombres, pero que en momentos de crisis al sentir que “no tenían (más) que ofrecer”, muchos sintieron que debían dejar el hogar por vergüenza/honor. Esto se relaciona a cierto desarraigo de los hombres con respecto al hogar, lo que genera la permanencia en la calle o en los servicios. Muestra, sin embargo, que ciertas paternidades ausentes tratan de ser contrarrestadas discursivamente, por ejemplo en las entrevistas que la autora hace, donde los

hombres mostraron fotos y hablaron constantemente de los hijos e hijas pese a no verlos. Pero la autora se pregunta también qué medida hay una paternidad discursiva que se expresa en las entrevistas como afirmación de una *heterosexualidad* frente a la entrevistadora. Quizás también se expresa también porque constantemente está puesta en duda: “*se puede observar una heterosexualidad regida por la conciencia, por las reglas del día, mientras que los deseos y los actos homosexuales son propios de la noche, del alcohol, porque el día se rige bajo las normas de la moral impuesta y los ordenamientos de género aprendidos, mientras que la noche está plagada de insurrección pero también de olvido*” (Ibid.: 82). Se evidencia una dicotomía día/noche en contexto de calle que genera principalmente influenciado por el consumo de alcohol mayor deseo hacia otros hombres, mujeres y poblaciones trans al mismo tiempo que cataliza violencias contra estos. Como plantea la autora, existiría una “externalización” de las responsabilidades sobre todo hacia el consumo de alcohol que justifica la exploración sexual y violenta hacia lo femenino.

Como comentamos, ciertos hombres al no encontrar sustentos de sus masculinidades en el trabajo, ni en la propiedad, recurren a la violencia como recurso de distinción y dominación, independiente de los espacios.

2.3 Violencia masculina doméstica, separaciones y sinhogarismo

Si bien la calle y las hospederías/albergues son los espacios desde donde se registran las “Personas en situación de calle”, los hogares y las piezas arrendadas o compartidas son los espacios de donde provienen o por donde transitan después de los primeros espacios mencionados. Este tránsito está principalmente determinado por las situaciones precarias, violencias y abusos potenciales de la “emergencia de vivienda” (como lo plantea el concepto alemán de *Wohnungsnotfall*²⁷) y por ello es fundamental considerarlos en su conjunto. Sólo considerando esta apertura y amplitud de las experiencias personales podemos ver rutas de mujeres, jóvenes y otros hombres que cruzan los hogares, hoteles baratos, las hospederías y otros servicios y que muchas veces escapan a las estadísticas.

Enders-Dragässer y Sellach en „*Lebenslagen von Frauen und Wohnungsnotfallproblematik*” comentaron que la violencia doméstica, además de violencia también durante la niñez y adolescencia, se presentan como las causas principales por las que mujeres y jóvenes son expulsados o huyen de los hogares (Enders-Dragässer y Sellach, en Reuschke, 2010). Se ha

²⁷ Wohnung refiere a vivienda/departamento; Not refiere a emergencia/necesidad y Fall refiere a caso. Wohnungsnotfall sería entonces “caso de emergencia/necesidad de vivienda”.

evidenciado además cómo la experiencia de abuso en el hogar disminuye significativamente los recursos económicos de las mujeres, haciéndolas financieramente y progresivamente dependientes de sus parejas, muchas veces alejándolas también de otras redes de apoyo familiares o de amistades. La violencia muchas veces impide el acceso a trabajos remunerados o a la ayuda social por los costos monetarios, no monetarios y sus repercusiones en el desarrollo de las personas, como los ausentismos laborales o la menor concentración/productividad, lo que afecta las relaciones interpersonales y la calidad de vida de muchas mujeres (Baeza, 2015: 104-5). Estudios anteriores, como el de Clarke, Williams, Percy y Soo Kim (1995) habían ya comentado que un 42% de las mujeres sin hogar con las que tomaron contacto reportaron que habían sido violadas en algún momento de sus vidas y de los que tenían historias de abuso, un 73,8% dijeron que esto había ocurrido antes de estar sin hogar. Pero años después, Calterone (1998) evidenciaba que, pese a que suele hacerse una diferencia entre los albergues para *mujeres golpeadas* y *mujeres sin hogar*, se ha demostrado que una relación y un tránsito entre estas situaciones, una conexión compleja entre violencia y sinhogarismo.

Las mujeres que experimentan violencia doméstica tienen mayores barreras a la vivienda estable después de salir de sus relaciones abusivas y entrar en los sistemas de atención para personas sin hogar o para víctimas de violencia intrafamiliar, los que paradójicamente como se mencionó anteriormente, son atendidas separadamente (Mayock, Bretherton y Baptista, 2016). Es decir, si bien los rutas de mujeres sin hogar y golpeadas son similares, la organización y sistematización de la información de los centros de atención para mujeres víctimas de violencia, las hospederías y albergues les pide identificarse en uno de esos, ya que no existe una oferta de servicios que cuenten con diferentes focos. Los albergues para personas sin hogar se enfocarán en la habitabilidad y quizás en la vivienda y el empleo, por ejemplo, mientras que los para mujeres golpeadas se concentrarán en las consecuencias psicológicas de la violencia, además de las diversas exigencias morales que la institucionalidad exigirá a mujer golpeada o a una mujer sin hogar, muchas veces siendo contradictorias (Calterone, 1998). Un ejemplo que pone la autora es el de una mujer golpeada que puede ser felicitada por volver al albergue, en la medida que se estaría ayudando a sí misma, mientras que una mujer sin hogar puede ser vista como floja o como una forma de escapar de los problemas, donde operan, por ejemplo, una categorización de “mujer-masoquista” con relación a mujeres golpeadas, sin concentrarse en los efectos psicológicos del abuso y la precariedad de otras posibilidades (Ibid.: 148). Es tan patente el tránsito entre instituciones que, según Calterone, hay muchas posibilidades de que una mujer que haya dejado una relación violenta y entre a un albergue para mujeres víctimas de violencia, por el límite de tiempo de estadía tenga que irse de ahí, ya sea a un albergue para

personas sin hogar o buscar otra alternativa, mientras otras ni siquiera podrán pasar por albergues para víctimas de violencia porque simplemente están llenos. Existe entonces una compleja conexión entre el maltrato y la situación de estar sin hogar que está determinada también por la disposición de espacio o camas y que de alguna u otra manera está invisibilizada. Lo singular es entender que la organización de los albergues demanda que las mujeres tengan que definirse en un camino o en el otro, teniendo que modificar y manipular sus relatos para poder ser admitidas (Ibid.: 163).

En Alemania, Susanne Gerull planteó con respecto a lo anterior que:

„gewaltbetroffene wohnungslose Frauen sitzen zwischen den Stühlen der Wohnungslosenhilfe und der Anti-Gewalt-Projekte, psychisch kranke Wohnungslose haben oftmals keinen Zugang zu den hochschwelligten Angeboten der Eingliederungshilfe, sind aber in der Wohnungslosenhilfe nicht immer adäquat untergebracht und die Suchtkrankenhilfe arbeitet meist zu mittelschichtorientiert für wohnungslose Menschen (s. a. Hayner/Tippe in diesem Heft). Kinder und Jugendliche mit dem Lebensmittelpunkt Straße gehören erst gar nicht zur Zielgruppe der Wohnungslosenhilfe, sondern werden – je nach Schwerpunkt des Hilfeangebots – im Rahmen der Jugendhilfe oder Suchtkrankenhilfe versorgt und unterstützt“ (Gerull, 2009: 40).

Según los datos de la profesora Petra Brzank (2009) sobre Alemania, un 64% del total de las mujeres sin hogar que habían sufrido violencia por sus parejas habían sido heridas físicamente y la gran mayoría de las mujeres con experiencias de violencia no tomaron atención médica. Esto les trajo además problemas para conseguir un trabajo y para mantenerlo, ya que *„Arbeitsplatzprobleme können durch Unpünktlichkeit, Abwesenheit, Krankheit sowie eingeschränkte Arbeitsbelastung entstehen. Erschwert wird die Erwerbssituation der Frauen, wenn ihre gewalttätigen Partner sie davon abhalten, arbeiten zu gehen oder sie persönlich bzw. telefonisch auf ihrer Arbeitsstelle belästigen und bedrohen“* (Brzank, 2009: 332). En las biografías de las mujeres que sufrieron violencia de sus parejas se muestran constantemente fases de desempleo, incumplimiento en responsabilidades cotidianas (hubo un 20% de aquellas que no pudieron seguir cumpliéndolas) y muchas mujeres en las *Frauenhäuser* (casas de mujeres víctimas de violencia) que investiga la autora demostraron haber perdido o haber sido reducido algún ingreso o salario anterior a su ingreso en estas casas de atención. La violencia intrafamiliar, comenta, significa para mujeres frecuentemente un alto riesgo de pobreza por la fuerte dependencia de estas, donde según los datos de la autora, un 44% de las mujeres vivían del ingreso de sus parejas y un 21% de la ayuda social (Ibid.: 333). Con la estadía en las *Frauenhäuser* cayó la parte de mujeres que viven de la pareja, de un 37% a un 6,7%; y, por otro

lado, la tasa de las mujeres receptoras de ayuda social subió de 31% a un 67,9%. De las mujeres un 68% tenía hijos o hijas y las madres solteras tuvieron especial riesgo de pobreza “comparado con las casadas” al mostrar más *síndromes de dolor*, molestias psicosomáticas, trastornos de estado de ánimos emocionales y psíquicos, un mayor consumo de sustancias y estimación de su propio estado de salud de una peor manera, para la autora la violencia conduce a la pobreza („*Gewalt in der Konsequenz zur Armut führt*”) y eventualmente a perder acceso a una vivienda. De las entrevistas un 30% de las mujeres dijeron estar sin hogar tras una separación con su pareja y un 18% de los casos reconocieron que fue por una situación de violencia aguda o por otra razón, había hasta un 83% de las que habían experimentado violencia, que según la autora por el hecho de que algunas mujeres sin hogar pueden volver a las relaciones de violencia y dependencias, el porcentaje podría llegar incluso a un 90%. Una de cada 10 mujeres había tenido una mudanza como consecuencia de la situación de violencia y que existiría una transmisión (*Übertragung*) de la violencia entre generaciones, una relación entre la violencia vivida en la infancia o de haber visto violencia hacia la madre, con el hecho de mostrar roles de agresor/agresora o violentado/violentada (Ibid.: 334)²⁸.

Wesselmann también escribía que los pocos estudios de mujeres sin hogar en Alemania mostraban un mosaico fragmentado de datos, con mujeres de diferentes edades y orígenes, y que un 90% de las mujeres estaban expuestas al peligro de violencia (Wesselmann, 2009: 46). La autora reconocía que para las mujeres la violencia es un riesgo de pobreza y de las mujeres consultadas que venían de un contexto familiar violentado entregaron los siguientes resultados: 1) en sus vidas tuvieron distintas experiencias de desigualdades de poder, desde situaciones de imposibilidades hasta traumatizaciones; 2) hay mecanismos de las mujeres de sobrevivencia y autorregulación y desde estos desarrollan sus patrones de acción; 3) estos patrones se pueden dividir en modos de distanciamiento y de establecimiento de pertenencias sociales; 4) durante muchos años las mujeres enfrentan diferentes dificultades, donde pueden alcanzar situaciones de estar sin hogar; 5) la falta de hogar no es la primera crisis, sino que *representa un eslabón de una amplia variedad de crisis en sus biografías*, lo que reactiva en las mujeres el miedo a nuevas experiencias en forma de aislamiento y estigmatizaciones; 6) las mujeres manejan de distintas formas la situación de falta de hogar, en base a sus patrones de comportamiento

²⁸ “*In der deutschen Repräsentativstudie erlitten Frauen, die Gewalt bereits in der Herkunftsfamilie entweder beobachtet oder selbst erfahren hatten, 2- bis 3-mal häufiger Gewalt durch einen (Ex-)Partner als Frauen, in deren Herkunftsfamilie nach eigenen Angaben keine körperliche Gewalt ausgeübt wurde*“ (Brzank, Ibid.: 334). También Priscilla Ribeiro con respecto a Brasil comentó que algunos estudios han sido enfáticos en destacar la experiencia de abusos en épocas de niñez y juventud en población femenina sin hogar, principalmente en espacios de calle (Ribeiro Biscotto et al, 2016).

desarrollados biográficamente. También Almut Kipp profundizaba la problemática de la violencia intrafamiliar, donde según datos que tomó del BMFSFJ (Bundesministerium für Familie, Senioren, Frauen und Jugend) del año 2008, planteaba que tras las experiencias de violencia entre un 75 y un 94% de las mujeres en la situación sin hogar tenían miedo a la violencia antes de las lesiones de peligro que vivieron, entre un 73 y un 95% llevaban reales heridas corporales de diferentes grados, entre 46 y 54% perjuicios en la vida laboral, un 18% no se sentían más en la posición de poder cumplir sus tareas y responsabilidades, un 30% se sentían amenazadas con peligro de vida, un 87% consecuencias psicológicas y 56% psicosociales de largo plazo (Almut Kipp, 2013: 50-52).

Otro trabajo interesante sobre la violencia y dependencia de mujeres pobres a sus maridos, a la ayuda social o a sus hijos es el trabajo sobre el control de la sexualidad y del cuerpo de Gelberg, Leake, Lu, Andersen, Nyamathi, Morgenstern y Browner (2002). Este trabajo trata principalmente sobre los reductores de métodos anticonceptivos en un grupo de mujeres sin hogar, un ejemplo ilustrativo para entender que las decisiones de ciertas mujeres dependientes no pueden explicarse únicamente desde su individualidad, sino que deben verse en forma relacional y contextual. En este trabajo un 84% había vivido en albergues en los últimos 60 días y del resto la mayoría en la calle. Las causas más citadas como reductores para tomar anticonceptivos eran la percepción y miedo de los efectos colaterales y potenciales riesgos para la salud, además del costo y del disgusto de la pareja, sin embargo, *estos impedimentos eran los mismos que para las mujeres en general*, aunque para las mujeres sin hogar sobrepasar estos obstáculos es mucho más difícil (Gelberg, et al., 2002). Con respecto a Chile, Carla Núñez vio que los hijos producto de embarazos no planeados rompían la estabilidad de las relaciones que algunas mujeres entrevistadas tenían con sus parejas, significando a veces un quiebre donde comienzan a sufrir violencia por parte de estos en el hogar (Carla Núñez, 2013: 204). Estas situaciones de violencia muchas veces contradictorias son las que buscan ser resueltas por mujeres con recursos en extremo limitados, donde una de las soluciones a situaciones de violencia es lógicamente la separación o el divorcio, lo que no necesariamente significa mejorar su situación económica y de habitación.

El año 2010 Peteke Feijten y Clara H. Mulder, en el libro compilatorio „Wohnen und Gender” de Darja Reuschke, publicaron el texto “*Gender, divorce and housing – a life course perspective*”, donde comentaban cómo el divorcio, cada vez más común (33% de los casados²⁹)

²⁹ Según la autora, desde los sesenta el porcentaje de divorcios de parejas con niños ha crecido de un 60% a un 65% y en un 82% de los casos la custodia la toma la madre, mientras que los padres lo hacen en un 11%. Las uniones no maritales está también aumentando (1995 al 2007 ha crecido un 50%), que se disuelven más fácilmente.

es una solución para conflictos en el hogar y tiene frecuentemente efectos temporales en las “carreras de vivienda” de las personas. Especialmente para las mujeres es más complejo por su restringido acceso al trabajo, su dependencia económica, el acompañamiento de los niños, etc., y aunque la mujer pueda quedarse en la casa, por ejemplo cuando está con niños y así se decide, enfrentarse a los costos de mantener sola un hogar puede hacer que de todas maneras tenga que salir de ese lugar para buscar algo más barato y generalmente más precario o entrar en relaciones de dependencia. Las violencias que cruzan las experiencias de las mujeres y que también determinan sus orientaciones son múltiples, por lo que también muchas mujeres deciden finalmente enfrentar la situación de la violencia y del eventual sinhogarismo de una manera anónima o invisible, incluso aguantándola.

No obstante, remarcaba también Calterone, se ha demostrado que la relación entre violencia y su situación sin hogar no es lineal y no necesariamente es vivido por todas las mujeres sin hogar, o que varía enormemente la forma en que las mujeres perciben el impacto de haber experimentado violencia, incluso las mismas mujeres en diferentes situaciones podrían llegar a quedar sin hogar ya sea con episodios de violencia como a veces no. Según la autora, muchas mujeres que vuelven con sus parejas lo hacen también con decisiones agenciales, totalmente conscientes de su decisión porque la hicieron considerando todo su contexto y pueden estar efectivamente tratando de terminar la violencia a través de estrategias reflexionadas que desde afuera parecen irrisorias. Como se ha comentado, las mujeres y las personas en general manipulan conscientemente sus historias para encajar en las categorías socialmente construidas. Es importante por último notar que esta autora planteaba cómo algunas instituciones sobreutilizan términos como “víctimas” o “sobrevivientes”, de acuerdo con sus percepciones con respecto a la violencia y el desamparo, pese a que las mujeres no se vean a sí mismas como víctimas, sino que se ven como mujeres fuertes que salen adelante.

2.4 Hombres, niños y jóvenes sin hogar, bandas callejeras y dominación masculina

Si bien la violencia dentro del hogar es una de las primeras causas por la cual personas abandonan o son expulsadas de los hogares y viviendas, quienes llegan a la calle y a las instituciones ven además cómo grupos de hombres dominan generalmente a través de relaciones de violencias. Ahora, si bien en la calle y en las instituciones se generan relaciones de violencia, estas distan de ser generales y muchas veces la relación entre la población masculina adulta sin hogar y idea de criminalidad parece ser demasiado estrecha y genera un hostigamiento constante de las policías.

Como evidenciaron Laura Huey y Marianne Quiroutte, el problema de la violencia callejera cotidiana general, es que en ciertos contextos y grupos “de calle”, la denuncia a la policía es prohibida. Las autoras observan que si bien discursivamente de parte de los hombres se acepta o entiende que esto lo hagan ciertas personas, como mujeres, ancianos, enfermos mentales o niños, es sólo porque en el discurso son presentadas como personas “débiles que necesita protección”, a través de un *sexismo benevolente* (Laura Huey y Marianne Quiroutte, 2010). Los hombres tendrían que moverse entonces entre una posición de dominación de la mujer y otra de evitar el uso excesivo de la violencia contra ellas y así poder mantenerlas con ellos. La violencia se presenta en consecuencia como una forma de adquisición de *capital social de respeto* (independencia, rudeza, dominación sobre la mujer) (Bourgois, op. cit.). Además, las autoras plantean que hay una forma compartida tanto por hombres como mujeres para enfrentarla o resistirse a la violencia, y esta se basa en la idea del “*just dealing with it*”, como imperativo *individualista* de solución y resistencia. Por su lado, las mujeres manifestaban no requerir protecciones especiales de hombres o policías y muchas percibían la trampa de este “acuerdo” que las priva de agencia. Ahora, mientras unas mujeres habrían buscado resolver independientemente los problemas para asegurar respeto dentro de la comunidad, otras mujeres son violentadas y abusadas más todavía después de denunciar y que determina que reporten también progresivamente menos.

Pero como mencionaba, entendiendo que pueden haber contextos de violencias cotidianas en poblaciones que habitan la calle, se da la existencia de estigmas que relacionan directamente a la población sin hogar con la criminalidad, aunque incluso los hechos no lo evidencien (First y Toomey, op. Cit; Snow, Baker y Anderson, 1989). El estudio de Snow, Baker y Anderson planteó que en los ochenta, la década donde la discusión se centró en el tamaño de la población, se buscó determinar sus causas y las características en gran medida por el miedo a los grupos de hombres solos pese a que estos no estuvieran totalmente comprobados empíricamente. Más bien en su trabajo evidenciaron que pese a que una alta proporción habían sido detenidos y encarcelados, los crímenes o faltas cometidas por la población sin hogar eran *en general* delitos menores, como intoxicación en la vía pública, vagancia, dormir en propiedad privada y ofensas a personas o policías. Además, los crímenes en esta investigación fueron más cometidos por menores de 35 años, que estaban hace más tiempo en la calle y que tenían contacto con el sistema de ayuda salud mental. Los autores establecieron en ese entonces, incluso, que no fue claro que estos hombres tenían menores tasas de delitos que el promedio dado por la población masculina domiciliada, sino que más bien su “criminalidad” dependía más del contexto donde era cometido que de los actos en sí. Este contexto se basaría básicamente en una

marginalización callejera con altos consumos de alcohol que los acerca a la justicia criminal en la medida que el contacto con la policía aumenta con el tiempo en calle, causado por lo que los autores consideraron los “comportamientos y rutinas de sobrevivencia”, las que llaman la atención de las policías y que son vistas como eventualmente criminales. Esta es una persecución que también experimenta la población domiciliada que ocupan espacios de calle.

Si bien la idea no es exculpar o minimizar la existencia de violencia cotidiana en espacios de calle y de refugios o albergues, se busca romper eventuales relaciones directas entre criminalidad y las personas sin hogar. Me parece fundamental reflexionar en qué medida la misma localización en la calle, en gran parte realizada por hombres, puede ser considerado un objeto de políticas policiales modernas y constantemente criminalizado. Ejemplos de esto es la Ley de Faltas de Uruguay aprobada el 2013 y en las leyes de limpieza del casco histórico de ciertas ciudades en Hungría con el gobierno de Orban. Un texto que trata sobre el caso uruguayo es el de Soledad Camejo, Della Mea, Monetti, Perez, Pintado y Santos (2014), quienes comentaron que en Uruguay al visibilizarse públicamente la situación de calle, el gobierno había empezado a tomar tareas que antes le competían al gobierno local, y con una Ley que buscaría penalizar a quienes pernoctan en el espacio público “más visibilizado”, por lo que, según las autoras, las personas pasaron de ser sujetos vulnerados a ser *sujetos en falta* (Soledad Camejo, Della Mea, Monetti, Perez, Pintado y Santos, Universidad de la República, 2014). Las autoras remarcan la diferencia total de ciertas situaciones dentro de esta población, por ejemplo la existente entre los que duermen en el espacio público y los que duermen en alojamientos permanentes o con familiares, considerando que vivir bajo techo no es garantía alguna de dignidad o cumplimiento de derecho. El artículo preciso de esta Ley de Faltas es el siguiente:

“Artículo 368 (Ocupación indebida de espacios públicos). El que fuera del ejercicio del derecho consagrado en el artículo 57 de la Constitución de la República, ocupare espacios públicos acampando o pernoctando en forma permanente en ellos, será castigado con pena de 7 (siete) a 30 (treinta) días de prestación de trabajo comunitario, si habiendo sido intimado 2 (dos) veces en que desista de su actitud, por parte de la autoridad municipal o policial correspondiente, persiste en la misma. Siempre que se constaten las conductas referidas, la persona será trasladada a una dependencia del Ministerio de Desarrollo Social a los efectos de que se recabe su identidad, se le ofrezca una alternativa adecuada a su situación y se dé cuenta al Juez competente” (Ibid.: 23)

Esta Ley de Faltas estaría basada en sensaciones de inseguridad que no están sustentadas en la realidad general y que más bien, como las autoras manifiestan, habría más bien una manifestación del Estado que busca controlar el uso del espacio público determinando modos

de interacción social acordes a modelos de ciudadanía e ideales de orden, promoviendo la transformación del espacio público en propiedad, posicionando a la policía como un actor central en esta jugada estigmatizante.

La criminalidad no puede relacionarse directamente a las personas que se encuentran sin hogar en la medida que esta población la desborda y escapa. Tampoco la criminalidad y la violencia hacia las mujeres, hacia los jóvenes y/o hacia otros hombres debe representarse como restrictivo a la calle. Estas diferentes violencias de calle y/o servicios sociales no pueden ser analizadas sin considerar las violencias masculinas que ocurren dentro del hogar como una expresión de dominación masculina general. El abuso masculino al interior del hogar se presenta como una de las mayores causas del sinhogarismo femenino y determina su invisibilidad. En este sentido consideramos la violencia bajo la idea de *continuum*, presente en casi todos los espacios, lo que determina en gran manera la invisibilidad de los grupos violentados, compuesto por mujeres jóvenes, gays, lesbianas, trans y otros grupos.

En ciertas ocasiones los niños y hombres jóvenes tratan de evitar espacios que son dominados por grupos de hombres adultos, como ciertos servicios sociales y algunos espacios de calle, construyendo otras formas de sociabilidad que los hace tener generalmente experiencias considerablemente distintas a los hombres más adultos y viejos. Algunos estudios de los niños de la calle en Estados Unidos, como el texto de Baker, Panter-Brick y Todd (1997) mostraron una deteriorada salud mental y física relacionado a una variedad de prácticas de alto riesgo, falta de educación, falta de herramientas, etc.. Estos registraron que un 29% vivían regularmente en un servicio, un 21% lo visitaban durante el día o más de cuatro veces a la semana y un 42% sólo ocasionalmente, y el tiempo promedio de haber dejado la casa fue de 3 años (20% entre 0 y 1 año; 20% entre 1 y 2 años; 35% entre 2 y 4 años; 25% más de 4 años), la edad media era de 10 años y un 82% de los niños habían dejado la casa antes de los 12 años. ¿Por qué habían dejado la casa? 42% por problemas familiares, 35% por razones económicas y un 23% por deseos de independencia, y dentro de las causas relacionadas con la estructura familiar, de los que tenían ambos padres dijeron hacerlo por razones económicas (42%) y por buscar independencia (35%), en contraste, entre quienes vivían con padrastros o madrastras, un 72% dijeron haber salido por conflictos familiares, y desde que estaban sin hogar, un cuarto de los niños no habían retornado a casa, una mitad la visitaba anualmente y un cuarto más frecuentemente. Los autores notaron la alta prevalencia de padrastros o madrastras en la población de niños sin hogar, siendo un factor para el proceso de salida del hogar. Sin embargo, los autores comentaron dos problemas: lo primero que mucha literatura sobre los niños sin hogar se confunde en distinguir entre niños de la calle sin hogar y niños de la calle con hogar,

cuestión que no se restringe sólo a la población joven. Y, en segundo lugar, que se han ignorado las posibilidades que tienen los niños de desarrollar estrategias sociales efectivas para sobrellevar la pobreza y la incertidumbre, que hay desarrollo de redes sociales entre los niños de la calle invisibles para ciertas investigaciones, donde compañeros, más que familia u otros adultos, proveen apoyo material y emocional.

En Alemania, Erika Alleweldt y Vincenz Leuschner en su texto „*Freundschaften auf der Straße*” (2004)³⁰ tratan la marginalización, el aislamiento y las relaciones de amistad en jóvenes con la calle como lugar de sustento y sobrevivencia. Los autores explicaban que la calle debe verse como un “mundo de vida” (*Lebenswelt*) en el “último escalón en un proceso de desintegración social”, donde se mueven los jóvenes desarraigados social y generalmente rechazados por otras instituciones. Los autores también comentaban que este grupo no estaba categorizado como un grupo fijo, sino que las personas involucradas se movían entre las categorías diversas como “grupos sociales marginales” (*soziale Randgruppen*), “subculturas juveniles” (*jugendliche Subkulturen*) y “desviados” (*Desvianz*). Los autores también remarcaron diferencias regionales dentro del globo, comentando cómo en Latinoamérica y Asia los niños incluso bajo los 10 años podían observarse ya en las calles, mientras que en Alemania las “carreras callejeras” (*Strassenkarrieren*) comenzarían no antes de los 12 o 14 años, muy marcado entonces por la pubertad. Los autores comentaban que los jóvenes llegaban o llegarán a la calle cuando las otras opciones no están disponibles y están casi completamente solos, algo muy similar a lo registrado en trabajos con mujeres o población trans. Lo anterior nos hace observar cómo está determinado el tránsito de las personas por la posición en estructuras de sexo-género y familiares, por la situación en el contexto de dominación masculina y por la estructura de la ayuda y los servicios. En la medida que las relaciones con la familia, la escuela o la vecindad a veces falta, se los fuerza a encontrar otros tipos de relaciones y redes, „*Freundschaften*” o „*Freundschaftsnetzwerke*”.

„In diesem Zusammenhang erwähnen besonders junge Frauen explizit das Wohlbefinden als einen wesentlichen Grund, Freundschaften zu führen. Das Gefühl, wichtig zu sein für andere, stärkt das Selbstwertgefühl der jungen Frauen und sie erfahren eine Anerkennung, die sie sonst nirgends erhalten. Unter den jungen Männern auf der Straße werden die engsten Freunde häufig mit familiären Bezeichnungen benannt. Diese Praxis der Herstellung von Wahlverwandtschaften ist einerseits

³⁰ Los autores comentan que en la inexistencia de datos estadísticos, las estimaciones alemanas de jóvenes *obdachlos* (sin refugio) o que están amenazados por esto iban a principios del 2000 entre los 10.000 a los 50.000, donde sólo en Berlín habría habido entre 3.000 y 5.000 jóvenes callejeros (*Strassenjugendlichen*).

Zeichen für die Kompensation des Verlusts familiärer Bindungen und bedeutet andererseits auch eine Auszeichnung der Freundschaften als familienähnliche, unersetzbare Beziehungen (Alleweldt y Leuschner, 2004: 348)

Las pérdidas familiares, conyugales o de otras amistades se complementan con las experiencias y miedos de una dura realidad que determina cómo se dan las relaciones a futuro y las confianzas en estas (Ibid.: 349). En este contexto, ciertas relaciones de amistad entre jóvenes finalmente pueden ser vistas como “comunidades de sobrevivencia” (*Überlebensgemeinschaften*). También los autores evidenciaron acá que esta población proyectaba formas de relaciones que *nunca* vivieron en su niñez, donde los roles de género familiares tradicionales jugaron un papel fundamental.

Con respecto a Uruguay, Virginia Rial, Eloísa Rodríguez y Fabricio Vomero en su texto “*Varones jóvenes en situación de calle*” (2007) comentaron que en Montevideo ha habido una masculinización y rejuvenecimiento de la población sin hogar que vive en y de la calle. Se da una situación de expulsión de los jóvenes hacia las fronteras sociales por factores de género e identificación al grupo, relacionado a “desposiciones simbólicas” proveniente de una marginalidad histórica y una criminalización por parte del estado sobre todo de los barrios pobres (Wacquant, op. Cit.). Las causales de hombres jóvenes se vinculan no sólo a carencias económicas de dinero, sino que en gran parte con problemas familiares y conflictividad por su paso por instituciones como hogares, cárceles, etc., relacionado muchas veces con situaciones de violencias y consumos adictivos, los “*efectos de lugar de entornos urbanos carenciados*” (Bourdieu, 2013). Para la población joven masculina se da así una exclusión del mundo del trabajo y del mundo del consumo, dos espacios esenciales en las sociedades occidentales para establecer las identidades sociales de los sujetos. Expulsados por las autoridades del hogar, muchas veces no van a los albergues ya que no quieren vivir procesos de normalización y a veces de violencia, además que muchas veces ni siquiera son gratuitos³¹. Por esto muchos deciden habitar espacios de calle, donde, sin embargo, no solamente ponen en riesgo su integridad física y psicológica, sino donde también son objeto de criminalización por parte de las fuerzas de orden del estado.

Las competencias por el liderazgo de los espacios de calle entre población joven marginal son evidenciadas en dos textos publicados en el libro “*Violence at the urban margins*” (2015) de Auyero, Bourgois y Scheper-Hughes, que reflexionan y analizan las masculinidades de

³¹ En Chile los usuarios de los servicios sociales en el Hogar de Cristo deben pagar una cantidad que va desde los \$200, o sea, unos 25 centavos de euro.

bandas juveniles marginalizadas de calle (que pueden no vivir en la calle) en algunas ciudades de Latinoamérica³². El texto de Mo Hume y Polly Widing comienza con una aclaración teórica: más allá de la distinción o separación entre violencia basada en el género y otras formas de violencia (violencia privada, doméstica, de bandas, etc.) a través de un trabajo de investigación en Brasil y el Salvador, comentan que ciertas formas populares de violencia están sostenidos por suposiciones de género que afectan su entendimiento y cuando la violencia es registrada, la masculinidad de los perpetradores es frecuentemente citada como “su razón”, lo que genera que haya una aceptación/naturalización de la violencia masculina que finalmente reproduciría un modelo simplificado de masculinidad construida sobre ella, violencia y masculinidad estarían entonces estrechamente relacionadas. La literatura comparativa reciente de masculinidades, dicen las autores, tiende a enfocarse en el aislamiento de los hombres, contruidos también como víctimas de normas opresivas de género y víctimas de ataques de bandas o como un peligroso protagonista en necesidad de contención/diversión, fallando en reconocer los roles en la perpetuación de jerarquías entre los mismos hombres. En ambos contextos, la presencia de violencia en los márgenes urbanos afecta profundamente en la forma como la gente vive sus vidas y la forma cómo las personas negocian en ciertos lugares del espacio urbano, determinado por la amenaza y el miedo no sólo a las bandas sino también a las policías. El uso de violencia de las bandas para imponer miedo, por ejemplo, es conseguido a través de una variedad de mecanismos, incluyendo la violencia como también métodos benevolentes ostensivos (como se mencionó más arriba), aunque las formas más directamente agresivas serían los aspectos más coercitivos y dependientes de los modelos de masculinidad dominante, ya sea el proveedor disciplinario/protector o la figura del patriarca. La violencia se expresa entonces como una *economía política de género y de moral* y de algún modo reconocen que toda violencia es violencia de género.

Además, este contexto neoliberal genera *masculinidades en crisis*, relacionado a procesos donde los roles tradicionales masculinos han sido socavados por la “naturaleza castradora” de la economía neoliberal y la precarización del trabajo (Olavarría, 2003). Es posible entonces que los hombres desarrollen culturas callejeras de resistencia, tendientes a la misoginia, a los abandonos paternos y violencias físicas contra mujeres o niños al no poder controlarlos o dominarlos económicamente (Hume y Widing, op. Cit.). En relación a esto las autoras destacan tres cosas: en primer lugar que si bien la violencia es un elemento muy presente, no todos los

³² Gayle Rubin plantea la dificultad de definir a grupos-bandas como organizaciones de por sí patriarcales en la medida que el poder está ejercido por grupos juveniles que basan su poder más en el grupo juvenil que en características patriarcales-familiares.

hombres marginales usan la violencia y no todos los que usan violencia son marginales; en segundo lugar, que existen estereotipos de clase que plantea que esto sucede solo entre pobres (los hombres pobres se matan entre ellos), mientras culpan a las mujeres pobres por tolerar el abuso, donde se ve una perspectiva clasista y una falta de la visibilización de la autonomía y la agencia especialmente de las mujeres en contextos difíciles; y en tercer lugar, se da un *continuum* en las experiencias de violencia que evita esas separaciones tajantes entre formas de violencia.

También en el mismo compendio, el texto “*Duros and gangland Girlfriends*” de Adam Baird analiza la contradicción de que si bien los hombres jóvenes pobres proveen mayormente el “capital humano” para las bandas de Medellín, Colombia, al mismo tiempo son las principales víctimas de la violencia de estas, con lo que los autores comentan que habría una relación directa entre la membresía a bandas y la construcción de identidades masculinas en ciertos sectores de calle. Según su interpretación, las juventudes desventajadas usarían la violencia y las actividades machistas para *restaurar* la estima/honor y la banda podría ser interpretada como una manifestación de masculinidad de protesta en medio de exclusión socioeconómica. La exclusión duradera generaría un “sentido colectivo de emasculación” (castración) entre hombres jóvenes marginalizados que al ser bloqueados de lograr las identidades masculinas tradicionales que deberían representar, los lleva posiblemente a “*procesos de masculinización rebeldes*”. La mitad de los entrevistados hombres explicitaron las oportunidades limitadas del contexto de pobreza como el factor causal que los llevó a ser parte de una banda, precisamente porque las bandas se posicionaron como caminos alternativos a la identidad masculina y una salida de la ambición juvenil. Es decir, cuando la adquisición y acumulación del capital masculino es negado por obstáculos estructurales, ciertos hombres tratarían invariablemente de considerar alternativas para atenderlo, donde para muchos hombres jóvenes las bandas son percibidas finalmente en términos utilitarios, como un proyecto reputacional y económico, un mecanismo para obtener salud y estatus. Las relaciones de género de las bandas de Medellín verían que el núcleo de la banda y la membresía completa es un dominio homosocial masculino, que sólo permite, con muy raras excepciones, identidades masculinas hegemónicas que excluyen feminidades y las masculinidades no hegemónicas como las homosexuales. Ahora, evidencia también que si bien las mujeres y niñas no son parte de la orientación homosocial de violencia, la interacción con mujeres es crucial en el proceso de la formación de la identidad masculina frente a los otros y el acceso sexual a mujeres jóvenes se transforma en un premio para los miembros de las bandas que tiene efectos en reforzar identidades.

Las mujeres en este contexto eventualmente tienen que ingresar al uso sistemático de la violencia y tomar roles de liderazgo en ciertos momentos, lo que las obliga a ir por un proceso de masculinización para poder negociar con el poder dominante de la banda, ya sea manteniendo las cuotas de violencia o superándolos en procesos de *hipermasculinización*. Sin embargo, si bien hay mujeres y jóvenes que pueden entrar en la posibilidad de usar esa violencia al tomar parte de un grupo y masculinizarse rápida y violentamente, hay otras y otros que tienen que aceptarla y resistir en espacios y relaciones de dependencia que muchas veces se da en hogares, piezas arrendadas o viviendas, lo que genera un tránsito determinado por las negociaciones diarias que toman las personas que lo viven.

2.5 Invisibilidad de situaciones de hombres *gay*, población trans y mujeres sin hogar

La violencia existente en los hogares, en la calle y los albergues invisibiliza a las poblaciones que la sufren, tanto en la medida que los excluye de ciertos espacios. También, ciertos grupos que son potenciales o reales víctimas de la violencia masculina deciden estratégicamente invisibilizarse en el espacio público como una forma de resistencia, aunque con ello pierdan posibilidades de ayuda. Lo anterior es parte de las negociaciones diarias que ciertas personas tienen que tomar en relación con sus contextos rodeados de inseguridades y malas experiencias, donde el género y la sexualidad juegan un papel fundamental.

El trabajo de Dunne, Prenergast y Telford llamado “*Young, gay, homeless and invisible*” (2002) reflexiona esta problemática con respecto a población *gay*. Los autores evidencian que muchos jóvenes habían sido frecuentemente abusados o sacados de la casa desde que revelaron su identidad sexual, es decir, que habían vivido una crisis o expulsión habitacional por sus identidades o identificaciones sexogénicas. Pero también evidencian que una gran mayoría venían directamente del cuidado de autoridades locales y servicios, por lo que su sinhogarismo más que un evento particular era considerado un proceso largo por diferentes espacios. No sólo la calle y las instituciones demostraron no ser lugares seguros para jóvenes lesbianas, *gays* o bisexuales, sino también los hoteles y era común para los entrevistados encontrar refugio en las casas de amantes u otras conocidas/amigas lesbianas y *gays*, principalmente en ciudades grandes.

Hombres *gays* y hombres que no muestran formas tradicionales de masculinidad son objeto de violencia y acoso, lo que los llevaba a invisibilizarse como respuesta a las reacciones homofóbicas de otros, cuestión que muchas veces genera su baja representación en las investigaciones y la ayuda para estas personas parece haber sido casi sólo ofrecida por

organizaciones llevadas por lesbianas y gays. El bullying homofóbico rutinariamente practicado en currículos informales de muchas escuelas, además de los quiebres con los beneficios familiares y disminución de la ayuda social, la retirada de subsidios estudiantiles, la introducción de préstamos y créditos estudiantiles también reforzaron y refuerzan la dependencia de estos chicos o a la familia o a otras personas. Pero los autores también remarcaban que el marketing del deseo y la sexualidad de una sociedad de consumo en extremo, junto con la presión de los pares de volverse sexualmente activo, hace que más personas estarían negociando con aspectos de sus sexualidades más temprano que generaciones previas, y en este contexto es más probable que más personas quieran cuestionarse y moverse más allá de la heterosexualidad normada a una edad más temprana que en el pasado, lo que muy posiblemente puede traer cada vez más, y más tempranamente, conflictos familiares y expulsiones de esta (Dunne, Prenergast y Telford, 2002).

Con respecto a la población trans, el trabajo de Claudia Davidson (2014) señalaba que la proporción de población trans en Estados Unidos tenía entre un 20% y un 40% de posibilidades de llegar al sinhogarismo, dentro de una proporción nacional de un 3,5% de población LGBT y un 0,3% trans (National HCH, 2015). Muchas de las vivencias de la población trans, especialmente los rechazos y conflictos familiares, así como violencia y discriminación institucional, repercuten siendo catalizadores hacia el sinhogarismo. Algunos datos que entrega Davidson son, por ejemplo, que

“in the NTDS [National Transgender Discrimination Survey] study, participants reported being denied (19%) or evicted (11%) from housing at some point in their lives because of gender non-conformity. In addition, a large portion of respondents reported adverse employment outcomes (47%) and some form of mistreatment or harassment on the job (90%). Adverse outcomes included being fired, denied a promotion, or not being hired because of gender non-conformity. Forty percent of those who reported job loss due to discrimination also had experiences of homelessness” (Davidson, 2014: 3).

Con respecto a la salud, comenta que había una alta prevalencia (44-54%) de depresión, seis a ocho veces más alta que la población general, además los intentos de suicidio eran “drásticamente” altos en comparación a la población general (41% vs. 1,6%); y de los que habían tenido intentos de suicidio, un 69% había tenido experiencias sin hogar (Ibid.: 3). Muy determinante en esto fue la discriminación laboral anterior y la influencia del trabajo sexual precarizado que los obliga a buscar alternativas restringidas.

En otro trabajo llamado “*Inaccessible Rights: the homelessness experiences of trans individuals*” de Edith England, presentado en forma de *poster* en el Congreso FEANTSA (European Federation of National Organisations Working with the Homeless) en Budapest el año 2018, mostró que alrededor de un 25% de las personas trans en Estados Unidos han vivido el sinhogarismo en algún momento de su vida y alrededor de un 10% lo vivieron repetidamente, y aunque estos números sean tan altos, su investigación está poco investigada y entendida. Según England, muchos sufren rechazos familiares o violencia doméstica, sumado a precariedades laborales, endeudamientos, humillaciones en sus aplicaciones a ayuda social y maltrato de equipos de atención, resultando de alguna forma con esto una exclusión de los servicios, por lo que muchos de los refugios u hospederías son percibidas como espacios donde la identidad trans es extremadamente vulnerable, por lo que se alejan de estos. Ahora, según England existirían cuatro temas en relación a cómo superar la invisibilización y posibilitar mayormente el contacto con grupos importantes de personas: en primer lugar hay una necesidad de mejorar el entendimiento y preparación de los equipos de atención; en segundo lugar, es necesaria una simplificación de los sistemas burocráticos para facilitar el “avance” en el sistema y dar posibilidad a un tercer género; en tercer lugar, reconocer la desconfianza de las personas trans con los servicios al pensar que sus necesidades van a ser sólo “pobrementemente cubiertas” y además considerado lugares inseguros; y cuarto, que ha habido, sin embargo, un gran *entusiasmo* por el desarrollo de servicios específicos LGTB/trans.

Las exploraciones hacia la investigación de la población LGBTIQ+ sin hogar parecen aún incipientes y parecen encontrar importantes limitantes por el resguardo e invisibilidad de la población en cuestión, que como se ha dicho, pertenece también a estrategias de defensa y seguridad frente a la vida. Si bien tienen situaciones que son por lo menos preocupantes, es posible que la falta de datos también se deba a que se sigue representando a la población trans agrupada en un único grupo con lesbianas, gays y bisexuales, categorizando en conjunto a grupos de personas que pueden diferir enormemente en la situación que viven o los recursos que manejan, lo que de alguna u otra manera, invisibiliza las divergentes experiencias de los grupos más marginales en estos grupos.

2.6 Situaciones y experiencias de mujeres sin hogar

Estas estrategias de sobrevivencia y estas estrategias de invisibilidad son también compartidas las mujeres en general. Con respecto a Europa, el libro compilatorio de Mayock y Bretherton (op. Cit.) tiene diversos aportes a la discusión. En sus artículos se puede ver que las

mujeres se mantienen invisibles de los reportes públicos, discursos profesionales e investigaciones, en gran parte también por las formas como ellas buscan ayuda en un contexto precario y hostil, ya sea pernoctando con familiares, amigos y/o conocidos, con el encubrimiento de la situación por vergüenza, y evitando los refugios o casas de apoyo que generalmente están bajo dominios masculinos o bajo tratos molestos o “intrusivos” de parte de los servicios de atención o trabajadores (Mayock, Bretherton y Baptista, 2016 y Hansen y Quilgars, en Mayock y Bretherton 2016). Según Pleace (Ibid.), habría cinco principales razones por las que las mujeres no estén siendo consideradas en la recolección de datos: 1) variaciones de definiciones en un mismo país entre estados, ONGs y otras instituciones; 2) por variaciones administrativas de recolección de datos (sistemas de salud registran de otra manera o bajo otras categorías); 3) variaciones geográficas (es más visible y registrado en las ciudades); 4) nivel de recursos, es decir, países más ricos tienen mejores datos; 5) limitaciones metodológicas, personas no contadas porque no tienen contacto con instituciones. Las mujeres accederían a los servicios para personas sin hogar en momentos tardíos, sólo cuando sus apoyos están exhaustos y sus condiciones psiquiátricas y de salud son más problemáticas y agudas. Para muchas mujeres los apoyos informales son los que buscan prioritariamente, por los que algunos autores hablan de que de todas maneras, aunque antes se haya dicho que la ayuda social puede estar pensada para mujeres, existe cierta “desconexión” de las mujeres con los estados de bienestar (Bretherton, Lars Benjaminsen y Nicholas Pleace, en Ibid.). Ciapessoni, con respecto a Uruguay y en un informe generado por el Ministerio Desarrollo Social planteó que existe una invisibilización de los factores y circunstancias por las que las personas pasan por la situación de calle, habiendo una inexistencia de la perspectiva de género, considerando que las mujeres y la población trans son las más vulnerables además de ser minoría. El androcentrismo habría significado que en los años sesenta las mujeres sin hogar eran categorizadas/confundidas como trabajadoras sexuales insistentemente, relacionando a las mujeres con los espacios privados.

A pesar de la invisibilización y de la poca profundización de algunos estudios, sí se pueden encontrar estudios y trabajos que han logrado retratar de forma sólida no sólo la situación de las mujeres sin hogar, sino también la relación que estas tienen con el mercado de la vivienda/trabajo y con la ayuda social. En la década de los ochenta en Estados Unidos y Chile y en los noventa (y entrados los 2000) en Alemania, se dieron reestructuraciones socioeconómicas y sociales importantes a través de reformas neoliberales que han ido focalizando la atención y políticas sociales en la población en pobreza extrema y han recortado recursos para otras poblaciones menos pobres o sectores de clase media baja empobrecidos y endeudados. Si bien hasta principios de los años ochenta en Estados Unidos la población sin

hogar se entendía como un grupo principalmente conformado por hombres de mediana edad alcohólicos y blancos, a partir de estos años comienza a ser patente la presencia de mujeres adultas, personas jóvenes, “familias” y nuevas poblaciones de clase media empobrecidos, los que fueron llamados “nuevos homeless” (Stoner, 1983; Bachrach, 1987).

Según Stoner (op. Cit.), los antecedentes en Estados Unidos de esta “nueva población” era la falta de vivienda, la pobreza, el desempleo, la desinstitucionalización, los desalojos, también la violencia doméstica, el abuso sexual, parte de lo que consideraron procesos de *desafiliación*. Una de las primeras causas eran circunstancias socioeconómicas y sus aislamientos. En general, las mujeres eran más jóvenes que los hombres, con menos educación, que estaban sin vivienda por periodos más cortos de tiempo y que más frecuentemente obtenían recursos “de fuentes legítimas”³³. Pero se evidenció que la “desafiliación” de estas mujeres *era anterior a ser personas sin hogar* y que las mujeres se aparecían en los albergues sólo cuando los otros servicios no estaban disponibles. Para Leona Bachrach (1987) muchas mujeres empezaron en los ochenta a sufrir del progresivo aislamiento y desafiliación, consideradas por esta autora como las condiciones centrales de la definición de “sin hogar”³⁴. Existían común denominadores para esta autora: la pobreza, la ausencia de casas de bajo precio adecuados, los desalojos y el abuso, enmarcado en los recortes de la ayuda social al neoliberalizarse el estado en pos de una presión de “vivir independientemente”. Sandra Anderson también hacia esos años, en su texto *“Alcoholic Women on Skid Row”* (1987), planteaba que las mujeres consideradas en su trabajo, caracterizadas por ser pobres y estar separadas de sus familias, lo que según ella era propio de la perspectiva de la desafiliación de los 60s, había un 85% que eran mujeres blancas, la mitad estaba empleada en trabajos precarios, un 25% recibía asistencia social y otro 25% no tenía ingresos; el 40% dijo creer que su padre era alcohólico, un 25% sus madres, un 20% ambos. Un 45% reportaron abuso físico y un 35% abuso sexual cuando niñas, donde en más de la mitad de los casos el perpetrador era un pariente alcohólico. El 70% tenía hijos, más de la mitad habían tenido el cuidado de ellos y un 79% habían tenido experiencias de separación, donde parientes, amigos y orfanatos asumieron la responsabilidad de cuidado.

³³ Un estudio de Vera Institute de aquellos años que cita la autora, demostraba que un 13% de las mujeres llegando a albergues provenían directamente de hospitales, casi la mitad habían vivido en piezas individuales en hoteles, más de un cuarto de las primeras aplicantes dijeron haber vivido desalojos ilegales o ser echadas desde el domicilio por amigos o familia.

³⁴ A esa fecha, se determinaba también que casi la mitad de la población sin hogar sola habría sufrido enfermedades mentales crónicas y que las mujeres habrían tenido psicopatologías más severas que los hombres (90% de las mujeres y un 40% de los hombres con enfermedades mentales). Los hombres, sin embargo, habrían tendido a tener duraciones de esta situación más largas que las mujeres, mientras que estas últimas habrían tendido a ser más “locales” que los hombres.

Casi todas las madres reportaron haber visto o hablado con sus niños en el último año, aunque la mayoría tenía contacto mensual, pero sólo una había vivido con sus niños en el último año. Estas mujeres durante los últimos 5 años habían vivido en promedio en nueve lugares distintos, donde lo más común era compartir espacio con varias personas, la mitad reportó tener un amigo o amiga cercana y más de la mitad reportó haber visto amigos en los pasados meses. Lo interesante es que se registró una fuerte tendencia de estos nuevos grupos de personas a situaciones y experiencias de sinhogarismo esporádicas y/o transitorias.

La preocupación sobre la situación de la gente sin hogar en los Estados Unidos, especialmente por las mujeres, había ya incrementado fuertemente en los noventa. En estos años comenzó a haber una percepción real del crecimiento del grupo de las mujeres que en ese tiempo correspondía según algunos datos a un 42% del total de la población sin hogar y registraban más tendencia a enfermedades mentales, historias de abuso físico, sexual y de sustancias y menos apoyo de redes (Wei, Andersen, Leake, Cunningham y Geldberg, 2002). Comparadas con hombres sin hogar eran más jóvenes, menos tendientes a tener un ingreso por trabajo, más dependientes del sistema de bienestar, más tendientes de tener hijos viviendo con ellas y a haber vivido recientemente abuso físico y sexual, con mayor cantidad de lesiones, enfermedades agudas y problemas crónicos de salud. Según Eugene Lewit y Linda Schuurmann, (1996), en 1995 la encuesta Gallup encontró que un 86% de los estadounidenses sentía simpatía por las personas sin hogar, un 33% decían ver más que hace cinco años atrás y que un 17% sentían que podrían llegar a estar sin hogar, principalmente mujeres y adultos jóvenes. Unos años después Bogard, McConnel, Gerstel y Schwartz (1999) dieron dos datos relevantes: en primer lugar que entre 1989 y 1994 sólo un 7% de las personas eran parte de los sin hogar de largo término (crónicos) , y en segundo lugar, que los niveles de sintomatología depresiva en madres sin hogar eran similares a los de madres domiciliadas, lo que plantea que las madres sin hogar son un subconjunto corriente de madres empobrecidas y que no hay diferencias psicológicas sistemáticas que las predisponía a estar sin hogar. Más bien la pobreza y estar sin hogar son factores claves en causar síntomas depresivos, donde los faltantes lazos a las comunidades y personas conocidas son fundamentales en cambiar esos síntomas (Bogard, McConnel, Gerstel y Schwartz, 1999).

Hacia mediados de los noventa se comenzaba a analizar el cruce entre del género y raza en la transformación de la población sin hogar en Estados Unidos³⁵. Anteriormente eran

³⁵ Carol North y Elizabeth Smith investigan el caso de San Luis. También Clarke, Williams, Percy y Soo Kim se focalizaron en estos “nuevos homeless” notando un alto componente de personas afro y euroamericanos, considerando como razones la combinación de factores como la pérdida de trabajo,

principalmente hombres blancos con problemas de alcohol, pero ya a mediados de los noventa no eran sólo más mujeres con familia y población joven, sino que también entre las mujeres se notaba una desproporcionada mayoría de “no blancas”³⁶. La mayoría de las personas se habían criado en familias “rotas”, agregaban, aunque las autoras establecieron así que entre los blancos habría habido una mayor relación con causas “internas” relacionado con el abuso de sustancias en hombres y enfermedad mental sin abuso de sustancias en mujeres, mientras que para los no blancos eran mayormente “externas”, relacionados a problemas socioeconómicos como bajos ingresos o más dependencia en un decadente sistema de ayuda social por mujeres y sus hijos. Además, más hombres y mujeres no blancos que blancos reportaron que sus familias eran cercanas y que se habían sentido amados y cuidados como niños, donde también más hombres y mujeres no blancos que hombres y mujeres blancas dijeron haberse quedado el mayor tiempo con la familia en los años pasados. Por otro lado, hubo una mayor cantidad de sujetos blancos que no blancos reportaron abusos en la niñez y más mujeres blancas que no blancas reportaron abuso sexual infantil, y en general, mujeres y hombres blancos reportaron más episodios sin hogar que los no blancos: las mujeres blancas habían tenido mayor tiempo en sinhogarismo que las mujeres no blancas y había una mayor proporción de mujeres blancas que no blancas que habían gastado la mayor parte del año pasado sin refugio, en las calles, pero en los hombres los dos grupos raciales no diferían. Más mujeres blancas que no blancas reportaron ninguna fuente de ingreso (más mujeres blancas que no blancas dependían de sus ingresos) y más de la mitad de las mujeres no blancas eran dependientes primariamente de la ayuda social, mucho más alto que el caso de las blancas, mientras muy pocos hombres, sean blancos o no, eran dependientes primariamente de la ayuda social y la mayoría dependía de sus ingresos. Por último, vieron que la maternidad estaba concentrada en las mujeres no blancas y que había una mayor presencia

problemas familiares y/o problemas de salud. Un 65% eran afroamericanos, un 32,5% euroamericanos y un 23% dijeron estar sin hogar hace 6 meses o menos, un 22% 5 años o más y ninguna de las personas entrevistadas indicaron satisfacción con la vida actual (1995).

³⁶ Además, más hombres no blancos que blancos identificaron un quiebre con su pareja como un precipitante, más hombres blancos citaron problemas de alcohol y más no blancos citaron problemas de drogas. Entre los hombres, los blancos tenían una significativa mayor tasa de abuso de sustancias y más reportes de historias familiares de alcoholismo que los no blancos. ; los hombres blancos, por su lado, fueron más experimentados en sinhogarismo, mientras que los hombres no blancos estuvieron con más frecuencia empleados en trabajos pero sus ingresos eran también menores, a pesar que estaban igualmente educados. Más hombres no blancos que blancos dijeron no tener fuentes de ingresos. Más hombres no blancos estaban trabajando, mientras en las mujeres era parejo, y más hombres blancos que no blancos habían renunciado a sus trabajos y más hombres no blancos criticaban la economía y la falta de trabajos disponibles. Los hombres blancos habían pasado más tiempo del año pasado en sus propios departamentos o casas que los no blancos. Más hombres blancos tenían problemas psiquiátricos que los llevó al desempleo (North y Smith, 1994: 643-644)

de desórdenes psiquiátricos, además de abuso de sustancias, en mujeres blancas, lo que era consistente también con sus historias familiares (North y Smith, 1994: 641-644).

Otro estudio que se centró en la salud de las mujeres sin hogar considerando aspectos raciales fue el de Lisa Arangua, Ronald Andersen y Lillian Gelberg (2005), quienes afirmaban que a mediados de los 2000 las mujeres seguían siendo el segmento de la población sin hogar que más había crecido. Comentaron la *desproporcionada diferencia de condiciones y experiencias entre las mujeres con hijos o sin hijos*. Muchas mujeres con niños estaban sin hogar principalmente por la poca disponibilidad de viviendas de bajo costo aptas para el grupo y tendían también a salir del sinhogarismo más rápido que las sin hijos. La autora destacaba que *las mujeres blancas sin hogar eran el grupo racial más vulnerable*, más tendientes a reportar tres o más problemas serios de salud, pero menos tendientes a recibir servicios de control de natalidad, menos tendientes a recibir servicios de atención prenatal y fueron más tendientes a reportar general desatención de necesidades por el servicio médico que otros grupos raciales y étnicos. Las personas sin hogar blancas se caracterizaron como mayores soportadores de vulnerabilidades individuales, y los no blancos más tendientes a soportar vulnerabilidades socioeconómicas estructurales³⁷.

Con respecto a Alemania, desde los años setenta y ochenta tras al movimiento e investigación de mujeres se comienza a ver a ciertas mujeres sin hogar y en pobreza extrema (Enders-Drägässer y Brigitte Sellach, op cit.), aunque el foco en sus situaciones parecen haber sido consideradas sólo a mediados de los noventa (Almut Kipp, 2013). Carla Wesselmann en un artículo del año 2009, con datos tomados de su labor de dirección en un albergue para mujeres, trataba de responder cómo las mujeres desde supuestas “relaciones sociales estables” se encontraron al final de sus rutas en el sinhogarismo, preguntándose cómo entraron/llegaron a esta situación y cómo ellas lo han manejado. Su punto de partida fue que las mujeres buscaban preferentemente otros tipos de ayuda en vez de ir a los servicios. Le interesaba a Wesselmann entender la proporción de poblaciones feminizadas provenientes de clases medias empobrecidas desde la neoliberalización de la economía alemana. Según los datos del BAGw considerados por Wesselmann un 25% de las personas sin hogar eran mujeres y que de esta mitad serían mujeres solas y mitad de mujeres con niños y/o una pareja. En estas estimaciones, sin embargo, hubo sólo mujeres que reciben ayuda de los sistemas de ayuda y no fueron consideradas aquellas que están en organizaciones de áreas de antiviolencia como las Casas de Mujeres (*Frauenhaus*) y Alojamientos para Refugiados (*Geflüchtetenheim*), las vivienda para

³⁷ Hombres blancos han sido mostrado también a ser altamente independiente y marginado de instituciones sociales, lo que explicaría el limitado uso de estos servicios.

madres con niños (*Mutter-Kind-Häusern*). La autora comenta la heterogeneidad de la población, donde estarían las drogodependientes, las tratadas psiquiátricamente, las encarceladas, las mujeres sin raíces alemanas con un estado de residencia no asegurado, las migrantes ilegales, también mujeres que se mantienen en una relación con *partners* para asegurarse un techo, así como otras trabajadoras precarias que no tienen situaciones de vivienda aseguradas (Wesselmann, 2009: 46).

Pero las concepciones públicas de la problemática de las mujeres en la emergencia/necesidad de vivienda no están libres de interpretaciones prejuiciosas y estereotipadas a partir del sexo-género (Enders-Drägässer y Sellach, op. Cit.). Categorías como “mujer de la calle” o “mujer sin refugio”, según la autora, dificultarían ya el acceso a un complejo sistema y determinan el margen de maniobras y las posibilidades de superación de las mujeres sin hogar y en necesidad de vivienda. A pesar de que se entiende que hay causas específicas en las mujeres y de la variedad de formas en que se enfrentan a la situación y de necesidades específicas debido a sus experiencias de pobreza y violencia, la oferta de lugares profesionales de atención para las mujeres es muy reducido. Para Drägässer y Sellach la problemática de la necesidad de vivienda para mujeres es una consecuencia de riesgos de vida y pobreza específicos de las mujeres, con respectivos márgenes y espacios de manejo, determinados por la dependencia económica al estado o a sus parejas, el trabajo no pagado, etc., donde las mujeres buscan asegurar su existencia económica con trabajos a mediotiempo y otras formas informales. En esto, según las autoras, la estructura de la política social para mujeres vulnerables es una de las principales causas del aumento de su pobreza y riesgos de vida (*„Die Frauen benachteiligende Struktur der Sozialpolitik ist eine der zentralen Ursachen für die erhöhten Armuts- und Lebensrisiken von Frauen“* (Ibid.: 202)³⁸.

„Golden hat die historische Entwicklung der Wohlfahrt in Europa und später in den USA mit Deutungsmustern verknüpft, wie sie alleinlebenden Frauen der westlichen Kultur galten. Danach bleibt die reale Situation wohnungsloser Frauen aufgrund moralischer und geschlechtsstereotyper Vorstellungen hinter Deutungen, Phantasien und Projektionen verborgen. Die Gesellschaft reagiert vielmehr auf alleinlebende wohnungslose, aus der Haft entlassene Frauen sowie auf Prostituierte mit

³⁸ „Nach den repräsentativen Daten der Zeitbudgeterhebung 2001/2002 des Statistischen Bundesamtes (2003) belief sich der gesamte Umfang der Erwerbsarbeit im Jahr 2001 auf 56 Milliarden Stunden gegenüber 96 Milliarden Stunden unbezahlter Arbeit. Männer wendeten durchschnittlich 22 ½ Stunden wöchentlich für Erwerbsarbeit auf, während Frauen nur 12 Stunden wöchentlich erwerbstätig waren. Unbezahlt hatten Männer pro Woche durchschnittlich 19 ½ Stunden gearbeitet, Frauen dagegen 31 Stunden“ (Ibid.: 202).

heftiger Abwehr, weil sie sich anscheinend außerhalb der gesellschaftlichen Weiblichkeitsvorstellungen befinden und mit ihrer Wohnungslosigkeit gesellschaftliche Normen verletzen. Weil sie den scheinbar "schützenden Raum von Ehe und Familie" verlassen haben, gelten sie als Frauen ohne Mann, ohne Familie, ohne eigene Häuslichkeit, die nicht ihren "weiblichen Pflichten" nachkommen. Sie leben nicht an den "normalen Orten von Frauen", sondern "auf der Straße", in "Schande". Ohne einen sie "schützenden" Mann an ihrer Seite erscheinen sie in sexueller Hinsicht freizügig, verfügbar, verkommen“ (Ibid.: 197)

Almut Kipp (2013, op.cit) analizó las estimaciones del BAGw del año 2006 donde un 69% de las personas sin hogar registradas eran solteras (en las mujeres era un 55%), un 19% estaban separadas y sólo un 9% estaban casadas (en las mujeres solas era un 18%). De las mujeres se registró además que tenían una edad promedio de 35,6 años mientras que en los hombres era 39,6 años; más de la mitad (59%) de las mujeres vivían solas, mientras que en el caso de los hombres era casi la totalidad (92%). De las personas sin hogar un 21% comentaron que la pérdida de vivienda se relacionaba con el término de contrato por parte del arrendador, un 15% era por la expulsión tras deudas, un 16% expulsión por otros problemas, un 15% ellos mismos renunciaron y un 33% fueron sacados sin siquiera término de contrato. Casi un 60% estaban hace máximo un año en la situación, un 71% estaban endeudados, un 54% tenían preparación laboral pero casi un 75% tenía más de un año sin trabajo. Específicamente con respecto a las mujeres más de una mitad su pérdida del hogar tenía que ver con “problemas en las relaciones privadas”, un 23% de las mujeres había dejado el piso por divorcio o separación, un 17% de la salida de la casa de los padres y un 16% por experiencias de violencia (Ibid.: 34). Además, comentaba, según datos del BAGw hacia 2010 con respecto las cifras del 2006, se había incrementado el número de jóvenes sin hogar bajo 30 años en casi un tercio, un 20% de las personas sin hogar en total tenían menos de 25 años y el grupo de mujeres había crecido en mínimo un 25%, donde las menores de 30 años habían crecido un 43% y las menores de 25 en un 31% (Ibid.: 35). El autor remarcaba también el *encubrimiento e invisibilización* de la situación por parte de ellas mismas como parte de estrategias de sobrevivencia, pero agregando la variante de que en el caso de las madres, hay instituciones que no permiten a las mujeres ir con sus niños, lo que genera que algunas no los visiten.

„Frauen ‚flüchten‘ - vor allem bei latentem Wohnungsverlustübergangsweise zu Bekannten/ Verwandten oder in Frauenhäuser, werden als Obdachlose oft erst gar nicht erfasst. Gelingt Frauen die Loslösung aus einer gewaltbelasteten Partnerschaft, sind viele von ihnen in besonderer Weise auf Sozialtransfers angewiesen, wenn sich die Grundlagen ihrer Existenzsicherung oder ihrer

Einkommenssituation dramatisch mit der Loslösung verändert. Immerhin haben zwei Drittel der Frauen, die Zuflucht im Frauenhaus suchen, zu betreuende Kinder dabei. Verweigern die Partner/Ehemänner Unterhaltsleistungen, erfolgt vorläufig eine Mindestsicherung nach dem SGB II. 41% der Frauen, die in Frauenhäusern untergekommenen sind, waren schon zuvor auf finanzielle, staatliche Hilfe angewiesen. Während des Aufenthalts erhöht sich dieser Anteil im Mittel auf 71%, nur rund 15% der Frauen leben weiterhin von einem eigenen Erwerbseinkommen“ (Ibid.: 48)³⁹.

La mayoría de las mujeres con las que trabajó la autora tenían consigo una acumulación de situaciones problemáticas que pudo haberlas llevado a continuas luchas y resignaciones, donde la pérdida de la vivienda debería considerarse más bien un punto final de un largo proceso marcado por limitaciones, discriminaciones y violencias estructurales.

Priscilla Ribeiro también comentaba con respecto a Brasil las situaciones contradictorias relativas a las expectativas y roles de género que viven las mujeres, como en un estudio citado por Ribeiro en Paraná que revelaron que, si bien se reconocía a la anterior experiencia familiar como la responsable de que ellas hayan llegado a una situación de sin hogar, las mujeres expresaban sin embargo el deseo de reconstrucción y poder levantar una nueva familia, dando cuenta de la fuerza con que la imagen de la familia está presente en sus objetivos de vida y aspiraciones (Ribeiro, op. Cit.: 753). Esto se relaciona con lo que Carla Núñez (op. Cit.)⁴⁰ comentaba sobre Chile. En este trabajo las mujeres demostraron una idealización del hogar a recobrar, sin los viejos vicios que hicieron que salieran de ahí, sino con nuevas conductas para recobrar la familia, por lo que en su investigación también “la situación de calle es concebida siempre como un tránsito, un proceso dentro de sus vidas que se resolverá en el futuro inmediato, como un problema puntual más que como una situación compleja en su globalidad“ (Ibid.: 203). Como ve también Ciapessoni en Uruguay, si bien hoy en día son prioridad en los

³⁹ Según estudios en Hamburgo citados por la autora se vio que las mujeres tenían mejor relación con los subsidios por transferencias: “66% aller Frauen beziehen ALG I, II oder Sozialhilfe (SGB XII) aber nur 48% der Männer. Demgegenüber befinden sich deutlich mehr Männer in prekären Einnahmesituationen wie ‚Betteln‘, ‚Sonstiges‘ oder ‚Ohne Einkommen‘“ (Kipp, op. Cit: 36)

⁴⁰ La autora trata primero históricamente cómo en Chile, tras la penalización en el Código Civil de 1855, las materias de orden social se vieron dirigidas a la búsqueda y apoyo para la subsistencia de sectores desprotegidos de la población y una de las primeras intervenciones consistió en la entrega por parte del Estado de licencias que autorizaban a las personas a mendigar, generalmente a personas discapacitadas o a mujeres que no contaban con otro medio de subsistencia. Con posterioridad, se crearon las primeras hospederías para que estas personas pudiesen pasar la noche albergadas, y despejar la vía pública y fueron mayoritariamente dirigidas por la Iglesia Católica (Núñez, 2013: 191). Las mujeres de la aristocracia durante el siglo XIX encontraron en la miseria, dice, un espacio para el discurso maternal-cristiano y su fortalecimiento, una expansión de su espacio privado, “Hadas madrinas de la miseria de los conventillos”.

servicios, son también las que abandonan los centros en menos tiempo. Pero cuando toman contacto con las instituciones o servicios, llegan con menos recursos que los hombres, más vulnerable, con historias más complejas, y con fuerte presencia de patologías psiquiátricas y experiencias de expulsiones familiares (Ciapessoni, 2014). Frente a esto, la escasa comunicación intra e inter institucional, las fallas en las derivaciones y coordinaciones, falta de continuidad, la falta de recursos económicos y técnicos y la escasez de psiquiatras genera que el trabajo de atención sufra descoordinaciones y contradicciones de criterios, que agrava aún más sus situaciones, llevando a estas personas a alejarse o nunca tomar contacto con estos.

2.7 Mujeres sin hogar con o sin hijas/hijos

Kay Young comentaba que en Estados Unidos al año 1981 había habido un incremento anual de un 25% el número de familias buscando hogar, una nueva “familia sin hogar” que no se percibía desde la Gran Depresión. Incluía por primera vez a un número visible de mujeres y niños, de lo cual no habría habido menciones por lo menos en las décadas del 50 y del 60 (Kay Young, 1995). Se estimó que entre las familias sin hogar, un 80% eran llevadas por mujeres (Wei, Andersen, Leake, Cunningham y Geldberg, op. Cit.)⁴¹.

A mediados de los ochenta se comenzaba también a manifestar que las personas sin hogar entraban en diferentes categorías: las personas de la calle, las personas con alcoholismo crónico, personas con problemas mentales y personas sin hogar situacionales, los últimos precipitados por problemas económicos inmediatos sin mayores problemas psiquiátricos o de consumo, por ejemplo (Johnson y Krueger, 1989). Una de las tesis principales de Johnson y Krueger era que las mujeres con niños dependientes y mujeres sin hijos tenían entre sí significativamente diferentes factores causales para haber llegado al sinhogarismo, por lo que eventualmente no deberían estar en los mismo servicios. Evidenciaron cómo las mujeres solas con hijos estaban desproporcionadamente presentes en la población situacional o transitoria, con un promedio de 4,7 meses sin residencia, comparado con las mujeres sin niños que reportaron tener un promedio sin residencia de 14 meses. Establecieron que la presencia o ausencia de niños podría proveer claros factores de discriminación en la provisión de los servicios a las mujeres sin hogar.

En el área metropolitana de Detroit entre 1970 y 1983 se habían perdido en promedio 5.114 viviendas anuales por precarización, abandono o demolición, haciéndose menos las unidades

⁴¹ Ponce de León también comenta cómo las familias pobres de Santiago durante la segunda mitad del siglo XIX eran casi en su totalidad llevadas por mujeres, con una ausencia del hombre y con la participación de otros familiares de un grupo relativamente ampliado (Ponce de León, 2011: 233-271)

asequibles para familias (Mills y Ota, 1989). Además, entre 1981 y 1986 el apoyo social para vivienda de bajo costo cayó de 28 billones de dólares a 9 billones, además de la inflación y el desempleo por el masivo cierre de fábricas y el decaimiento de los programas federales de apoyo al ingreso, lo que hizo que muchas familias se transformaran en familias sin hogar. De las familias consideradas en su trabajo, un 90% eran población negra y en su mayoría eran mujeres y como las causas más presentes se mencionan los desalojos de las casas, los conflictos domésticos y las condiciones de vivienda no seguras, a la vez que la razón de los desalojos generalmente fueron los no pagos. La falta de vivienda asequible y la gentrificación parecieron ser los mayores precipitadores, aunque también casi la mitad las mujeres registraron haber sido víctimas de abusos por los esposos o parejas. La mayoría de las familias (más de un 70%), decían las autoras, vivían por pagos transferidos del Departamento de Servicios Sociales o del Ingreso de Seguridad Suplementario (DSS o SSI), ninguna de las mujeres madres tenían algún ingreso por empleo y sólo una estuvo recibiendo cheques de desempleo (Ibid.). El número de mujeres totales sin ningún tipo de ingresos era un 24%, lo que se consideró alarmante: estaban en situación dependiente de sus maridos, parejas, parientes u otros parientes o amigos y se volvieron sin hogar cuando las relaciones se rompieron, esto hacía que la dependencia fuera algo a considerar. La literatura, concluían, si bien consideraba la feminización de la pobreza y la situación de las mujeres, existía realmente poca información sobre los factores económicos, sociales y psicológicos de las causas de la falta de vivienda entre mujeres y niños.

Un texto en sintonía con lo anterior fue el de Martha Burt y Barbara Cohen (1989) donde mencionaron las diferencias que evidenciaron entre mujeres solas sin hogar, mujeres sin hogar con niños y hombres solos en una interesante comparación. Compartían en primer lugar el diagnóstico de establecer que el incremento en el fenómeno de falta de hogar de las “familias” era directamente un fenómeno de pobreza de mujeres y los factores más relevantes fueron el comportamiento del mercado de la vivienda, las políticas de vivienda, los trabajos mal pagados, el desempleo anterior a la falta de vivienda, las ayudas sociales, las políticas de cuidado para personas con enfermedades psiquiátricas, de dependencia de consumo, con problemas físicos y registros criminales, la segregación laboral femenina, el abuso físico y sexual, y las imposiciones a la maternidad. Con estas consideraciones se preguntaban, similar a como lo había hecho Diana Pearce (1976) una década antes, por qué estas personas no estaban recibiendo la ayuda de la misma forma siendo que virtualmente todos son elegibles por ingreso y por qué las personas recibiendo ayuda todavía estaban en necesidad de alimento y albergue. También comentaron que si bien a principio de los ochenta no había espacios apropiados para familias, entre 1983 y 1988 casi se triplicaron (100.000 a 275.000), demostrándose una rapidez

con la que operan los servicios hacia las “familias” (hacia los niños más bien) en comparación a otros grupos de personas solas. Los medios también tenían un peso importante en tratar a las familias como “merecedores de ayuda”, lo que ha ayudado a generar apoyo pero también reprodujo jerarquías de “merecimientos” individuales entre las personas sin hogar (Burt y Cohen, op. Cit.: 519)⁴².

Interesantemente dentro de una serie de comparaciones entre los tres grupos, las autoras pudieron evidenciar que las mujeres con niños podían eventualmente ser más diferentes de las mujeres solas incluso que de los hombres. Las mujeres con niños, por ejemplo, demostraron ser las más jóvenes, las que tenían los períodos más cortos en el sinhogarismo y las que tenían menos años de escolarización, las que no habían tenido un trabajo constante por muchos años y dos de cinco no habían podido mantener un trabajo constante por dos años o más. Las mujeres solas demostraron ser más escolarizadas que las anteriores y que los hombres y las que habían tenido las experiencias laborales más recientes en comparación con hombres y mujeres con niños. Las mujeres con niños confiaban menos en el trabajo que los otros dos grupos y sustancialmente más en los sistemas de ayuda (un 69% recibían ayuda del estado mientras que sólo el 18% de las mujeres solteras lo recibía y el 11% de los hombres) y a recibir ayuda de parte de familias y amigos, mientras que las personas solas fueron más tendientes a recibir ayuda de donaciones. Mujeres y hombres solos eran más tendientes a tener historias de hospitalización mental e intentos de suicidio que las mujeres con niños. Las mujeres eran más tendientes a ser usuarias consistentes de albergues, especialmente las con niños, de las que un 70% habían pasado la semana anterior completa en un albergue. También demostraron comer con más frecuencia, mientras que los hombres solos con menor frecuencia. Las mujeres en general, decían las autoras, traían sus responsabilidades de género y maternas con ellas cuando estaban sin hogar mucho más fuerte que los hombres, evidenciado en que casi una mitad de las mujeres sin hogar tenían hijos con ellas comparado con un 1% de los hombres, incluso cuando una mitad de los hombres en su muestra eran padres. La mayoría de los hombres padres no había apoyado a sus niños, ni tenido contacto con ellos por años (Burt y Cohen, op. Cit.)⁴³.

En el año 1995 el trabajo revisorio de Kay Young (op. Cit.) plantea factores que hacia la fecha incrementaban la posibilidad de “pobreza familiar”: familias llevadas por mujeres

⁴² Ponce de León revisa el proceso en el cual la profesionalización y racionalización de la caridad y bienestar buscó incesantemente separar el pobre merecedor y el que no merecía ayuda.

⁴³ Clarke, Williams, Percy y Soo Kim (1995) analizaban cómo en los hombres con los que tuvieron contacto en su estudio ninguno tenía hijos con ellos, en el caso de las mujeres era un 34% quienes tenían uno o más niños a cargo durante su tiempo sin hogar. Tres mujeres tenían a sus hijos en el momento de la entrevista, las otras reportaron dejar sus niños con parientes o amigos durante el día.

solteras, de minorías raciales y en edad joven (madres sin hogar eran en promedio siete años más jóvenes que madres domiciliadas). Muchas llegaron al sinhogarismo al perder la ayuda social consecuencia de perder la tuición de sus hijos, lo que demostró que los hijos fueron considerados clave en la elegibilidad para recibir ayuda social y cuando estos se alejan o son alejados, las mujeres tienen más probabilidades de perder la vivienda u otras ayudas. Definieron además cuatro factores de riesgo asociados con mayores tendencias a dejar una casa: abuso de sustancias, victimización infantil de la madre, victimización adulta de la madre y embarazo o parto reciente. 41% de las madres sin hogar habían sido abusadas cuando niñas, comparado a un 5% de las mujeres domiciliadas, además de haber tenido un doble de probabilidades de ser golpeadas cuando adultas comparado a las domiciliadas, de ser más tendientes a haber estado embarazadas y a haber dado a luz en el último año, con menos apoyo social. También se estableció que las mujeres madres tenían mayores tasas de problemas psiquiátricos que las mujeres en general, pero las que estaban acompañadas por niños tenían considerablemente menos tasas que aquellas no acompañadas por niños. Se encontró además una relación entre embarazo/nacimiento y falta de hogar, ya que por estar embarazadas habían entrado en conflictos con el dueño de la casa o con otras personas y muchas habían tenido que dejar el lugar (Ibid.).

-Unos años después, la mayoría de las familias sin hogar con niños en Estados Unidos, decía Lewit y Schuurmann (op. Cit.), fueron llevadas por mujeres entre 26 y 30 años, que no habían estado casadas y tenían dos niños en promedio⁴⁴. Con esto, comentaron los problemas que estaba significando este “nuevo tipo” de población para los organismos estatales y privados, donde había una preponderancia de los casos temporales, sobre todo en la población “en familia”, con una gran presencia de factores como pérdidas materiales por desastres naturales, empleo o quiebre familiar. El 70% de las familias con niños habían estado sin hogar por menos de tres meses, comparado con el grupo de los hombres solos donde el 32% de ellos había estado por menos de tres meses. Se reconocía además que el número de familias sin hogar había sido al menos determinado por el sistema de albergues, ya que si bien por un lado la cantidad de albergues había aumentado desde 1900 en el año 1984 a 5000 en 1988, las autoras comentaban las complejas realidades del contacto de las personas con estos servicios, determinado, por ejemplo, por confusiones si una persona de 18 años puede ser considerado adulto sin hogar como también niño sin hogar, o madres y padres en un albergue que sin sus niños presentes puedan o no ser considerados una familia o que ciertas hospederías “para familias” no aceptan

⁴⁴ Ya a la fecha se hablaba de posible tres millones de personas sin hogar, reconociéndose dos grupos: *los literalmente homeless y los domiciliados precariamente.*

hombres o adolescentes y con ello fuerzan a las familias a separarse o ir a otro lugar más precarizado. Destacaban también las complejidades de llevar una familia por los cambios económicos que ocurren dentro del mes, donde suele haber más personas sin hogar a final de mes cuando la ayuda asistencial ya se gastó, y familias que reciben ayuda del estado pueden estar un par de semanas en un hogar bajo arriendo mientras dura el dinero y después tener que salir hasta que el próximo cheque llega, o cómo muchas encuestas no habían considerado que muchas personas negaban la maternidad o paternidad al ser preguntados por miedo a perder eventualmente la tutela de sus hijos por una mala imagen sobre la ayuda social.

Katie McGroven publicó dos textos en una misma edición el año 1998, uno titulado “*Women and Household Dependence*” como única autora, y otro llamado “*Homelessness: Women Search for Answers*” junto con Laura Butterbaugh y Laurel Weir. En el primer texto la autora comentaba los resultados de un estudio de Cynthia Bogard, quien postuló en base a distintos datos que las políticas de dependencia de género organizaban las políticas de albergues. En esto, Bogard contrastaba dos formas de dependencia femenina, una *buena dependencia* (o una dependencia hogareña) donde ellas llenarían sus roles tradicionales en un hogar de una madre y un padre, y una *mala dependencia*, referida a la dependencia a los programas de beneficios sociales, es decir, al estado y a los servicios. En este sentido, la autora escribía que “*women who are married to middle class men, are full time household managers, and are economically ‘dependent’ on their husbands are valorized by the proponents of welfare reform while women who perform similar work in the home but receive government benefits to do so are stigmatized as lazy women who have babies in order to receive increased benefits*” (McGroven, 1998: 12). Lo que planteaba la autora es que los mismos planes de los servicios mantienen objetivos que reflejan las ideologías, demandas y expectativas sobre las mujeres en general. Por ejemplo, por un lado los objetivos terapéuticos estaban basados en una idea de dependencia como patología, pero por otro lado los entrenamientos laborales que eran ofrecidos para mujeres incluían generalmente actividades diseñadas para hacer de esas mujeres mejores administradoras del hogar. Es decir, si bien esperan que las mujeres superen su dependencia, se las segrega de tal manera que sigan empleándose en empleos feminizados, que son peor pagados y no dan el paso de asistir realmente a las mujeres en encontrar un trabajo decente. En el otro texto (McGroven, Butterbaugh y Weir, 1998), las autoras comentaban que según estimaciones del total de población sin hogar un 52% eran mujeres y familias, y confirmaban que las mujeres están en un mayor riesgo de llegar a estar sin hogar y que muchas necesitan del acompañamiento de sus hijos para adquirir ayudas sociales, pero paradójicamente a la vez no pueden tener la custodia

si no tienen un lugar donde vivir, conflictos que hace que las mujeres busquen mantenerse invisibles para llevar su propia sobrevivencia.

Hacia los años 2000 había aumentado exponencialmente la cantidad de familias sin hogar en Nueva York (Nunez, 2001). La composición y características de las familias eran definidas por Nunez como una mujer de unos 27 años, desempleada, sin haber terminado la escuela, casi la mitad con historia de abusos. Un 84% recibía ayuda estatal y un 57% la habían tenido por más de un año, pero un 52% había tenido cortes en la ayuda social, un 42% habían tenido recortes en ayuda de alimentos, un 27% redujeron sus ayudas en medicamentos, un 10% reportaron haber tenido que encontrar un trabajo por esos recortes y menos de un 40% seguían trabajando. Un 15% estaba empleada, de los empleados el 67% recibía ayuda estatal y un 88% de los desempleados recibía de esta; aunque el 44% dijo haber sido recortado de la ayuda por estar empleado, bajo la lógica que estos ingresos deberían reemplazar la asistencia, pese a que los ingresos no sean suficientes y un 40% de las personas habían recibido ayuda por menos de un año. Las madres y padres que estuvieron en orfanatos cuando niñas o niños fueron menos tendientes a haber tenido una vida independiente antes de llegar a quedar sin hogar y son también más tendientes a haber llegado a esta situación más de una vez, lo que se presenta también como un *continuum*. Si una familia normal en USA, afirmaba el autor, se mueve cada seis años, las familias sin hogar en Nueva York se movían dos veces por año y un 35% tres veces o más en el último año, donde esta “forma nómada de vida” tendría efecto sobre la familia y sobre la educación continua y con ello con mayores posibilidades de tener problemas de autoestima, problemas en los resultados académicos y/o con el capital cultural. Muchos dijeron haber tenido que cambiar continuamente de escuelas, considerando que podría costar varios meses recobrase académicamente y tomar nuevamente el ritmo. En general, el autor planteó tres puntos interesantes: en primer lugar que la explicación de por qué las familias se están volviendo sin hogar habría recaído principalmente en las reducciones de la ayuda social; en segundo lugar, antes de su residencia en albergues, más de una mitad de las familias vivían con amigos o familia como allegados, durmiendo en sofás o suelos, mientras que entre los niños, niñas y adolescentes había un paso casi directo del sistema de orfanato al sistema de albergues; y en tercer lugar, que los albergues eran finalmente las viviendas de bajo costo para esas personas y muchos les llamaban también hogares, por esto a esa fecha se planteaba la posibilidad de que estos albergues se transformaran en comunidades de oportunidad y cambio en la vida de estas familias (Ibid.)

Se ha planteado que también en Europa las madres o padres solteros con sus niñas y niños son más propensos a ser pobres y que las familias que están llevadas por mujeres solteras

enfrentan mayores riesgos de pobreza comparado a las madres y padres solteros, tienen menores niveles educacionales y con ello menores posibilidades de participar en el mercado laboral (van den Dries, Mayock, Gerull, van Loenen, van Hulst, Judith Wolf en Paula Mayock y Joanne Bretherton, 2016). Se ha definido también que el perfil más común actual de “familia” sin hogar europea también es una mujer joven con más de un niño o niña, muchas veces no siendo cuantificadas específicamente como mujeres, mientras otras son discriminadas de instituciones y en consecuencia no ingresan a ningún tipo de registro o contabilización, especialmente cuando las mujeres han delegado la maternidad. Se puede cuestionar así entonces la arbitraria decisión que algunas instituciones hacen entre “mujer soltera” y “familia”, al considerar, por ejemplo, que muchas que deciden ocultar que son madres o dejan a sus hijos con parientes son reconocidas como solteras, encontrando fuerte discriminaciones por ello (Hansen Löfstrand y Quilgars, en Mayock y Bretherton, *Ibid.*; Savage, *op. Cit.*). Bretherton y Mayock concordaron en que los sistemas de bienestar responden en base a marcos que definen todavía la mujer en relación a la familia, como madre o cuidadora, teniendo la capacidad de quitar apoyos que son condicionales a lo anterior. En Europa, alrededor de un tercio de las mujeres madres sin hogar tuvieron o fueron separadas de sus hijos o hijas al 2016, categorizadas y estigmatizadas como “malas madres”, sobre todo si su separación estaba relacionada a problemas mentales o drogas, o si tienen comportamientos de abuso de alcohol o violencia, llevándolas a mayores marginalizaciones (Bretherton y Mayock, en Mayock y Bretherton, *op. Cit.*). En este sentido, ha sido declarado que también en Europa es la presencia de niños o niñas y no el estado de maternidad lo que asegura el acceso a servicios (Hansen Löfstrand y Quilgars, en *Ibid.*). Enders-Drägässer y Sellach (Reuschke, 2010) establecieron que las mujeres en esta situación con hijos sólo será definidas en relación a sus responsabilidades y tareas con estos, dándose una situación contradictoria: si bien son consideradas como grupos objetivos para políticas sociales, en la práctica serán apenas consideradas sistemáticamente, generando que estas definiciones deficitarias del sistema de ayuda logran sólo tardíamente considerar y dimensionar las crisis y los déficit de recursos que estas viven. En Alemania sólo un número reducido de servicios para personas sin hogar están específicamente designadas para madres con niños y para otros servicios sociales el foco está o en las mujeres sin hogar (servicios privados) o en sus niños (a través del sistema de bienestar) y no existen estrategias o estándares de acomodación para madres con niños. Lo paradójico entonces es que una mujer que no cumple el rol de madre o cuidadora representa para cierta institucionalidad una forma de “desviación”, aunque sea considerada simultáneamente víctima (Bretherton y Mayock en Mayock y Bretherton, *op. Cit.*).

En Chile, en la investigación de Carla Núñez, la relación de la mujer con la familia, mucho más presente que en los hombres, estaba retratado también en el tiempo desde el último contacto que tuvieron con la familia, que en las mujeres era de 1,8 años en comparación al de los hombres que es 3,5 años. No obstante, la autora destaca que esta es una situación que para muchas mujeres se vive en soledad y que incluso los hijos e hijas pueden ser una reafirmación o una extensión de sus soledades, además del punto de crítica donde ser cuestionadas incesantemente, donde sufren problemas de autoestima a la vez que se refuerzan los aspectos positivos de la masculinidad libre frente a una feminidad cautiva, donde la comunidad y la familia también cumplen un rol en “la tarea represiva”, planteándoles la necesidad de estar continuamente justificándose para tratar de evitar más desprestigios (Núñez, op. cit: 207).

“La familia es una imagen constante a lo largo de los discursos de estas mujeres. El cuestionamiento acerca de sus experiencias en la niñez junto a su familia de origen, y con posterioridad el cuestionamiento acerca de lo conseguido en sus propias familias, en la construcción forjada con una pareja y con posterioridad con sus hijos/as. Esta organización social de la familia cimienta una especie de obligación moral, a pesar de las malas experiencias. Continuamente se expresa una idealización de este espacio como el único posible para la realización personal. La batalla a ganar como mujeres finalmente es por cuidar este espacio propio de su responsabilidad, la familia es el campo de batalla a cuidar por ellas, es allí donde se juega batalla moral impuesta históricamente (Ibid.: 200)”

La maternidad toma importancia en este contexto en cuatro puntos: en primer lugar en la manera cómo ha sido el elemento del cual se explica muchas veces la dominación masculina o la constante de subordinación política de las mujeres como género a los hombres (Lamas: 1986). En segundo lugar, la focalización en la maternidad como fuerza/poder con que el estado presiona ideológicamente en relación al sexo-género en las mujeres, siendo su cumplimiento lo que divide a la población femenina más tajantemente entre los que acceden o no a los servicios y con ello divide determinadamente las situaciones que éstas viven (Mayock y Bretherton, 2016). En tercer lugar, la maternidad puede marcar una ruptura y/o precarización de sus condiciones, tanto con respecto a la pareja, a la familia, al trabajo, ayuda social. Y en cuarto lugar, también cómo la maternidad puede dar “significado” a la vida de mujeres jóvenes, ayudándolas a “reorientarse” o disminuir sus “comportamientos de riesgo”, pudiendo ser una experiencia positiva y transformadora (van del Dries, et al., 2016). En consecuencia, los factores relacionados a la maternidad y las responsabilidades maternas juegan un rol trascendental en precipitar la falta de hogar o vivienda de las mujeres, particularmente cuando se coincide con pobreza, desempleo, violencia familiar, quiebres relacionales y desalojos.

Pero la invisibilidad de las situaciones de mujeres está determinado también por la forma que ellas son categorizadas dependiendo de la institución y el momento en el que toman contacto. Se ha evidenciado la confusión de algunas categorías para diferenciar lo que sería una mujer con hijos o una familia, siendo esta segunda categoría una categoría que invisibiliza el hecho de que casi la totalidad de estas familias son llevadas únicamente por mujeres. Sin embargo, es importante destacar también que para que una mujer sea categorizada como familia y acceda a ayuda social debe tener generalmente la tuición o por lo menos el cuidado directo de las y los niños, encontrando menos posibilidades si es que ha, por ejemplo, delegado su maternidad. En general, muchas mujeres evalúan los albergues temporales con sentimientos ambivalentes, entre satisfacción y aceptación, donde la presencia de las hijas e hijos pueden asegurar el acceso a la ayuda, pero también la tenencia de los hijos puede ser un punto de evaluación de parte de instituciones e incluso puede llevar a hacer insegura la tuición misma.

2.8 Comentarios finales

En este capítulo he tratado de argumentar que existe un androcentrismo en la investigación y en las políticas públicas con respecto a la población sin hogar y por consiguiente en la atención directa, lo que invisibiliza y excluye de ciertos espacios y estadísticas a una mayoría de personas transitorias, esporádicas e incluso recurrentes, donde son perjudicados principalmente las mujeres, poblaciones trans y disidentes y las niñas y niños. Este androcentrismo está en gran manera determinado por las formas como la política pública está construida, por las dominaciones masculinas y sus violencias dentro y fuera del hogar, así como por las estrategias de invisibilización u ocultamiento que algunas personas desarrollan para salir adelante, es decir, evadiendo dominaciones y violencias estatales y masculinas pero cuyo costo es una marginalización mayor. Esta invisibilización encuentra relación también con la búsqueda de otras posibilidades habitacionales a través de conocidos y familia principalmente como allegados, o también entrando en relaciones con parejas, bajo trabajo sexual, etc., lo que finalmente repercute en el registro y por lo tanto en la consideración que el estado, los trabajadores y los investigadores hacen de ellas y ellos.

Sólo haciendo una mirada crítica sobre las categorías muy rígidas usadas para registrar a las poblaciones pobres nos permitirá entender las estructuras y procesos de jerarquías, dependencias y tránsitos que viven tanto dentro de las familias/hogar como afuera. Se hace necesario con esto romper la idea de que el domicilio de por sí puede asegurar protección, dando cuenta más bien que las experiencias de violencia y dependencia traspasan los espacios,

tomando diferentes formas de acuerdo al contexto. Es imposible entender la dominación masculina y las fuerzas resistentes y contestarias si es que no vemos que las violencias son transversales a los espacios de la ciudad. Entendiendo estas negociaciones cotidianas podemos entender de que una gran proporción de las personas que consideramos población sin hogar viven esta situación de manera temporal, transitoria, recurrente o esporádica, domiciliándose en ciertas ocasiones, saliendo del hogar en otras, etc. La categorización que los censos, sistemas de ayuda social e investigadores, en la medida que observa sólo lo evidentemente presente a través de categorías fijas técnicas ha colaborado en la invisibilización y mal entendimiento de las experiencias reales de las personas, ocultando los *continuums*, tránsitos y procesos que viven ellas en relación a la violencia, la precariedad/marginalidad y la (sobre)institucionalización. Las ideas de *continuum*, tránsitos y procesos palpables en las experiencias nos permitirán analizar la dependencia de las personas tanto en viviendas como a las ayudas sociales, que pueda evidenciar la espiral de que muchas personas para salir de ciertas dependencias deban entrar en otras. Sólo así podremos entender la sobreintervención de ciertas personas que los lleva a reaccionar de diferentes formas en diferentes momentos, explicando la reacción negativa que estos tienen muchas veces con los investigadores y trabajadores sociales.

He tratado de comentar y exponer la complicada relación de dependencia de personas categorizadas como sin hogar con la familia, el mercado de la vivienda, del trabajo y la ayuda social, dando cuenta no sólo las variabilidades presentes dentro de este grupo, sino también la variabilidad de relaciones, experiencias y negociaciones que pueden tener con otros, que los ponen en distintas situaciones de dependencia o equilibrios negociados. Además, he tratado de evidenciar que gran parte de las formas de relaciones entre hombres y mujeres, así como muchas situaciones de falta de empleo, aislamiento y marginalidad vienen de antes de haber llegado a la situación de calle y son compartidas también por la población general más pobre. Y en esto es importante entender que en los momentos en que una persona tenga relación con el salario y con la ayuda social, distintas barreras de sexo-género, pero también de clase, raza y edad, colaboran y determinan el mantenimiento en la situación de extrema pobreza o posibilitan salidas que a largo plazo pueden o no ser mantenidas, donde, como revisamos, la presión por constituir familia-hogar opera constantemente aunque no pueda concretarse. Nos queda sin embargo la esperanza de que dentro de estas determinaciones estructurales-cotidianas siempre hay un margen de autonomía donde las personas en situaciones de extrema pobreza pueden negociar sus situaciones o rutas, aunque la tarea que queda a los investigadores es orientarse

hacia una politización de un problema que parece estar o romantizado, o estigmatizado o criminalizado⁴⁵.

⁴⁵ Cada individuo debe gestionar finalmente no sólo su salario si es que lo tiene sino que también tramitar individualmente sus ayudas sociales, tratando constantemente de aunar estratégicamente los relatos de sus fracasos y haciendo esfuerzos para mantener una cierta coherencia dentro de una representación de un individuo que vive dentro de un ambiente muchas veces caótico. En Santiago (como también en Berlín) se asume por muchos de que conseguir ya sea un trabajo o una ayuda social es relativamente fácil y que muchos siguen en el sinhogarismo únicamente por voluntad, en cuya base está la idea de responsabilidad individual tanto como causa como también posibilidad de salir.

3 Tercer Capítulo. La Residencia Solidaria de la Corporación Nuestra Casa

Desde que comencé a investigar a las personas y grupos “en situación de calle” de Santiago Centro, hace ya unos cinco años, en Santiago Centro tuve contacto con principalmente una hospedería, la única para hombres entre 18 y 41 años de las comunas centrales. Su amplitud y la multitud que allí vive, sumado a su infraestructura casi carcelaria y su pertenencia al Hogar de Cristo (principal institución de beneficencia en Chile), llamaron siempre mi atención. Además de la calle y las piezas privadas en arriendo del sector, la alternativa restante es únicamente la Residencia Solidaria que en este capítulo se presenta y analiza.

Mi intención en esta institución fue conversar con hombres que tuvieran experiencias “fuera” o “diferentes” de lo que podríamos categorizar como “personas en situación de calle crónicas”, es decir, traté de conocer la situación de personas que estuvieran hace poco tiempo fuera del hogar o en esta residencia y que fueran activos laboralmente. Traté de acercarme a hombres, por lo tanto, que viven o vivieron en ese momento en una situación de emergencia de vivienda o Wohnungsnotfall pero que ellos mismos no se definen “personas en situación de calle”. Como logré ir viendo después, más bien se distanciaban discursivamente con el resto de la población residente, tanto por cuestiones de conductas como por actitudes y esperanzas ante la vida.

Es necesario establecer y aclarar que este capítulo busca representar una forma de un servicio de atención directa dentro de un contexto de neoliberalización y subsidiarización de la ayuda social, caracterizado por la burocratización del sistema, su precariedad reflejada en la infraestructura y la despolitización del grupo de personas que atiende, que son todos hombres. Un punto que me intrigó fue preguntarme por qué hay una concentración de desintereses y desilusiones con respecto a la lucha por la vivienda, lo que con el tiempo creo está determinado tanto por un sistema de ayuda social que con sus discriminaciones y complejidades, aleja a estas poblaciones de sus ayudas, como también por las formas cómo los hombres construyen y socializan sus masculinidades.

Este capítulo tiene dos intenciones representadas en las dos secciones, en primer lugar un apartado mayormente descriptivo del contexto de la Residencia Solidaria de la Corporación Nuestra Casa, su infraestructura, funcionamiento y organización interna. Seguido por una segunda sección que analiza y profundiza en aspectos de la variedad de perfiles que se encuentran allí, sus participaciones en el mercado laboral, su salud y consumos, su relación con la violencia callejera o institucional, en la relación con sus propias masculinidades y con la de

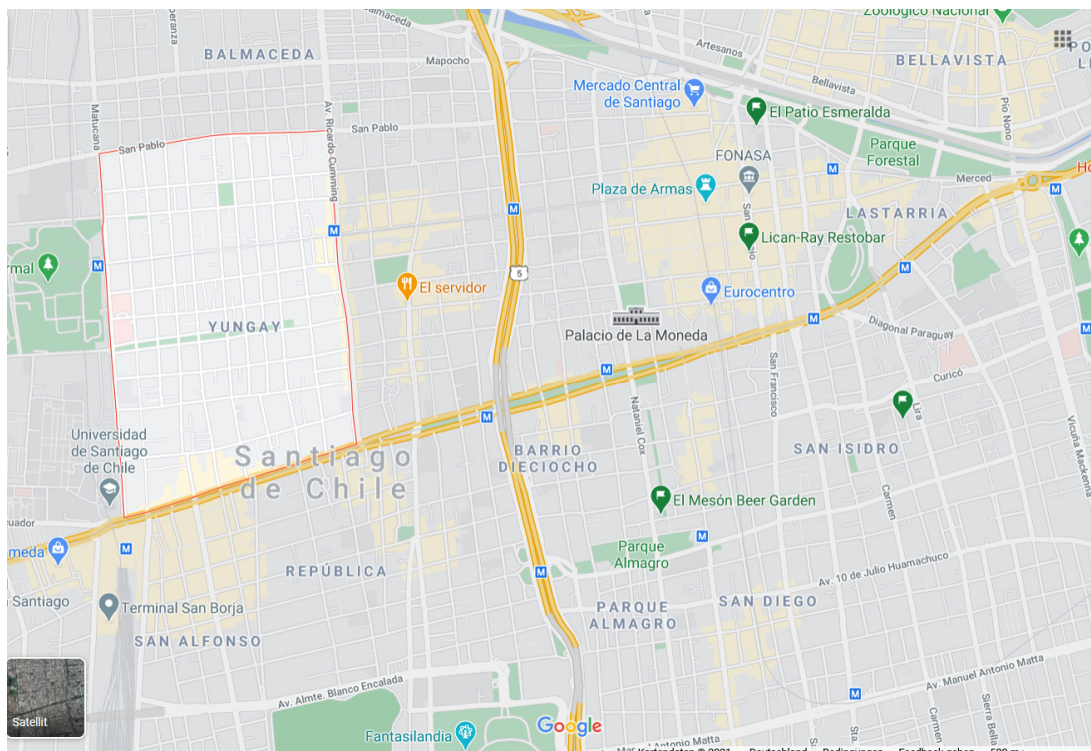
los otros, sus roles paternos, la recepción de ayudas y sus relación con personas voluntarias y visitas.

3.1. Primera Parte

3.1.1 Barrio Yungay

El barrio Yungay es un barrio de la zona norponiente de la comuna de Santiago Centro que se circunscribe entre las calles Cumming, Matucana, San Pablo y Alameda. Su plaza central se ubica en el sector norte del barrio y se le conoce como la “plaza del roto chileno” como una conmemoración a los soldados de la Batalla de Yungay en la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana el año 1839. Con el tiempo, sin embargo, la categoría de “roto” se desarrolló como categoría discriminatoria (casi directamente equivalente al alemán *Lumpen*⁴⁶), aunque también como reivindicación desde la población popular.

Imagen 3. Mapa de Santiago Centro y del Barrio Yungay



Fuente: Google.maps

⁴⁶ Harapo, Andrajo (pons.com)

Este barrio históricamente fue espacio de habitaciones para obreros, principalmente conventillos y cites, y en la actualidad por población en gran parte migrante en condiciones de alta precariedad aunque con precios de alquileres y gastos complementarios también muy altos. La existencia de casas antiguas y grandes por una histórica presencia de familias ricas ha llamado la atención también de empresarios inmobiliarios y gastronómicos que han gentrificado el barrio, orientados a turistas y extranjeros con posibilidad de pago, siendo espacio de hostales, habitaciones Airbnb o talleres/estudios. Actualmente también se encuentra en este barrio la residencia presidencial. Pero el Barrio Yungay pese a su gentrificación mantiene cuotas de marginalidad habitacional y callejera importantes, caracterizado por altos niveles de hacinamientos y habitaciones en las mínimas condiciones y en calle, tráfico de drogas, consumos callejeros problemáticos y violencias callejera, con una extensa presencia del trabajo sexual precarizado⁴⁷.

En el barrio Yungay se ubican varias hospederías, residenciales y casas compartidas principalmente de hombres, las dos más importantes son la Hospedería Padre Lavín, de mayor tamaño y con horarios de ingreso y la Residencia Solidaria de la Corporación Nuestra Casa, de menor tamaño abierta durante todo el día. Como la totalidad de la oferta es para hombres, las mujeres solo pueden ir a la hospedería del Hogar de Cristo en Estación Central.

3.1.2 Corporación Nuestra Casa

En un proyecto anterior tuve la posibilidad de conocer la Hospedería Padre Lavín. Pero en esta ocasión quise conocer la siguiente institución disponible en el sector, por lo que le escribí directamente a la directora de la Residencia. Tras comunicarnos por internet y organizar una reunión, nos reunimos un día en el barrio donde me contó la historia y funcionamiento de la organización.

La Corporación Nuestra Casa fue fundada a principios de los 2000 por dos ingenierxs comerciales de la Universidad Católica de Chile, Karinna Soto y Daniel Zulueta, donde

⁴⁷ Un día caminando y estando a tres metros de la puerta de mi casa, cercana al barrio Yungay, me habló un hombre en una condición en una extrema mala situación pidiendo dinero y acusando que había sido atacado con cuchillo y la herida operada, que necesitaba ayuda, y para esto mostraba su herida. En un momento al repetirlo mencionó que lo habían apuñalado los nazis, a lo que le pregunté dónde lo habían apuñalado y se sorprendió, diciéndome que hasta el momento nadie le había preguntado eso y me abrazó. Yo también lo abracé y le repetí la pregunta, a lo que me contestó que había sido en el sector de “Los Héroes”, a 10 minutos caminando de donde estábamos, un lugar particularmente conocido por grupos los nazis, de asaltantes y prostitución callejera que se encuentran ahí, sobre la Alameda, la avenida principal de la ciudad.

principalmente Karinna tiene basta trayectoria en organizaciones y en el estado relacionada a la temática, dirigiendo hoy la Oficina Nacional Calle del Ministerio de Desarrollo Social.

De este grupo nació la idea de arrendar una casa en el barrio con dineros propios como estudiantes, la que se fue desarrollando y organizándose de a poco, las reglas se fueron creando con el pasar del tiempo, supuestamente por intención de los mismos residentes, contaba la directora. Para la estabilización de este proyecto buscaron crear la Corporación el año 2000-2001, que en realidad legalmente es una Fundación. Si bien en un principio se constituían solo de voluntarios, esta se fue profesionalizando y al 2002 tuvo la conformación del primer Director Ejecutivo y equipo. Esta Corporación fue activa en la creación de la Red Calle que fue activa en exigirle al gobierno la inclusión de la población de calle en el sistema de protección social, lo que decantó posteriormente en el programa “Chile Solidario Calle”. Al participar de esta instancia, Nuestra Casa creció y abrió también un centro de día, que después de un tiempo tuvo que cerrarse por problemas económicos. La Corporación cuenta hoy con un directorio que está conformado de la siguiente manera: el presidente es Matías Agustín Arrau García, el vicepresidente es Cristián Sánchez, el secretario es Martín Adolfo Nieto Díaz Muñoz, tesorero Felipe Pávez y Director David Andrés Millar Deuma y la Directora Ejecutiva, Isabel Lacalle, que trabaja directamente desde la Residencial Solidaria. Como se ve, el Directorio de la Corporación está casi únicamente compuesto por hombres a excepción de la Directora Ejecutiva, que en realidad es el puesto más alto que está presente en la Residencial y visitando las otras casas en contacto directo con la población atendida.

La Corporación maneja la Residencia Solidaria y tres casas compartidas más, manteniendo como ejes de su trabajo “la habitabilidad y el voluntariado”. Sus recursos provienen de los aportes de los socios, de los mismos residentes, de las actividades que organizan y de fondos concursables. A pesar de que los recursos han sido en varios momentos irregulares o escasos, mantienen su independencia con respecto al estado, dice la directora, ya que no reciben recursos regulares a excepción de los recursos por el proyecto Vivienda Primero (Housing First). Las casas de la Corporación tienen también diferentes precios, los que van entre 60 mil pesos hasta 120 mil aprox. mensual⁴⁸, en las casas compartidas se mantienen precios muy similares “al mercado”, es decir, entre los 80 y 150 mil pesos, o sea, entre 90 y 170 Euros aproximadamente. El pago por la posibilidad de hospedarse en servicios es un tema con muchas aristas, pero generalmente se ha establecido por ciertos administradores de servicios la idea de que el pago

⁴⁸ Esto es interesante de destacar ya que en Chile todas las hospederías tienen un cobro, excepto los espacios abiertos durante épocas invernales del Plan de Invierno, y si bien las hospederías tienen un precio bajo, alrededor de 200 pesos (0,25 Euros)

significaría consciencia y compromiso. En la Residencia Solidaria el monto diario es de 1.500 pesos chilenos, con lo que según la Directora se puede pagar solo arriendo y cuentas. Pero para la alimentación necesitan de los otros pagos, de donaciones o de compras a precios reducidos en la Red de Alimentos que cobran por el mismo precio el kilo de cualquier comida que esté disponible. Los directores tampoco perciben ingresos, sino que muchos de ellos mismos son socios y realizan aportes desde un principio. Si bien han pasado constantemente en déficits financieros, han podido mantenerse por 20 años, lo que lo consideran muy significativo.

Con respecto al trabajo directo, es decir en cuanto a la atención directa a los residentes, usuarios y visitas en las casas, en el momento de mis visitas habían tres personas de la Corporación que lo hacían. En primer lugar, la directora ejecutiva de la Corporación de profesión trabajadora social, quien se dedica a organizar y a servir de conexión entre la Corporación y las casas, que tiene una historia de voluntariados y proyectos desde su época escolar en el Saint George, organizó áreas específicas de trabajo con personas en situación de calle como delegada de la pastoral, del área social general y del centro de alumnos. En segundo lugar, una trabajadora que trabajaba directamente en administración y reglamentación de las casas, asistente social y trabajaba en la Corporación desde sus tiempos de práctica, y como anteriormente también había desarrollado práctica en campamentos, reconociendo que siempre ha trabajado temáticas de habitabilidad. Y la tercera trabajadora, que en algún momento logré ver en la Residencia, después de un tiempo dejó de ir, presentando licencias médicas que se fueron alargando en el tiempo, por incomodidades y problemas para seguir trabajando ahí. Estas mujeres trabajaban en horarios que iban desde las 9 de la mañana hasta aproximadamente las 22 horas de lunes a viernes principalmente en la Residencial, haciendo visitas también a las otras casas y a ciertos momentos en los voluntariados por el sector. El resto del tiempo en que esta trabajadoras no están en la Residencia, están sólo los residentes y las visitas que en ciertos horarios específicos pueden entrar. Hoy día han podido integrar a más trabajadores y profesionales gracias a los recursos provenientes del nuevo programa.

Me pareció desde un principio interesante que, pese a que la Residencia y las casas compartidas son sólo para hombres, el trabajo de atención directa es desarrollado únicamente por mujeres y la Corporación a su vez cuenta con un Directorio casi en su totalidad conformado por hombres⁴⁹. Este es un tema que escapa a la explicación de las mismas personas involucradas y muchas veces se toma como algo “natural” por la disposición y las características que tendría

⁴⁹ La caracterización de las organizaciones de asistencia y ayuda social y sus estructuras de género, diferentes en sus niveles directivos y de atención directa han sido trabajados por Macarena Ponce de León en su trabajo “Gobernar la pobreza” (2011)

cierto “trabajo femenino”. La socialización y la educación entregada por la familia, por el entorno escolar y por el entorno territorial de niñas y niños reproduce la feminización del área social, de la atención y del cuidado, y su naturalización (Bourdieu, 2000). De parte de las trabajadoras de la Corporación entrevistadas, reconocen que ellas manejan un “trato y llegada especial”, distintos, que incluso asimilaron en las entrevistas a cierto “rol maternal” que sería también buscado por hombres que en su gran mayoría han tenido paternidades inexistentes, separaciones con sus madres y/o fracasos amorosos y sexuales. Las trabajadoras reconocen que el ser mujeres les entrega una herramienta de protección y respeto por parte de los residentes, que hace que ellos lleguen a “pensar dos veces cada una de las actitudes y acciones”, distinto al trato hacia los trabajadores hombres que en algún momento han trabajado ahí. Con los hombres se han mostrado más violentos, tanto verbal como físicamente, dicen, y recordaron particularmente el caso sufrido por un excompañeros de trabajo cuya homosexualidad era conocida por los residentes y después de un tiempo se fue por el maltrato que sufría. No obstante, las trabajadoras mujeres han sentido en algunos momentos concretos preocupación o miedo de ser eventualmente atacadas en ciertas situaciones de conflicto, aunque hasta ahora nunca haya habido una situación de agresión hacia ellas.

Por último, además de las trabajadoras que cuentan con contrato dentro de la Corporación y que trabajan directamente con las personas, se recibe el apoyo o el trabajo esporádico de estudiantes practicantes de la carrera de Trabajo Social de la Universidad Santo Tomás. Las estudiantes practicantes tienen una rotación semestral, sólo visitan la Residencia y asisten solo los días sábado, sin una labor específica en la Residencia más que el acompañamiento de los hombres que allí se encuentren o algún acompañamiento si es que hay algún evento fuera de la casa. Su trabajo en la casa está más que nada dirigido a recoger información sobre la situación de la casa y generar un informe para sus cursos. Según estimaciones de las mismas estudiantes en práctica que estaban en la Residencia en los momentos de mis visitas, esta carrera cuenta con más de un 90% de mujeres, lo que ejemplifica cómo ya desde la universidad se puede constatar la feminización de la labor.

3.1.3 Residencia solidaria: infraestructura y propiedad

La Corporación Nuestra Casa tiene tres casas compartidas y una Residencia Solidaria, donde esta última es la casa más grande y con mayor cantidad de personas (34 camas), además de tener la oficina las trabajadoras y ser el lugar donde visitan las practicantes y voluntarios/voluntarias. Esta Residencial Solidaria es una casa antigua que da a la calle

Huérfanos, de color celeste claro con blanco y de un piso que mirándola de frente y a la izquierda de la puerta se ve una oficina y mientras que al lado derecho de la puerta se ubica una de las piezas. Al entrar por la puerta a la casa, directamente a la izquierda, está la entrada a la oficina, donde hay tres escritorios y una mesa central, a la cual los residentes tienen acceso cuando están las trabajadoras y se mantiene cerrada cuando ellas no están ahí. Hay en esta oficina también un monitor que muestra las imágenes de cámaras de vigilancia que hace un tiempo fueron instaladas en la casa y en su exterior, que buscan regular la entrada/salida, robos y conflictos. Estas son muy resistidas por los residentes, y es quizás por ello que por lo menos la cámara de afuera había sido robada a los pocos días de instalada. Esta cámara es la más resistida ya que muestra quién ingresa o sale, pudiendo saber quienes no cumplen las reglas de entrada.

La entrada de la oficina al comienzo de la casa está frente a la primera pieza que se ve de la calle, una de las cinco piezas de la casa, las que cuentan con seis camas cada una, conformada con tres literas o camarotes. Las puertas, que son de madera azul y vidrios estilo mampara, se mantienen cerradas también con llave si es que nadie está dentro, la gente se cuida en general de no exponer sus pertenencias. Un poco más adelante se entra a la casa por un corto pasillo que lleva a un gran salón o sala de estar, un espacio amplio que cuenta con cuatro o cinco sillones y unas sillas más, todo apuntando hacia el televisor como medialuna. El televisor, pese a ser antiguo y de mostrar sólo canales nacionales a través de una antena que hay que ajustarla constantemente con una malísima señal, congrega y tiene la atención de mucha gente en la sala, reuniéndose tanto residentes como visitantes, los que en su mayoría son personas del barrio y en su mayoría hombres. Atrás de los sillones y también frente al televisor está la entrada a dos piezas que dan al salón, con las mismas características que la primera. Más al fondo de la casa y pasando este salón hay otro pasillo corto con dos piezas a cada lado que dan al patio interior. Este patio tiene a su costado izquierdo, una construcción que es la continuación o ampliación de la casa, donde está la cocina, la bodega y un baño para las trabajadoras, y atrás, al fondo por el mismo costado, los baños comunes, construidos posteriormente. Al costado derecho del patio frente al baño de las trabajadoras y de la cocina hay una zona común con mesas y sillas, un refrigerador y un lavaplatos cubiertos por un techo de zinc. Atrás de esto, casi frente a los baños comunes, hay un cuarto para guardar cosas y más atrás el fondo del patio como un área pequeña al aire libre, donde dejan las pocas cosas que se atreven a dejar sin estar cuidándolas. Los baños comunes del fondo, la bodega (con comidas no perecibles, snacks y conservas, que están bajo llave y con una entrada restringida), el techo del patio y los lavaderos son parte de una ampliación de la casa hecha por la Corporación. En su historia en la casa, la Corporación ha

hecho cambios menores, ningún cambio estructural en comparación a lo que era la casa original, excepto ciertas reparaciones de las grietas luego del terremoto del 2010. En estos espacios, sobre todo en los baños, se ve un evidente deterioro y precariedad material, donde los urinarios están rotos y la orina cae al piso, sólo funciona una o dos tazas, un par de duchas y los lavamanos, las que cuentan con problemas de conexiones y llaves rotas, además de no haber agua caliente en el momento en que yo estuve. El olor es también fuerte, está muy oscuro y el aseo de este espacio y de la cocina es criticado por todos, donde incluso en la cocina abundan baratas y cucarachas.

Las condiciones de precariedad, sobre todo de las habitaciones de la Residencia, son reconocidas por la administración. Conversando con la directora un día, ella aseguraba por ejemplo con respecto a las camas-camarotes, que estas “atentan contra la dignidad” de los hombres que ahí duermen. Pero también utilizaba el concepto de “incomodidad progresiva” para explicar un proceso de cambio de percepción de las condiciones habitacionales que no era tan negativo para ella: en el momento que comienzan a vivir en la casa están contentos con esta posibilidad, pero después de un tiempo comienzan a reaccionar y criticar más las incomodidades relacionadas con las luces, los olores, los ruidos, los ronquidos, etc. Pero esta “incomodidad progresiva” se relevaba también en su discurso como algo positivo en función del objetivo de la Residencia y la Corporación, ya que estas malas condiciones de la residencia podrían “incentivar” a la gente a buscar otras posibilidades mejores y “salir adelante”. Incluso aclara que cuando hay alguna crítica sobre las condiciones habitacionales de la Residencia por algún residente, la directora admite que les han respondido que entonces deben estar “listos para irse a arrendar una pieza o para cambiar de lugar”. Uno de los residentes me comentó que siempre recuerda cuando le dijeron que la Residencia “no era cinco” estrellas cuando solicitó un cambio de colchón.

Se cree de parte de la administración que la inseguridad de la tenencia de la propiedad no permite apostar a una mayor inversión, considerando principalmente que la mujer que es dueña de la casa ha mostrado desde años intenciones intermitentes de vender la propiedad o de regresar a ocuparla, las que son más frecuentes hace unos cuatro años. El contrato de arriendo, que cuesta unos aprox. 900 mil pesos mensuales, más la cuenta de la luz y del agua que rondan cada una los cien mil pesos, es renovable anualmente y consideran positivo que lo tengan hace 20 años con la misma persona. Lamentablemente, dicen, no tienen tampoco la posibilidad de conseguir financiamiento en otras organizaciones como el Hogar de Cristo o de la Municipalidad de Santiago.

Pero hay diferentes formas de llevar esta “incomodidad habitacional”. Están los que han criticado esta situación constantemente y se les respondió como referí recién, hay otros que lo hacen en consejos, o no lo expresan pero lo sienten, o quienes aceptan las condiciones porque consideran que es lo que corresponde por ese precio, “por 60 mil pesos no está tan mal”, como dijo uno de los residentes que pude entrevistar, o que *“la infraestructura no es la mejor, pero considerando la realidad en este momento, la gente yo creo que igual que yo piensa lo mismo, que estando donde dormir, está bien, pero esa no es la idea, o sea, la idea es poder mejorar la infraestructura, las camas, todo”*⁵⁰. Dentro de estas contradicciones de la situación, él apostaba más a una solución individual de protección y cuidado: no hablaba con muchas personas e iba al baño con su propia botella de cloro, donde limpiaba el lugar que ocupaba, sus manos y sus pies al salir.

3.1.4 Normativa, consejo de Residentes y organización

En la casa, como en gran parte de las casas compartidas y residencias, hay determinadas normativas o reglas, que al no cumplirlas puede significar una expulsión por algunos días o para siempre.

La normativa general de la Residencia, si bien se mencionan constantemente sus puntos (en una ocasión incluso una trabajadora mencionó “nuevamente” una por una las normas de la casa en un consejo donde yo estaba), no existe la forma cómo aplicar realmente las normas, lo que lleva a que, como incluso reclamaban algunos, se repitan los mismos problemas hace años y se tenga que hablar de ellos todas las semanas en el consejo. En un momento fui testigo de que un residente proponía algunas cosas que él creía deberían ser normas, a lo que la trabajadora que llevaba el consejo le respondió que “las normas las ponemos nosotros”. Sin embargo, la normativa se defiende por las trabajadoras como algo que fue requerido por los residentes. Así han establecido, por ejemplo, que no pueden andar sin polera, no pueden decir groserías muy abiertamente y alto, se deben tratar con respeto el uno al otro, y deben ir al consejo semanal. Pero también otras son posteriores, como prohibir el consumo de drogas y alcohol en el interior de las piezas, el ingreso de visitas a las piezas, etc. Sobre todo, para estas últimas cosas, fueron instaladas cámaras de vigilancia, cuyas imágenes son revisadas durante el día siguiente por las trabajadoras. En el tiempo que estuve ahí, las cámaras eran nuevas, y unos días después se

⁵⁰ Cuando se refería a gente, se refería probablemente a los hombres adultos solos con los que toma contacto.

robaron la cámara de afuera. Las estudiantes practicantes pensaban que estas cámaras no iban en la dirección que la construcción de autonomías y confianzas en el otro.

Hubo situaciones que observé que me parecieron muy interesantes y que me permitieron ir entendiendo la forma de organización y decisión que es llevada la Residencia. En la primera visita a la Residencia pude presenciar la conversación entre un hombre y una de las trabajadoras por una idea que tenía de organizar una comida y poder hacer algo de dinero con quienes decidieran comer. El problema que encontraban las trabajadoras es que la Casa tiene una política de “completa cooperación y bien común”, frente a lo que proponía que iba a ir en beneficio de la Residencia, pero le alcanzaría también para comprar un pasaje que necesitaba. Lamentablemente para él la respuesta fue un no, ya que eso significaría, según el argumento de una de ellas, que cada uno podría “exigir poder realizar recaudaciones de dinero para beneficio individual”, lo que estaba en contra de las ideas de la casa. En otra ocasión, entró un residente en evidente estado de ebriedad, un hombre mayor colombiano, que trató de justificarse negando que hubiera consumido alcohol, tratando así de que no lo echaran. Sin embargo, la trabajadora fue categórica en recordarle las reglas de la casa, recordarle también que había hablado expresamente con él mismo días anteriores sobre el mismo problema y pese a que éste se había comprometido en no llegar ebrio a la Residencia, no lo había cumplido. Este hombre buscó varios minutos excusarse, primero apuntando a que no había consumido y en segundo lugar reaccionando de forma más contestataria, exigiendo entonces la devolución de los pagos realizados con anticipación. La trabajadora respondió aceptando la devolución del dinero y dejando abierto el tema para conversarlo al día siguiente, considerando que estando él sobrio podrían conversar de forma más seria. Por la demora en retirarse, la trabajadora lo apuró en un par de oportunidades y también lo hizo otro residente que colaboró en hacer salir al residente. Le repitieron varias veces que debería irse al “2050”, que después supe era la dirección de una hospedería comercial que dejan entrar a todo quien pague, independiente de su estado. Para las trabajadoras practicante, la expulsión temporal de algún residente podía ser incluso bien tomado por ellos, dicen, ya que “se desaparecen” y se van a otros lugares manteniendo la posibilidad de volver unos días después a su cama.

Otro de los requisitos o exigencias es la asistencia a los consejos o asambleas, que en el caso de la Residencia se realiza todos los lunes a las 20 horas⁵¹. Si bien es obligatorio, sólo asisten regularmente entre una mitad y un tercio de los residentes (cuando yo estuve eran alrededor de 15 residentes) y una o dos trabajadoras guiaron esta instancia. Este Consejo comienza cuando la trabajadora parte con las preguntas a cada uno en orden de posición en la sala. Presencé un

⁵¹ He participado por lo menos en la hospedería del Padre Lavín y en la Residencia.

momento, por ejemplo, en que estando a la espera del comienzo del Consejo, la trabajadora que debía guiarlo llegó con cierta prepotencia, diciéndole a algunos que debían retirarse, que los que estaban ahí apagarán el televisor y que “se sentaran bien” en el sofá, apurando. Las primeras preguntas que se hacen son generalmente “cómo está” y “qué hizo el fin de semana”, y después conversan las planificaciones de la semana en relación con el aseo, la vigilancia y la cocina. En la medida que es una casa compartida, ellos mismos deben organizarse ya que las profesionales trabajan sólo hasta cierta hora y no hay encargados externos por la limpieza. También en el consejo se les informa o recuerda sobre ciertos eventos que tienen durante los próximos días, se informa aquí, por ejemplo, las visitas de los grupos evangélicos, scouts y colegios. La no participación de los otros residentes ha sido criticado en el mismo consejo y es un ejemplo de que esta participación si bien es una regla, no se puede hacer efectiva ni controlar. Aún así algunos hombres participantes critican que los que no vienen ni participan no tienen ningún tipo de consecuencia y “además hay que informarles”, lo que es tarea de ellos mismos.

Las personas tienen la posibilidad de poder decir o contar otras cosas también, aunque a veces deciden no hacerlo o se bloquean. Se les pregunta continuamente sobre sus situaciones laborales, habiendo felicitaciones por alguna oportunidad laboral que alguien tenga o que esté entrando, como también recriminaciones abiertas a su falta en responsabilidades laborales o de buscar trabajo. También se cuentan novedades y problemas de la Residencia o los reclamos. Pero también hay situaciones donde se ven las trabas que tienen otros para expresarse. Por ejemplo un día en un consejo le tocó hablar a un residente venezolano que hay en la casa⁵², contó que estaba en general bien, pero que quería también comentar algo. Frente a esto la trabajadora le dijo que sería mejor hablar cosas relacionadas a la Residencia después, que debíamos seguir comentando resumidamente cómo estábamos. El hombre se sintió bloqueado en una intención sincera de contar algo personal y cuando fue invitado a comentarlo de todas maneras después, decidió callar y no decir nada, a lo que la trabajadora replicó comentando que eso era una victimización y que dijera lo que quería decir. Al final el hombre decidió callar y no tomar más parte activa de la reunión.

En los consejos, al ser consultados por sus días, hay naturalmente quienes también cuentan sus historias y situaciones laborales y/o familiares que tienen muchas complejidades generalmente y refieren a situaciones muy difíciles de soportar. Sin embargo, da la impresión que cuando son relatadas estas experiencias, son tomados con compasión pero también con liviandad, naturalidad, a veces con ridiculización y burla. En ocasiones también se manifiesta

⁵² En ese momento habían tres o cuatro venezolanos y un número similar de colombianos, los que eran las nacionalidades y procedencias más presentes.

la falta de confianza en la posibilidad de superación que tienen algunos residentes a través de bromas y burla, por ejemplo en los compromisos que deciden hacer en el consejo.

3.2. Segunda parte:

3.2.1. Perfiles, causas y rutas

En este primer apartado quisiera comenzar describiendo el perfil de los residentes pero también explicar y analizar sus historias y rutas, viendo las causas que los llevan a esa situación y las causas que los saca, dando cuenta de la diversidad de historias. Después de una aclaración general de los perfiles, ahondaré en el caso de dos personas con las que pude conversar más profundamente, pero que demuestran casos representativos de población no crónica pero que históricamente ha vivido en “emergencia de vivienda” .

Los perfiles que se definen de la Corporación para atender son básicamente hombres mayores de edad y “autovalentes física y económicamente”. Según los datos entregados por las mismas trabajadoras de la Residencia, los residentes que estaban en los momentos de mis visitas tenían entre 18 y 70 años (promedio de 45 años) y la mayoría tenía rutinas laborales activas. Según las trabajadoras, un 20 o 25% de ellos son migrantes, un 23% aprox. de ellos habían pasado por algún hogar del Servicio Nacional de Menores (SENAME), un 40% aproximadamente había estado privado de libertad, alrededor de una mitad tenía un consumo esporádico de drogas y/o alcohol y un 30% tenía un consumo problemático dual con gran presencia de pasta base, sobre todo en la población chilena en comparación con la población migrante. Desde la Corporación se apuesta a una intención de orientar hacia una vida más autónoma, declaran, buscando romper con las historias de sobreintervenciones que viven sobre todo quienes estuvieron en SENAME y en la cárcel, por lo que se busca desarrollar el autocontrol y el autocuidado.

Algunos comportamientos de una parte de ellos determina que vecinos tengan una imagen al grupo en su conjunto de imágenes y representaciones muy estereotipadas que rayan en fuertes discriminaciones. Como ejemplo de esto, la directora me comentaba lo ilógico que era para ella escuchar a ciertos vecinxs reclamar porque en la Residencia se traficaba, como también las situaciones donde los mismos residentes “se creyeran choros” (bravos, guapos, agresivos) y se mostraran desafiantes con ellas. A ambos les respondían básicamente lo mismo: que ni los traficantes ni los “choros” viven en una Residencia Solidaria, eventualmente podrían vivir consumidores, pero no vendedores de droga. El establecimiento de los perfiles tanto interna

como externamente es un trabajo cotidiano, aunque haya total consciencia de las excepciones que se deben hacer en el ingreso y aceptación para una población con una variabilidad de experiencias importante.

La causa más común por la que llegan aquellos residentes son los problemas familiares, entendiendo que es común que los problemas familiares sean producto de otros factores, como por ejemplo consumos problemáticos, estados de salud complicados, discapacidades o revelación de identidades sexuales. Sin embargo, se evidencia la existencia de una idea de “merecimiento” con respecto al servicio entre los mismos residentes, que marca quién merece ocupar un espacio en esa casa. Un residente de la casa me comentaba que antes la Residencia recibía a quien “necesita un lugar de verdad”, a gente que era “realmente calle”, y que ahora “hasta a los que sus esposas echan de la casa llegan para acá”, lo que para él fue un cambio ridículo y negativo. Ahora, si bien desde la administración defienden la idea de que la estadía en la Residencia debería ser transitoria, es decir con un tiempo máximo, en la práctica muchas veces no pueden ser estrictas. Ellas mismas han notado que al cortar la estadía y pedirles que salieran, volvían a la calle o se iban a piezas privadas por el poco tiempo mientras pudieran pagarlas y después o volvían ahí o a la calle, ya que “el mercado” no tiene soluciones diferenciadas para los distintos perfiles, argumentaron. La heterogeneidad de las experiencias y situaciones que desarrollan lo fui viendo claramente en las conversaciones con dos hombres: uno era absolutamente novato en el mundo “de la calle”, mientras que el otro había transitado de ida y vuelta entre casas, piezas, la residencia y corto tiempo en calle, pero actualmente está en una situación más estable con cama fija en la Residencia y trabajo.

El primero es el caso un hombre de 54 años. Su historia me llamó la atención en una intervención que hizo en un consejo donde dijo ser nuevo, llevaba una semana viviendo ahí pero ya un mes fuera de su casa, era la primera vez que vivía “en un lugar así”, decía. Comentó que nunca había pensado que fuera así esa vida, que era difícil, pero aprovechaba también la ocasión en ese consejo para agradecerle a un compañero de pieza que lo había ayudado en varias cosas y que había encontrado en él con quien conversar, o por lo menos alguien a quien escuchar. Cuando pude conversar en otros momentos con él, me contó que era originalmente del sur, de Osorno, donde vivía con su madre y donde trabajó durante varios años. Siempre fue muy cercano a agrupaciones cristianas, me contaba, y de hecho en un momento pensó en ser cura, lo que finalmente nunca hizo y por lo que hoy en día se arrepiente mucho. Hubiera preferido vivir en servicio de la iglesia en vez de vivir lo que vivió, me comentaba. Hace casi 30 años se casó con una mujer de Santiago que justamente conoció en una actividad cristiana, con la que tuvo una hija mientras él aún vivía en Osorno. A raíz de esto, y también por presiones

de su mujer y su suegra, se trasladaron a Santiago, sintiendo mucho el hecho de tener que dejar sus fuentes laborales y a su madre y llegar a una ciudad donde no tenía trabajo y ni un lugar seguro donde vivir. Reconoce que nunca tuvo “el carácter” para poder plantear sus opiniones y perspectivas. Al llegar, no obstante, la familia de la mujer le “facilitó” una casa en la comuna de Independencia y también empezó él a trabajar, no pagaban arriendo pero sí otros gastos. Pero comentaba que, tras un tiempo, cuando estaba estabilizándose laboralmente, comenzó a sufrir faltas de respeto y golpes por parte de su suegra y esposa, situaciones mucho peores que las que eventualmente había vivido cuando vivía aún en Osorno. Frente a esta situación, considera que “se precipitaba en sus acciones” y se iba a Osorno, volviendo después de un mes y renovaban la relación, además los trabajos que tenían si bien le daban para pagar sus gastos, no eran estables, sino que por medio año generalmente. Aun así, era el único que trabajaba en su familia, decía, y sentía que su mujer y la familia de ella trataban de manipularlo y siempre le exigían más. Pese a todo ahí nacieron sus siguientes dos hijos, siendo en total tres, una mujer y dos varones. Después de un tiempo, su suegra vendió la casa y no tuvieron otro lugar dónde ir a vivir que de allegados en la casa de esta misma, debiendo pagarle siempre arriendo y otras cosas pese a que ganaba poco dinero en esos años, criticaba. Pero un tiempo después mejoró su situación económica al adquirir un trabajo horario completo, además que por ciertas circunstancias se contactó con el suegro, el que nunca tuvo relación con su suegra, arreglando con el que este le pasaría una casa para que vivieran con su mujer e hijos. Me comentaba que no se preocupó de tener su propia casa porque estaba tranquilo con el acceso a esa otra, e incluso la comenzó a arreglar.

Pero comenzó a ver lo que para él fueron malas enseñanzas de parte de su pareja hacia sus hijos. Dice que esta les creaba demasiada “libertad” a sus hijes con respecto a salir y llegar tarde y que tenía malas relaciones con él y en la medida que cuando sus hijes crecieron, la señora le habría exigido mucho, dice. En general, en esa casa, si bien sentía que estaban cómodos, se sentía amenazado a que lo echarían a la calle con cualquier error que cometiera, como si no estuviera relacionado con su familia. Se sentía condicionado a hacer todo lo que ella dijera y esa condición se la traspasó a sus hijes, como que la casa no era de él, debiendo además atender a sus hijos con celulares, zapatos y cosas que le exigían que gastara, sentía él. Critica que sus hijos comenzaron posteriormente a vincularse con drogas (marihuana), y que su hija se fue por un camino “punk”, contándome que lo atacaban, incluso de tres, que le decían amargado, lo que lo hacía sentir estar viviendo “con extraños, no con una familia”.

En este contexto, se dio un episodio que puso en conflicto ciertos “valores” en el hogar, decía, ya que, al reconocerse como “hombre católico y que siempre había dado todo y lo mejor

para su familia”, fueron imposibles de aguantar. Al comentar este hecho que gatilló su salida del hogar, relacionado a supuestas relaciones incestuosas de su esposa con uno de sus hijos, reconocía culparse por haber sido débil y “*weon*” (tonto, estúpido), lo que no le había permitido detener un conflicto que fue escalando ni buscar alternativas que apostaran a su salud personal. Este episodio lo había hecho entrar en conflicto con toda su familia y tener que salir de la casa, no llevándose ninguna pertenencia consigo, ya que dice que quiere obtener cosas nuevas que no le recuerden su anterior situación. Fuera de la casa, pudo quedarse en la casa de un antiguo amigo que contactó durante una noche, ya que según él no habría podido quedarse más tiempo porque su amigo tenía problemas de consumo de cocaína, algo muy ajeno para él. Coincidentemente este amigo vivía en el Barrio Yungay y al dejar su casa, sin conocer alternativas, no tuvo otra oportunidad que moverse por el centro durante cuatro días, cuenta, donde la mayoría de estos pudo quedarse a dormir en una estación de policía. Al no poder quedarse más tiempo en esta comisaría y sólo obteniendo información con la gente que “deambulaban por la calle” terminó yendo a la Hospedería del Hogar de Cristo en Estación Central, donde pudo quedarse un par de días mientras veían su caso. Como la permanencia es sólo para hombres mayores de 60 años, se le recomendó que visitara la Corporación Nuestra Casa y es por esto por lo que llegó ahí. Al irse estaba completamente solo, no tenía amigos a los que acudir y su madre se encontraba en Osorno, su ciudad natal a la que él no volvería más a vivir. Además, comentaba que si su madre supiera dónde él está, le habría dicho que volviera a Osorno inmediatamente a vivir con ella. De su situación con respecto al verdadero origen de su salida de la casa no sabía nadie, me comentaba, excepto su hermana y, después, yo, ni siquiera sabían las trabajadoras⁵³. Sin embargo, este hombre tenía el plan de migrar a Estados Unidos, ya que siempre le ha llamado la atención ese país, por ahora buscaba también trabajo para poder mejorar su situación y “empezar de nuevo”.

El segundo caso es un hombre de unos 50 años, quien me llamó la atención un día en un consejo donde comentó su cansancio por la cantidad de trabajo que tenía y que trabajaba mucho para poder sacar a su abuela de un hogar de ancianos, que ese era su objetivo actualmente. Por lo que me comentó después de un consejo, dice venir de una familia que tenía trabajo en el Hipódromo de Santiago en la comuna de Independencia y de una familia que en algún momento tuvo restaurantes. Se crio con su abuela, a quien le dice “mami”, mientras que su madre no se

⁵³ Muchas veces me ha tocado conversar con hombres en hospederías que están relativamente escondidos de sus familias, que justamente dicen que “si (sus familias) supieran, no los dejaría estar en esa condición”. Esto es muy difícil de ver en el caso de las mujeres, las que generalmente tratan de agotar todas las posibilidades antes de llegar a la calle, sobre todo cuando tienen hijos. También hay ocultamientos como protección de hombres.

habría preocupado de cuidarlo ni a él ni a su madre. El día que pudimos conversar más distendidamente y profundizar en su historia fue un día que nos encontramos en el centro de la comuna de Santiago, en los alrededores de la Plaza de Armas, ya que estaba esperando que un amigo, que tiene un taller de reparación de celulares y computadores, le arreglara un teléfono celular que le había llevado. Me comentó que solía conseguirse celulares en desuso o con desperfectos y se los llevaba a su amigo para repararlos y este le entregaba en algunos momentos teléfonos que podía ocupar. Me contó que en algún momento pasado había estado con una pareja con la que pudieron lograr muchas cosas, principalmente porque la mujer había recibido una herencia que les habría permitido irse a vivir a Cabrero, en la Región de Bío-Bío, y juntos se dedicaban a los *Stand Up Comedy*, donde él desarrollaba con espectáculos de doblaje de un animador conocido en Chile llamado “Willy Sabor”, reconociéndose ambos como “artistas”. Sin embargo, su abuela o “mami” empezó a tener problemas de salud mental, Alzheimer y/o demencia senil, lo que no podía enfrentar bien con la reducida pensión de gracia que tenía. Además, había tuvo un accidente que trató de ocultarle a su nieto y que él se dio cuenta únicamente cuando decidió viajar a Santiago, momento en que la habría encontrado en estado de abandono. Por esta situación, él y su pareja decidieron hacerse cargo de ella y por lo tanto mudarse a Santiago. Pero en un momento su “mami” comenzó a ser atendida en el Geriátrico (Parte del Hospital Salvador), donde la habrían mantenido “dopada” con medicamentos, cuenta. Manifiesta que su “mami” fue empeorando en su salud mental, llegando incluso a denunciarlo injustamente a él y su pareja de golpes y robos, declara, a través de una asistente social y Carabineros, generándose una orden judicial de retirar a la abuela, y quedando él con orden de alejamiento de la casa y de ella.

Después de tener que alejarse de esa casa con su pareja, decidieron acercarse a compañeros de militancia de su pareja en Pudahuel, que finalmente terminaron ayudándolos con un terreno y dos casas prefabricadas. Su mujer era de izquierda, contaba, y habría sido cercana a Roxana Miranda, dirigente del Partido Igualdad con el que fue candidata presidencial, y ex dirigente del movimiento de deudores habitacionales ANDHA. Pero un día estando con su pareja y dos hombres poco conocidos en la casa de uno de ellos, tuvo un problema con uno de los hombres y decidió salir de la casa donde estaban a comprar cervezas. En ese momento, lamentable y coincidentemente, considera, fue controlado por la policía y al no tener consigo su identificación tuvo que ir a la comisaría, donde estuvo retenido hasta el amanecer. Al llegar a la casa donde habían estado y al tocar la puerta le habrían dicho que la pareja ya no estaba ahí y que se había ido, por lo que trató de ubicarla en otros lugares y números de teléfono, pero no le respondió hasta un día que le dijo que no quería estar con él y no la buscara más. Este quiebre

en la relación le significó no tener un lugar donde vivir, por lo que tuvo que irse a vivir con el hermano de su mamá, con quien tenía muchos problemas y que incluso por ello este tío llegó a cortarle la luz y el agua a la casa de atrás donde vivía. Según su interpretación, el corte sobre todo de luz hacía muy peligrosa la vida en esa casa, lo que se confirmó cuando un día despertó por gritos y por alarmas comunitarias porque la casa se estaba quemando. Si bien el hombre lo culpó a él del incendio, este se defiende diciendo que el origen habría estado en la casa principal y no en la que vivía él. En el momento que estuvo sin casa, no pudo obtener ninguna ayuda y se vio obligado a buscar un techo en el costado de la entrada del Hospital Salvador, donde estuvo un par de semanas. En algún momento pudo salir de ahí, arrendar una pieza cerca de la Cárcel Penitenciaria, y además trabajar con un compañero que habría sido anteriormente Carabinero, con quien trabajó haciendo seguimientos como agentes privados e incluso habrían trabajado en una “Sanguchería”, contaba dispersamente. Ahora llevaba en la Residencia de la Corporación Nuestra Casa desde el año 2003, poco después de su fundación, con idas y vueltas.

Caminando por el centro ese día, de vuelta al taller del amigo después de almorzar, comenzó a preguntarse por qué todo tiene que estar tan mal para él, si siempre ha tratado de dar lo mejor a la gente, ejemplificando el hecho de que incluso habría sido bombero. Comentaba incluso que el día en que peor estuvo fue cuando le contaron que su hija había muerto, una situación que no pudo aguantar, llevándole a consumir gran cantidad de pastillas, alcohol y a acostarse, pensando en suicidarse. Cuenta que no sabe cómo es que lo encontraron en la calle, incluso con ropa, y fue llevado al hospital. También conversamos sobre el Estadio Víctor Jara, lugar que sirve de alojamiento para Personas en Situación de Calle durante el invierno (“Víctor Hyatt”, dijo entre risas), frente a lo que comentó que recordaba una vez que hubo militares ahí, hace no mucho tiempo, quizás por alguna emergencia, y que los militares eran las únicas personas capaces de instaurar un “necesario” orden.

Estos ejemplos tratan de ilustrar las diferentes situaciones que han vivido algunos residentes que no son parte de la población crónica, algunos con situaciones más estables, otros más móviles, donde se muestran los hechos que gatillaron llegar a sus situaciones, en algunos casos relacionados a conflictos con exparejas y con familia⁵⁴. En estas historias me llamó la atención

⁵⁴ Langer también planteaba esto con relación a las personas con las que trabaja:

“El Pistola almuerza todos los días con su hijo menor porque trabajan juntos como cartoneros, a su hija en cambio la ve menos. Cuando va a su departamento, se queda algunos días, se ducha, ve tele y después decide irse, porque él se encuentra “aclimatado” para vivir en la calle, no así en el departamento. Todos los demás hacen lo mismo; de vez en cuando visitan a sus familiares, pero todos vuelven y la explicación que comparten es que en sus departamentos o los hogares de sus familiares existe mucha droga, la gente no se saluda y después de un tiempo se aburren ahí o se sienten solos. La casa implica aburrimiento, molestia, incomodidad. En la calle, en cambio,

las diversas relaciones con el trabajo que va marcando sus experiencias personales y sus formas y herramientas para moverse en esta situación de emergencia. Estas experiencias laborales tienen importantes consideraciones en sus representaciones de género, de familia, de diversión o de honor.

3.2.2. Trabajo y acceso a recursos

Se establece en la residencia que es indispensable ser autovalentes física y económicamente, aunque se acepta que las actividades laborales en la mayoría de los casos sean bastantes irregulares y en muchos inexistentes. Las trabajadoras de la administración ponderan que al menos el 65% de las personas son trabajadores/vendedores ambulante, cuidador de autos o trabajadores de ferias. Pero se reconoce también que el hecho de no poder dormir bien, convivir con 33 personas más en piezas de seis personas con camarotes y tener que ir a trabajar temprano, muchas veces con largos trayectos, colabora en que no puedan cumplir siempre con las responsabilidades laborales, lo que lleva a fracasos. Y es más, las mismas historias y experiencias en el trabajo de estos hombres a veces son extremadamente complejas, con situaciones contradictorias, mucha desinformación y difíciles de llevar para ellos mismos, lo que hace complejo el mantenerse empleado.

Fue particular para mí la historia de uno de los hombres en un consejo, quien fue consultado de cómo estaba, a lo que respondió que había tenido un día muy difícil. Pasó a contar que trabajando de taxista tuvo tres problemas mecánicos con tres autos distintos, una clara situación de precariedad laboral y donde incluso con el último auto había estado en riesgo su vida. El primer auto estaba consumiendo el doble de bencina que normalmente, cuestión que tenía que costear él mismo, según el dueño del auto. Esto se lo comunicó al dueño del auto porque se estaba quedando casi sin dinero, lo que resultó que el dueño del auto le pasara otro auto similar, ya que al parecer este tenía varios autos Nissan para taxi, todos en las peores condiciones posibles. En el segundo Nissan, al poco manejarlo, el motor empezó a temblar y no dejó de hacerlo, por lo que decidió que no podía mantenerse trabajando así, así que lo fue a cambiar nuevamente, recibiendo un tercer taxi Nissan. Con este último Nissan iba manejando y se le salió una rueda, arrastrando el fierro del eje de la rueda por varios metros y sacando chispas por

se sienten acompañados, es el lugar donde están los amigos, los compadres y los hermanos y esta es otra de las razones para volver a la línea y quedarse. Aún así no existe una separación tajante entre sus departamentos y la línea; las separaciones y fronteras entre un mundo y el otro son porosas y traspasables. De esta forma la familia es algo que está presente en su cotidianidad, en sus narraciones, en la co-presencialidad” (Langer, 2010: 70).

el roce. Este hombre agradecía estar bien y poder contarle, agradecía que no le había pasado nada e incluso llegó a decir que de estos problemas la gente es capaz de aprender, así que lo veía hasta positivamente. Ahora estaba mejor, me comentaba posteriormente, con un auto con manubrio hidráulico que le pasaron, que trabaja por ese mismo barrio y que estaciona el auto por ahí cerca, en una bomba de bencina. Este hombre sólo estudió hasta octavo básico, así que me reconocía que “no sabe alguna cosa en específico”, sino que ha hecho distintas cosas, trabajando en su vida algunas veces como empleado, otras como independiente, aunque dice preferir más esto último, ya que como empleado es más posible tener malas experiencias con jefes, establecía, además de haber siempre ganado el sueldo mínimo. Me comentó que a través de unas mujeres de las oficinas de FOSIS que tomaron contacto con Nuestra Casa había podido hacer una capacitación laboral, pero que no había ayudado mucho. Sin embargo, después ellas mismas le ofrecieron un monto de dinero especialmente a él para gastarlo en lo que él necesitara, desde posibilidades de salud hasta pagar otro curso, a lo que él decidió sacar la licencia de conducir A2, él ya tenía la Licencia B para autos, pero quería tener la posibilidad de manejar taxis. Sacó el curso y no buscó trabajo en eso por casi cuatro años, hasta cuando se encontró muy mal de dinero y decidió buscar trabajo, llegando primero a la posibilidad de manejar un radiotaxi y después al no concretarse eso, a una oferta de manejar taxi, donde quedó inmediatamente trabajando.

Las historias llenas de injusticias y malas decisiones se multiplican en estos espacios. Un día otro hombre contaba también en un consejo que no estaba bien principalmente por una situación en el trabajo en el que está hace casi tres meses, donde estaba viendo peligrar la posibilidad de pasar a ser contratado indefinidamente después de los tres primeros meses que exige la ley. El problema que tuvo es que al llegar a su trabajo y marcar su llegada en la máquina de registro, el sensor no habría ingresado su huella, llevándolo al problema de obtener una multa por eso. Frente a esto, este hombre reclamaba por la “maldad de algunas personas”, ya que veía que como injusticia laboral el problema causado por la máquina de registro de ingreso. Esto le anulaba la posibilidad de reclamar porque además no quería empeorar más la relación como para que le dieran otras multas o simplemente lo despidieran antes de cumplirse los tres meses. Él es peruano y vivía un constante miedo de ser echado del trabajo. La gente alrededor en el consejo le recomendó que no firmara la amonestación que le habían cursado y que además dejara una constancia en la Inspección del Trabajo, lo que dijo que haría. Justo después vino el turno del único residente brasileño, el que contaba que estaba contento, de modo irónico, y mostró una multa que le habían pasado ese mismo día por vender inciensos en la calle. Sin embargo, a diferencia de los otros, cuando lo contó nadie lo tomó en serio e incluso lo criticaron

en vez de contenerlo, pese a haber sido un golpe muy duro, pero parecía ser que fue debido a que no se llevaba bien con algunos en la casa, que se sienten criticados cuando él comenta las cosas malas de la casa en la organización y la limpieza. En ese mismo consejo vino después otro hombre que contó que trabajaba como panadero y que lo estaban cambiando a un trabajo en Maipú, muy lejos de la Residencia, hacia lo cual le servía tomar solo una “micro” (bus), ya que tras las revueltas populares que comenzaron en octubre del 2019, muchas estaciones del metro de Santiago fueron quemadas, destruidas y cerradas, y por eso no tenía más que una alternativa para volver. Esto se le hacía muy difícil para cumplir sus responsabilidades laborales y temía ser despedido.

Pero esta sensación de situaciones complejas, cambiantes y contradictorias se me hizo más confusa otro día cuando el segundo de los hombres que describí en el apartado anterior contó que venía recién llegando al consejo, que estaba cansado pero bien, ya que tenía dos trabajos y que trabajaba todos los días de la semana. Sorprendente fue que, frente a esto, la directora, que llevaba el consejo le respondió que “a veces es bueno trabajar menos y poder descansar también”, que era importante para la salud, frente a lo que este hombre respondió que no le importaba el tener tiempo de disfrutar o descansar, sino que estaba convencido de cumplir su objetivo de sacar a “su mami” del hogar de ancianos.

Con respecto a todos estos casos, me pareció interesante que también en la Residencia hayan discursos contradictorios en relación al trabajo y no haya un entendimiento concreto de las necesidades y aspiraciones de cada uno de los residentes. Si bien en la residencia se pide que trabajen y se presiona por ello, también se recomienda que no trabajen mucho más de lo saludable, cuestión difícil de decidir para personas que tienen severos problemas económicos y que trabajando menos de 45 hora mensuales no les alcanza.

3.2.3. Salud y consumos

Un tema recurrente en las descripciones y análisis del mundo de la calle y de las personas en situación de calle son sus características de salud, principalmente la salud mental y el consumo problemático de drogas y de alcohol, lo cual muchas veces están relacionados y otras no. Muchas veces son las diferentes situaciones que han vivido en sus vidas, en la residencia o en la calle las que repercuten fuertemente en su salud mental y física. En las entrevistas llevadas con las trabajadoras de la Residencia, comentamos las complicaciones y deterioros que provocan la misma vida en calle, pero también las implicancias de las débiles políticas públicas en su atención y las condiciones de ciertos servicios que funcionan con menos de lo mínimo.

Los padecimiento o trastornos más comunes parecen ser los “brotos esquizoides”, trastornos de personalidad, manejo de impulsos y reacciones violentas, aunque las trabajadoras aceptan que las escasas posibilidades de desahogarse o “botar energía”, además de las precarias condiciones, generan un “desborde” difícil de canalizar. La salud mental los residentes y visitas parecen tener sólo tres posibilidades de tratarse: con el Programa de Salud Mental, con los consultorios del sistema público de la comuna, y de parte de la Corporación, con las conversaciones informales con las trabajadoras.

En la corporación se alegran de poder participar en el Programa Ambulatorio de Atención a la Salud Mental (PASAM), al cual consideran “un lujo” que partió siendo un piloto en el 2012. Este programa considera cupos para los diferentes “niveles de habitabilidad” del sistema de escalera (compuestos por hospederías, residencias, casas compartidas), y como la Corporación tenía la única “residencia” de ese momento, entraron en el Piloto. La buena relación que tuvieron con la psiquiatra de aquel primer piloto les permitió mantenerse al concretarse también como programa fijo. En este programa participan instituciones también de acuerdo con la organización comunal, que en el caso de Santiago Centro considera la participación de la Municipalidad de la comuna, de la Hospedería Padre Lavín, la organización EDUCERE, la Corporación Moviliza y la Corporación Nuestra Casa, aunque es ejecutado en rigor por el Ministerio de Salud y el Ministerio de Desarrollo Social. En este programa cada persona cuenta con la atención de un psiquiatra, un psicólogo y un terapeuta ocupacional, además de ciertos talleres de parte de “un equipo multidisciplinario”. El programa tiene una duración dependiente del caso a tratar, habiendo quienes han estado por años, “eternamente” como decían las trabajadoras, como quienes no llegan ni a la primera atención por diferentes situaciones. Pese a haber sido un programa que comenzó con “muchas horas”, estas se han ido reduciendo drásticamente. Cuando las trabajadoras ven que un caso necesita más atención, se intenta encontrar un cupo en el Programa, pero las escasas plazas son repartidas entre distintas instituciones de atención, lo que genera una especie de “competencia” entre sus trabajadores por intentar aplicar y postular a las personas que atienden en el programa donde se dice,

“pero claro, por ejemplo, a mí también hay cosas que me han dado mucha vergüenza, como verme en la reunión de salud mental diciendo que nuestro caso está más loco que el de otro, como peleando una locura para poder ingresar, entonces ‘no, este está más loco, es que este escupió a la de no sé cuánto y este, no sé po, está mucho más loco que el tuyo’ y como peleándonos en la organizaciones por un cupo básicamente” (Directora de Residencia)

Además, un tema que la directora trata de cambiar o limitar es la utilización de la casa para el programa y sus atenciones, en el sentido de que aplicando el programa en otro lugar podría independizarse su atención a las relaciones que se tenga con la residencia, y que si perdiera la oportunidad de quedarse en la residencia pueda seguir optando por el programa. En estos días hay también una inseguridad sobre el futuro de su participación en el Programa frente a la reducción las horas de atención disponibles.

La otra posibilidad de atender salud es en los consultorios de la red de salud pública, donde también reciben ayuda psicológica. Sin embargo es descrito por las trabajadoras como “mucho más lento”, donde las personas deben pedir hora médica, después ser derivadas (eventualmente al psicólogo), con atenciones que duran 5 o 10 minutos generalmente, y donde los avances y superaciones finalmente son muy restringidos. Además, pueden sólo atenderse en el COSAM (Centro Comunitario de Salud Mental) y no en el CESFAM (Centro de Salud Familiar), lo que significa que deben ir hasta la calle Vicuña Mackenna, lejos de la residencial aunque en la misma comuna, lo que hace que finalmente no vayan, quedando al margen de la atención. Lamentablemente, dicen las trabajadoras, los horarios no están adaptados para personas con ritmos laborales diurnos, lo que sumado a la (auto)estigmatización del paciente como persona “loca” o “del loquero” y la falta de confianza en comentar que reciben atención y su ocultamiento, repercuten finalmente en una escasa progresión en muchos de ellos. Las experiencias en los programas finalmente dependen de las rutas y redes de las personas y de cómo esta persona vaya avanzando. Muchas personas partieron con visitas semanales y siguen después con visitas mensuales. Otros pacientes insisten en conseguir consultas porque quieren solo la medicación, de lo que también se generan “automedicaciones” y “sobremedicaciones” que les trae diversos problemas, como por ejemplo el caso de un hombre que según la directora *“nos dice que se toma cuatro pastillas todas las noches, entonces nosotros lo retamos porque hace ‘pipi’ en la pieza, y ayer nos decía ‘es que en verdad no me acuerdo’, y después claro, tenemos un compañero que dice que se despertó con el otro sobándole la pierna y él dice que no se acuerda de nada”*.

Ahora, con respecto al consumo de otras drogas, todo está circunscrito más bien a la pasta base⁵⁵, incluso también al interior de la residencia. El hombre que trabaja de taxista anteriormente referido reconocía que en los primeros tiempos de Nuestra Casa era más agradable y que posteriormente comenzó una presencia muy fuerte de pasta base en la población residente y visita, en un barrio donde también hay mucho tráfico. Comentó que es la pasta base lo que ha echado a perder a la casa y también el lugar donde él ejerció casi diez años de trabajo

⁵⁵ Pasta base de cocaína (derivado de cocaína), en otros países conocido como Paco o Bazuco.

callejero, en la calle lateral (Moneda) a la Biblioteca de Santiago: en el momento que aparece la venta y consumo de droga, el espacio se transforma, dice. La adicción y la escasa privacidad que tienen las personas de consumir pasta base parece ser que los empuja a fumar incluso en lugares estrictamente prohibidos o sin respetar a los que lo rodean, como al interior de las piezas, para lo cual se tapan con construcciones con los cubrecamas similares a las hechas en las cárceles, lo que según las trabajadoras es parte también de un individualismo que parece no importarle lo que pueda pensar en compañero de pieza. Más comúnmente hay consumo de alcohol, con el que muchos de ellos tienen serios problemas, como el comentado por un residente a la directora, la que indicaba que *“nunca se me va a olvidar que [el residente] me dijo que estar sobrio dolía”*. Ahora, el consumo de alcohol, así como también de pastillas para dormir, responden muchas veces directamente a las condiciones mismas habitacionales de las personas, al tener que compartir gente en piezas reducidas y la necesidad de dormir profundamente. Esta necesidad de dormir y descansar hace a los residentes buscar borrarse antes de dormir y no sentir así ruidos, olores, humos y luces molestas, aunque en ese estado no podrá controlar tampoco dónde orina y si molesta al resto de sus compañeros de pieza o si es abusado o robado. Muchos también venden las pastillas porque les da miedo tomarlas o no les gustaba cómo quedaban después de tomarlas o porque no quieren sentirse justamente vulnerables y evitar ser abusado o atacado.

Hay razones varias por las que las personas no se acercan a los servicios de salud, las cuales se deben al alejamiento de estos servicios, al tipo de atención que reciben y como los espacios están configurados. Finalmente son situaciones y causas diversas que van desde la despreocupación y orgullo masculina por la salud, la falta de tiempo y motivación, los malos servicios y también la superficialidad con que muchas personas, especialmente de calle, son tratadas, donde muchos de ellos logran ser atendidos sólo ambulatoriamente, pese a la exposición en la calle a diversos consumos y otras diversas violencias.

3.2.4. Violencias callejera y sus principales actores

El centro de Santiago, dentro de su heterogeneidad, es espacio de convivencias de grupos callejeros de distintas características y diversos fuerzas de seguridad, donde algunos ejercen constante violencia contra la gente que reside en los espacios de calle o que los transita, ya sea continuamente o de forma circunstancial. El sector cercano a la Residencial, por tener uno de los mayores sectores de bares y restaurantes de Santiago Centro, tiene mucha presencia de

personas que piden dinero, que asaltan, que venden droga o que simplemente violentan a otros, un mundo callejero con muchas aristas.

Un día, a los pies de mi casa, que también está en el sector, un hombre se me acercó pidiendo dinero y acusando que había sido atacado con cuchillo y que por eso lo habían operado, que necesitaba ayuda y para convencerme mostró su gran cicatriz. En un momento mencionó que lo habían apuñalado “los nazis”, y al preguntarle dónde lo habían apuñalado se sorprendió, porque según él pese a comentar el hecho a varias personas, hasta el momento nadie le había preguntado algo más. Me contestó que había sido en el sector de “Los Héroe”, a 10 minutos caminando de donde estábamos, donde se cruza la Alameda (avenida principal de Santiago) con la Avenida Manuel Rodríguez (la carretera panamericana) un lugar conocido por la presencia de grupos fascistas, grupos “punk/trashers” callejeros y asaltantes comunes. Los grupos fascistas, a través de sus “limpiezas” urbanas, terminan apuntando casi exclusivamente a personas sin techo y jóvenes homosexuales que socializan en la calle, particularmente por las discriminaciones en hogares por sus identidades y sexualidades. Pero los casos de ataques específicamente a personas que duermen en la calle llegan a tener niveles de violencia tal que en muchas, y no solo en Chile sino que también en otros países, como Alemania (Tagespiegel, 2019; Spiegel Panorama, 2020, España (elDiario.es, 2015) o Estados Unidos (The Guardian, 2019; New York Post, 2022), han vivido ataques graves, incluso incendiarios. Lo anterior no se puede atribuir exclusivamente grupos organizados, sino también a otros grupos menos organizados de hombres donde juegan un importante rol las demostraciones de valor frente a los pares.

Pero particularmente criticable es que la policía también genere miedo por sus historias de violencia. Un día, saliendo de la Residencia para ir a comer con uno de los residentes me encontré con otro residente que ya había visto un par de veces, se quejaba de un fuerte dolor en su brazo. Le pregunté qué era lo que le pasaba y me contó que había estado en las celebraciones del año nuevo en Valparaíso y que en un momento de la noche la policía le había pegado en su brazo con el bastón mal empezar a reprimir a la gente. Sin embargo me dijo inmediatamente que ya estaba acostumbrado, ya que había recibido en su vida muchos golpes, puñaladas de arma blanca e incluso lo habían tratado de quemar vivo estando en la calle. Me impresionó la naturalización o resignación frente a la violencia que demostraba, y también el hecho de que sólo en su cuerpo estuvieran concentradas violencias que provienen de diversos grupos e instituciones.

Pero además de la policía y muchas veces en coordinación con esta, son los funcionarios municipales el miedo mayor, sobre todo porque muchas veces su llegada significa

determinaciones municipales de expulsión de ciertos lugares y la eliminación de sus pertenencias en la basura. En relación a esto, como plantea Abarca:

“En este punto se hace referencia a la quema de chozas o rucos en los que viven la mayoría de las PSC [Personas en situación de calle] por parte de la fuerza pública o personas de la Municipalidad, se tiene consciencia desde el Ministerio el daño que esto provoca a las PSC y por otro lado de la incoherencia entre el esfuerzo del equipo por incluir a estos sujetos y las personas que pertenecen a la misma línea del Estado y que dificultan esta tarea al discriminarlos y violentarlos” (Abarca, 2012: 52⁵⁶)

O Langer, que comentaba sobre su trabajo de campo:

“Esta tranquilidad [que tenía un grupo de hombres viviendo al costado de la línea del tren] solamente es perturbada cuando al menos una vez al mes llegan las personas mandadas por la municipalidad para desalojarlos, les quitan sus cosas y las queman. Pero los cuatro han encontrado formas para evadirlos, una de las cosas que hacen es cruzar la línea del tren, que divide la comuna de San Joaquín de Santiago y de esta forma no pueden hacer nada porque no se encuentran en su jurisdicción. Además los recolectores de basura les avisan cada vez que saben que alguien viene de la municipalidad. Aunque hay veces que ambas municipalidades se coordinan y mandan al mismo tiempo gente a desalojarlos, donde este acto se convierte aún en más violento” (Langer, 2010: 72)

Es importante reconocer que las violencias por las cuales atraviesa la gente ocurren en distintos espacios y por distintos agentes que trascienden los espacios domiciliados, donde nada asegura que efectivamente bajo un techo o quedándose en una institución le asegurará que no sufra violencia. La violencia sexual, cotidianamente presente en los espacios de hospederías y orfanatos, tiene particular características cuando sucede en espacios masculinizados, justamente por la forma cómo los hombres en estas circunstancias llevan, negocian, expresan y reaccionan en relación a su sexualidad e identificaciones masculinas.

3.2.5. Sexualidad y paternidad

Al estar en la residencia me llamó la atención cómo los hombres expresaban sus masculinidades y reproducían la masculinización del espacio. La homofobia discursiva, la sobresexualización de las conversaciones y chistes, la homosexualidad escondida, la violencia

⁵⁶ Abarca Castro (2014)

sexual, lógicas similares a las sexualidades masculinas carcelarias o de los centros de menores, me parecieron muy interesantes. Las historias familiares, las condiciones de las residencias y de los espacios de calle determinan las experiencias de las sexualidades masculinas y estas experiencias determinan las formas como las personas acceden, pierden, negocian y juegan con sus posibilidades y con ello con las posibilidades para acceder a un techo.

Un sábado mientras conversaba con voluntarixs Scout que habían venido de visita a la Residencia y hacíamos galletas que se ofrecieron hacer y enseñar cómo hacer, llegó dos veces un hombre a preguntar en un principio de dónde eran lxs jóvenes, qué hacían y por qué hacían galletas como las estaban haciendo, agregó después de esto que las galletas “con tanta cosa” (decoración) le hacían mal porque era “delicado de estómago” y no le gustaban. Un minuto después, mientras las otras personas hablaban la “micro” (bus) 210, que va desde Estación Central a Puente Alto y con la cual lxs jóvenes habían venido desde la Florida a Santiago centro, él afirmó que conocía esa micro porque “por ahí” vivía su esposa en un desagradable tono y se fue caminando y comentando nuevamente que estas galletas no las comería, a menos que fueran hechas por su hija, esposa y madre, ya que ahí se las “comería inmediatamente”. Este hecho fue comentado por uno de los residentes a las estudiantes de práctica que estaban ese sábado, comentándoles que este hombre, que es visita y no residente, “las estaba molestando”; para mí fue intrigante algo que interpreté como un desprecio performativo de roles masculinos y familiares. Ese mismo día, unos minutos después, llegaron más hombres al estar listas las galletas, de los cuales dos hombres mayores a los 50 años que andaban juntos propusieron que se contaran chistes, en lo que participaron sólo ellos. Uno de ellos contó por lo menos cinco chistes, el otro dos o tres, de los cuales todos excepto uno fue con connotación sexual, haciendo referencia explícita sobre sexo y penetraciones hetero y homosexual y con fuertes connotaciones machistas y sexistas. Fue incómodo para todas las personas excepto para los dos que contaban chistes, ya que tanto las mujeres de Scout decían que “era muy pasado para la punta” entre una risa nerviosa, como también los compañeros decían “noo, ¡te pasaste!”, y yo trataba de repetirle que los chistes “eran muy fomes” (aburridos) y que mejor dejara de contarlos. Cada vez que terminaron un chiste donde nadie se reía, alguno de ellos les decía al grupo de Scouts que no se reían porque “no entendían” los chistes de connotación sexual, porque eran mujeres (en su mayoría) y porque eran jóvenes. Otro día, mientras estaba en la sala de estar viendo televisión con algunas personas, en la teleserie nacional que daban se mostró una escena entre dos hombres que se besaban. Frente a la situación de cariños y besos entre ambos hombres actores, uno de los pocos residentes que veían la televisión reaccionaba con gritos y expresiones de incomodidad y mofa cuando se declaraban su amor, gritando “uyyy”,

“ayyy, loca!”, como que no podía soportar ver esa escena sin comentar algo, que era un claro gesto de incomodidad. Unos minutos después, se sentó en el sofá una pareja, al lado del hombre anterior, quien le grita al hombre de la pareja recién sentada: “¡Si no es el más *macabeo* (que lo ‘dominaría’ la mujer) del mundo!”, por el hecho de que siempre anda acompañado de su una mujer; ella no recibió ningún tipo de recibimiento o saludo. Y otro día que yo estaba sentado en la entrada de la residencia, esperando, uno de los residentes que estaba hablando por teléfono con alguien al parecer de su país natal y al ver pasar una mujer negra y delgada, gritó exageradamente muy fuerte: “cómo me gustaría tener así una negra!”.

La expresión de la sexualidad de los hombres que están habitando residencias y hospederías se hace tremendamente compleja en la medida que comparten espacios con otros hombres en camarotes y en piezas colectivas, haciéndose imposible mantener privacidad para la exploración del cuerpo, la masturbación y el sexo con otras personas de la residencia o visitas. No solamente las condiciones de falta de espacio y precariedad de estas residencias conllevan problemas, sino que muchos vienen de situaciones de rupturas familiares que en muchas ocasiones significa enormes pérdidas emocionales, lo que, sumado a la falta de dinero y trabajo, los lleva frecuentemente a desmotivaciones y depresiones, las que repercuten a su vez en el trabajo y en sus relaciones con las personas. Pero muchos hombres experimentan la soledad, depresiones, o nostalgias de sus familias o parejas sin comentarles a nadie. Se reconoce de parte de las trabajadoras, que de los hombres de la residencia son muy pocos los que tendrían parejas y que frente a esta situación, declaran, se hace muy fuerte el consumo de prostitución, que según ellas “es altísimo”. En cierta manera, decían las trabajadoras, esta constancia en el consumo de prostitución podría tener explicación en el miedo al amor, a exponerse o atreverse a formar una relación. Determinado por vidas duras y difíciles que llevan a una constante desconfianza en lxs otrxs, optando por relacionarse con las personas a través de relaciones utilitarias y concretas, que en este caso sería el simple hecho de querer “vaciar estanque”, decían, pero también por la búsqueda de compañía en el consumo de drogas o para sólo conversar, abrazarse y acariciarse. Hay algunos que con el dinero que reciben de ciertos trabajos sólo consumen prostitución, como un hombre “*que estaba contento porque llevaba, no sé, como un día sin pagarle a una prostituta para estar con él, porque él era de los que se pagaba y se iba a encerrar a un motel dos o tres días con una mujer y ahí ya se quedaba sin ni uno, se gastaba todo*”, comentaba una trabajadora.

Pero sin recursos para poder pagar por sexo, también consumen pornografía y se masturban, donde internet, por la necesidad de una imagen erótica, se hace fundamental, pero muchos no tienen acceso a teléfonos móviles con conexión a internet, lo que se hace un problema. Por otro lado, se dan reclamos hacia los compañeros que se masturban en espacios comunes (aunque

todo sea común), como la historia que me contó uno de mis entrevistados, quien quizás el único y pequeño conflicto que había tenido fue cuando un compañero de pieza le pidió prestado su celular para poder ver pornografía y masturbarse,

“Entonces qué pasó, que yo me sentí muy mal, como si me hubiesen clavado algo en mi corazón y en mi cuerpo, porque mi situación en estos momentos, y el momento que él me lo dijo no era un momento para pensar, ni él ni yo ni nadie, porque las prioridades de la vida son sociales, es de personas, no es de ver una pornografía y le dije, le dije eso, y me dijo ‘sabes amigo, usted tiene toda la razón, te entiendo totalmente, te entiendo’, si po, le dije, no me hables más de eso, le dije yo, y trata de no ver eso porque eso te va a perjudicar más tu mente de lo que tú tienes perjudicada en este momento”

Si bien le dije entender aquellas condiciones habitacionales y la emocionalidad que este hombre traía esos días, con una “situación de calle” reciente, le comenté también mis impresiones sobre la posibilidad de entender a la persona en su necesidad por acceder a lo erótico en la medida de sus privaciones económicas y espaciales. Frente a esto me comentó que también había hablado sobre esto mismo con esa persona, diciéndole al compañero que para él “*el sexo no era todo en este momento, que había cosas más importantes*”, interpeándolo y diciéndole que pensara en su hijo, en su matrimonio, en un proyecto, y que según su perspectiva quizás “después de ser libre”, pueda buscar tener “una compañía” o enfocarse en lo sexual. Para este hombre habían valores cristianos y familiares que eran más fuerte que la búsqueda del placer.

También con las trabajadoras pudimos conversar sobre las relaciones homosexuales y homoeróticas de los residentes, que se combina con un ocultamiento o no aceptación, mucho sobre todo en hombres mayores a 40 años, para los cuales la apertura de esta temática le es incómoda. Estos homoerotismos, ciertos placeres frustrados y las imposibilidades de generar relaciones afectivas heteros repercuten también en que se den casos de insinuaciones, acosos y abusos sexuales a otros hombres, algunas veces dormidos en sus camas, cuando están en el baño, etc. Ha habido casos de hombres que despiertan porque los están tocando o les están haciendo sexo oral. Pero también acá las trabajadoras encontraban en esta búsqueda de placer utilitario, como mencionábamos, “de vaciarse”, independiente del sexo-género del cuerpo que se use, como una idea con respecto al sexo únicamente de satisfacción del deseo individual, personal⁵⁷.

⁵⁷ Danciu plantea que: “Sin darme cuenta, me enamoré de Marius, un chico rumano que me besaba en medio de la noche. Dormíamos apretados para darnos calor y yo no lo entendía, porque durante el día alardeaba de macho, enseñando la foto de su novia a los demás trabajadores. Sus ojos verdes y la alegría

Otro elemento que también reafirma la eventual representación masculina de la mayoría es la paternidad. Me pareció particular la situación que se dio en un consejo, a raíz de la intervención de un hombre de unos 40 años estaba con su hijo, de unos 20 o 25 años, que venía de visita y acompañaba en algunos consejos a su padre. El padre residente de la casa que trabaja vendiendo chocolates, comentó al ser consultado cómo estaba que estaba bien pero cansado, y cuando su hijo fue consultado sobre su estado, respondió que estaba en general bien y feliz por el cambio que había tenido su padre en el último año, ya que anteriormente era irresponsable y ahora veía que había encaminado sus intenciones a mejorar su situación de vida y controlar sus actitudes y consumos. Todos en el Consejo reaccionaron de manera festiva, celebraron lo que dijo el hijo como una verdadera muestra de amor, le decían “*mira lo que te dijo tu hijo frente a todos*”, “*tenis que pensar que casi todos acá somos padres*”, etc., y algunos incluso lo abrazaron y felicitaron. También lloró posteriormente de emoción, pero cuando lo hizo le gritaron que era “maricón” por llorar, justamente quien había celebrado lo emotivo de las palabras del hijo unos segundos antes. Me dio la impresión de que si bien no se conversa mucho sobre los roles paternos que los residentes y visitas cumplen o no cumplen, en el momento en que el hijo hizo este gesto con su padre, fue una explosión de paternidades y masculinidades emocionadas que celebraron y desearon que ese también fuera su propio caso. Pero masculinidades que tampoco permiten la (“sobre”)expresión de emoción, como un llanto.

Un día conversando con el primer residente con el que tuve más confianza, le pregunté por unas mujeres rubias que aparecían en dos cuadros en la sala de estar, las únicas fotografías que están en los espacios comunes de la casa. Me contó que hace un tiempo llegaron voluntarias extranjeras, las que según él lograban niveles de confianza especiales con ellos, remarcando lo positivo que era ir a comprar cosas juntos, poder “palmotearse” las espaldas en señal de confianza, y de poder bailar junto a ellas, cuestión que se presenta como muy ocasional y sólo a través de voluntariados extranjeros. La ilusión o emoción de algunos hombres de calle de poder encontrar buena disposición y sonrisas de parte de mujeres tiene que ver con la falta de ello. Según las trabajadoras, esto repercute en una especie de confusión de emociones frente a ellas en una conjunción de situaciones de soledad, falta de amor materno, desamparo y

que desprendía me fascinaban. A Marius le importaba mucho la imagen que pudiera dar a los demás. De día actuaba como un heterosexual cualquiera. Me insultaba sin razón alguna, me llamaba maricón. De noche era un chico blanco en busca de placer. Aquel juego me entristecía. Más tarde comprendí que no podía soportar la idea de ser gay, que proyectaba sus miedos para defenderse de las burlas de los demás. A pesar de todo aquello, debo reconocer que solo pude soportar tantos meses de esclavitud y miseria gracias al amor que sentía por él. Me dio mucha fuerza para seguir adelante y no perder la esperanza en aquella etapa de mi vida” (Danciu, 2017: 125).

confianza con ellas, que se expresa como un “enamoramiento de ellas”, lo que finalmente llevan sin muchas complicaciones y de forma profesional.

3.2.6. Relaciones, amistades y conflictos

Si bien esta residencia es un espacio destinado a la habitabilidad de los 34 hombres, confluyen en ella las trabajadoras de la Corporación (que están ahí durante todo el día), las visitas que tienen permitida la entrada entre las 16 y las 22 horas, las estudiantes en práctica que asisten principalmente los sábados, y finalmente las esporádicas visitas de voluntarios que se acercan a la organización. En esta constelación quisiera describir y analizar las formas y situaciones en que se dan estas relaciones, tanto entre las trabajadoras entre sí (contratadas y practicantes), la relación de las trabajadoras con los residentes, las relaciones de los residentes entre sí y con las visitas.

Con respecto a las trabajadoras entre sí, parece haber una buena colaboración entre las dos principales trabajadoras contratadas, pero no así el caso con una tercera trabajadora que durante mi investigación estuvo casi todo el tiempo con licencia médica. Distintos comentarios me dieron la impresión de que no había una comunicación idónea entre ellas y todo parecía estar a la espera que terminara pronto el contrato laboral. También pude observar algunas faltas de comunicación y organización entre ellas y las trabajadoras practicantes, en la medida que no hubo en ese tiempo labores exactas que estas últimas pudieran entregar y dar en la residencia. Su trabajo se limitaba más bien a un acompañamiento y conversaciones informales con los residentes, lo que era visto por las primeras como una falta de motivación laboral y por las segundas como ejemplo de una desorganización y falta de flexibilidad de la Corporación. Como las segundas trabajaban sólo los sábados, ella mismas decían que no tenían mucha comunicación con las trabajadoras de la semana y que mantenían cierta distancia con estas y su información.

Las relaciones de las trabajadoras con los residentes, sin embargo, tienen muchas más aristas y son bastante heterogéneas. La directora de la Residencia, por ejemplo, parece concentrar diversos sentimientos que van desde el miedo, hasta la idolatría y amor, algunos le dirían incluso “mami”. Ella también reconoció que entiende que algunos hombres “les tienen miedo”, pero que también las han tratado mal o ellas incluso han sentido miedo hacia ellos, pero también entienden las explosiones de emociones que sufren muchos de los residentes por las situaciones que viven. Encuentra también extraño llevar la responsabilidad y “el poder” de decidir quién se va a quedar o quién se tiene que ir y en esto encuentra positivo que haya cosas reguladas y que

no todo caiga a su decisión directa. Sin embargo, reconoce que cuando las han tratado mal (reconocen son cuestiones menores) ha habido posteriores disculpas. También creen que hay quienes “las cuidan” y que han construido relaciones de protección entre todos, por lo que se sienten finalmente protegidas ahí y también en los espacios de calle que visitan.

“hay un chiquillo que vivió acá un montón de años, cabro inteligente que cuando está bien, ‘puta el loco bacán’, claro, pero ya le pasó su tiempo que se tomó sus copetes y viene para acá y aprovecha de putearte, de putear, de putear, y claro, igual es un gallo agresivo y que la última vez acá siempre es super desafiante, como ‘no viviría acá, pero yo me voy a quedar a dormir acá todos los días para que tú vea que yo hago lo que quiero y no sé qué’ y claro, a mí en verdad me empezó a pasar un tiempo que me estaba dando un poco de miedo, pero porque el loco acá se agarró o se le reventó una botella a uno, el otro lo apuñaló, casi perdió, o sea le atravesó el pulmón” (Directora Residencia)

Frente a ciertas complicaciones que tienen con algunos residentes cuando estos “se creen choros” o demuestran cierto desprecio o agresividad, las trabajadoras les responden con una particular forma para contenerlos: les dicen que si fueran realmente “choros” no estarían viviendo en esas condiciones, que “*los choros* (guapos, bravos) no están en un lugar de acogida”. Esta contención también la usan cuando observan discriminaciones entre ellos. El hecho que sean sólo mujeres las trabajadoras, según ellas mismas y según uno de los residentes, ayuda a esta contención, y como decía uno de los entrevistados, creía que la relación entre hombres instaría a la posibilidad de escalación o de explosión de violencia, no así con una mujer, para las cuales habría más respeto y una “barrera que evita todo eso”.

Para las trabajadoras es muy importante establecer los límites con los residentes, ya que reconocen que “tienen un par de enamorados” y deben dejarles claro hasta dónde puede llegar la relación por una ética profesional muy presente. Según las trabajadoras ese enamoramiento más que de la persona en sí, es un enamoramiento hacia el “rol” que ellas cumplen y la confianza que ellas les dan, “*en general aquí son puros hombres que han tenido dificultades con un rol femenino, ya sea materno o de pareja y nosotras al final somos al final somos como tal vez lo más constante que tienen en su vida*” (Directora Residencia). Por otro lado, dicen que “no pueden negarse al amor”, y no han podido evitar, por ejemplo, que alumnas en práctica se relacionen amorosamente de los residentes, ya que según la directora justamente muchos problemas están atravesados por la “falta de amor”. Más que criticar esto en sí, critica la forma en que este amor es llevado, a través de relaciones escondidas y mentiras, y que finalmente esto colabora en que muchas relaciones no prosperen, aunque algunas se concreten y se proyectan en convivencia.

“También es verdad que yo creo que para las personas en situación de calle da mucho miedo y muchas veces es más veces cagarla, porque es lo conocido que estar, meterte en el... o sea si ya el amor es un precipicio para cualquier persona, puta tirarte al precipicio cuando estay cagado de miedo, porque siempre al final hay terminado solo, yo tengo super claro cómo algunos se han escudado antes de eso y prefieren cagarla porque están cagados de miedo”(Directora Residencia)

Sin embargo, también se dan algunas situaciones que no representan un buen trato a los residentes. Un día que visité la Residencia, salí por unos minutos a la vereda y escuché cómo la directora le preguntaba a un residente que por qué quería hablar con ella en ese momento, que estaba ocupada. Al momento en que yo entré nuevamente, como la oficina es la primera pieza por la cual uno cruza, ella le dijo al hombre podría conversar conmigo, y nos presentó. Finalmente no conversamos nada, pero fue una situación por lo menos incómoda para mí y el residente. El exceso de trabajo y la falta de recursos, sin duda, son un argumento para la falta de tiempo y disposición a abrirse a conversar con los residentes y posiblemente dar consejo o atención, lo cual por ellos es a veces muy requerido.

Por otro lado, están las relaciones entre las trabajadoras practicantes y los residentes, las cuales son bastante esporádicas, aunque a veces adquieren involucramiento. Por un lado, las trabajadoras practicantes con las que pude conversar reconocían que constantemente habían logrado saber mucho de los residentes, ya que ellas como practicantes tenían el tiempo de hablar con ellos, y que incluso habrían podido saber cosas que las otras trabajadoras no saben porque no le preguntarían esas cosas o no se interesaban por cosas “más personales”. Según las trabajadoras encargadas de la residencia, se había dado relaciones afectivas, más bien de corta duración, entre practicantes y residentes.

Ahora, con respecto a las relaciones entre los residentes, las situaciones de habitabilidad y del consumo juegan un rol determinante en condicionarlas. El hecho de compartir pieza y espacios de baño y ducha en todo momento, amplificado por la precariedad de los espacios, pone al límite a los involucrados ante cualquier problema. La frecuencia de los robos, la diferencia de horarios y movimientos, el hecho de dormir de dos en camarotes que son viejos y se mueven, la existencia de una única luz en la pieza, la desorganización o no cumplimiento del aseo, e incluso los esporádicos problemas de residentes que orinan o fuman pasta base en las piezas, son conflictos comunes entre ellos y tanto como algunos son expresados en los consejos, otros se mantienen callados y lo resuelven de otras maneras. Sin embargo, muchos de estos problemas son considerados por las trabajadoras como “problemas domésticos” que “les pasa a todos cuando conviven” o “es lo que vive cada uno, solo que la reacción es un poco más

distinta”, decía una trabajadora. Las complicaciones a las que se enfrentan en la casa queda plasmada en esta cita de la directora con relación a los conflictos por quienes reclaman que el compañero de camarote se masturba:

“los dos están en su derecho, cachay, el que se está masturbando está en todo su derecho de masturbarse y el que le incomoda porque lo despierta el movimiento, también tiene su derecho, entonces, claro, uno dice ‘puta ya... y por qué no se va al baño’, pero también las duchas son de cuatro, el baño son de cuatro, entonces en general no hay espacio de intimidad, que yo siento que es el dolor más grande que hoy día sentimos en nuestra casa, y debido a eso se pensó en generar estas casas un poco más pequeñas, claro, y también, bueno yo sé que también como uno pensando super distinto” (Directora Residencial)

Ahora, si bien considero que hay ciertos conflictos que son generales a las formas de habitabilidad y que responden a la convivencia, la forma cómo estos conflictos se dan están determinadas por las situaciones concretas de la Residencia y las situaciones y condiciones personales de cada uno. Un día, mientras conversaba con un hombre en la oficina, esta conversación fue interrumpida por gritos que provenían del interior por una discusión entre dos residentes que se inculpaban uno al otro haber robado pertenencias propias y de otros compañeros. La discusión iba escalando y aunque muchos parecían no tomarle importancia, otros trataban de separar, principalmente la trabajadora que minutos antes había ido hacia dentro, que le exigía a uno de ellos que se fuera. En general, en los consejos donde he participado en las distintas hospederías o residencias de Santiago, se repite y denuncia constantemente los problemas de robos entre los residentes, lo cual muchas veces se ridiculiza, como el ejemplo del comentario que me llamó la atención un día de consejo frente a un reclamo, bastante ligero y casi tomado como broma, del robo de chocolates que un hombre había dejado en la pieza, sobre una mesa. La lógica es que hay que considerar que adentro se roba y la culpa es finalmente de quien expone el objeto a ser robado.

Pero en el momento que observé el conflicto por el robo, un hombre me comentaba en ese mismo momento que “el problema es la migración” (uno de los involucrados en la pelea anterior era colombiano), porque según él, coincidentemente ellos habían tenido o tendrían más problemas. No hay duda de que la existencia del racismo en la residencia es muy grande, lo cual es tratado inmediatamente de controlar por parte de las trabajadoras. Por ejemplo, un residente en un intento de defenderse de una discusión que veía perder en un consejo y frente a la mofa de los otros, comentó que los inmigrantes no tenían derecho a opinar por ser de otro país y que, con relación a uno de ellos, se dirigió a él y le dijo que si es que tenía casa (un

venezolano que al parecer en Venezuela tendría casa) y no tenía ciertos problemas de alcoholismo o estancia en la calle, no entendía qué hacía ahí. Interesantemente le hacía notar que “no era calle”⁵⁸. En ese momento esta persona fue muy criticada por el otro involucrado y también por otros extranjeros apoyados por la trabajadora, quien argüía que había que entender que en esa casa estaban personas que independientemente a sus historias, estaban todos en una “misma situación” y que por lo tanto no podían expresar, racismo y otras discriminaciones, considerando principalmente que la cantidad de población extranjera en la corporación es alta (20 a 25%). Esta situación me pareció interesante porque observé ahí no sólo discriminaciones que el hombre expresaba, sino también volví a ver las estrategias que las trabajadoras usaban para controlar situaciones de violencias, discriminaciones, donde se les recuerda constantemente a los residentes que ahí “todos son iguales” en la miseria.

Además del hecho de “ser migrante”, con respecto al conflicto el hombre en la oficina comentaba que otra cosa que ayudaría también a tensar los ambientes era la presencia de mujeres visitantes, en el sentido de que se exacerbarían las tensiones y competencias masculinas frente a su presencia. Sin embargo, las visitas son generalmente hombres, y las pocas mujeres que llegan están en su mayoría comprometidas con residentes o con otros hombres que sean también visitas, y sólo hay algunas pocas mujeres que llegan solas. Pero hay constantemente críticas por la misma existencia de espacios y horarios abiertos a visitas. Muchos intentan constantemente de que no hayan más visitas, pero que según las trabajadoras esos mismos hombres que reclaman eso no son capaz de criticar directamente a las visitas por lo que les molesta o decirles que no podrán entrar, porque entrarían en conflicto también con estas. Si bien ha sido criticado o defendido en diferentes momentos por los residentes, las trabajadoras creen que debe estar abierto porque la gente realmente necesita poder usar un baño o una ducha, un espacio para descansar, compartir y cargar sus celulares⁵⁹. Se siente no obstante esa “barrera” entre los que son visitas y los que viven ahí, donde las primeras son siempre inculpadas por la

⁵⁸ El problema de “ser o no ser calle” es recurrente en la residencia y en los eventos relacionados a la atención directa, ya que muchos entienden también que los “realmente calle” están en la calle propiamente tal.

⁵⁹ “Pero Madrid planteaba desafíos para adaptarse y cubrir las necesidades mínimas. Cargar el móvil cada día era todo un reto, ya que en los bares no te permiten enchufar el cargador si no consumes. Así de crueles podemos llegar a ser con la gente que queda fuera del sistema por el mero hecho de no consumir. El día que lograba cargar la batería me sentía libre, porque podía pulir las historias de la calle y publicarlas en las redes desde el móvil. El teléfono ha hecho más por los sin techo de España que muchas instituciones. Por las noches me guardaba el móvil en los pantalones par que no me lo robasen. En la calle estás expuesto a todo: no solo al robo, sino también a la violencia, tanto institucional como de toda la gente que odia al pobre” (Danciu, op. Cit.: 64).

mayoría de los problemas que haya, no obstante también algunos residentes invitan mujeres a las piezas, aunque esto esté prohibido. Para el entrevistado que llevaba sólo una semana, las visitas tenían mucha libertad en la Residencia y le creaba una inseguridad personal, ya que le habían dicho de los robos y había visto una pelea con armas blancas entre dos visitas que le habían asustado. Además, reconocía que había visto malos tratos de las visitas hacia las trabajadoras que lo hizo quedar “*asombrado, porque fue a una mujer que le faltaron el respeto*”. Según el otro entrevistado, la Residencia ya no es como antes, ya que él conoció la Casa en su fundación, en el sentido de que ahora habría una cultura “canera” (de cárcel), que involucra consumos, conflictos y agresiones, robos, etc. Con esto criticó mucho la posibilidad de que haya visitas que están todo el día ahí, ya que según él de ahí provienen muchos problemas, además de que haya gente que se sienta cómoda en esa situación, que en vez de trabajar pidan dinero a los mismos residentes, o roben incluso hasta conexiones de luces de navidad.

Pero si bien hay hechos que los involucran, las visitas en su mayoría son personas también del barrio, conocidos por las trabajadoras que llegan para poder prepararse comida, para ir a los baños y ducharse, lo que hace parecer más bien que hay una externalización de las responsabilidades y culpas hacia las visitas. Y también hay demostraciones de cariños y ayudas entre residentes y visitas, como el día que estaba en la oficina y vi que un hombre que estaba pagando en la oficina, al terminar se dirigió a una mujer (“la chica”) y le pregunta si tenía “la luca” (mil pesos chilenos) que le había prestado hace un tiempo atrás, pero ella no tenía. No obstante, espontáneamente le preguntó si quería algunos “regalos” que él tenía pero que eran sorpresa, debido a que el “trabaja para arriba” (al oriente de la ciudad donde se ubican las comunas más ricas) a lo que ella respondió que sí, por lo que él fue a su pieza y trajo una bolsa con diferentes aros, lentes y collares de plástico y otros productos cosméticos para labios y piel. Le entregó por lo menos siete cosas distintas que dejó sobre la mesa misma de la oficina y la mujer no dudó en colocarse todo lo que podía. Fue un regalo que la alegró mucho, aunque después el mismo hombre le dijo que le debería pasar dinero (“una luca”) cuando ella pudiera, sin prisas. La mujer quedó sin embargo agradecida y feliz.

3.2.7. Ayudas, voluntariado y actividades

La atención directa a personas en situación de calle está en gran parte sostenida por el pago individual, el trabajo voluntario y las donaciones. La Corporación recibe ayuda voluntaria y visitas de organizaciones varias, y también la misma Corporación organiza salidas con voluntarios internos y externos a los alrededores del barrio. Muchas de las ayudas y visitas son

realizadas por organizaciones religiosas relacionadas principalmente a iglesias o escuelas, lo que es tomado diferentemente por cada uno de los residentes, o creyente o utilitariamente.

En una ocasión en el consejo, frente al aviso de la visita de un grupo de evangélicos, uno de los residentes preguntó instantáneamente qué era lo que traían, a lo que la trabajadora les pidió, que por favor no hicieran esa pregunta, que no fueran interesados materialmente, que se mantuvieran en el lugar de la comida cuando llegaran las visitas y que no se retiraran directamente después de comer, ya que en ese momento vendrían las palabras de algunx de ellxs. Los invitaba a agradecer la ayuda que la gente trae y la preocupación de dar comida y lo que eso significa, frente a lo que todos respondieron que así lo harían. El sábado siguiente llegó el grupo de evangélicos. Un hombre joven apareció con una olla grande, seguido por mujeres de distintas edades, donde una de ellas parecía ser la que conocía más el procedimiento y quien nos llamó y avisó cuando estuvo servida la comida, nos hizo también arreglar las mesas y asientos y nos dijo cómo se organizaría la visita: primero comer y después la prédica. Yo fui considerado por este grupo como un residente más. Montaron entonces las mesas con manteles amarillos y con decoraciones. Al sentarnos nos empezaron a servir los platos, lo cual era un trozo o dos algo que yo creí era pulpa de cerdo al horno, con un arroz arvejado, al cual se podía acompañar con “pebre” que estaba en vasos grandes sobre la mesa. La combinación fue muy sabrosa, lo que hizo que comiéramos muchos muy rápido, quedando muy satisfechos y siendo imposible para mí comer el postre, unos duraznos en conserva. El hombre que había entrado primero cargando una de las ollas, se sentó frente a mí al comer, a lo que le pregunté dónde operaban como iglesia y dónde estaban ubicados. Me contó que hacían un trabajo bastante amplio y que eran de la Primera Iglesia Evangélica Bautista de la calle Compañía (con Riquelme). Comió rápido y se paró para ir a preparar la prédica que le correspondía hacer, la que hizo por unos 10 o 15 minutos después frente a los que seguimos sentados en las mesas, a lo que le sumaron después 10 minutos de prédicas de la mujer organizadora del grupo. De los oyentes, hubo quienes se pararon y se fueron, otros que se quedaron y asentían las cosas que eran dichas y otros que conversaban entre ellos o simplemente miraban. Pero unos días más tarde, al reunirnos con las estudiantes en prácticas, me preguntaron qué pensaba de la visita que habían hecho los evangélicos, a lo que les comenté que me había parecido muy interesante y también agregué que la comida había estado sabrosa. Frente a este último comentario una de ellas me preguntó: “¿en serio?”, yo le respondí que sí, a lo que ella me dice que ese día ella estuvo adelante en la oficina y que no había comido, pero que uno de los comensales había comentado un poco decepcionado que esa carne era de caballo.

También los sábados va a la Residencia un hombre de la agrupación musulmana sufi “Olla Rabbani”, que trabajan comida con alimentos recuperados y entregan porciones semanales en comedores y en albergues. Generalmente esta persona llega con la gran olla de comida, la entrega y se va. La visita de esta organización parece no involucrar un trabajo religioso como sí lo hacen en el caso de los evangélicos, de hecho apenas hay contacto.

También hay otros grupos que hacen visitas fuera del ámbito religioso. Un sábado estuvo en la residencia el grupo Scout comentado anteriormente, de un colegio en La Florida, una comuna que se encuentra a 13 kilómetros aproximadamente hacia el suroriente de la ciudad. Al preguntarles por la motivación que tenían para ir a visitar la Residencia, me comentaron que esa instancia proviene de actividades que realiza el grupo con participantes que pertenecen al grupo etario de “Los Caminantes”, donde participan personas a partir de los 19 años, cuya intención justamente es salir del espacio donde se juntan. En este grupo Scout tienen la característica de trabajar por proyectos que son presentados y averiguados por los mismos “caminantes” y evaluados por las “guías”, quienes acompañan y supervisan las actividades permitiendo una gran flexibilidad en las ideas. Los proyectos tienen duraciones variadas dependiendo de qué se trate, puede ser dividido en un par de días de actividades, como también puede ser sólo un día de bastante trabajo. Así, hubo una “caminante” que se interesó por hacer algo con personas en situación de calle y lo postuló como proyecto. Para ella este tema era muy visible en comparación del resto del grupo donde lo presentó, quienes reconocían no haber estado muy atentos a la existencia de tantas personas en las calles o en albergues. Interesantemente también pude entender que la motivación de esta “caminante” hacia esta temática provenía también de su familia: su padre se dedica también a organizar ayudas esporádicamente para personas en situación de calle hace unos cuatro años, a los que les reparte principalmente comida. La “caminante” tuvo que informarse de la temática y hacer una presentación al resto del grupo y organizar la visita del sábado a la Residencia, la que tenía como “excusa” o “complemento” la elaboración de galletas navideñas, para lo cual trajeron todos los implementos. Al preguntarles además por qué habían decidido que fuera esa Residencia y no otra, eventualmente más cercana a La Florida, me comentaron que en ese sector no hay muchas ONGs que trabajen el tema, que habían buscado por eso en todo Santiago. Es así como tras escribir a varias organizaciones, de la Corporación Nuestra Casa les contestaron y les extendieron una invitación.

Las trabajadoras de la residencia son categóricas en decir que en Nuestra Casa son “apolíticos y arreligiosos”. La directora reconoce que le interesa más bien conseguir la ayuda de distintas agrupaciones religiosas y políticas, además se pregunta por qué tendría que cerrarle

la puerta a un grupo que quieran entregar “compañía y encuentro”. Incluso se reconoce en la Corporación que el fin sería más bien el voluntariado, viendo lo positivo que este contacto le genera *al* voluntariix. Desde la Corporación se intenta fortalecer de alguna manera un voluntariado enfocado en transformar más al voluntario mismo que a la persona en situación de calle, en “concientizarlo en el trabajo voluntario” reafirmando su importancia en la sociedad, Sin embargo, se reconoce también un intenso egoísmo compartido por ciertos voluntarios, representado por frases como “me hace tan bien ayudar”, “estoy tan contenta que vine a ayudar”, lo que da la impresión de que mucho de este contacto está pensado desde una posición apolítica. Y al preguntarle a la directora a qué se referían con que sea apolítico, comentó que es porque están bienvenidos todos, que había trabajado con “gobierno de izquierda y derecha” (de los gobiernos neoliberales posdictatoriales), como también lo ha hecho profesionalmente la fundadora de la Corporación, Karinna Soto. La directora reconoce sin embargo que ella se refiere más bien con la política partidista que es la que trata de evitar:

“entonces yo creo que igual hemos instalado cosas, no sé po, en estas cabras de las ursulinas (colegio de voluntarias), verlas ahora que las que llevan caleta de años y que ya, puta están grandes, han crecido, y yo digo ‘puta, estoy segura que nosotras hemos hecho la diferencia en estas cabras, cachay’, o sea en términos de que talvez no sé como son las cosas en su casa pero la cabra es muy capaz de venir a sentarse a la cuneta a conversar con alguien de igual a igual y eso es lo que uno quiere al final” (Directora Residencia)

Reconoce también que los residentes son críticos con muchas cosas, pero no hay profundización en las temáticas más políticas porque tampoco hay instancias ni recursos para generarlos.

Un día hubo un evento organizado por el Hogar de Cristo en el Santuario del Padre Hurtado, ubicado en la comuna de Estación Central al costado de General Velázquez, el cual se realizó un sábado en el marco de las discusiones políticas y sociales que se generaron tras el estallido social de octubre del año 2019. La residencia entregó el dinero para tomar un taxi de ida, al llegar el taxi cargamos el auto con cajas de aportes de la Corporación al evento, papas fritas de bolsa y gaseosas chicas. En el parque del santuario había montado un gran toldo con mesas redondas debajo, un escenario y un puesto de la marca de Café Marley, los que además habían aportado toldos, quitasoles y mantas que dejaron en el pasto bajo un intenso sol. Había una mesa de inscripción, donde se ubicaron los trabajadores y organizadores del evento que parecían ser en su totalidad del Hogar de Cristo. Había una inscripción, a la que sólo atendían los residentes de las hospederías o casas de acogida, y mesas separadas, donde las personas de

distintas regiones y algunxs trabajadorxs se ubicaron, además habían dos monitores por mesa que se encargaron de explicar las actividades, llevar registros de opiniones, etc.

El evento partió a través de una sección donde cada grupo-mesa discutiría y comentaría las causas de la crisis social que identificaba cada participante, donde los voluntarios de la mesa se dedicaron a escuchar, anotar o guiar las palabras e ideas que eran declaradas. Los dos monitores que fueron asignados para la mesa, que tenían entre 20 y 25 años, buscaron sin embargo constantemente de “concientizar” a los participantes, dando cuenta de la dominación de clase, el empobrecimiento general, la desconexión de la elite y sus beneficios, lo que pareció en algunos momentos ser discusiones alejadas de las reflexiones a los que los residentes llegaban. En relación con las causas, además, se instaba para que los participantes escogieran unos papeles pegados en la pared del escenario para poder “guiarse” en sus reflexiones y análisis, frente a lo cual comenté que sería mejor evitar partir a través de una idea prevista en la medida que limitaba las posibilidades creativas, y estuvieron de acuerdo. Al terminar un tiempo de unos 20 minutos, pasaron adelante representantes de cada mesa para comentar las síntesis de causas registradas. Joel, de Ovalle, reconoció en la mesa y estando adelante en el micrófono que esta era la primera vez que él podía desarrollar un mínimo “ejercicio ciudadano”, ya que al haber tenido problemas con la justicia el año 89, desde ese año que no podía votar, se emocionó muchísimo por eso también. Con relación a los dos participantes de la Corporación Nuestra Casa, estos mantuvieron una activa participación en la mesa, pero discutieron en algunas ocasiones con otro participante que parecía ser el más crítico de la situación y del evento. Este hombre fue el primero en presentarse al principio, con una actitud desafiante, declarando no sólo su nombre y localidad de procedencia, sino también reconociendo que estaba “en la calle” por alcohólico. Pero al escuchar que el resto se presentaba sin decir el por qué estaban en esa situación, los increpó preguntándoles por qué no reconocían y decían “la verdad”, por qué no contaban por qué estaban en la calle, increpó. Esto dejó el ambiente un poco tenso desde un principio, pero fue un argumento que siguió desarrollando el resto de la jornada, criticando en la mesa y también al frente con el micrófono (le pidió al animador), aduciendo que en ese evento no estaban invitadas “las reales personas de la calle”, es decir, quienes vivían en la calle y no en servicios o los que tienen contactos esporádicos con estos, ya que para él ese momento era una conversación con “lo mejorcito” de los servicios.

El programa de actividades decía que al final, a eso de las 14 horas, habría un almuerzo de cierre. Sin embargo, hubo una gran confusión ya que entremedio a las actividades, a eso de las 12:30 o 1 de la tarde mientras conversábamos entregaron además de las gaseosas y unos panes con queso que había desde el comienzo sobre la mesa, un sándwich más contundente que los

que había sobre la mesa, de pollo con tomate y lechuga, quizás un poco de palta, en la mano. El problema es que, si bien el sándwich podría haber sido suficiente, algunos alrededor mío, los otros de la Residencia y yo creímos que además habría un almuerzo, siendo decepcionante el hecho de que no hubiera más, de hecho, al llegar de vuelta a la casa todos nos despedimos para ir a comer, yo a mi casa, otros a la Residencia. El evento que duró hasta las 2 de la tarde, finalizó con palabras de los organizadores, que dijeron estar satisfechos de la participación y que tratarían de hacer vinculantes las reflexiones recogidas, es decir, que no quedaran sólo en ese espacio, sino que pudieran trascender a otros organismos o instituciones gubernamentales en el proceso constituyente que muchas personas están exigiendo en Chile. Al terminar, muchos se abalanzaron a los restos de comidas y bebidas que había aún en las mesas para llevarlo de vuelta a sus lugares de residencia. En el caso del grupo de la Residencia, al pasar ya en la calle por el lado de una que pedía dinero sentada en el suelo en la esquina frente al Hogar y en muy malas condiciones, por lo menos dos del grupo le dieron cosas que llevaban, agua, fruta, sándwiches. Parece ser una regla que los que más dan son los que menos tienen, también porque son más conscientes de las faltas en esa situación.

Por lo menos uno de los que fueron le comentó después a las trabajadoras de la Residencia que se sintió muy mal, que no se atrevió a dar la opinión, que en relación a la comida fue cierta decepción para muchos, y que varios por diversas razones se retiraron antes⁶⁰.

⁶⁰ Lagarde Danciu en su texto “sin techo” comenta sus impresiones en esa situación con respecto a la ayuda dada por la iglesia católica, por ejemplo a través de los comedores sociales y comentaba que “*las monjas nos daban productos caducados y alimentos que ni si quiera a un perro le apetecería comer. Dejamos a un lado la vergüenza y también protestamos contra la tan extendida asistencia social de la Iglesia, que se presenta como solidaridad pero solo es una forma de caridad que se ejerce de forma vertical*” (Danciu, op. Cit.: 24-25). Comenta también la situación en otras localidades de España, como por ejemplo “en Toledo, el monopolio de la asistencia social está en manos de las ONGs religiosas, y los sin techo son expulsados de sus albergues privatizados a los pocos días y se resguardan en las esquinas de la estación de autobuses” (Ibid.: 74), o que

“en Huesca, Cáritas, que lleva el monopolio sobre los servicios sociales, esclaviza a las personas sin techo que se ven obligadas a trabajar en sus talleres por 10 euros diarios y sin ser dados de a la en la seguridad social. Todo el trabajo de las personas sin techo acaba en grandes tiendas que tiene Cáritas por las ciudades [...] La ruta en los últimos meses me ha llevado a Oviedo y Gijón, ciudades de Asturias donde he podido denunciar injusticias gracias al sindicato CNT que ha sido un apoyo constante. En estas ciudades de Asturias la iglesia católica decide qué pobre come y qué pobre será castigado. Los comedores subvencionados por la administración y abastecidos por el banco de alimentos de los Opus Dei, proporcionan comida caducada de las grandes superficies y cobran a los ancianos de sus precarias jubilaciones por comer caridad” (Ibid.: 78-79).

Según sus impresiones, la pobreza es intencionada y planificada, con una especial relevancia de la iglesia católica, sustentándose en la pobreza, como también muchas ONGs, que “*se han convertido en empresas que buscan la cronificación de la pobreza para así garantizar la continuidad de sus estructuras y no la erradicación de las causas que generan pobreza*” (Ibid.: 85)

3.3. Comentarios finales

En este capítulo se describió y analizó las dinámicas que se dan dentro de la Residencia Solidaria de la Corporación Nuestra Casa, ubicada en el Barrio Yungay, histórico barrio del centro de Santiago. Se analizaron las normativas que la rigen, las formas de organizarse que tienen en su interior y los perfiles de hombres que reciben, principalmente con relación a sus historias personales, relaciones amorosas, trabajos, saludes y consumos, que en algunos casos todas estas áreas son problemáticas. Creo importante repensar en la condición de “residencia para hombres”, buscando dar cuenta de las formas en que se desenvuelven los hombres en extremo masculinizados, tanto reflejado en amistades, compañerismos, conflictos, violencias, homoerotismos y sus relaciones con sus amigas y con la prostitución y/o trabajo sexual. Pero también sus relaciones con sus propios cuerpos a través de la masturbación, el autoplacer y el consumo, todo lo cual se ve determinado por las condiciones habitacionales y las forma de las piezas. Y por último, se describieron situaciones generadas por las ayudas privadas, las prácticas profesionales y voluntariados, que son elementos básicos en la atención directa a población en pobreza extrema, donde se ve una gran presencia de organizaciones religiosas, donde destaca casi monopolícamente el Hogar de Cristo.

Los servicios de hospederías, residencias y casas compartidas se mantienen generalmente en una situación precaria, desprotegida y marginal con respecto a las políticas de estado, manteniendo bajísimas cuotas de financiamiento. Muchas organizaciones privadas que manejan casas y residencias también mantienen escaso contacto con el estado, ya sea por buscar mantener su independencia o porque simplemente evitan sus burocracias o son marginados de los concursos por proyectos. La escasez de recursos de algunas casas y residencias es aguda, lo que repercute en un servicio incompleto, con una importante falta de trabajadoras y profesionales pagadxs y contratadxs y finalmente esto repercute en una inseguridad si es que el proyecto se va a poder llevar a delante en las mismas condiciones o no. Por esto, si bien es un trabajo y una política que lentamente parece ir profesionalizándose, la limitación extrema de recursos lleva a prácticas cotidianas que escapan a esta profesionalización. Es por esta escasez que muchas residencias y casas deben exigir el pago diario o mensual de cada residente, lo cual a su vez se acopla a la idea de que la cama que consiguen no es un derecho entregado por el estado o la sociedad civil, sino un producto de consumo, donde la gente paga y exige algo a cambio, dominado muchas veces por un individualismo muy fuerte. El desarrollo, sin embargo, del trabajo voluntario en las áreas que han sido desprotegidas por el estado ha reproducido

también la idea de que el servicio en sí o la ayuda social no tiene “connotación política”, sino que “son bienvenidas las ayudas de donde sean”, priorizando la repercusión en el grupo de voluntarios más que en las personas residentes. Esta naturalización del asistencialismo apolítico encaja con ciertas tradiciones apolíticas cristianas y el individualismo de realización personal y meritocracia a través de la ayuda social de ciertos grupos de la población⁶¹. Según lo que pude observar, esta despolitización de las personas en los servicios o esta idea de alejar la política de estos espacios repercute en que las personas no estén al tanto de informaciones que son fundamentales para una búsqueda de una mejor situación, por ejemplo, con respecto a la información sobre subsidios u otros programas y servicios. Pero también esto se conjuga con posiciones sexogénicas que orientan a que los hombres de las hospederías en general no se interesen por buscar información con respecto a viviendas o acceso a estas. Un día conversando con uno de mis entrevistados, le pregunté sobre su idea con respecto a políticas de calle, de vivienda social e información sobre otras residencias con mayor autonomía para los residentes y sobre la necesidad o no de movilización social. Frente a esto me comentaba que:

“he tenido gente conocida que ha estado vinculado a movilizaciones sociales y que dan frutos, a la larga dan frutos, no como se debería esperar, que sean de 6 meses, o 7 meses, se han pasado un año, dos años, y recién van dando fruto, por lo mismo que dije anteriormente, o sea, estamos hablando de consecuencia y de que por más esfuerzo, por más esfuerzo, por más fuerza, por más ejecución a los movimientos que se hagan, igual aquí en Chile se demora, se demora, o sea, y por qué se demora, porque han sido.. no atienden esos problemas acá, no hay ninguna entidades poderosas que puedan moverse, sino entidades que son de pobladores, de gente organizacional que de juntas de vecinos, de

⁶¹ Esta despolitización se relaciona con lo que Danciu comentaba de los administradores y trabajadores de orfanatos en Rumania:

“Mi voz crítica creaba tensión en la dirección del centro, que llevaba instalada cómodamente desde los años setenta. Los niños sentían un gran deseo de expresar sus emociones y la raba acumulada durante años. Sumado a esto, al verme pelear con los adultos del centro por aquello que ellos callaban por miedo, dio pie a que cada vez más niños se atreviesen a verbalizar sus demandas y a protestar.

‘Para el personal del orfanato que los niños reclamaban sus derechos era algo totalmente nuevo y, conscientes del peligro de un eventual levantamiento, querían prohibir por completo mi entrada al centro. Estaban dispuestos a pagarme el alojamiento en el internado del liceo Radu Greceanu incluso los fines de semanas con tal de evitar que los niños se organizaran. La mayoría de los funcionarios del centro eran parte responsable de que aquellos niños que se balanceaban contra la pared no sonrieran. Algunos participaban directamente en el robo de alimentos y medicamentos. Otros lo hacían indirectamente, para no enfrentarse a la dirección corrupta del orfanato’ (Ibid.: 112)

Este autor reconoce que el campamento fundado por él y otros en Madrid era el segundo movimiento de “sin techo” en todo el mundo, después de la agrupación “Los Hijos del Quijote en París”.

conglomerados pequeños, que no tienen fuerza. Aparte de eso, las condiciones que tienen o que se exigen para ser mejorías sociales habitacionales, son muy... son muchas, son muchos requisitos, entonces plantean muchos requisitos y entorpecen el camino, por algo se van disolviendo las organizaciones, por eso no se fortalece, porque ven que ese camino a lo mejor ha sido perdido para algunas personas, como para otras siguen en la carrera hasta conseguir algo”

Esta desgana o desconfianza a la posibilidad de concretarse de los proyectos a largo plazo y la lucha continua la observé también en un consejo, cuando mencioné que estoy trabajando también con pobladores y sobre viviendas sociales. En el momento de comentar esto, hubo dos personas que dijeron instantánea y separadamente en voz alta que ellos si bien tenían todos los papeles para haber postulado a una vivienda social, no habían sido elegidos. En un momento posterior le pregunté a uno de ellos sobre su comentario y me volvió a contar que pese a tener todos los papeles necesarios, no tuvo ninguna posibilidad desde el SERVIU (Servicio de Vivienda y Urbanismo), dándose la situación de que él tenía un puntaje muy alto en la ex Ficha de Protección Social, hoy Registro Social de *Hogares*, para adjudicarse un subsidio, ya que mientras más alto el puntaje, menos posibilidades de poder obtener ayuda tienen. Lo paradójico es que en la medida que el tiene muy reducidos gastos, esto le jugó en contra en la contabilización de su puntaje. Incluso se daba, según él, la situación *ilógica* de que la asistente social que lo atendió cuando intentaba averiguar sus posibilidades tenía un puntaje más bajo que él, es decir, en el papel la asistente social era “más necesitada de un subsidio” que él. Esto lo hizo desmotivarse inmediatamente y nunca pudo realmente saber por qué él tenía un puntaje tan alto. Pero no sólo hubo dificultades en la postulación y en todo el papeleo, sino que sintió además en la funcionaria del Serviu una mala disposición para atenderlo, lo que lo desmotivó aún más a seguir buscando información, decía. Hay un orgullo masculino que se vislumbra a ratos y genera una interrupción en incipientes motivaciones para obtener un subsidio. Esta situación será tratada en el siguiente capítulo.

Pero otro punto que me parece de interés es la idea de que mientras muchos sienten un privilegio acceder a los servicios, una gran mayoría no tienen ni siquiera contacto con estos servicios y sus ayudas, personas “realmente calle”. Además, se generan en los discursos de los hombres en la residencia una identificación entre un nosotros y unos otros (residentes/visitas, limpio/sucios, respetuoso/agresivo) que repercute también en el criterio de quiénes *merecen/aguantan* estar ahí y quienes no, criterios que a veces los mismos servicios deben tomar cuando hay falta de espacio. Pero también esto lo relaciono con otro hecho que ocurrió en una visita mía a la Residencia, cuando estando en la sala de estar viendo televisión, se cruzó por delante uno de los residentes, preguntándome en forma de interpelación qué era lo que yo

quería investigar, qué quería saber exactamente, a lo que le respondí que quería averiguar los problemas y experiencias habitacionales de la gente que estaba en esa Residencia en ese momento. Frente a esto y como interpelación me dijo que yo en vez de investigar o averiguar eso ahí, en esa Residencia Solidaria, debería ir a las *poblaciones* de Santiago, a ver la “realidad”, los reales problemas habitacionales de marginalidad urbana; me dijo que fuera específicamente a la población “El Volcán III” (Puente Alto) y viera como vive ahí la gente. Antes que pudiera aclararle mi real intención de estar ahí, se retiró dejándome hablando solo. Esta situación me hizo entender de que no sólo ellos no se sienten “realmente calle” actualmente por estar en cierto *privilegio*, naturalizando y olvidando que hay “reales problemas habitacionales” en esa Residencia. Para algunos las condiciones de poblaciones bajo techo son más complejas.

4 Cuarto Capítulo. Comité de Vivienda “Por un Santiago Multicolor”

En este capítulo se retratan tanto las historias y situaciones habitacionales, así como la participación de personas que se organizan en el comité de vivienda llamado “Por un Santiago Multicolor” en Santiago Centro, Chile, desde una perspectiva de género a través de una aproximación etnográfica. A diferencia de la mayoría masculina que se puede ver en la Residencia anteriormente analizada, en los comités de vivienda la mayoría y predominancia femenina es absoluta, llegando sobre el 80%.

El Comité de Vivienda “Por un Santiago Multicolor” es, junto al Comité Latinoamérica Unida, la única organización de pobladoras y pobladores de la comuna de Santiago Centro. Los comités de vivienda son conductos colectivos dedicados a la consecución y accesibilidad a viviendas sociales a través de políticas sociales estatales. En este proyecto colectivo, estos dos comités trabajan y luchan para conseguir un terreno en la misma comuna, donde se creía y planteaba por las autoridades que no habían terrenos disponibles. El Comité “Por un Santiago Multicolor” parte estratégicamente desde la base de una Junta de Vecinos “El Progreso” del barrio 10 de Julio, compartiendo varios de sus integrantes y usando esta sede vecinal como espacio de reunión. Esta organización vecinal con su sede es un espacio utilizado por diversas organizaciones barriales y sindicales y por esto juega un rol central en las dinámicas territoriales del sector. Ahora, el hecho de que el Comité busque un terreno en esta misma comuna es un punto fundamental, en la medida que reconoce que sí existe un movimiento de pobladores en Santiago Centro, que en esta comuna sí hay pobreza y necesidad de vivienda y que sí hay espacio para construir viviendas sociales en el centro de la ciudad. La decisión de querer quedarse en la misma comuna que se habita contiene así una posición revolucionaria y de crítica política en relación a las perspectivas del estado y del gobierno y de sus políticas sociales, lo que en cuanto a la vivienda, ha expulsado grandes grupos de gente hacia los terrenos de menor valor hacia los márgenes y afueras de la ciudad.

Con Valeria, la presidenta del Comité de Vivienda y de la Junta de Vecinos, nos conocimos después de haber sido invitado por ella a una olla común que comenzaron a hacer todos los miércoles y domingos desde octubre del año 2019, directamente frente a la casa donde funciona la Junta de Vecinos, en la calle Coquimbo entre las calles Portugal y Cuevas. Las ollas comunes son iniciativas populares y urbanas de alimentación en tiempos de crisis que han acompañado la historia chilena del siglo XX y que se hicieron rápidamente masivas desde el estallido social ocurrido hacia esos meses en Chile. Los vecinos de diversos territorios se volcaron a las calles y organizaron alimentaciones y organización comunitaria mientras el gobierno llevaba a cabo

políticas de persecución política y represión contra población civil que se manifestaba contra este. En la olla común del comité participaban comensales, también artistas locales y pequeños comerciantes, sin embargo el protagonismo de estas respuestas populares en tiempos de crisis han sido históricamente femeninas. Y es que también la lucha feminista tiene una centralidad en el comité llevada por la dirigencia y las integrantes. Ese primer día un grupo de alrededor de 15 mujeres, de edades que iban desde los cinco hasta los 50 años, se encapucharon y cortaron la Avenida Portugal para realizar la presentación-coreografía inspirada en el grupo LasTesis “El violador eres tú”. Después de realizada, tomaron los conos de señalización o tráfico que habían utilizado para detener el tránsito de la calle Portugal y regresaron a la Junta de Vecinos para comenzar a instalar los puestos para una feria navideña que organizaron como vecindad, para la cual si bien no tenían el permiso municipal, porque cortaban la calle Coquimbo, decidieron hacerla de todas formas. Estaban convencidas de que la toma de la comunidad de la calle era fundamental en ocasión de generar un espacio donde vecinas y vecinos puedan vender y comprar cosas necesarias para navidad y año nuevo. Valeria confiaba en que se iba a permitir implícitamente si es que la policía u otro agente municipal los veía. Desde este momento comencé a conocer y seguir el trabajo realizado por el Comité y la Junta de Vecinos, que en muchos puntos llegan a confundirse pero que también genera sinergias en la consecución de sus objetivos.

Con esto, en este capítulo se presentará una descripción tanto del territorio donde esta Junta de Vecinos y el Comité comenzaron a organizarse, la forma de organización que llevan, su relación y conflicto con otras organizaciones del barrio, los liderazgos principalmente de mujeres y también las participaciones y no participaciones masculinas, considerando las dinámicas relacionales que se dan entre los integrantes de estas organizaciones. Mi intención en ello es representar ejemplos concretos de cómo las dinámicas familiares e sexual-identitarias determinan los trayectos habitacionales de las personas y determinan también las intenciones o no de luchar por una vivienda y la ciudad, profundizando las trayectorias de personas que tienen una activa participación en el comité, aunque no necesariamente puestos dirigenciales. La intención de esto es dar cuenta de una forma de respuesta colectiva a la falta de vivienda y necesidad urgente de una, a través de una organización que lleva una activa lucha y negociaciones con las autoridades competentes. Esta forma colectiva se diferencia así de respuestas individuales para la consecución de una vivienda a través de los subsidios estatales. También se diferencia de otras respuestas, eventualmente también individuales, como lo es la búsqueda de un lugar en hospederías o albergues, que como se trató de demostrar en el capítulo anterior, están dirigidos en su mayoría a hombres y son también hombres los que ejercen en

esos espacios, como también en la calle, dominaciones masculinas y expulsiones directas o indirectas a otras poblaciones feminizadas o menos masculinizadas.

4.1. Barrio 10 de julio

El Barrio 10 de julio en Santiago es un popular barrio de la comuna de Santiago Centro, con una diversidad de actores y agentes que allí residen, trabajan y circulan. Si bien históricamente fue un barrio popular de asentamientos que bordeaban el canal “Del Socorro” proveniente del Zanjón de la Aguada que corría por la actual calle 10 de Julio durante el siglo XIX, tras las reformas urbanas de Vicuña Mackenna a finales de este siglo se ordenó la erradicación de los ranchos construidos allí para entrar en un proceso de desarrollo urbano que se extendió durante el siglo XX (Punto Final N°860). Muchas de las casas son viviendas obreras que datan de la década de principios del siglo XX o finales del XIX, la mayoría casas antiguas de fachada plana, de un piso de altura y con patios interiores. Sin embargo, en los últimos años se han desarrollado grandes proyectos inmobiliarios cuyas torres en altura rompen esta baja arquitectura anterior, concentrando grandes cantidades de residentes nuevos que de forma diferenciada se relacionan y entran en contacto o no con la comunidad barrial. Es el problema de la altura de las edificaciones que rodean casas bajas lo que ha llevado a algunas organizaciones del barrio a plantear la necesidad del “derecho a ver el cielo”⁶².

Según Valeria, la presidenta de la Junta de Vecinos y del Comité de Vivienda, el barrio se podría dividir en tres “partes”: primero la parte histórica de casas bajas, en segundo lugar alrededor de la calle Portugal donde están concentrados los edificios de altura, y en tercer lugar un gran condominio cerrado llamado “Blindados”. La Junta de Vecinos “El Progreso” y el Comité de Vivienda operan en la zona histórica, en la calle Coquimbo entre Portugal y Madrid.

⁶² Esto recuerda la lucha de las poblaciones asentadas en las Mietkaserne en Berlín en Alemania y la lucha por el derecho a la luz en espacios sombríos, húmedos y a veces subterráneos (Berliner Zeitung, 2022)

Imagen 4. Mapa de la comuna de Santiago Centro con marcación del Barrio 10 de Julio



Fuente: Google.maps

Una parte de la zona histórica, hacia la calle 10 de julio, concentra y es conocida por tener una gran cantidad de talleres mecánicos de automóviles, con autos estacionados a los costados de las calles circundantes, con hombres trabajadores que ofrecen servicios mecánicos de los talleres y el estacionamiento a los clientes en las veredas y en la misma calle. En la Junta de Vecinos reconocen que han tenido numerosos conflictos con los propietarios de algunos negocios de automóviles que se ubican sobre todo en la calle Madrid, tanto porque botan aceites de auto a la calle como también por su negativa a proyectos barriales que trataban de impulsar desde la organización. Un ejemplo es el proyecto que buscaba hacer un parque junto al bandejón central de la calle, a lo que cinco de los propietarios se mostraron en contra porque limitaría su negocio. Otro problema de este barrio es la fuerte presencia del narcotráfico, con lo que la Junta de Vecinos y el Comité han tenido numerosos conflictos y contra lo que han luchado incansablemente, reconociendo que afortunadamente como comunidad organizada han podido contrarrestar su poder de alguna manera, sobre todo desde el estallido social y el nuevo impulso a la organización comunitaria.

También en la zona histórica es numerosa también la oferta de cafés/prostíbulos y de trabajo sexual callejero femenino, principalmente trans. Las mujeres cis están localizadas casi exclusivamente más en las cercanías de la calle 10 de julio. No hay datos claros de cuándo podría haber comenzado el comercio sexual en esta zona pero se supone que sería hacia

comienzos del siglo XX. Es evidente en la noche el continuo tránsito de automóviles por estas calles por la concentración de trabajo sexual y prostitución callejera, que opera con mayor fuerza cuando las actividades comerciales del sector cierran. Según estimaciones de la Junta de Vecinos, del grupo de trabajadoras sexuales un aproximado 90% serían trans y la mayor parte está sindicalizada, alrededor de 120 mujeres. Pero hay también un grupo de trabajadoras no sindicalizadas que está concentrado en la esquina de Madrid y Porvenir⁶³, que muchas veces no respetan las reglas mínimas establecidas en la comunidad, como no acosar a las personas que pasan, tener sexo en la calle, vender drogas, etc., lo que hace que para Valeria, esta sea la zona más complicadas de este barrio⁶⁴. Con respecto al sector de los edificios, gran parte de estos tienen menos de 10 años, y según Valeria en muchos de ellos habitan venezolanos y venezolanas, pero lo que le llamaba más la atención es que algunos o algunas de ellos ni siquiera han elegido el departamento donde viven, sino que según informaciones que ella misma pudo recoger, son asignados por empresas o particulares dueños de departamentos a personas que migran ya desde Venezuela. Valeria hace una relación directa política con que hay grupos de estos edificios son los que han agredido constantemente a personas que se retiran de las manifestaciones de los viernes desde el 18 de octubre, como sucedió frecuentemente en las cercanías de las calles Santa Isabel, Vicuña Mackenna, Avenida Matta y sus alrededores⁶⁵. Y

⁶³ P., integrante de la dirigencia de la Junta de Vecinos y activista sexual trans, comentaba que la mayoría de las trabajadoras sexuales del barrio son mujeres migrantes, en mayor cantidad ecuatorianas, después peruanas, venezolanas, y en menor medida colombianas, las últimas más ubicadas hacia el sector del Parque Bustamante. Con respecto a las compañeras migrantes, me cuenta que habrían tenido una forma de “llegar” a este barrio que se repite también en otros contextos: primero llega “un lote” o un grupo que viene a “tantear el terreno”, si es que la economía permite un desarrollo o no y ver las condiciones eventuales del trabajo callejero. No obstante, la llegada a la calle siempre significa conflictos, y en este caso, a la llegada de un mayor número de mujeres migrantes al barrio, tuvieron que resistir y disputarle “el dominio” de la zona de un grupo de mujeres trans chilenas, donde por lo menos una de ella cobraba un pago a las que llegaban a trabajar a esas calles. Esto con el tiempo produjo un levantamiento del grupo de mujeres migrantes contra la cobradora, quitándole el poder de cobro. Sin embargo, dos de ellas comenzaron a ejercer también este rol de cobradoras, trayendo personas y obligándolas a pagar, lo que duró hasta que estas fueron deportadas del país por delitos relacionados al proxenetismo, lo que incluso fue denunciado en los medios en un reportaje de televisión que P. me recomienda.

⁶⁴ Una mujer que ejerce el trabajo sexual y que ha participado activamente en las organizaciones de trabajadoras sexuales trans, me comentó que al año 2015 habían conflictos entre las trabajadoras sexuales chilenas y las migrantes, principalmente por el control territorial de ciertas esquinas del barrio. Se ha denunciado continuamente explotaciones sexuales en la zona y cobros por uso del espacio para trabajar. Esta situación, que de alguna manera más amplia que el barrio, ha hecho que nazca la organización de trabajadoras sexuales migrantes “Luz Clarita”, que considera a población proveniente principalmente de Ecuador (mayoritariamente Guayaquil) y Colombia.

⁶⁵ Esto se relaciona a su vez con las agresiones hacia las y los manifestantes de parte de trabajadores de bares al parecer también venezolanos en la calle Pío Nono del barrio Bellavista de la comuna de

por último, con respecto al Condominio “Blindados”, me cuenta que es el condominio en el que ella vive, lo caracteriza como enorme y que como condominio tiene casi 25 años, cuyo nombre es referencia al regimiento que existió anteriormente ahí, de donde salieron tanques que asediaron la Moneda el 11 de septiembre de 1973.

El barrio tiene altas cuotas de pobreza y marginalidad bajo techo, muchas veces invisible a la política pública y a los ojos de las vecinas y vecinos, además de la progresiva cantidad de personas viviendo en la calle. Valeria me contaba el día en la piscina el ejemplo de una señora de aproximadamente 80 años que buscaba una cama hace un tiempo ya que desde hace años dormía en el suelo en su casa. Esta pobreza escondida es algo que Valeria considera fundamental de evidenciar y combatir, una dura realidad que se vive en una gran cantidad de viviendas y espacios de Santiago Centro, que le confirman que si bien ella vive en un condominio que lo considera como “privilegiado” en ese territorio, la mayoría del resto de los participantes del Comité de Vivienda viven en condiciones de allegamiento y hacinamiento en un barrio que “no tiene plazas ni canchas deportivas”. La única cancha deportiva es la cancha de una escuela a la que yo iba a jugar todas las semanas hace unos años atrás, justo en la en la calle Porvenir casi en la esquina con Madrid. Valeria tiene la intención de transformar una falsa y monolítica imagen de Santiago Centro, buscando evidenciar las realidades populares diversas existentes de personas residentes y trabajadoras. Esta población en su mayoría hacinada y allegada es la que participa en el Comité de Vivienda, optando por una vía colectiva de superación de su situación de falta de hogar y pobreza escondida.

4.2. Junta de Vecinos “El Progreso” y Comité de Vivienda: terreno, proyecto y trabajo territorial

En la calle Coquimbo entre Portugal y Cuevas se encuentra la Junta de Vecinos “El Progreso”. La casa donde opera es antigua y de un piso con fachada plana, parte de los tradicionales barrios obreros de principios de siglo XX, y como todas las casas del sector, tiene su puerta protegida con una reja de metal y frente a un espacio de arbustos en una vereda amplia. Tras la puerta se extiende un largo pasillo que entra a la casa disponiendo de estantes con libros y con ropa que la misma gente del barrio viene a dejar y a recoger. Esta casa cuenta en total con tres piezas y un segundo piso-sala al que se llega a través de una escalera angosta de caracol.

Recoleta, lo que le significó continuas respuestas y “funas” de parte de personas que condenaban esta agresión, lo que involucraba a la cadena de bares de Grado 3, Harvard, etc., que al parecer son del mismo dueño.

La primera pieza a la izquierda del primer piso opera como oficina, donde diariamente acuden vecinas y vecinos en busca de certificados de residencias, buscando informaciones y es donde concentra su trabajo las personas que están en la dirigencia. En general por la casa circulan una gran cantidad de personas que organizan, dejan o recogen ropa o libros, realizan talleres, tienen reuniones o asambleas, por lo que la Junta de Vecinos es un espacio totalmente abierto durante el día y tarde-noche, aunque lógicamente la directiva organiza el acceso.

El primer día que conversé distendidamente con Valeria fue un día que nos juntamos en la Piscina Municipal de Santiago, tenía cupos para ir de paseo con vecinas y vecinos y me invitó. Ese día me contó que ella tiene estos cupos a través de la Junta de Vecinos y los distribuye a organizaciones barriales, haciendo notar que no se les da a personas „no organizadas”. Para ella es fundamental y casi excluyente apoyar a las organizaciones, reconociendo que en el barrio 10 de Julio hay muchas. Muchas Juntas de Vecinos, si es que no todas, durante la dictadura de Pinochet fueron utilizados instrumentalmente para controlar los territorios, las viviendas y a las y los vecinos, colaborando en la desarticulación de la organización territorial, muchas veces instalando presidentes y presidentas acordes al gobierno dictatorial a través de elecciones fraudulentas o coaptadas.

En el barrio 10 de julio desde la dictadura hasta el 2015 estuvo el mismo grupo en la dirigencia de la Junta de Vecinos, presidida en la mayor parte del tiempo por una mujer que, según Valeria, manejaba un prostíbulo, tenía dos hijos narcotraficantes y su marido era Carabinero conocido con Álvaro Corvalán (Director de la DINA, le Servicio de Inteligencia de Pinochet). A la presidenta de la Junta de Vecinos se le decía justamente en el hampa local como “La Presidenta”. A través de movilización de vecinas y vecinos se le acusó de que su gestión vecinal lucraba con los dineros que eran ingresados a la Junta de Vecinos, principalmente a través de certificados de residencia que iban la familia de esta mujer, situación que se dio también con una despolitización y alejamiento de las personas por las irregularidades. Cuando “La Presidenta” murió, se asignó como reemplazante en su puesto a otra mujer cercana y colega de ella, quien “ganó” una elección que fue acusada de fraudulenta e impugnadas por la comunidad de vecinas y vecinos. Es ahí donde entró Valeria como candidata, ganando finalmente las elecciones en mayo del año 2015, lo que le significó a ella entrar en conflicto directo con el grupo anterior: en octubre de ese mismo año sufrió una encerrona en la Junta de Vecinos por un grupo de hombres que la amenazan de tener que dejar la presidencia, tratándola a ella y a sus hijas como “las perras comunistas” que no tendrían que “reproducirse”. Si bien esperaban que Valeria se retractara con esta amenaza, no lo hizo, sino que siguió en la presidencia hasta ahora, ganando también las elecciones siguientes del año 2018. Valeria aclara

que más que por aspiraciones y motivaciones personales, la necesidad de presentarse como candidata e intentar ganar fue por una necesidad del territorio de evitar una rearticulación entre la derecha, los narcotraficantes y la policía, lo que ha perjudicado tremendamente la organización territorial. Es por esta cercanía con el territorio que para ella es prioritario en estos momentos conducir la lucha por la alcaldía y las concejalías de Santiago Centro.

El mismo año que ganaron las elecciones por segunda vez (año 2018), Valeria y el grupo que la acompaña fundaron un Comité de Vivienda llamado “Por un Santiago Multicolor”. Este proyecto se erigió en conjunto con el Comité “Latinoamérica Unida” y ambos buscan y luchan por el acceso a la vivienda social en este caso directamente a un grupo de un poco más de 200 personas en un terreno en la comuna que fue propuesto por ellas y ellos mismos. El Comité “Por un Santiago Multicolor” nació de una situación circunstancial relacionada a la instalación de viviendas sociales en el mismo barrio, lo que tuvo una reacción muy fuerte de algunos vecinos y vecinas también organizados que veían en esto una eventual mayor criminalidad (supuesto tráfico de drogas, prostitución, etc.) proveniente del potente estigma que tienen las viviendas sociales. En contra de esta reacción vecinal, que tenía fuertes tintes discriminatorios, es que nace este Comité, buscando incorporar a quienes tuvieran la necesidad de un terreno, lo que se pensaba históricamente que en Santiago Centro no era posible encontrar. Pero ellas y ellos declaran que sí es posible encontrar terrenos, que justamente se habían mantenido relativamente escondidos y por esto durante meses mantuvieron la información en reserva. En su proyecto se asesoran tanto en aspectos legales como urbanísticos-arquitectónicos por diversas y diversos profesionales de importante trayectoria. Para Valeria, el Comité permite hacer una lucha mucho más radical que a través de la Junta de Vecinos, organizaciones con más reglas comunales, y valora más bien la posibilidad de poder usar dos “canales” en la lucha. En este sentido, las Juntas de Vecinos se constituyen como espacios idóneos desde donde se puede organizar un Comité de Vivienda.

Este comité se define como una organización tremendamente diversa, conformada y conducida por pobladores sin una dirección política como en otras organizaciones de pobladores más grande, para Valeria más parecido a las estructuras de los setenta u ochenta, con procesos de autoeducación y sin una dirección política relacionada a algún partido. Es una organización además abierta a la comunidad, con un discurso derechamente antirracista, feminista y de izquierda, que nace como respuesta a la necesidad de viviendas sociales para poblaciones del centro de Santiago. Pero también en respuesta a la negativa voluntad del gobierno nacional y comunal y de algunas vecinas y vecinos de construir viviendas sociales inclusivas en el centro, significando mantener invariablemente sus subsidiarias construcciones

en los márgenes de la ciudad e incluso más allá de esta. Este Comité se define como autoconvocado y sin partido conductor, dice Valeria, aunque particularmente ella apoyó a Roxana Miranda como candidata proveniente del movimiento de pobladores por el Partido Igualdad a las elecciones presidenciales del 2014, y actualmente a las y los candidatos de la lista de Movimientos Sociales, ya que considera necesario instalar una alternativa popular en las candidaturas.

En el comité se mantuvieron conflictos con el alcalde Alessandri, con quien vieron que se anularon todos los avances anteriores, sobre todo en relación a generar comunidades habitacionales diversas y democráticas. Un ejemplo fue el conflicto en torno a la paralización desde hace años del proyecto “Revitaliza Santiago”, un proyecto de construcción residencial buscaba construir viviendas ajenas a la comunidad que no incluía a la población local necesitada de vivienda, lo encontraban insuficiente y contrario en las formas de ver la ciudad. Particular fue el caso de que este proyecto no concebían incluir en los postulantes a trabajadoras sexuales, un grupo organizado en la comunidad, a lo que como dirigencia respondieron que sin trabajadoras sexuales no se podía seguir trabajando en ese proyecto. Esto es fundamental para ellas y ellos y se relaciona con uno de los objetivos centrales en el Comité: el de demostrar que Santiago Centro es una comuna “popular, negra, travesti, a guata pelá y parrilla”, y son justamente estos *reconocimientos* los que según la alcaldía “le bajan la plusvalía al barrio”, remarcaba Valeria.

Por su lado, otro integrante del comité (I.) complementa y reconoce que esta capacidad integradora de tan diversos grupos le parece especial de esta agrupación y no lo ha visto en otras. Es importante para él que se da la posibilidad de integrar y ayudar desde la horizontalidad a personas que incluso habitan en el barrio pero que no se acercan a ninguna institución por diversos motivos, donde, por ejemplo, están las personas en situación de calle o en situaciones precarias bajo techo a veces invisibilizadas. I. reconoce que sobre todo por la calle Matta y Portugal, la presencia de numerosas personas habitando en la calle es notorio y muchas no toman contacto con la Junta de Vecinos ni con el Comité de Vivienda tanto por desinformación como por vergüenza. Pero ha habido una profundización del trabajo territorial de la Junta de Vecinos y del Comité desde octubre del 2019, que masificó las ollas comunes y la coordinación barrial para entregar a las vecinas y vecinos más desprotegidos la ayuda necesaria.

Sin embargo, se mantienen también conflictos, por ejemplo con la municipalidad o con traficantes menores del barrio, con grupos homofóbicos violentos, con grupos fascistas callejeros y con ciertas policías. Con respecto a las relaciones con la policía comentaba:

M: y con policías? Hay conflictos o hay una comunicación?

I: no había y había una buena comunicación hasta hace poco, pero con el comisario que había como que ya se... con esto de las movilizaciones como que se descontroló.

M: y qué medidas ha tomado por ejemplo?

I: no, en el barrio no, pero él como persona no se puede confiar en él, una persona que le disparó a un niño por la espalda, a otra niña en las piernas.

M: y eso ustedes lo conversaron también como comité, como Junta de Vecinos?

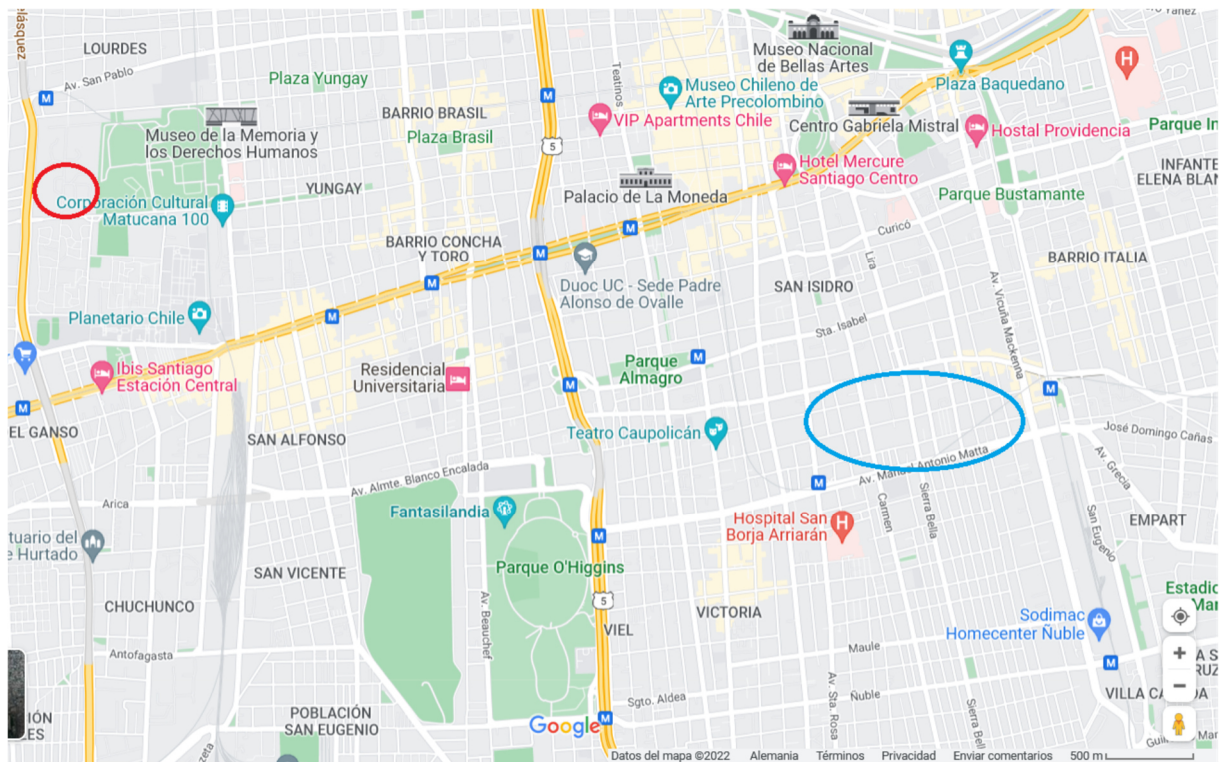
I: que ya es una persona que ya no se puede confiar.

M: y esa es la comisaría del barrio?

I: del barrio, sí [...], pero sé que sí había una buena relación con la junta de vecinos, con Valeria, de hecho si se hacían manifestaciones había una relación con los Carabineros y que no reprimieran, sabía que había una buena relación que no iba a pasar nada, o sea que no íbamos a ser violentos, se daba una buena relación, pero después de estas cosas que pasaron con este caballero, ya no se confía”

Además, I. comentaba que hay “roces” de otros grupos entre sí y entre las personas que participan en la Junta de Vecinos y en el Comité, y por esto las dirigencias deben mediar constantemente. Un ejemplo son los conflictos entre vecinas y vecinos que critican a las trabajadoras sexuales que se ubican en el barrio y participan en el comité u ocupan el espacio de la Junta. No obstante, uno de los únicos conflictos o “la primera gran crisis” que vivió el Comité en su interior fue a raíz de un ataque sexual de un hombre externo a la hija de una socia, quien un día comenzó a tocar sus genitales frente a ella en una manifestación local, por lo cual Valeria hizo una denuncia a la PDI, pero esta situación llevó a un conflicto entre la presidenta y la secretaria por cómo llevar el caso, lo que finalmente determinó el alejamiento de esta última de la organización. Sin embargo, para I. es claro, es fundamental que se genere una “sinergia” entre las agrupaciones, porque si no, “se pierde el espacio” frente a otros grupos, principalmente criminales.

Imagen 5. Localización de Barrio 10 de Julio (azul) y ubicación terreno demandado (rojo)



Fuente: google.maps

Ahora, la situación del terreno demandado por los comités tiene una variedad de factores que la hacen muy compleja. El terreno por el que este grupo de pobladores está luchando son actualmente propiedad del Ministerio de Defensa, un complejo militar localizado en la parte occidental de la Quinta Normal, un gran parque en el centro de Santiago, como se muestra en la imagen con el círculo rojo. Este terreno, de hecho, debería pertenecer a la comuna de Estación Central, pero por lo costoso del mantenimiento y organización del parque, fue cedido todo ese terreno a Santiago Centro, junto con el terreno militar en cuestión. Gran parte de los terrenos públicos durante la dictadura pasaron al Ministerio de Defensa, pero posteriormente, y en esto se basa esta demanda, a través del Acta de Chena, se determinó que terminada la dictadura se entregarían todos los terrenos militares sin uso al Ministerio de Bienes Nacionales y es por ahí que pueden acceder. Desde el Comité defienden que este terreno es el único terreno posible para construir un proyecto habitacional en Santiago Centro de la envergadura que necesitan ambos comités, defendiendo además con ello el derecho de quedarse en esta comuna, ya que la única otra posibilidad era en un terreno de Ferrocarriles que se divide con la comuna de San Joaquín y que significaría construir finalmente las viviendas en esta última comuna, además de ser un espacio que dejaría a 50 familias fuera.

Pero hay otro punto, y es que en este terreno militar de la Quinta Normal fueron construidas hace un tiempo otras viviendas, una piscina, e incluso bar (abierto) para uso de los militares y costeados con dineros fiscales. El punto en esto que juega a favor de los comités es que en las reuniones con representantes de la Municipalidad se han dado cuenta de las irregularidades de la construcción. Se dieron cuenta que esta alcaldía no tenía el mapa/plano actualizado de uso del terreno, así que no aparecían las viviendas, lo que a su vez significaba que tampoco tendrían el permiso de posesión efectiva, es decir, que las viviendas se hicieron irregularmente y serían ilegales. Esta situación llevó a una manifestación del comité con mapas en mano fuera de la Municipalidad contra el Director de Obras (Hernán Cardemil), el que bajo esta presión accedió a recibirlos en la Municipalidad. En esta reunión improvisada Valeria abrió el mapa que se encontraba en su poder e interpelló al Director de Obras de que la información que manejaba él no era correcta, el que respondía y defendía incluso todavía en noviembre del año 2019 que el terreno no pertenecía al territorio de Santiago Centro, como efectivamente es, sino que en su mapa aparecía en terrenos de la comuna de Estación Central. En esto, el Director de Obras mostró tener un mapa con el terreno donde este tenía una dirección alterada. Según Valeria todo parece indicar que cambiaron el número del terreno en tiempos aún de la dictadura, donde el número falso estaba en los documentos oficiales de registro, mientras que el número real estaba en todo el resto de las invitaciones, facturas, etc. Da la impresión de que el error podría haber venido de Subdirección de Vivienda de la Municipalidad, que sólo pudo saberse cuando la gente del Comité pidió un Certificado de Informes Previos (CIP). Según la información de las reuniones, Valeria declara que incluso se podría pedir su demolición, aunque ellos apuestan a que esta irregularidad sirva para permitir abrir este terreno para otra construcción sentado el precedente anterior. Existían así seis mesas trabajando sobre terrenos en el Ministerio y el Comité podría haber pasado a conformar una séptima mesa. De alguna manera este proyecto habitacional tiene componentes que apuntan al derecho a la vivienda digna, la ciudad y el buen vivir, pero también un aspecto político-histórico, de que es importante que un terreno destinada a la Armada sea devuelto a la ciudadanía, a los pobladores. Valeria comenta que sería para ella cerrar el círculo, donde lo social y los derechos humanos tienen un final digno reivindicando las luchas de los compañeros y compañeras anteriores.

Con esta situación, estallan las protestas de octubre del 2019 y posteriormente la pandemia, donde se ha evidenciado la violencia y desprotección de la sociedad por parte del estado y donde se han aumentado exponencialmente la cantidad de personas en calle y en tomas de terreno. Esto ha significado que ambas organizaciones (Junta de Vecinos y el Comité) hayan tomado fundamental importancia en el territorio, llevando a cabo redes vecinales de ayuda y

alimentación, ollas comunes y entrega de ayudas de alimento y ropa a las personas que sufrieron con la crisis económica y la cesantía. Valeria me comentó que tras el estallido se organizaron rápidamente y lograron hacer una primera olla común a los tres días, destinado principalmente a la gente que no podía comprar cosas tras el colapso e incendio en ciertos supermercados.

También generaron actividades complementarias, como el contacto con varios psicólogos y psicólogas del barrio que colaboraran en la contención a las personas emocionalmente tras las revueltas urbanas, la violencia estatal, la pérdida de empleo y las consecuencias económicas. Esto se intensificó rápidamente con la pandemia del coronavirus, donde los trabajadores fueron despedidos o pausados contractualmente sin costos al empleador, sino que fueron los mismos trabajadores quienes tuvieron que afrontar la crisis económica con sus dineros y los de sus fondos de pensiones. En aquellos tiempos, desde la Junta de Vecinos pudieron organizar la entrega de cajas de mercaderías en momentos que el estado se mostraba incapaz, coordinando donaciones y entregas directas a la población, además de la labor en la lucha habitacional con las autoridades. En general, para C., otro integrante del Comité, hay una disposición muy grande de la gente para ayudar y juntar recursos para casos de personas que lo necesiten, habiendo una “generosidad muy viva”, lo que él también relaciona a una “actitud” de las chilenas y chilenos frente a catástrofes o dificultades que viven otras personas. Como ejemplo me comentaron el caso de una persona a la que se le quemó su casa y desde la Junta de Vecinos pudieron juntar mobiliario o electrodomésticos para una eventual nueva vivienda, o el caso de una mujer embarazada que necesitaba ayuda y para ello se organizó un “Baby Shower”⁶⁶.

C. e I. comentaron, como ejemplo de la solidaridad barrial, el caso del hombre que estuvo viviendo en la calle por un tiempo afuera del condominio Blindados, frente a lo que la Junta de Vecinos reaccionó y le ofreció ayuda en un momento en que “él apenas hablaba, apenas se podía levantar” (I.). Así fue que lo llevaron al hospital y cuando estuvo mejor se supo que tenía una historia terrible, venido del extranjero, un hombre de unos 30 años que no pudo trabajar, cayó en las drogas y perdió todo lo que tenía, comentaba I. pero los vecinos se organizaron para ayudarlo con cosas, supieron su historia, contactaron a la familia y se generó una campaña para que volviera. Con ello, dice C., se está creando una comunidad interna, se ha ido transformando en justamente una organización de solidaridad entre vecinos y vecinas. Es interesante que para las y los entrevistados hay un convencimiento muy fuerte en sus participaciones en este proyecto del Comité, tanto por la estructura de la organización como por las posibilidades reales y trabajo colaborativo real que tiene. Es este convencimiento de las personas el que en algunos casos se ha sobrepuesto a las malas experiencias de otras y otros en otros comités.

⁶⁶ Baby Shower es una fiesta para recibir regalos antes del nacimiento de un bebé.

Hace un corto tiempo, un poco anterior al plebiscito, lograron incorporarse al Comando Nacional de Pobladores “Pueblo Unido” junto con Latinoamérica Unida, donde están también con el comité Vivienda Digna y con comités menores de diferentes características. El incentivo de participar en una instancia así venía de una necesidad que veía de diferentes grupos tras salirse de otra organización, el Bloque de Pobladores, al considerar que esta última organización se “empezó a confundir en el quehacer con Unidad Social”, una organización de 115 miembros de coordinadoras, colegios, comités, sindicatos, la CUT (Central Unitaria de Trabajadores), etc. Para Valeria, el Bloque de Pobladores pasó a ser el brazo poblador de Unidad Social, siendo tomadas decisiones con respecto a los pobladores desde los partidos, a pesar de que la mayoría de pobladores no están en partidos. Así es que “al alero del plebiscito” y ya alejados del Bloque, levantaron el Comando Nacional de Pobladores “Pueblo Unido”, *“como un espacio a construir desde la base principalmente a levantar la lucha desde los movimientos de clase, de abajo hacia arriba, con partido o sin partido, pero que las decisiones sean tomadas por las bases, esa es como la parte de la esencia por qué sale Pueblo Unido”* (Valeria).

Ahondando en las diversidades y la democratización del espacio, planteaba lo siguiente:

“Y después, de hecho tuvimos hartos debates con el tema electoral, hartos, hartos, donde costó lograr el consenso del apruebo incluso, porque incluso al interior de nuestro comité, tenemos compañeros, socios que se identifican con sectores revolucionarios, entonces para ellos era prácticamente descartable el sumarse a la vía electoral, y al final, fruto de la discusión, la conversación y todo eso, nos dimos cuenta que teníamos que sumarnos, y paralelamente a eso se inicia un debate, me imagino, en Vivienda Digna, que son los que después nos invitan, como ya estábamos caminando juntos. Nosotros cumplimos un año ya, en septiembre cumplimos un año trabajando juntos con Vivienda Digna, que es el Comité Latinoamérica Unida, y desde ahí se nos invita a nosotros a armar este nuevo espacio, en construcción, y se nos invita a armarlo desde el inicio, entonces pasamos a ser, entre comillas, miembros fundadores de lo que es el Comando Nacional Pueblo Unido, lo que significaba que estamos como en la parte como inicial, de dándole forma a esto, se ha buscado que sea lo más participativo, lo más democrático, las vocerías, cuando toca, son de consenso, me ha tocado a mí varias veces actuar de vocera, entonces creemos que es un espacio que nosotros como organización nos queda bastante cómodo, donde no vemos fracturado internamente las diferencias internas. Nosotros tenemos militantes de partido dentro de nuestro comité, tenemos lo que te contaba, personas también de organizaciones revolucionarias y la mayoría gente común que ni siquiera vota o que vota cualquier cosa, y el unirnos a un tipo de movimiento más grande y ahora al suscribir la asamblea popular constituyente nos ayuda como elemento de politización y de educación política hacia dentro, porque aquí no solo se pelea por el techo, sino también por el buen vivir, por una sociedad más justa,

todo eso, entonces, al no ser partido, nosotros es complejo como tu vas haciendo ese trabajo para la gente, si aquí nos unimos nosotros por la necesidad de la vivienda, por ningún otro objetivo” (Valeria)

Para poder dar cuenta de esa diversidad a la que Valeria refiere, el siguiente apartado busca retratar algunos perfiles de socias y socios con alta participación y que ocupaban puestos de coordinación, dando cuenta así sus rutas habitacionales y políticas que los hacen de alguna manera converger en la lucha por la vivienda a través de un comité en Santiago Centro.

4.3. Caminos habitacionales y motivaciones de ingreso al Comité

Una mayoría de personas del comité viven allegadas, es decir en el techo de otras personas. Este allegamiento puede ser interno o externo (Araos, 2016), dependiendo si viven (comen y duermen) juntos o no, y una gran proporción de los primeros viven hacinadas, lo que generalmente acarrea problemas y conflictos. Otras personas pagan altas proporciones de su sueldo en arriendo, o viven en casas de parejas, ex parejas o amigas o amigos por necesidad. Dentro de las historias que los hacen confluír en el comité hay mucha diversidad, lo que como ha tratado de argumentarse, es parte de su impronta.

Además, en esta diversidad de personas hay diversas formas de participar, algunas más activas que otras, existiendo una crítica constante y abierta a la escasa participación de algunas personas, lo que llevó a la dirigencia a establecer mínimos obligatorios en el comité. Esto les ha llevado a conformar un grupo que exige de manera activa un hasta ahora inexistente derecho al suelo, a la vivienda digna, a la ciudad, a poder ver el cielo y también la participación de las y los vecinos para conseguir esto.

A continuación se presentan las historias de vida de personas que tienen una participación activa en el comité y que en este sentido superan la participación promedio, tanto a nivel de dirigencia como a nivel de encargado de comisiones en temas como Educación o Bienestar, por ejemplo. No obstante esta parcialidad, sus historias apuntan a la tesis de mostrar una variedad de rutas habitacionales donde la implicancia que tiene en esto las identidades y roles de sexo-género es fundamental. En este apartado describiré y contextualizaré las historias habitacionales personas con quienes pude realizar entrevistas en profundidad, dando cuenta sus historias familiares, sus motivaciones y formas de participar en el comité, así como las complicaciones eventuales para poder participar o las decisiones de no hacerlo o salirse.

El punto que trato de plantear es que estas posibilidades de habitar un espacio sin o bajo techo están determinadas en gran manera por las identidades y roles de sexo-género de las personas en cuestión pero entretejido con otros tipos de dominaciones de clase, de edad, de

etnia, etc. Es fundamental por esto analizar la problemática desde un punto de vista intersectorial (Winker y Degele, 2010).

(a) Valeria, la fuerza de un activismo transparente e incansable

Valeria es desde el 2015 la presidenta de la Junta de Vecinos “El Progreso” del barrio 10 de julio y desde el 2017 también presidenta del Comité de Vivienda. Ella se reconoce como proveniente de una familia clase media relativamente acomodada pero que fue perjudicada económicamente por la dictadura y por ciertas estafas de cercanos, lo que hicieron que como menor de edad haya conocido la pobreza dura, “de población”. Aunque en la mayor parte de su vida reconoce que vivió con comodidades, tiene desde sus primeros años un constante tránsito por diferentes casas, gran parte de ellas adquirida por su familia en arriendo, tránsitos que seguirá manteniendo ya independiente en compañía de quienes fueron sus parejas. En todos los lugares que ha vivido, remarca, ha mantenido una participación territorial en organizaciones barriales y comunitarias, teniendo una larga trayectoria en el trabajo en cultura y con juventudes en barrios y gobiernos locales, tanto en Santiago, en Chiloé o en Molina, además de una activa participación y militancia actual. Con respecto a los estudios, comenzó a estudiar Pedagogía pero fue expulsada de la universidad y nunca terminó su carrera. Actualmente vive como “allegada” en un departamento de su mamá en el Parque Residencial “Blindados”⁶⁷, junto con dos hijas y su pareja.

Al nacer, su padre, madre, hermano y abuela vivían en el sector de Plaza Dignidad (ex Plaza Italia-Baquedano), comuna de Providencia en Santiago, en un departamento de propiedad de la abuela que vivía inmediatamente al lado en otro departamento también de su propiedad. Comenta que la idea de su abuela de tener ambos departamentos fue de disponer de una vivienda para su hijo menor (el padre de Valeria) y que pudiera vivir éste ahí con su familia: todos los hermanos de su padre eran mayores y más independientes. En ese departamento vivieron tres años, yéndose posteriormente a vivir a una casa que intentarán comprar en familia, donde estuvieron tres años más, hasta el año 1974. Pero tras el golpe de estado del año 73, la devaluación del escudo y la introducción del peso quedó frustrada la compra a la vez que su padre quedaba sin trabajo, por lo que debieron volver al departamento de su abuela y vivieron allí hasta que ella murió y fue reclamada la venta de la casa por otro hijo de ella.

Después de perder el departamento de la abuela, comenta que su padre se reencontró con un antiguo compañeros de colegio e hizo negocios con él en Molina (7ma Región), lugar hacia

⁶⁷ Este Parque Residencial se ubica en el lugar donde estuvo el Regimiento Blindado Número 2

donde se mudó la familia entera hacia aproximadamente el año 1978. Vivieron en dos casa, recuerda, donde la primera fue una que les consiguió el amigo del padre, en una “población”, “con calles sin pavimentar”, “con niños a pata pelá”, un contexto muy nuevo que para ella y su hermano, recuerda. Posteriormente pudieron mudarse a una segunda casa en el centro de Molina, donde estuvieron dos años aproximadamente, hasta 1980. En esos tres años visitó distintas escuelas en Molina, “con realidades muy distintas”, reconoce.

V: Cuando llegamos el primer año, que era del año 79, además me encontraron matricula en una escuela, me acuerdo, la Escuela N°2 de niñas, y claro, yo también venía de colegios ingleses y qué se yo, e irse a una escuela pública de provincia era como bien extraño también. Me acuerdo que tenía .. yo estaba en 5to y tenía una compañera que tenía como quince años, entonces... era como raro.. (ininteligible) y me tocó el contacto directo con lo que es la pobreza, con el abuso infantil, el alcoholismo. Otra compañera de colegio vivía en un clandestino donde a ella le tocaba a los nueve años servirle vino a los borrachos, donde la tocaban y cosas así, entonces a mí por lo menos como chica fue muy brusco el cambio de ambiente.

M: oye y eso te generó a ti también una sensibilidad por lo social en ese momento ya o eso fue posterior?

V: yo creo que sí, porque yo me acuerdo y era chiquitita que yo regalaba mis cosas a mis compañeras, yo me daba cuenta que si yo tenía dos chaquetas porqué iba a tener yo dos cuando habían compañeras que no tenían. Yo tenía compañeras que iban con chalas en pleno invierno, entonces era una realidad que yo nunca la había visto, nunca, nunca, nunca, era super fuerte pa mí”

Posteriormente recuerda que volvieron a Santiago al otro departamento de su abuela, debiendo vivir esta vez con una tía, donde estuvieron un año. Después de esta casa el padre pudo arrendar una casa en el Barrio Italia (Ñuñoa), en el segundo piso de una casona, donde estuvieron otros dos años, para posteriormente deber volver donde la tía al departamento, en el momento en que estaba terminado el colegio. Relata que sus padres se quedaron bastante tiempo ahí, hasta que su madre pudo comprar el departamento donde viven ahora.

Pero el año 1988 se fue de su casa y no volvió más, dice, yéndose a vivir a una pieza con un compañero en Independencia, después en otra pieza cerca del Hospital Clínico de la Universidad de Chile, también en Independencia, donde estuvo menos de un año. Posteriormente se fueron a La Pintana por un poco más de un año y después a La Granja a la casa del padre y madre de su pareja en ese tiempo, también por corto tiempo, más adelante con otra pareja se fue a la comuna Pedro Aguirre Cerda también por un tiempo similar, “menos de un año en cada lugar”, reconoce. De ahí se fueron a Chiloé, donde estuvieron un poco más de

dos años y un tiempo después volvieron a Pedro Aguirre Cerda para después mudarse al departamento que vive ahora, en ese tiempo con su hijo mayor y el padre de este. Ella y su familia fueron los primeros en habitar ese departamento que estaba comprado hace poco por su madre. Un tiempo después terminó su relación con el padre de su primer hijo y convivió con el padre de su segunda hija; después estuvo con su madre y su hija e hijo hasta el año 2010 que nació su hija menor.

Pero su vida de tránsitos habitacionales está marcada también por diversas militancias en organizaciones barriales y comunitarias, con basta experiencia en Juntas de Vecinos.

“M: [...] de tus historias en las dirigencia política o en la dirigencia social, por decirlo así, cómo lo fuiste eso desarrollando en relación a esta vida, a esta cronología habitacional? Fuiste militando en cada uno de los lugares donde fuiste viviendo o no necesariamente? O te concentraste más en el último tiempo?”

V: eh, sí, yo creo que sí, sí, en La Pintana, en Chiloé, en La Granja, en cada uno de los lugares desde que soy adulta tenía un trabajo social. Me acuerdo que en Independencia nos tocó la campaña del No, del No, todo lo que significó esa vez y harta actividad cultural principalmente. Después en La Pintana nos tocó el tema de la democratización de las Juntas de Vecinos, fue justo el año 91, que es el año, en que se vuelven a rearmar el tejido social, donde hay que hacer todo de nuevo y me tocó ser parte de ese proceso. De hecho arrendamos en una villa, en una población que después se hizo bien conocida, por la droga sobre todo, y nos tocó armar lo que era la junta de Vecinos, preparar líderes, candidatos. Yo en mi paso por la Universidad tuve harta formación de liderazgo, los dos años que estudié, y ahí sí po, levantamos una buena Junta de Vecinos, y después me fui. Eso fue en la Población Santo Tomás, en La Pintana. Después en La Granja, me tocó... me invitó a ser parte del consultorio popular. Ahí trabajamos con un consultorio que era apoyado por un equipo médico y paramédico donde dábamos atención gratuita a pacientes crónicos y adultos mayores [...] En Chiloé el tiempo que estuve, estuve ligada al Movimiento Contra el Puente, donde era un Movimiento principalmente de intelectuales más que nada, de jóvenes profesionales, éramos todos jóvenes en esa época y era el movimiento que todavía existe contra la construcción del puente y después ahí de vuelta, cuando vuelvo a Pedro Aguirre Cerda me toca vincularme principalmente con la gente de La Victoria y ahí me tocó por primera vez votar, yo nunca había votado antes y nos tocó al campaña del cura Pizarro, de lo que en ese momento era del Partido Comunista y no me acuerdo en qué conglomerado iba, pero me acuerdo que fue la primera campaña que me motivó a participar porque además yo soy católica, cristiana, y él era un cura, entonces como que me gustó su propuesta. Y después ya en Santiago me fui dedicando más a lo que era el condominio de acá, levantamos un centro cultural aquí donde vivo y fuimos conociendo y articulándonos entre todos, principalmente en la línea de Derechos Humanos y la Cultura. Después caigo en esa Junta de Vecinos jaja”

Reconoce que su vida está relacionada al territorio y las comunidades, en lo que además su vida escolar y universitaria fueron muy importantes, tanto desde participación en pastoral como también en la militancia universitaria. Siempre se ha dedicado a las temáticas orientadas a niñas/niños y juventudes, también desde las Municipalidades donde ha podido trabajar. Fue después de su trabajo en la Municipalidad de Lo Prado que decidió ir de presidenta a la Junta de Vecinos. Con la titulación de su pareja, decidió con su pareja que destinaría más tiempo a la organización, “meterse de verdad”. Con el PPD (Partido por la Democracia), partido en el que militó y trabajó sobre todo en Lo Prado, dice mantener sólo algunas amistades, pero tampoco está cerrada a trabajar con algún partido de izquierda, dice, aunque considera que Chile vive un cambio en el cual la política se debe crear desde las bases. Este fue tema importante considerando que a principios del año 2021 le fue negada la posibilidad de levantar una candidatura a concejal en la que se proyectaba, ya que aparecía en una lista de partido pese a que se había retirado de este. El problema partió el año 2016 cuando trató de postularse como concejal en una lista del “incipiente” Frente Amplio, particularmente con gente del partido Revolución Democrática (RD) y personas que conformarán después Convergencia Social (CS), quedando inscrita en este último. Cuenta que “saqué 1021 votos, igual es harto y fue una campaña muy corta”, ya que incluso aún no estaba en el conformado Comité de Vivienda. Por esto estaba confiada en una segunda oportunidad, momento en que se había “construido harto el poder popular” que es lo que justamente buscan y donde ella ve la fuerza de sus votos, independiente de la lista en la que vaya. Y pese a que mucha gente le pidió que fuera como candidata constituyente, ella decidió descartar esta posibilidad en fusión de ir como candidata concejal. Estaba también confiada del posible trabajo con partidos políticos ya que había visto en las candidaturas de otras personas, como de Rodrigo Mondaca (MODATIMA), que pese a ir por un cupo del partido RD, tuvo buen resultado, ya que principalmente se le fue reconocido su trabajo medioambiental. Así como a él, ella sentía y siente que se le “perdonaría” que fuera por una lista de partido y que la gente votaría igual por ella. Estaba convencida de que era mucha dificultad el constituir listas en las candidaturas de concejalía y que es muy complejo ir sin un cupo de partido.

Sin embargo, su candidatura a la concejalía se vio “truncada por motivos ajenos a su voluntad”, cuenta, ya que le fue imposible registrarse por estar registrada aún en el partido Convergencia Social (CS) cuando había sido candidata a concejal, error que atribuye al partido mismo, ya que ella justamente firmó su salida del registro de este partido. Muy decepcionada por las burocracias de este partido y de los partidos en general, Valeria reafirma que la gente

no quiere “nada con los partidos” y ve un momento en que ojalá puedan levantarse candidaturas populares, “que salgan de la gente”.

(b) C. y el convencimiento progresivo del derecho a la vivienda

Tras aceptar mi invitación a almorzar un lunes, pude conocer a C. y conversar con él sobre su historia habitacional, su historia en la universidad y en la política local, sus motivaciones de ingresar al Comité, mantenerse ahí y dirigir la comisión de Educación. Me contó que en el momento de la entrevista vivía como “allegado” en la casa de sus padres, que es en realidad donde ha vivido con ellos durante toda su vida, ya en dos casas distintas. Me llamó la atención que se reconoció como allegado pese a no haberse ido nunca. Me comentó que no viven en el barrio 10 de Julio, sino que siempre ha vivido en el cercano Barrio Franklin y que incluso él fue presidente de la Junta de Vecinos de su barrio con 30 años de edad, siendo en ese primer momento el presidente de una junta de vecinos más joven en todo Santiago.

Con respecto a su hogar, relata que:

“[...] nosotros vivíamos adelante, de hecho te puedo decir como que estaban esta pieza que te digo yo que era como está la lavadora, el comedor, la pieza de mis viejos, después estaba el comedor de ellos, después venía una pieza de ellos, otra pieza de ellos, la pieza de los cachureos, todo eso por este lado, y por el otro lado era mi pieza, otro comedor que tenían. De hecho yo me acuerdo que mi pieza fue como una pelea de mis papás en su minuto, cuando nosotros estábamos más crecidos era al comienzo dos con mi hermano, ellos querían una pieza para nosotros, y el comedor antiguo de la casa lo dividimos por la mitad, entonces la mitad fue la pieza de mi hermano y yo y la otra mitad fue como otro comedor, después ellos tienen su cocina, su baño y el resto es patio, patio, patio. De hecho cuando era niño habían gallinas, patos, conejos, también por el tema de mi abuela materna, que en el fondo ella nos criaba, casi como transportar su cultura de campo a la ciudad”

Su historia de habitabilidad la ha compartido con su padre, madre y hermana. Durante casi toda su vida había vivido en la casa que era de su abuela y que pasó a ocupar su familia primero y además la familia de su tía después del terremoto del 2010⁶⁸. Con la llegada de la tía y su familia, se vieron obligados a poner una vivienda “de emergencia” (“mediagua”) en el patio de la casa donde viviera su familia para que la familia de su tía se ubicara en la casa original.

⁶⁸ El año 2010 el terremoto en Chile generó una catástrofe en muchas viviendas y con ello la obligación de muchas personas de tener que allegarse.

C. comenta que su madre conocía gente del Departamento de Bienestar de la Municipalidad de Santiago y se pudo conseguir esta “mediagua”, la que contaba sólo con dormitorio y sala de estar/cocina, el baño existente era únicamente el de la casa original, por lo que siempre tenían que cruzar el patio para alcanzarlo. En realidad funcionaban como dos hogares “completamente distintos”, teniendo separadas las cocinas y comedores, por lo que se enmarcaría dentro de lo que se conoce como “allegamiento externo”.

“pero fue como ‘¿y a dónde más me voy a vivir?’. ‘Me voy a quedar ahí’ y ahí me quedé durante esos años, entonces mi familia en el fondo tenía que moverse desde el final de la casa al principio para ir al baño, para la cocina, en el fondo para todo porque al fondo eran solamente dos piezas, la piezas de mis dos hermanas chicas y la pieza de mis papás, que eran de estos. De hecho eran de estas mediaguas que tienen una división, porque en el fondo yo me acuerdo que en esa época estaban entregando dos tipos de mediagua, una que era como más larga, que era como solamente una unidad y esta que era un poquito más pequeña pero dividida. Y yo me acuerdo que por la experiencia de mi mamá en su niñez, de haber vivido en campamento, el tema de forrar la... ponerle sellos por todas partes, de alfombrarla, de hecho por fuera uno veía una mediagua pero por dentro como que la hizo mucho más habitable que otras experiencias que uno ve de mediaguas”

Lamentablemente con el tiempo tuvieron constantes problemas cohabitando con la familia de su tía, donde C. considera que su familia era mucho más tranquila, mientras que la otra invitaban muchas personas a “tomar y fumar” al patio, que pese a que era grande, era complicado compartirlo entre las dos familias, además de traerle inseguridad por el tránsito de personas en la casa. Incluso su madre lo instó frecuentemente a que no se juntara con sus propios primos. Había una serie de conflictos que finalmente los llevó como familia a buscar otra casa y tras “un poco de suerte y esfuerzo” dice, “de querer salir de allí”, finalmente encontraron una casa por el mismo sector, “a la vuelta de la manzana”.

“[...] o sea yo creo que la más chica que ahora tiene 19 años le impulso como, ‘ya, tenemos que salir de acá, no podemos quedarnos eternamente en esta mediagua al fondo de la casa’ y así fue como que los astros se alinearon porque es mucha suerte, es mucha la suerte, porque fue en un período en que las casas no estaban tan caras, todavía no había metro, no había esta especulación y fue... y también la demanda en general de los subsidios no resulta tanto porque en el fondo a ti te dan un monto pero dónde vas a encontrar una casa por ese monto, es muy... Yo me acuerdo que hasta una época hasta yo ayudé a mi mamá a buscar, porque no sabía... cuando estábamos con el tema de esta contrato de compra... de arriendo con compromiso de compra, se demoraba tanto que en un momento yo me acuerdo que hasta yo mismo buscaba casas, como por el... y nuestra mente siempre era por el sector.

Como que nosotros no nos veíamos en otra parte, no nos veíamos ni en Maipú ni la Florida ni en Puente Alto, en ninguna parte, y todas las casas eran pero enanas, muy, muy enanas en metros cuadrados o que eran muy, estaban muy destruidas, tanto como por fuera, por dentro, los montos no cuadraban”

La demora en el traspaso del subsidio que había ganado su madre a los dueños de la casa les generaba el temor constante de que el trato de iba a caer, ya que otra oportunidad así era imposible, dice, sobre todo con la especulación inmobiliaria. Este proceso de compra duró aproximadamente tres años y lo realizaron a través de un abogado, pudiendo firmar el compromiso de venta mientras se tramitaba el subsidio. Comenta que su madre considera que todo el proceso para obtener la casa en la que habita su familia fue “de suerte”, en el sentido de que al parecer era una casa que tuvo mucha demanda, que siempre iban a preguntar por la casa si es que estaba en venta, incluso cuando C. ya estaba habitándola, ya que él fue el primero en mudarse y estuvo un año solo. Al adquirir la casa y ocuparla tuvieron de todos modos que agrandarla a un segundo piso que no existía, debiendo buscar créditos bancarios para poder hacerlo. Finalmente se endeudaron a través de cuatro créditos en distintos bancos, tres su padre y uno a nombre de la madre, y hasta ahora han logrado consolidar uno de esos. Plantea que querían y quieren seguir viviendo en el centro, comuna que le encuentra “tantas cosas positivas” y particularmente el barrio Franklin “para mí sigue siendo un gran barrio”, principalmente por su conectividad y el acceso a estaciones de Metro. Es fundamental para él la posibilidad de “demorarse lo mismo” en ir a Recoleta o Providencia desde su casa y valora mucho no tener que cruzar la ciudad para hacer “trámites o lo que sea”, con un promedio de 30 o 40 minutos de cualquier punto que necesite ir, lo que le significa un “ritmo de vida” al que está acostumbrado. Además, concibe fundamental el acceso rápido a un hospital pensando en su hermana que no es autovalente y necesita observación médica, en este caso el Hospital San Borja.

Reconoce, por otro lado, que en su historia política también se ha localizado en el barrio, donde dirigió un considerable tiempo la Junta de Vecinos. En un principio cuenta que tuvo ciertos conflictos con el expresidente de esta, un tipo cercano a la derecha que históricamente ha estado a cargo del Municipio de Santiago Centro, que estaba en la presidencia desde los años noventa cuando Ravinet estaba en la alcaldía (Rodríguez y Rodríguez,), siendo esta alcaldía y la de Carolina Tohá, ambos de la Concertación, las únicas excepciones de partidos fuera de la derecha histórica. Sin embargo, cree que el expresidente de la Junta de Vecinos tuvo buena relación con todos los alcaldes y lo define más bien como un “operador político” que también se aprovechaba de su posición, firmaba cosas a su nombre y no como Junta de Vecinos, desarrollando un “liderazgo local” poco transparente al que le sacaba provecho político y

económico, lamentablemente manteniendo la casa donde funcionaba la Junta de Vecinos en precaria condición. Un tiempo después sería acusado de malversación de fondos y de no transparentar los gastos. Sin pensarlo, en las siguientes elecciones terminó siendo C. proclamado candidato y además elegido, sin que siquiera él se lo imaginara, recuerda. Pero con ese cargo pudo “darle vida” a la Junta de Vecinos, organizar actividades, relacionarlo con una escuela popular y preocuparse por la gente. Ahí estuvo un período de cuatro años, los que no fueron fáciles para él, ya que fue un tiempo que estuvo marcado por “beligerancias” entre grupos, que finalmente fue lo que lo llevó a dejar el cargo. Al dejarlo reconoce que pasó por un período de “orfandad política” donde no participó en ninguna organización, hasta que supo del Comité de Vivienda a través de panfletos pegados en el barrio Franklin, llamándole la intención su propuesta y su forma de organizarse, convenciéndolo de acercarse antes de decidirse a participar. Reconoce que fue atraído por la figura de Valeria, por su fuerte carácter de izquierda y compromiso.

En su decisión de explorar la posibilidad de ingresar en el comité, tuvo en un principio ciertas inseguridades, además que en ese momento no sentía la “real necesidad” de tener una vivienda, comenta, porque de alguna u otra manera estaba cómodo en la casa con su familia. Además, pensaba que él como hombre soltero no cumpliría los requisitos (como estar casado o tener hijos) y por lo tanto creía que no podría aplicar. No obstante le informaron desde el comité que teniendo ascendencia indígena podría hacerlo, por lo que mostró los papeles que certificaban que su abuelo era mapuche y pudo finalmente entrar al comité de forma relativamente sorpresiva para él. Reconoce, sin embargo, que al pasar el tiempo fue convenciéndose de que una casa sí sería necesaria en su vida, es decir, sólo al ser invitado al comité empezó a preguntarse “por qué no”. Así fue convenciéndose de que es necesario “planificar la década”, tener algo propio, ya que si bien siente que eventualmente podría tomar alguna parte del terreno de la casa antigua, la condición de la casa es tan mala que no es una opción segura para él, ya que también significaría más recursos para repararla. Comenta además que su hermano mayor “ya tiene una casa”, y esto funciona ambivalentemente como presión para él, pero si bien es factor de presión, tampoco lo siente como prioritario, aunque tampoco siente que arrendar valga la pena. De alguna manera su posición no era muy clara en esta transición a entender la importancia de la vivienda propia y su derecho a una.

Al meterse al comité empezó a ahorrar más ordenadamente, abrió su cuenta de ahorro de vivienda y mete dinero mensualmente y abrió otra segunda cuenta de ahorro para poder equiparla cuando la tenga. Su proyección a futuro lo hace en el cuidado de su hermana que “no es autovalente y necesita que esté siempre con alguien”, y no tanto de verse con una familia,

con hijos. Pero dejó de creer hace tiempo en la familia principalmente por su identificación homosexual, y si bien cuando era más chico consideraba la idea de familia/hogar tradicional “romántica” y en algún momento pensó en tener pareja y eventualmente en adoptar, ya no:

“pero hoy día ya no, ya sea por cosas personales o por... o cómo está el mundo hoy en día o de las relaciones interpersonales que he tenido, no veo, no me veo con alguien que dure como con la familia nuclear tradicional. Bueno, yo sé que no iba a ser tradicional pero un poco dentro de esos parámetros, entonces en el fondo el tema de la casa más... va más a algo como, yo creo que parte más como de proyectarme como en una adultez. Porque por ejemplo, te lo cuento, yo no terminé mi carrera universitaria, estoy endeudado con la universidad, o sea si tú me preguntay hoy día qué tengo, como no sé, las pocas cosas que tengo, no sé, mi computador, las cosas que me he comprado yo, entonces es como que sí reconozco que hay un tema como de ‘no tengo nada, no tengo a qué afianzarme con cosas, en lo material’, entonces parte de mí decía ‘sí, voy a pelear por esto, quiero tener mi propia casa, quiero construir algo por mi mismo’ yo creo que va por ese anhelo. Por eso también te decía como dentro del mismo comité yo creo que soy uno de los anómalos porque no hay un hombre soltero dentro del comité, todos son parte... son esposos, son pareja y, claro, cuando yo entré al comité yo no sabía a qué me iba a enfrentar en cuanto a los requisitos, si me iba a dar, pero y ya en mi cabeza o dentro de mi plan, yo dije ya ‘yo sí quiero una vivienda’, y quizás yo no la voy a encontrar en el comité, quizás la voy a encontrar por otro lado, pero en el fondo sí fue una planificación de mi parte. Lo mismo que después se condice la parte de mi ahorro, de ordenar mis finanzas, etc., como que yo, o sea, en un principio yo no estaba convencido de que quería mi vivienda, pero hoy día sí, y la quiero más que nada por algo personal, de construcción personal, de como afianzarte a algo, porque claro, objetivamente... de hecho, está el terreno de la casa antigua, que yo podría arreglarlo y vivir ahí, nadie me va a impedir a eso, está dentro del barrio, etc., pero yo creo que inconscientemente yo dije que eso no es mío. Por otro lado está la otra casa, que espero que a mis papás les quede hartos años de vida y que ellos vivan allí, pero tampoco es mi casa, no es mi esfuerzo, entonces yo creo que va por allí, va por allí como el anhelo”

La aproveché de preguntar cuál es la piedra de tope para la población homosexual que él conoce de poder postular a una casa o encontrar una o ayudas sociales, a lo que respondió que los mismos requisitos de los subsidios limitan las postulaciones, además de reconocer la existencia más bien de relaciones cortas que no permiten proyectos a largo plazo, seguramente por las discriminaciones sistemáticas que sufren, que también les impide ahorrar, por ejemplo, y en ese sentido él vería a “todos arrendando”.

Mucha importancia le significa además haber estudiado Administración Pública en la Universidad de Chile, ya que le ha dado herramientas de conocimiento que le permiten

participar en el comité de manera activa. De forma graciosa comenta que no sólo ha debido cambiar casas y convivientes, sino que también ha tenido una historia de “gitanismo” en la universidad, ya que esta ha cambiado de sedes en el último tiempo, tanto por el terremoto como por la inestabilidad en la tenencia. Recuerda también momentos en que de alguna manera su conocimiento ha ayudado al grupo y esto lo convence de seguir participando. Como el día que estaban en la Intendencia entregando una carta de reclamo y los asesores de la intendenta le dijeron “*ah pero ustedes saben como funciona con un intendente, ustedes no tienen nada, los comités de vivienda no tienen nada que hacer con la intendencia*”, a lo C. me cuenta: “*encaré a los socios, otras socias también que tienen más formación los encaramos, pero en el fondo yo veía a las otras socias que en fondo estaban como pollitos, no sabían qué decir o qué hacer, pero yo me acuerdo que una socia se acercó y me dijo ‘qué bueno que lo hiciste’*”. C. reconoce que su conocimiento es positivo en muchas oportunidades, sobre todo de trato directo con funcionarios de la alcaldía u otras instituciones, además que su motivación continua es el de ponerse en la postura de “los más humildes”, en sus vecinas y vecinos y en las socias del comité, donde una gran cantidad no tuvo acceso o posibilidades de completar su educación.

(c) *I. y las circunstancias familiares*

A I. lo conocí visitándolo en su taller de reparaciones de audífonos en Providencia, un taller que había logrado arrendar con su pareja hace unos pocos meses antes de la entrevista y que era la concreción de una carrera como eléctrico.

En las entrevistas realizadas allí, que tuvieron relativo inconveniente al deber ser interrumpidas cuando llegaban clientes, me contó que él y su pareja son de Vallenar, en el norte de Chile, donde creció con su madre, la que con el padre de I., del que tuvo un hermano y posteriormente, con una nueva pareja, nacieron otros tres hermanos más. Comentó que durante su infancia vivieron en un terreno perteneciente a la mamá del padrastro, donde fueron construidas tres mediaguas de dos pisos separadas en familias, donde vivían “*la abuela de mis hermanos, [...] la familia que era la tía de mi hermano y su pareja y dos niños, ahí mismo vivía la otra tía de mis hermanos pequeños con sus dos hijos*”. Comenta además que:

“I: al comienzo había buena relación y todo, vivían felices aunque éramos muchos, vivíamos todos felices, pero después empezaron a haber roces y se empezaron a separar las familias, y ahí fue como que cada uno cocinaba en su lado o dependiendo cómo estaba, si estaban enojados o no, cocinaban juntos.

M: ¿pero eran conflictos más que nada por cuestiones circunstanciales o porque eventualmente había un hacinamiento que llevaba un poco a...?

I: sí, era por hacinamiento, no sé, había un solo baño para todos, tenías que regular condición, habían peleas porque no se hacía el aseo, que no limpiaban, o sea había mucha gente, nadie pescaba nada de lo común, o sea de los espacios comunes”

Reconoce que su familia era muy humilde, que vivían con lo mínimo, donde en momentos no tenían qué comer, principalmente en el momento en que su padrastro se fue de la casa y su madre sufría de una fuerte depresión. Fue su abuela la que se dedicó durante ese mal tiempo a darles comida, llevándoles una olla cada día a la casa para que alcanzara por lo menos para la jornada. Además, dormían todos en una pieza en su mediagua, en total seis personas cuando estaba su padrastro, en una cama de dos plazas y tres camas de una plaza sin divisiones, a él le tocaba dormir con el hermano.

En esa casa estuvo hasta los 18 años, posteriormente mudándose a Santiago para poder estudiar y siguiendo también a su pareja (A.) que se había ido antes a la capital también a estudiar. Comenta que se fue a Santiago con 60 mil pesos chilenos y una mochila. Para estar juntos con A. arrendaron cada uno una pieza en la misma residencial, escondidos del padre y madre de ella, ya que no lo hubieran permitido, dice. La madre y el padre de A. costeaban además la pieza de ella, lo que es una de las cosas que hace a I. reconocer que A. tenía una mejor situación económica, que le significaba una seguridad muy distinta a la suya en relación al acceso a una vivienda. Comparado con ella, para pagar esta pieza I. cuenta que trabajaba incluso los fines de semana, también por las tardes, comentando que pasó por trabajo en la empresa *Savory* y después en un *Call Center*. En esa residencial estuvieron aproximadamente un año y después arrendaron una pieza para los dos, aún ocultos porque seguían siendo la madre y el padre de A. quienes pagaban la pieza sin saber que vivía él también. Ya al tercer año de haber estado en Santiago, el padre y la madre de su pareja compraron un departamento en esta ciudad con dinero proveniente de la venta de una casa recibida como herencia y fue en este momento en que la suegra y el suegro de I. decidieron que él y A. podían vivir ahí juntos, pero sólo mientras A. estudiara. Al momento de la entrevista I. creía que eran ya aproximadamente siete u ocho años que llevan en esa situación y veía pronto su finalización y con ello la inseguridad habitacional. Si bien I. dice que en la familia de A. nunca han tenido necesidades, que tienen dinero y han “tenido buenas vacaciones”, los padres presionan para que sus hijos obtengan cosas por ellos mismos.

Hubo momentos que también han tenido que compartir el departamento con sus suegros, con su cuñado, con unas cuñadas, que en un momento hizo que fueran seis personas dentro.

Favorablemente la familia de su pareja pudo tener otro departamento adonde se fueron a vivir todos menos A. e I., y un poco después nació su hija. En el departamento pagan las cuentas y un aporte “simbólico” de 50 mil pesos chilenos y de alguna forma se sienten allegados a esa vivienda. Si bien se sienten cómodos, saben que poder habitar ese departamento está condicionado, y que cuando A. termine su tesis, deberán ver las posibilidades. Reconoce que no estarían en condiciones de irse a otro lado, ni para arrendar, porque viven actualmente con lo justo al deber pagar el local de reparación de audífonos donde lo entrevisté.

También reconoce que con su pareja buscan “el sueño de la casa propia”, sobre todo teniendo hija. Es por la historia de su vida que aspira a tener algo mejor, dice, viendo que la mejor opción es postular a una vivienda a través del comité, evadiendo así las trabas burocráticas de subsidios individualizados que hace que no puedan acceder a ayuda o a créditos hipotecarios normalmente. La participación en el comité fue algo que conversaron en pareja y cuenta que hace tiempo querían participar en un uno, pero reconocen que los otros comités de la zona eran “fraudulentos”. I. comenta que en el mismo barrio había habido un comité fraudulento que según su dirigencia ya tenían el terreno siendo que no era así, y que incluso habrían pedido dineros sin demostrar su gasto, como es frecuente en muchos comités orientados a estafar a las y los participantes.

“I:[...] no, es que ya tenemos listo el terreno, ya está todo listo, tenemos visto el proyecto’ y todo, cachay, y pedían cuotas a la gente para ir financiando cosas, no sé, para la cerámica... y ya al final como que les pidieron una cuota como para inscribir el terreno y ya ahí fue cuando ya rebalsó el vaso, que pidieron más plata a gente.

M: y eso fue exactamente antes de que tú tomaras contacto con este comité o tiempo antes?

I: fue como el... ese mismo año, como que nosotros habíamos buscado opciones, de hecho a una tía de A. en ese momento le había pasado que estaba en otro comité e igual a ella la estafaban...

M: en otro, no era el mismo

I: no, en otro

M: y de ese mismo barrio o...

I: no, era de otra comuna, pero ya teníamos como una mala experiencia de alguien cercano, que una tía igual... igual es de escasos recursos, igual como que le había dicho que tenía que poner la plata y que estaba todo listo y le pasó la plata y se desapareció.

M: entonces parece ser que es una practica también regular

I: común, sí”

I. reconocía además que él tenía experiencia en organizaciones sociales y barriales desde que estaban en Vallenar, allá fue gestor cultural siendo menor de edad, posteriormente trabajó en

programas de prevención de alcohol y drogas, y también con infantes en sus primeros años, lo que lo ayudó sobre todo el conocimiento sobre personalidades jurídicas y ciertas cuestiones legales, dice. Cree además que su “facilidad de integrarme a grupos nuevos” ayuda mucho. Incluso A. e I. fueron los que tomaron contacto primero con la Junta de Vecinos desde que llegaron, un poco antes de que llegara Valeria a la dirigencia, aunque consideraron que el ambiente no era de su gusto, y sólo comenzaron a participar cuando llegó ella a la presidencia. Para I. y A. fue fundamental dentro de su decisión de involucrarse en el comité la confianza que encuentran en Valeria, por su transparencia, trabajo y preocupación, dice. Ingresaron a la Junta de Vecinos finalmente presentando una propuesta para los talleres que se ofrecían, consistente en un taller para las y los niños más pequeños, de cuatro a ocho años, que no encontraban en las propuestas de las organizaciones territoriales cosas para ellas o ellos. Así, desarrollaron un taller de construcción de juguetes con materiales y elementos reciclados. Reconoce que la sensibilidad por las y los niños la ha tenido desde siempre, desde que estaba con sus hermanos chicos a los que tuvo que cuidar cuando su madre tenía que salir a trabajar y al ser él el mayor.

Actualmente participa en la comisión de bienestar del Comité, encargada de ayudar a las personas creando actividades e instancias de reunión, resolver dificultades económicas, familiares, de emergencia y de disminuyendo los roces y conflictos que se generen dentro del grupo. Considera que su participación es “*no solamente estar ahí para cumplir con lo mínimo, no ir solamente a la reunión y escuchar*”, sino que siempre ha sido de participar y aportar en lo que pueda, sobre todo en momentos donde “nadie quería tomar responsabilidades”, ofreciéndose, por ejemplo, como coordinador de una comisión dentro del comité y como nadie más quiso ir a la votación, quedó él. Cree también que su participación en el comité se adapta bien a una buena organización de los labores en la casa y familiares. Como pareja, dice, tratan de que sea lo más equitativo posible y si él es más de ejecutar, por ejemplo haciendo aseo o lavando loza, su pareja es más de planificar, organizar y gestionar, plantea. Con respecto al cuidado de la hija, como no tienen a nadie que la pueda cuidar mientras los dos trabajan en el taller, la deben llevar al local y acompaña a su madre y padre.

(d) P., las posibilidades laborales y habitacionales de poblaciones trans

Otra experiencia es la de P., parte de la directiva de la Junta de Vecinos, ex participante del Comité de Vivienda y activista trans. Creció en Valparaíso con su familia, conformada por su madre, padre y hermano, y a sus dos años se mudaron a un departamento frente al departamento

de su abuela, para que ella cuidara a P. y a su hermano mientras los padres trabajaban. Ella considera que su crianza la experimentó como un “niño afeminado” y que “siempre se le notó” una diferencia con respecto “a los otros niños” y que por eso también siempre se burlaron de ella. Siempre supo que le gustaban los hombres, que sus mejores amigas eran mujeres y que le gustaran “todas las cosas de niñas”, pero no se autopercibía como niña porque “sabía que era un niño”, en ese momento no sabía que existían las personas trans. Sufrió también mucha violencia de otros compañeros y recuerda que esa violencia la llevó incluso a un intento de suicidio; recuerda especialmente que en ese momento no encontró el apoyo de su hermano, a quien estima mucho. Al salir de la escuela secundaria con 17 años aún no asumía una orientación sexual ni identidad, cuenta, aunque al año siguiente comenzó su proceso de transición de identidad sexual, para lo que afortunadamente contó con el apoyo de su familia.

P: mi madre trans, que es la persona que me acogió y que me ayudó en mis inicios, ella era de Conce (Concepción) y yo la conocí cuando ella trabajaba en Viña, la conocí a través de una organización y ella me ofreció si acaso me quería ir con ella, porque me tomó mucho cariño y yo también y me quería ayudar y creí en mí que podía... sabía que yo era una persona trans, y sabía que, para bien o para mal, en el mundo de nosotras, nosotras nos podemos ayudar.

M: y tú la conociste ahí en Valparaíso?

P: En Valparaíso en una feria los primeros días de diciembre, cuando se conmemora el día... la lucha en respuesta contra el VIH, en una actividad así la conocí. Y ahí me fui, pero antes de irme a vivir con ella o a vivir ese verano para allá, yo la llevé a mi casa, la presenté a mi mamá, le dije que ella era una chica trans ella y que yo también era una chica trans, que no era un niño gay, y le dije a mi mamá de que me iba a ir a... que existía la posibilidad de que fuera a trabajar a un feria y eso. Conversando con los años con mi mamá, ella después me reconoce que nunca me creyó mucho, porque ella en el fondo sabía, y dice que es difícil, fue difícil pa una mamá dejar que su hija se vaya en el fondo porque ella no sabía cómo ayudarme, ella sabía que yo necesitaba estar con mis pares, con mis referentes, aún cuando eso significara tener que llevar esa vida..

M: Te alejaste de ella?

P: Claro, por un tiempo, la verdad es que nunca corté los lazos, por eso te digo que fui una persona afortunada, porque siempre tuve la aceptación y el cariño de mi familia, poder contar con ellos, a diferencia del testimonio de muchas de mis compañeras y porque además cuando yo llegué a la calle yo finalicé mi educación formal. En comparación a muchas compañeras que tuvieron que desertar de la escolaridad, muchas compañeras ni siquiera se fueron de sus casas, sino que fueron echadas de sus casas y lo más triste aún es que nunca retomaron lazos con sus familias, o sea, hay compañeras que fallecieron en el transcurso de su vida, ejerciendo el trabajo sexual y nunca pudieron volver a ver a sus seres”

En ese proceso, alrededor del año 2002 o 2003, sintió la necesidad de “*poder estar con mis compañeras, con mis pares*”, las que se encontraban en la calle ejerciendo el trabajo sexual. Esta fue una de las razones por las que ella también se inició en este trabajo, primero en Valparaíso, en Viña, después en Concepción, posteriormente regresó a Valparaíso, de ahí se a Copiapó en el norte de Chile y hace unos seis años que estaba viviendo en Santiago.

En Concepción vivió también con una pareja, con el que arrendaron una pieza y después se mudaron a otra en un periodo de aproximadamente cuatro años. Este tiempo fue la relación de P. más duradera ya que siempre había tenido pocas relaciones, de sólo meses de duración o máximo un año, principalmente porque cree que el trabajo sexual “*no va de la mano con tener pareja*” y en ese sentido se considera “*no sé si tradicional o desconfiada [...] o seré como muy a la antigua*”. Reconoce que cuando arrendaron lo hicieron con la dueña misma de la casa y era una mujer que conocía a P. y sabía que era trans, trabajadora sexual y, en ese tiempo, mesera en dos locales, y por lo tanto sentía que no tenían nada que esconder. En sus tránsitos por Santiago, Valparaíso, Copiapó o Concepción ha arrendado o ha ido a vivir con familiares y amigas.

Retornó a la zona central el año 2006, a sus 23 años para realizarse una vaginoplastía en el Hospital van Beuren de Valparaíso. Después de operarse, P. se trasladó a Santiago y volvió posteriormente a Valparaíso para estudiar una carrera que finalmente no terminó. También reconoce además que ella “*nunca ha sido muy buena para trabajar*” (en un trabajo formal, con horario establecido) y que le gusta el trabajo sexual, le gusta el sexo, , dice, “*le acomoda*”, además que el mundo del trabajo sexual era lo que tenía más “*a la mano para poder hacer mi transición*”.

“*Recién a los 30 busqué pega*”, dice, y si bien podría haberlo hecho antes, “*quería disfrutar con mis compañeras*”, preguntándose “[...] *puta si estay trabajando en una parte y lo estay pasando bien, ganay plata y estay con tus amigas, pa que te ibai a salir de ahí?*”. Hasta la edad de 30 años vivió y trabajó exclusivamente del trabajo sexual, pero posterior a esto, por críticas familiares, principalmente de una tía que le dijo que “*yo no iba a ser nunca más nada en la vida*”, paralelas a una crisis a los 30 años y coincidente con su traslado a otra ciudad al norte de Chile (Copiapó), decidió buscar empleo “*formal*” para poder complementarlo con el trabajo sexual, porque “*ya tenía hace tiempo mi carnet de identidad y la verdad es que quería poder salir un poco de la burbuja del mundo trans y poder incorporarme de manera real en el mundo, así que bueno y así lo hice*”, quería “*hacer algo más*”. Su experiencia también la lleva a comentarle a sus compañeras lo difícil que es salirse del mundo del trabajo sexual,

principalmente porque el ingreso que tienen en este trabajo son mucho mayores “si es que te dedicas a trabajar y tienes suerte y tienes tus clientes, en ninguna pega voy a ganar lo que ganay acá y si eres ordenada con tus platas”.

“las veces que volví a Valparaíso volví a vivir con mi mamá, y cuando estuve en Copiapó viví con una amiga. Cuando llegué aquí a Santiago, llegué primero a la casa de una amiga y después como ya había empezado a trabajar cuando llegué acá a Santiago, busqué un trabajo y busqué una habitación que me quedara cerca del trabajo. En ese entonces llegué a trabajar al [Supermercado] Ekono que está en Portugal y trabajaba acá y mi hermano vivía en Argomedo, y ahí busqué una pieza y estuvimos como dos años y medio en esa pieza hasta que después, mi hermano, la polola de mi hermana, bueno y mucho antes que quedara embarazada ella vivía en un departamento, que es donde estoy viviendo actualmente, y como ella conocía mi historia y nos llevábamos bien, y ella me acogió mucho cariño, me dijo que por qué no vivíamos juntas en el departamento. El departamento es un departamento chiquito que tiene una habitación y un living comedor y baño y cocina americana y después ya me fui a vivir con ella y ella quedó embarazada y ella se fue a vivir con mi hermano y yo quedé ahí, pero la verdad es que yo quiero que ella... ya llevo viviendo como tres años en ese departamento, pero me queda poquito porque me voy a cambiar, me voy a ir a vivir con mi hermano, vamos a arrendar algo juntos”

Hoy tiene 36 años y ha trabajado en distintas partes, cuenta, en un principio aspiraba principalmente a trabajos “pequeños”, generalmente en oficios polifuncionales y poco especializados del mundo de los supermercados, pero ya después de un tiempo, al cambiar de supermercado, decidió ir a buscar un puesto directamente de cajera. Posteriormente pasó a ser cajera y esto le sirvió a su vez para poder después encontrar un trabajo como cajera del Metro de Santiago, lo que realizó por un año y medio aproximadamente, debiendo renunciar para poder enfocarse solamente en preparar su ingreso a la universidad a través de la Prueba de Selección Universitaria (PSU) en un preuniversitario. Tras dar la prueba y buscar trabajo nuevamente, decidió buscar en las cercanías del trabajo de su hermano, con la intención de afianzar sus relaciones. Afortunadamente para ella la llamaron de una tienda de *retail*, donde trabajaba desde hace un año al momento de la entrevista. En este trabajo reconoce nunca haber tenido algún tipo de problema de discriminación y describe que trabaja en la sección juvenil dama. Considera que eventualmente no es evidente su identidad trans y que tampoco se presenta directamente con ella, “*pero yo sabía que era cosa de tiempo que le contara a mis compañeras, mis compañeras saben que soy trans, saben que estudio, que soy activista, saben que soy trabajadora sexual, y de hecho estamos viendo la posibilidad de.. con un grupo de amigos,*

estamos viendo la posibilidad de meternos en el sindicato, porque el sindicato es como bien penca". El año 2018 entró a estudiar Trabajo Social a la Universidad de Humanismo Cristiano y esto lo complementa con el activismo político que ha mantenido.

Si bien en un principio P. participó en el Comité, hace un tiempo que ya no, aunque se mantiene como integrante de la Directiva de la Junta de Vecinos. Plantea que en esta decisión fue fundamental entender que quería escoger dónde verdaderamente quería vivir, considerando que la política de subsidio expulsa a la personas a los márgenes y más allá, frente a lo cual ella prefiere vivir con su hermano o cerca de él, además de ocupar su tiempo en el activismo en organizaciones de mujeres trans. Reconoce que además las relaciones con su familia se han ido estrechando y mejorando. Desde que volvió de Copiapó y comenzó a trabajar en Santiago empezó a ver a su sobrina todas las semanas, generando un "lazo inquebrantable" primero con su sobrina mayor y después con la otra sobrina que nació posteriormente, lo que a su vez sirvió para mejorar más la relación con su mismo hermano. Si bien acepta que "no es una tremenda relación", es suficiente para ella que él ya no la trate como hombre y la reconozca, lo que hace imaginar que puedan vivir juntos, además porque él también necesitaría más apoyo en la casa, sobre todo los fines de semana, cuando tiene el cuidado de las niñas ya que está separado de la madre de ellas. Piensa que viviendo juntos, pese a que ella trabaja los fines de semana también, podría verlas en momentos del fin de semana. En resumen, ella define muy concretamente que ella se quedó en las cercanías de su hermano en principio por sus sobrinas y para reforzar la relación con él, pero no olvida que su idea original de mudarse a Santiago era juntar dinero para irse a España. Pero también pesa en ella la responsabilidad, que la toma muy positiva y naturalmente, de cuidar a su padre y madre que ya están "viejitos" y alguien tiene que "hacerse cargo de ellos" en algún minuto, cuestión que lo haría con "amor y cariño", no como que "fuera un cacho", sino que lo ve como "un devolver". Además, ella ve que su hermano "se saca la cresta" trabajando por su familia.

Y con respecto a la idea de tener hijos, P. reconoce que tiene amigas, que por ejemplo están operadas y que *"darían una teta si tuvieran que cortarse por tener una guagua o adoptar"*, es decir, para las cuales el rol maternal es muy fuerte. Ella, por su lado, reconoce estar "feliz con mi sobrina" y no le interesa ser mamá, pero también agrega que *"si en el destino me pusiera en el camino un hombre que tuviera familia y dijera 'sabís que tenís que hacer de mamá' y ya, lo haría, lo haría con amor y con cariño y todo, porque me gustan los niños"*. Sin embargo, no quiere "sacrificar su libertad, independencia", además que *"es carísimo, tendría que vivir en función de mis hijos, si puedo escoger prefiero que no, si la vida me los da, cagué, tendría que*

hacerlo. Prefiero ser profe y entregar todo mi amor y mi cariño, pero no.... No, tengo una amiga que sueña y pena por ser mamá”.

Por su experiencia y activismo le pregunté también a P. por las situaciones de trabajo y habitación de las compañeras trans del barrio y sus cercanías. Reconoce que a las mujeres trans les cuesta encontrar arriendo, especialmente cuando se les pregunta por la fuente laboral, donde considera que comienzan los prejuicios y la discriminación. Incluso terminan preguntando por su identidad sexual (“¿porque usted, qué es lo que es usted, es trans, travesti, homosexual?”), le preguntan, y responden: “no, yo soy trans”). Muchas deben mentir para poder acceder a la vivienda y otras responden sinceramente, pero con la salvedad de que si eventualmente accedieran al arriendo, podrían tener que pagar más. P. cree que la mayoría de sus compañeras vive en Santiago Centro, aunque las características de los lugares en los que residen y/o trabajan varía bastante. Es que hay quienes han tenido mayor posibilidad en “trabajar en su cuerpo” y tener capacidad de ahorro porque les ha ido bien trabajando, habiendo entre ellas quienes pueden costearse departamentos en otras comunas más caras, llevando también “un costo de vida caro”. Según ella, otras compañeras que no llaman tanto la atención de los hombres por su exterior “no recaudan tanto dinero como las otras chicas” y viven en hogares más “humildes” o compartiendo:

“P: o sea, en realidad cuando tú me lo planteas o se lo planteas a cualquier chiquilla que no tiene capacidad de ahorro y que la gran mayoría vive en día a día, eso de acceder a la vivienda es como... yo cacho que, perdón que lo diga así, a lo mejor ni siquiera sueñan con eso porque para eso, bueno, he conocido chicas en regiones que se han organizado para poder optar por ejemplo a viviendas sociales, pero generalmente las chiquillas que viven el día a día, ellas se conforman, entre comillas, o más que lo que les conforma, lo que les preocupa es poder llegar a fin de mes y poder pagar el arriendo. La verdad que la situación de las chicas es al no encontrar un trabajo formal, no tener un contrato y muchas veces esa capacidad de ahorro que te digo, para ellas poder buscar alguien que le arriende, casi, casi imposible. Hay chiquillas que lo logran, por ejemplo aquí en Santiago, con lo que yo pude darme cuenta, pero ellas siempre te dicen de que el valor que le arriendan es muy por mayor por lo que habitualmente cobran, o terminan pagando diario. Por ejemplo, hay chicas que pagan departamentos amoblados diarios, hay chiquillas que viven como tipo pensiones, hay chicas que se reúnen con otras chicas y arriendan un departamento, logran llegar a un acuerdo con el dueño y en el fondo en dueño sabe que ese departamento viven chicas trans y a lo mejor lo van a ocupar entre comillas para vivir y trabajar, pero les cobran tres o cuatro veces lo que vale un arriendo.

[...]

“P: pero por lo que yo he escuchado por mis compañeras, es que claro, finalmente si el aviso decía que la pieza valía 150 [mil pesos], a la cabra le terminan, una, o le cobra diario, le cobran 20 lucas

[20 mil pesos] diarias, y eso con derecho, no sé po, al desayuno o a veces nada, o le cobran arriba de 400 lucas una wea que valía 150, me cachay? Porque como no tienen contrato de arriendo, no tienen nada, muchas veces le dicen ‘ya, pero págume tres meses’, de corrido y además a ese precio.

M: Claro, es que claro, yo lo veo, viéndolo económicamente, podría pensarse de que al dueño de la casa le conviene..

P: o sea claro, le conviene, o sea, si no le molesta que su propiedad vaya a vivir esas personas y vaya a ser utilizado a lo mejor para ese tipo de actividad... cachay?”

Y frente a esto, me aclara que generalmente por un lado o ceden ante las subidas de precios de los dueños de las casas o departamentos, o a veces se asocian entre varias, lo que sin embargo a su vez puede significar problemas. Generalmente al vivir entre dos o más mantienen el miedo de que se les acuse por prostitución o trabajo sexual por supuestamente “facilitarlo”.

“Por ejemplo, si yo vivo sola, arriendo un departamento y vivo sola y estoy trabajando y me llegan la policía, claro tú podrías decir que yo estoy ocupando el departamento para una actividad comercial, que a lo mejor por ahí me podrían hablar con el dueño para pedírmelo, pero no me podís llevar presa por ser prostituta o por ser trabajadora sexual. En cambio si yo arriendo un departamento y yo vivo con una compañera, por ejemplo, la persona que arrendó el departamento, la que figura en el contrato de arriendo es la persona que va a tener el problema legal, porque podrían decir de que esa persona está facilitando el trabajo sexual, aunque seamos dos compañeras, aunque tú y yo seamos trans y yo hice el contrato, pueden decir que yo te estoy facilitando a ti el trabajo... y eso sí está, eso sí es ilegal y está penado”

Sobre la posibilidad de que las mujeres trans trabajadoras sexuales entren o no en relaciones de dependencia con parejas o nuevamente con ex parejas si es que en momentos se ven complicadas económicamente, frente a lo que me respondió que ella creía que no, ya que las *“chiquillas son más solas en ese sentido, ellas trabajan, son independientes y no, se apañan como compañeras, no, no veo que exista tanto como esa dependencia emocional por los hombres, no”*.

Si bien se da el hecho de que independiente donde vivan en las noches llegan al barrio a hacer turnos nocturnos de forma complementaria, por ejemplo, trabajando día y noche, P. considera que en el mundo del trabajo sexual trans antes “llegaban distintas generaciones” de mujeres expulsadas por las familias pero hoy la cantidad de mujeres que llegan “a pararse a la calle” es mucho menor. Esto lo considera positivo, ya que eso significaría que no se están yendo de sus casas y que están terminando su escolaridad, dice, y que mantienen así sus sueños, *“porque no fue ni el sueño de mi vida ni el sueño de ninguna de las chiquillas ser trabajadora,*

eso fue algo que se dio en el camino y que la vida te lo puso porque si querías estar con tus pares y si estás segura que tú eras esa persona, bueno, era una oportunidad, o eras peluquera o eras puta”.

El éxito de las trabajadoras sexuales y con ello las posibilidades de ahorrar y de pagar un arriendo, ocurre principalmente en edades jóvenes, dependiendo principalmente de su apariencia y ya no en su transformación u ocultamiento de los órganos sexuales, en ese sentido la vaginoplastia no parece ser tan determinante en los últimos años. Para ella hace unos 20 años atrás la mujer más exitosa en llamar la atención de los clientes era la más “bonita” y “la que pasaba más piola”, lo que quiere decir la que no evidenciaba ser trans. Pero ahora parece ser distinto, tanto porque “hay muchas chicas bonitas”, con una mayor cantidad de mujeres que han accedido a cirugías plásticas que hace que algunas “verdaderas modelos”, y también por una comunidad de trabajadoras sexuales trans que se han ido “empoderando”, lo que permite intercambiar mayor información, por ejemplo de los clientes. Los clientes a su vez parecen estar mucho más abiertos que hace años atrás a las trabajadoras trans.

Pero fundamental en la apariencia y con ello en las posibilidades de ahorro y en el acceso a la vivienda, es el hecho de que el trabajo sexual está concentrado en la juventud de las mujeres trans y a medida que envejecen comienza a declinar sus posibilidades de obtener clientes, es decir, la capacidad de tener la labor “tomado por el sartén” se va acabando. Incluso algunas puedan poner en riesgo su salud e integridad física al acceder por necesidad a trabajos sexuales que antes hubieran desistido, como tener relaciones sin preservativos, por menos dinero, con quienes no quisieran, etc. La edad marca fundamentalmente un tránsito entre una situación “agarrada por el mango” a otra en que “ya no es trabajo, es prostitución”. En este sentido P. reconoce que incluso más que tener miedo a la muerte, muchas de las trabajadoras sexuales trans le temen a “que no te coma el tigre”, es decir, a que nadie quiera sus servicios y con ello a envejecer pobre o sin poder costearse un lugar. Incluso más, comenta casos donde mujeres trans que han llegado a la vejez han tenido (o debido) que cambiar su expresión de género, su forma de vestir “*después de haber vivido 20 años como mujer trans*”, ya no pudiendo sobrevivir por su labor sexual y debiendo con ello buscar otras formas de empleos informales. Muchas veces para ello muchas deben volver su expresión trans a una forma “un poco más ambigua”, ya no evidentemente como mujer, sino que “*algunas se cortan el pelo, otras con poleras y pantalón*”, es decir, según ella cortan “el camino” de su transición “*para sentirse aceptada por la sociedad*”. Mantiene una mirada crítica pese a aceptar sus ventajas, declarando que esta labor puede “matar el alma” e impide tener pareja. Y común es también la violencia cotidiana y estructural que sigue ocurriendo contra las trabajadoras sexuales por parte de sus clientes, donde

muchas han sido agredidas con cortes y quemaduras, y también la violencia de parte de los policías, que buscan favores sexuales o ejercer simplemente violencia contra ellas en la calle y otras personas que habitan o trabajan en la calle. Si bien ella no lo ha vivido directamente, sí lo ha conversado con sus compañeras, quienes sin embargo reconocen que “antiguamente” se veía más “el abuso de poder” de las policías en comparación a la actualidad:

“Bueno, las chiquillas cuentan hartas historias, por ejemplo, desde que... aparte del abuso, o sea, aparte de la violencia verbal, por ejemplo, me acuerdo que las chiquillas contaban de que... bueno antes de que las chiquillas se pusieran silicona en el cuerpo, por un tema de médicos que tampoco se conocían tanto, las chiquillas se armaban el cuerpo, se hacían el cuerpo con esponja, del colchón, pescaban un colchón, lo cortaban por capas y se hacían caderas, pechugas, era toda una... bueno porque el canon de belleza en ese entonces era así, era una mujer exuberante. Las cabras se ponían eso y yo me acuerdo que varias veces las chiquillas, al final las cabras nos contaban como anécdota de que estos pacos culiaos malditos las mojaban, las mojaban y cuando tenían todo el colchón aquí puesto en el poto, en el trasero, en las piernas, les pegaban. La verdad es que es una... yo lo recuerdo así como con cariño, en el sentido de que las chiquillas me contaban tantas cuestiones. Me acuerdo de que antiguamente cuando te llevaban presa, te llevaban, por cuando yo llegué a trabajar a la calle, el 2002, sí el 2002, 2001 o 2002, cuando yo llegué a trabajar, te llevaban pero detenida, pero no te llevaban presa como antes, yo no alcancé a vivir esa época, para ser honesta, las que estaban antes que yo, a ellas las llevaban presa y te las llevaban siete días, bueno y eso hacían, y las chiquillas cuentan con anécdotas sus experiencias porque ellas estando siete días allá, ya era como... ellas tenían, ellas se hacían de pareja, dicen que lo pasaban bien dentro de todo lo malo, en el fondo como que esa...capacidad de resiliencia”

En el momento en que ella comenzó a trabajar en la calle, ya no las podían llevar detenidas por ejercer el trabajo sexual, pero hasta el 2005 sí las acusaban falta menores, como ocultación de identidad por ejemplo, lo que se transformaba en una persecución cotidiana. Pero desde el 2005 con la nueva legislación se redujo considerablemente el abuso policial. Pero aunque los hombres policías ya no las detengan, sigue habiendo violencia de parte de otros grupos callejeros y una falta de reconocimiento de sus identidades sexuales, ejemplificado en que siguen muchas veces llamándolas por su nombre masculino o tratándolas de “él”, insultándolas o burlándose de ellas, lo que choca con un empoderamiento reciente de las mujeres trans que llega eventualmente a una escalación en el conflicto. Además, y esto es fundamental, se trata de obviar los hostigamientos y conflictos con la policía por la eventual escalación del conflicto que significaría repercutir en sus posibilidades habitacionales y de arriendo, en la medida que hace más reticente a los arrendatarios el hecho de arrendarle a “alguien con problemas con la

policía”. Es así como en respuesta a estas violencias en su conjunto es que se ha desarrollado en el activismo político, cuestión que ha desarrollado desde joven:

“En el trayecto de mi vida he participado en distintas organizaciones de la diversidad sexual, en Valparaíso participé en Acción Gay, en Concepción, cuando existían en ese entonces Travesconcepción, acá en la Región Metropolitana en OTD, en la primera y la segunda directiva, por así decirlo, [ininteligible] a los chiquillos, participé en Amanda Jofré tres años y ahora último a través de como trabajo acá en el barrio y como soy secretaria en la Junta de Vecinos, he podido apoyar, en lo que he podido, lo que el tiempo me lo permite, a las chiquillas de la fundación Luz Clarita, que es una agrupación, una fundación de mujeres trans migrantes, trabajadoras sexuales”

Recordar a las compañeras trans de generaciones anteriores, sobre todo a aquellas que no estaban organizadas, quienes según su interpretación eran personas que por el solo hecho de existir todo les era hostil y agresivo. Comenta así cómo las compañeras travestis y también hombres homosexuales o compañeras trans por mucho tiempo y en base a la discriminación se “autopercebieron” casi únicamente como homosexuales, pero entiende que no puede decirle a nadie “*no compañera, usted no es homosexual, tampoco es travesti, usted es transgénera, usted es transexual*”, sino que considera que cada persona hace una construcción de su cuerpo y de su historia. Sobre todo de quienes vivieron los tiempos más difíciles en dictadura, donde muchas fueron desaparecidas y no pudieron ser encontrados sus cuerpos o los pocos encontrados no fueron reclamados por familiares por los conflictos en algunas familias.

(e) R., experiencias políticas y rutas habitacionales en Chile y Europa

R. es una mujer de 52 años que se reconoce a sí misma como laboralmente relacionada a “la calle”: en el momento de la entrevista se dedicaba a hacer “pan saludable” que cocina con un horno que pudo adquirir tras ganar un proyecto de la municipalidad. Actualmente vive en la casa de su madre con sus dos hijos, mientras su madre y todo el resto de su familia viven en Alemania. Esta casa fue heredada por la mamá del padre y madre de esta, y por pertenecer a su madre actualmente no paga arriendo pero sí los gastos por servicios, contribuciones y mantenciones. Cree que la casa si bien podría estar a disposición de la madre cuando quisiera ir a Chile, si está mucho tiempo sola podría ser tomada por otras personas, aunque también ve como posibilidad que pudiera ser arrendada, pero finalmente piensa por sobre todo que debería servir mejor para darle techo a tres personas que lo necesitan: ella y sus dos hijos, como es actualmente el caso.

Es hija de exiliados políticos de la dictadura de Pinochet y por ello vivió en Alemania y Bulgaria. Tras el golpe de estado de Pinochet y la cruda violencia estatal sobre todo de los primeros años, su padre y madre tuvieron que irse con ella y sus hermanos al exilio, era específicamente el año 1976. Al llegar a Alemania, a una ciudad menor en Alemania, fueron localizados en lo que ella considera un lugar “típico lugar de migrantes”, un edificio de cuatro o cinco pisos que en ese tiempo era ocupado sólo por chilenos, bloques “donde todos llegaban”, cuyos apartamentos tenían dos piezas y sin baños adentro, sino que en el subterráneo. Ellos eran cinco en el departamento que allí les correspondió. En relación a esto me cuenta:

“imagínate tener los baños en el subterráneo y si tú tienes niños chicos. Me acuerdo que había gente que hacía *pipí* por la ventana y empezaban los conflictos, porque si tú haces pipí por la ventana del cuarto piso, al tercero con un viento le entra o esté mirando por fuera y empezaban esos problemas. Claro, alguien que no aguantó ir al baño, con un problema más grande pa ir al baño con niños, le pone una bolsa y claro, y de repente era tanto tal hacinamiento que tirabay todo por la ventana”

Un tiempo después la madre y el padre se tuvieron que ir a Bulgaria para que su padre pudiera tratarse psicológicamente los traumas de las torturas recibidas en Chile pero junto con la madre también a “perfeccionarse políticamente”. Ella y sus hermanos viajaron con ellos pero no pudieron vivir juntos, ya que sus padres sólo tenían una pieza en la localidad donde debían residir, por lo que tuvieron que vivir en un internado en ese tiempo, se quedaban ahí durante la semana y durante el fin de semana ella y sus hermanos iban a quedarse con su padre y madre. Estuvieron ahí aproximadamente dos años, cuenta, y después de esto volvieron a Alemania, donde estuvieron otro ocho años, es decir, en total ella contabiliza 11 años de haber estado en el exilio. Reconoce que en todo este tiempo tuvieron situaciones inestables de habitabilidad, de mucha falta y también de espera, debiendo incluso allegarse entre distintas familias chilenas entre 1978 y 1980. Vivieron esta situación hasta que el estado alemán les dio la “posibilidad” a las mujeres de residir en piezas dentro de un hogar para mujeres víctimas de violencia intrafamiliar, lo que significó que el padre no podía quedarse. En este hogar habitaron un año hasta que “por fin” les dieron un departamento para la familia, aunque ya en ese momento su madre estaba separada de su padre, quien tuvo posteriormente otra familia y “se desprendió” de ellos, comenta R..

Al momento de retornar, en el año 1987 a la edad de 17 años, residió durante ocho meses en un refugio para hijos e hijas de exiliadas y exiliados o desaparecidas y desaparecidos, un proyecto/casa en Ñuñoa llamado “El Encuentro”. Ahí podían residir únicamente estudiantes de escuelas o universidades, ubicadas y ubicados en piezas compartidas por dos o más personas.

Las y los estudiantes de la casa vivían “solos o solas”, aunque estaban constantemente en la casa las y los profesionales de la institución “El Regreso” y la dueña-jefa. R. en estos tiempos era la más joven de la casa.

“R: Ahí llegaban chicos de entre 18 y 26 o a 28 años más menos, me acuerdo, de que estaban estudiando, todos estudiantes, de bajos recursos, que eran de regiones o hijos de exiliados como yo te nombraba y éramos más menos unos 20 o 25 chicos que vivíamos ahí solos, teníamos un equipo de psicólogos, asistentes sociales y había una señora que hacía el aseo y que era como una madre, la que mucho me ayudó, me lavaba las camisas para el colegio.

M: Y era como una casa?

R: Era una casa grande en Ñuñoa, creo que esta fue la segunda casa, porque este proyecto empezó mucho antes que yo retornara ya con otros chicos que habían retornado de antes o de provincias y que estaba en otro lado primero, no sé dónde, y después la segunda casa estuvo en Ñuñoa, en Irarrázaval y después se cambió pa la Reina, ahí yo ya no alcancé a estar y de ahí ya se disolvió la cosa”

Para R. los profesionales no prestaban suficiente apoyo “*para ciertas personas que ellos no consideraban normal, porque se reían más fuerte, porque entraron en la dependencia del alcohol algunos, entonces, lo que hacían ellos era echarte*”. La trataron de rebelde, ladrona, que nunca “iba a ser nada”, cuenta, cuestión que no comprende si sólo tenía 18 años. Criticaba y critica las reglas de esta casa que le trajeron conflictos cotidianos y que la presionaron particularmente a ella y que determinó finalmente su alejamiento y un tránsito entre diversos lugares. Posterior a esta salida, vivió por décadas una vida de idas y vueltas principalmente en Chile, pero también en Alemania y España.

“M: Y ahí a dónde te fuiste?”

R: Me vine a esta casa, que es de mi mamá, que es su herencia de sus padres, que murieron mientras estábamos en el exilio, pero con la cual no tengo muy buena relación con respecto a esta casa y estuve viviendo un tiempo. Me he ido... ya no sé cuántas veces me he tenido que ir de acá, porque a mi mamá le da la cosa y tengo que irme, y he estado años viviendo fuera de este hogar, y después vuelvo siempre porque igual es difícil un arriendo y todo, porque tengo que llegar a rogar arriendo y bueno, ahora ya tengo dos hijos, entonces, tengo hijo universitario, menos voy a poder arriendo en otro lado.

M: Y de ahí cuando te has ido de esta casa, a dónde te has ido?”

R: He arrendado, la primera vez que me fui, o sea estuve en Providencia, arrendé una pieza por cinco mil pesos en esos años, me acuerdo que no había luz, agua caliente ni vidrios ni nada, era barato. Y la vez que más tiempo me he ido de acá me fui a Estación Central a vivir, que arrendé una casa, con

varias amigas y ahí estuve como dos años también, hasta que.. claro, siempre son los problemas económicos, que uno no puede pagar, que otra sí, y queda uno endeudada al final y tuvimos que irnos y volví de nuevo a esta casa”

Explicó que tuvo generalmente etapas de cinco o tres días donde se iba donde una amiga y después volvía a la casa y solamente una vez vivió un momento en que al volver a la casa de su madre estaba ocupada por otros familiares, los que finalmente se fueron porque no quisieron vivir con ella, para que ella pudiera quedarse, sino tendría que haber ido a la calle, reconoce.

Sin embargo en otros momentos sí tuvo ir a la calle, tanto en Alemania como en Chile, cuestiones que se podían sobrevivir sin hijos, dice, y no cuando se tienen hijos y sobre todo cuando uno ya es mayor; desde que nació su primer hijo no ha dormido más en la calle. En su periodo en calle en Chile durmió principalmente en parques, como el O’Higgins en Santiago, y reconoce haber conocido a la gente y que le hizo bien “ser atrevida, cojonuda”, sin miedo, aunque llevó una vida más bien sola. Con respecto a su experiencia en calle en Alemania considera que ella es la culpable directa “porque me porté mal”, dice, al tener consumos problemáticos de droga, lo que además de llevarla a la calle, la llevó a la cárcel y a la deportación. Por haber sido ilegal por su exilio, me comentaba, no pudo tener contacto con servicios sociales para que le prestaran ayuda, por lo que sólo la amistad de “la gente del parque” la salvó. Con ellas y ellos juntaban botellas y cobraban el envase o juntaban cosas para comer, una situación muy mala pero que entiende que por su adicción su familia no podía hacer nada en los dos años que estuvo así, hasta fue a la cárcel. Haber sido encarcelada, comenta, le habría servido para dejar de consumir, pero reconoce que son “cosas que pasan” cuando “uno cae en debilidades, problemas, cosas”, parte del derecho a equivocarse y cometer errores, todo “sin maldad”, aclara. Comenta además que “por error del estado” estuvo medio año de más retenida en una cárcel, al no haber quedado registrado su excarcelación en el registro del *Bundesland*, sino sólo en el registro del estado federado de Hessen, y se demoraron medio año en regularizar esta situación, cuestión por la cual R. dice no haber sido indemnizada. Además, dentro de la cárcel supo que estaba embarazada de su primer hijo, al cual lo tuvo finalmente en Alemania, ya que no la dejaron volver a Chile por estar muy cerca del parto y por encontrarse en un estado de mucho nerviosismo, aunque por lo menos le dieron el beneficio de tenerlo en libertad. Al tener a su hijo además recibió ayuda estatal y de otras organizaciones, de la iglesia, de la familia, amigas y amigos, que incluso le hace poder decir que “yo te lo juro, cuando me vine a Chile yo me vine como con tres coches, ropa hasta como para los 10 años”, no hubo nada que le hubiera faltado, reafirma. Aún se sorprende de haber recibido ayuda, incluso

Kindergeld (dinero por hijo del estado alemán), y no entiende por qué recibió ayuda si es que era ilegal. Ella supone que fue por haber tenido una *Sparkonto* (cuenta de ahorro) y por haber hablado el idioma, lo que fue gestionado también por una asistente social que atendía a su hermana mientras habitaron la vivienda social que ocupaba ella.

Posteriormente, hace unos 14 años, comenta que se fue nuevamente a Europa, donde estuvo finalmente cinco años intentando quedarse: un año en Barcelona y el resto en Alemania. En Barcelona reconoce haber vivido en una pieza dentro de un departamento hacinada en un “barrio de gitanos”, en una pieza de unos 10-15 metros cuadrados, donde debía vivir con sus hijos y el padre de ellos, con uno de sus hijos recién nacido y tener ahí el comedor y también tener que ubicar ahí mismo las camas en la noche: “*entonces yo armaba todos los días camas, desarmaba camas, armaba camas, desarmaba camas*”. Podían cocinar en un lugar común pero sólo podían comer en una pieza que además no tenía ventanas, lo que de alguna manera relaciona con el asma que tiene su hijo que incluso lo ha llevado a tener dos paros respiratorios. “Casi se muere dos veces”, recuerda, pero fue tratado también en Alemania y ahí se le diagnosticó el asma. Comentaba que:

“El hacinamiento en Barcelona, yo te puedo decir lo terrible es que es un espacio tan reducido para una guagua recién nacida y el calor, sin ventanas. Yo llegué de mi parto, el papá todavía no estaba allá, se viene mi parto y vive mucha más gente ahí y realmente hacinamiento, es terrible. Yo llegué de mi parto y creo que estaban carreteando, estaba toda vomitada la entrada y yo venía recién con mi guagua recién nacida, estaban locos, tirados, borrachos en el *living* que habían carreteado, entonces, me he tenido que aguantar muchas cosas, muchas cosas. Ahí estuve un año y de ahí ya me fui para Alemania y ahí ya me separé del papá de los niños, ahí fue cuando me separé”

R. considera que esta fue su peor experiencia al tener a sus dos hijos, estar hacinada rodeada de altos consumos de alcohol y estar separándose del papá que todo junto era “un dolor tremendo”.

R: Yo digo, qué terrible y veo niños chicos y yo me acuerdo porque, y los niños sufren, yo me acuerdo, mi hijo que tenía cuatro, en ese momento allá en España, tenía en una esquinita, yo le armaba una mesita con juguetes, de ahí no se podía mover, entonces tienes limitados a tus hijos, no tienes nada, no tienes privacidad tampoco con tu pareja, porque está, un niño dormía con nosotros en la cama y el otro en la cunita que le armábamos todas las noches, esas cunitas de viaje, porque no se podía tener armada, porque sino después al otro día no podíamos armar la mesa para comer. Entonces todas esas cosas, cuando uno la ha vivido y ve a otra persona en esas condiciones, por suerte yo ya no estoy así, qué horror.. y yo lo viví eso en el primer mundo, en España”.

Interesantemente frente a la pregunta sobre las experiencias de calle y eventuales situaciones de peligro de las personas en la calle y en precarias condiciones habitacionales bajo techo me respondió un punto crucial: *“mira, he tenido más peligro viviendo en piezas que he arrendado, me han pasado cosas peores, en casas de otra gente, que en la calle”*, y complementó: *“cuando tú estás en esas situaciones vulnerables, tan vulnerables contigo misma, porque la calle te pone igual vulnerable en una cierta forma, la gente igual se aprovecha. Claro, hay gente que te ofrece pero con doble intenciones, y después te pasan cosas que mejor no hubiesen querido pasar y lo que sabemos lo que le pasan a lo que creo es el 99% de las mujeres”*.

Reconoce que con respecto a su madre, la posibilidad de quedarse en la casa aumentó en el momento de tener a sus hijos, su madre *“como que se puso más blanda y no ha tenido muchos arranques de echarme”*. Llegó al acuerdo con ella, cuando ya tenía sus dos hijos, de postular a una mediagua mientras residía en la casa, así que se dirigió a la Municipalidad a buscar ayuda: consiguió que la Municipalidad le dio una parte del dinero necesario para conseguirla y la *“Fundación Los Vientos, no sé, algo así se llamaba”* le dieron la otra parte, frente a lo que ella tuvo que poner 400 mil pesos, cuenta. Lo hizo, sin embargo, con poca información, y de hecho *“no sabía que yo necesitaba un terreno donde instalar, porque o sino, no te dan la casa, la mediagua”*. Afortunadamente pudo acordar con su madre que le diera *“un pedacito de terreno en su casa para que yo pueda instalar mi mediagua”*, lo que a su vez significa que se comprometió a no poder sacarla en cinco años. Sin embargo, critica profundamente a la Fundación y a la Municipalidad en lo relacionado a la entrega y valora profundamente la ayuda de otros:

“te lo dejan afuera de la puerta, son paneles que no te entran por una puerta, que hay que subirlos por el techo, sola y si quieres armarlo tienes que contratar a alguien, qué pasó, qué hice, yo no tenía la plata pa na, ninguna de esas cosas. Mi hijo era scout en esos momento, entonces con puros chiquillos de scout, creo que eran cuatro chiquillos de scout, mi hijo, mi hermana y yo, pasamos los paneles por el techo, cómo, no me preguntís pero lo logramos, lo tiramos hasta acá y después quién armó la casa, lo niños scout, tenían todos 15, 16 años. Si es un milagro que está parada”

R. utiliza la palabra *“afortunada”* para explicar que está tranquila en este momento por no tener que pagar ningún arriendo, pero por otro lado reacciona críticamente cuando en algún momento le han dicho esa impresión desde afuera. Reconoce que si tuviera que pagar un arriendo no le alcanzaría, *“yo ya estaría en la calle, sinceramente estaría en al calle, o en una pieza hacinada, y no quiero”*. Con una historia de migración y movimiento detrás, mira con particular crítica la inseguridad laboral en Chile:

“imagínate acá, peor, es pero aún, entonces yo digo, claro porque allá tú, en Europa, cuando tú tienes tus papeles, tú tienes derecho a vivienda social, acá no, acá no tienes derecho a nada, y con los sueldos quién... mira mi amiga trabajó hasta noviembre, la despidieron porque la empresa se fue a la mierda por esto [...] La despidieron, ella ganaba 500 lucas, 250 paga de arriendo, tiene un hijo escolar. ¿Cómo!? No es posible, no es posible. Tengo otra amiga que ayer me llamó, también arrienda y todas me dicen ‘puta Rocio que tenís suerte’, y realmente tengo suerte de no tener que pagar arriendo porque o sino, no sé qué haría, estaría llorando y deprimida como ellas todos los días, porque eso es lo que pasa, eso es lo que pasa, cuando tú no tienes un techo digno, o una vivienda, ya si hubieran viviendas sociales, te creo, pero aquí no hay nada, no hay nada. Ayer me llamó, está en depresión, no tienen la plata pal mes que viene, no sabe qué hacer, y ya trabaja 10 horas, dijo ‘Rocío, voy a tener que buscar otra pega’, ¿qué mas, qué más?!”

Es fundamental el punto de que no necesariamente tener un techo significa que se está en una situación de tranquilidad, eso lo sabe por experiencia propia.

Le pregunté también por su carrera política, y con respecto a su militancia que deriva en su participación en el comité, me contó recuerda haber participado en “tantas cosas” en Alemania, Bulgaria y Chile, desde militancias políticas hasta grupos folclóricos. En su trayectoria política fueron de gran importancia las participaciones en las juventudes comunistas de Bulgaria, Alemania y Chile, así como en los eventos de Solidaridad con Chile en dictadura. En Chile además participó en la Junta de Vecinos de la Plaza Bogotá durante tres años, donde si bien tuvo apoyo de vecinas y vecinos, no pudo participar dentro de la Junta, decidiendo así organizar actividades por fuera de esta Junta, tomándose la Plaza Bogotá para ello y transformándola en su sede. En ese entonces, la Junta de Vecinos estaba dividida en dos y pese a que el grupo más activo era el que funcionaba en la plaza, siempre necesitaron la sede para invitar a más vecinas y vecinos, a lo que no pudieron acceder. Comenta que fueron criticados por “comunistas” por sus proyectos de recolección de libros y armar una biblioteca, reunir bicicletas para las niñas y niños del barrio que no tuvieran una, todas cosas que “se necesitan dentro de una comunidad” y se pregunta “¿qué hicieron ellos? Nada, un Club de abuelitos, donde le sacan plata, todo el día ahí”. Pero el proyecto más importante para ella fue el Teatro y Centro Cultural América del Barrio Bogotá, espacio que un grupo de vecinas y vecinos buscaba y aún busca recuperar, aunque al momento de la entrevista estaban “parados”, principalmente por muerte natural de dos de los tres integrantes. Cree en la importancia de un teatro y un cine barrial, de y para las vecinas y vecinos.

Con respecto al Comité, ella participa desde que este se fundó, aunque había trabajado anteriormente con Valeria, lo que le daba absoluta confianza y motivó para participar. Ya había postulado en algún momento de manera individual a la vivienda a través de subsidios, sin embargo la vendedora de la casa que tenía ya organizada se arrepintió, quedando “en nada” y tuvo entonces que postular nuevamente con malos resultados. Reconoce que nunca había querido meterse en un comité porque no confiaba en estos en general, ya que siempre había escuchado que estos cobraban, estafaban o hacían esperar 10 o 20 años, y esto es lo que la hizo preferir postular sola. Son varias las personas que entrevisté relacionadas al Comité de Vivienda que habían tenido personalmente o conocido de cerca a personas que fueron engañadas a través de las dirigencias, haciéndole cobros injustificados o simplemente desapareciendo con los recursos ahorrados por los solicitantes, lo que determinaba una anterior desmotivación.

“Mira, yo en otros proyectos de vivienda, así de comité, lo que había escuchado, nunca había estado metida ni nada. De acá yo no sé, yo sé que cobran mucho, siempre están pidiendo plata, conozco gente, porque donde trabajé yo, en la junta de vecinos, venían siempre señoras a cobrarle a otras señoras que habían hecho un comité, por la tele también siempre hemos visto cosas, yo no sé si creerle a la tele pero he sabido de muchas historias aquí en el barrio mismo, de gente que yo conozco, que se las han estafado con plata, siempre los comités piden plata y yo no sé por qué. Aquí lo primero que se dijo, fue lo que me llamó la atención, que no vamos a pedir plata, porque yo siempre me he preguntado por qué piden plata si no es necesario, si uno tiene que juntar su plata en la libreta, entonces eso ya, ese inicio fue para mí, aquí no quieren lucrar, no te quieren sacar plata, porque o si no te van a pedir plata ya empezamos bien, un tema económico siempre es algo que te llama mucho la atención que no se pida plata, entonces yo dije ya, por ese lado vamos ya”

Para R. es fundamental que los comités en general empiecen a optar por la integración y salir del marco heterosexual, blanco, etc. y que se establezcan otras formas de dirigencias, más comprometidas, horizontales, feministas y con un sentido comunitario barrial. Son estos los principales puntos que la llamaron a participar y ser activa en este Comité.

Los ejemplos descritos buscaron mostrar las rutas habitacionales de personas que participan activamente en el Comité de Vivienda, destacando la diversidad de espacios en los que las personas han habitado, han pasado o se han quedado, profundizando en relevar una cantidad mayor de tránsitos en las vidas de las mujeres. Es fundamental además con esto destacar la necesidad de vivienda pese a haber estado bajo techo, por estar en situaciones de alta precariedad, tanto aislados como hacinados, donde una gran parte ha vivido de alguna manera allegadas o allegados. Es la mayor complejidad en la vida de las mujeres lo que eventualmente

determina un mayor convencimiento hacia la participación en el comité, entendiendo de que son ellas quienes sufren de mayor modo las exclusiones del mercado laboral y de vivienda y también las que en peor posición se encuentran en los contextos de allegamiento.

4.4. Dirigencias femeninas, reclamos machistas y nuevas participaciones de hombres

Las organizaciones destinadas a luchar por el acceso a vivienda y los movimientos de pobladores en general están conformadas por mujeres tanto a nivel de base como en sus dirigencias. ANDHA Chile y Rossana Miranda (candidata presidencial el 2013 por el Partido Igualdad), o Ukamau y Doris González/Victoria Herrera son ejemplos conocidos de cómo la lucha por la vivienda tiene una amplia representación femenina⁶⁹. También es el caso del Comité Por un Santiago Multicolor, que tiene una mayoría de mujeres, cuya mayoría viven de allegadas, hacinadas o en otras condiciones de vulnerabilidad bajo techo. Los hombres, por su lado, se diferencian muy marcadamente en generaciones, tomando posturas muy diferenciadas entre sí con relación a la movilización por la vivienda, la participación en el comité y la postura frente a la participación femenina, ya sea de otras mujeres o de sus parejas. Se pueden encontrar hombres mayores que no participan por desgana, que delegan ese trabajo a la esposa o incluso que ejercen reclamos contra la participación de la pareja. Pero por otro lado, nuevas generaciones que van desprendiéndose de roles familiares heteronormativos y machistas que recluyen a la mujer en la casa, proponen participaciones paritarias y horizontales, donde ellos mismos toman posiciones más proactivas y también haciéndose cargo de las tareas del hogar o del cuidado. En general, la participación es un tema que está constantemente puesto en discusión, en relación a las y los integrantes.

En el momento que tomé contacto con el comité, la dirigencia estaba totalmente conformada por mujeres, algo que se había patentado desde la presidencia de Valeria. Esto, junto al involucramiento de la dirigencia en las manifestaciones feministas posteriores al 18 de octubre del 2019, es parte de un carácter feminista central del comité y un compromiso con la lucha de las mujeres y la diversidades sexuales, lo que explotó con las masivas violencias policiales y estatales que se dieron hacia esas fechas. Además, este actual grupo ha colaborado e incentivado el ingreso de personas al comité que anteriormente evitaban y desconfiaban de estas asociaciones por malas experiencias ellas y ellos mismos, de familiares y amigas-amigos. Como

⁶⁹ Para profundizar este tema véase además Valdés y Weinstein (1993), Aguilera, López y Fauré (2020), Abarca (2018) y Moraga, Sepúlveda, Zenteno Torres, Luneke y Ruiz-Tagle (2021).

hemos visto, algunas o algunos compensaban esta desmotivación, por ejemplo, en la decisión de postular a subsidios habitacionales individualizados. Pero la motivación actual de participación se da, en gran parte, por la motivación y trabajo de la dirigencia femenina lo que hace que este comité sea una excepción dentro de las tendencias pasadas para muchas personas, expresado en palabras de R. en el sentido de que “no sabe de dónde saca tanta fuerza, tanto tiempo” bajo una total admiración. C. también valora tremendamente el liderazgo construido por Valeria, a quien considera de plena confianza y directa para resolver conflictos. Además, él ve positivamente el desarrollo que han tenido otras participantes del comité con el tiempo a partir de esta dirigencia, en relación a un principio, sobre todo las socias de más avanzada edad: así me comentaba que ahora muchas saben *“lo que es un derecho, saben lo que es exigir cosas, saben cómo pararse frente a la autoridad, saben cómo ir a marchar”*, cuestión que según él también cambió o “se aceleró” con las revueltas de octubre del 2019. En un comienzo del comité él veía que habían socias que eran *“muy tímidas para hablar o expresarse”*, lo que tampoco permite saber voces disidentes de cuestiones planeadas por la directiva, cuestión fundamental, faltando empoderamiento para poder poner otros puntos de vista, relata. Él reconoce que no se juzga a esas compañeras de mayor edad y muchas con falta de educación formal, ya que entiende que hay gente para la que les ha sido más difícil acceder a *“esas herramientas como de la discusión política o como de tomar postura”*.

Ahora, cuando le pregunté a Valeria por qué pensaba que los comités de vivienda eran en su mayoría llevadas por mujeres, me respondió derechamente que es porque los hogares proletarios son “casas de mujeres”. Al tener en gran medida empleos precarios y con menos carga horaria fuera pero con más carga de trabajo dentro del hogar y la familia, además de un acceso más restringido a créditos hipotecarios que le permiten optar a formar más individuales de acceso a la vivienda, le significaría responder con más voluntad de cambiar esa situación a través de un trabajo en conjunto. Además, considera que la mujer es más colectiva que el hombre y tiene más cercanía al territorio. Según la interpretación de I., él consideraba la existencia de un “rol social” que se le impone a la mujer diciéndole “a ti te toca hacer eso”, de tener un hogar, tenerlo formado, mantener a la familia, mantener limpios a los hijos y a la familia organizada, aunque como contaba, él también trata de repartir equilibradamente las labores del hogar y de participación en el comité. R. consideraba también que posiblemente sea la mujer “la más preocupada”, *“sobre todo si tienen hijos, pa un techo pal hijo, creo que la mujer siempre está pensando en los hijos, más que el hombre”*, y se involucra en esto diciendo que esa también fue su idea y motivación: *“yo necesito tener una casa para dejar a mis hijos, no sé po, uno quiere dejarles algo, porque uno ve que está tan mala la situación, uno nunca*

quiere que su hijo pase por algo que quizás a uno le ha tocado pasar". Según ella, esto se da porque Chile es un país "tremendamente machista", donde el rol de la mujer es preocuparse de la casa o de la lucha organizada o la postulación a los subsidios para la consecución del acceso a la vivienda.

Pero si bien R. valora que en el comité también haya una lucha feminista, considera que dentro del comité "hay de todo", tanto gente "consciente", "feminista", "luchadora", como también "otras y otros". Se refería con "otras y otros" principalmente a gente con la tendencia a "quedarse", a no participar: declara que es siempre una minoría la que participa en los eventos organizados, que siempre son "los mismos", que de 200 en que son aproximadamente en total, sólo hayan, por ejemplo, 60 personas. Esto hace que se pregunte "¿dónde está el resto?". Ella recuerda el momento cuando vino la Ministra de Fe a firmar legalmente el nacimiento del comité, y que ese día "había gente llamando, 'ven, están regalando casa'", lo que hizo atraer gente que, según ella, deberían someterse a una "limpieza" del comité, ya que hay mucha gente que quiere "que le regalen las cosas". También cree que muchas personas descansan o delegan mucho por eso justamente en Valeria, porque saben el "valor y fuerza" que ella tiene. Cree que este descanso en el trabajo de los otros es una característica chilena, que para ella se hace también evidente en otras movilizaciones, como las protestas, donde mucha gente descansa en el otro: "ah no, si está el otro allá, para qué voy a ir yo", ejemplifica. Es que es inconcebible para ella que las reuniones, que son cada último domingo del mes a las 15:30 de la tarde con duración de 2 a 3 horas (10 reuniones en el año con dos meses sin reuniones por vacaciones), sean obligatorias y la gente aún así no venga, sobre todo si es para obtener una vivienda. En esto, considera que algunas reglas, como justamente la de la participación, no se están haciendo cumplir, lo que para ella genera que alguna gente "no va más". Para ella la participación en el comité significa una lucha: "aquí si tú no luchas no consigues". Frente a esto declara que es necesaria una mayor dureza en los requisitos de participación en conjunto a una educación de la población en estas temáticas sobre machismo y roles familiares. Para ella entonces, son las y los socios los que eventualmente fallan en su trabajo de participación, más que la directiva, aunque esta última también podría tener alguna responsabilidad en no incentivar o presionar más. También ve críticamente que hayan hombres que participan en el comité, que hablan "*como que ellos saben más por el hecho de ser hombres no más*", o que algunos pretender "cuidar" a mujeres en ciertas situaciones sin siquiera ser consultados para ello: un ejemplo para ella es la actitud que toman estos en las marchas, donde se imponen para cuidar a las mujeres porque son mujeres, porque las ven débiles, un machismo al que ella le responde "*no, a mí usted*

no me tiene que cuidar”. Esto lo diferencia a la solidaridad entre dos personas en una protesta donde ambas personas puedan cuidarse y protegerse mutuamente.

Para profundizar lo anterior le consulté si es que también hay un descanso y molestias masculinas en la labor de la mujer en esta participación, a lo que me respondió

“R: Yo tampoco entiendo porque el hombre es tan poco luchador por el tema vivienda. Mira, ahora que lo dijiste, realmente, pocos hombres veo luchando por una vivienda o expresándose a raíz del tema. Quizás, claro, me imagino que como este país es tan machista, vivienda es igual mujer, la mujer lleva la casa, la mujer es la que se tiene que ocupar, me imagino que es por un tema cultural, machismo, patriarcado, que no le toman importancia a la vivienda como un tema que soluciona la mujer y yo traigo la plata, porque aquí es como así, o sea ha ido cambiando, va cambiando pero más la gente más joven.

M: Y dónde están los hombres, según tu opinión cuando su esposa o pareja están ahí?

R: Mira, los hombres están en su casa esperando que llegue la mujer a darle la once, he escuchado ya esos comentarios”.

[...]

M: ¿Y has visto directamente limitación de parte del hombre que por ejemplo vaya a la reunión a presionar?

R: Mira, me ha tocado estar en reuniones de comisiones donde han estado hostigando a la mujer, que la llaman cada cinco minutos, qué hago, a dónde compro el pan, que a qué hora la mesa, y se han tenido que ir, a ese nivel, lo he visto, en una reunión, no sé si ese personaje va a estar instalado en la casa”

Parece ser que el domingo es considerado por algunas personas como “el día de descanso del hombre”, y no aceptan ese día hacerse responsables de la casa, de las hijas y los hijos. No fue sólo R. quienes comentaron lo complejo que era enfrentar casos donde los hombres llegaron reuniones con los niños para molestar, presionar e impedir que la mujer pueda desarrollarse en la colectividad. R. cree fervientemente que el hostigamiento masculino a sus parejas en las asambleas las limita y no les permite “ser como son”, “*y quizás sería mucho más participativa si no estuviera ese hombre al lado de ella, quizás hasta ella también iría a las marchas no obligatorias, si el hombre no estaría ahí exigiendo otras cosas*”. En esta situación R. cree que algunas mujeres deberían preguntarse “*qué es lo que es más importante, un techo o tu esposo? no sé, un techo va a ser eterno, tu esposo no*”, responde. Para ella hay prioridades y no logra entender por qué suceden esos conflictos si también el esposo va a vivir eventualmente bajo ese techo por el que la mujer en el comité lucha.

Por su lado, C. también estima que debe haber un 80% de mujeres en las asambleas y se pregunta a sí mismo dónde están los hombres de esas mujeres. Para él esta situación representa “una espina” y reconoce que hay momentos en que le da rabia aunque no se atreve a preguntarle directamente a sus vecinas por qué no vienen sus maridos. Siempre se lo cuestiona, sobre todo cuando ve que las socias llegan a las reuniones con las hijas o hijos, en lo que ve una incapacidad de los hombres de cuidar a sus hijas e hijos y de hacerse “cargo” de la casa. Tiene también la impresión de que para el hombre el domingo es un día del más puro ocio, para lo cual carga a la mujer de los trabajos domésticos, no aceptando tener que dar tiempo a actividades “recreativas de señoras” ni cuidando o compartiendo con sus hijas e hijos, sino que mantienen la idea de “descansar solo”, “ver fútbol”. Para él, los hombres mayores no sienten parte un ideal por la vivienda, “*no le despierta la consciencia tanto como por el rol social que tiene la mujer*”, declara. En esta línea, en relación a la pregunta de su eventual presencia frente a actitudes de hombres que derechamente no dejen participar a mujeres, respondió que no ha escuchado ni visto hombres que digan “no vayas” o “no estés ahí”, pero sí ha notado “molestia de los hombres”, ilustrado por frases como “ya es tarde, por qué no llegas, a qué hora te venis?” o de parte de las mujeres que el algún momento dijeran “*me van a retar en la casa porque todavía no voy y los niños todavía no han tomado onces, no han comido*”, es decir un malestar masculino que dice “te demoraste ¿qué estay haciendo?”. C. recordaba en esta línea que:

“una vez, a mí me pasó una vez en particular, que de hecho, como yo te mencioné, yo formo de la comisión de educación, entonces alguna vez se nos ocurrió reunirnos fuera de la asamblea para organizar nuestras actividades, y llegó una socia y llega sola. Llevamos como una hora conversando, pensando, diseñando y llega el esposo y llega con los hijos a dejarle a los hijos, entonces ella queda como “eh”, le dice en un todo bien conciliador, como “trata de verlos tú porque estoy ocupada” y como estábamos en la junta de vecinos y no había nadie, los niños se ponen a jugar en un espacio, nosotros estábamos en otro. Y después como que él se pone en la puerta como a escucharnos pero no a participar, entonces en mi cabeza era como, o sea, ya para mí que llegara con los hijos fue como ‘qué hace este weon aquí, es como qué desubicado o quédate con ellos, o quédate una vuelta, espérate media hora, si nosotros no nos demoramos más’ y después que estuviera en la pared para mí de nuevo era como, y yo sabía que ella estaba incómoda, yo lo notaba, no lo hizo saber, no lo expresó, pero yo sabía, o sea se notaba que estaba incómoda porque en el fondo... y de hecho ahí de nuevo me pregunté, pero días después como ‘y por qué él no participó, por qué no se puso a conversar si es del comité que te va a ayudar a ti a tener una casa?’, entonces como que no... y después como que le preguntaba como a qué hora terminábamos, entonces en un momento le dije ‘no, no se preocupe, en 15 minutos más estamos listos, así que no se apure’, como que le dijeron en un tono también conciliador pero también es como ‘ubícate en lo que estamos’ y obviamente era mucho más. Y de

hecho yo me acuerdo que cuando terminamos la sesión ella nos pide disculpas, entonces era como ‘más encima ella pide disculpa por un weon que no es capaz de cuidar los hijos media hora más, entonces para mí es como muy al revés, como que yo cuestiono mucho dónde están estos tipos, para mí es super negativo, a mí me da hasta rabia, en el fondo, yo también lo veo porque si bien, claro, o sea, yo trato de ponerme siempre en la postura en lo más humilde posible, pero yo sé que mis vecinos, mis socias del comité, yo sé que no tienen educación, yo sé que son mucho más ignorantes que yo”

Lo anterior remarca la presencia de factores de distracción y limitación para la mujer, pese a que han intentado que en las últimas reuniones hubiera alguien en una sala habilitada para que cuidara a las y los menores, para que las madres estuvieran “realmente atentas a la información que se entrega”. No debería repetirse, por ejemplo, que si bien había gente que había votado en algunas asambleas, después se preguntaban por qué de esas cosas y que quizás no habían “escuchado bien”. Analíticamente, C. ve esto como una actitud masculina de falta de respeto por la organización femenina, un espacio visto como femenino de ocio más que una lucha política representaba por mujeres en su mayoría.

“yo creo que hay muchos hombres que piensan o creen que van a hueviar a la... el domingo, el último domingo de cada mes a la asamblea, van a hueviar, no veo que... de hecho no creo que vean como es algo que sea concreto, quizás donde lo ven más lejanos no son capaces de aguantar una pelea lejana. De hecho de nuevo extrapolando, yo veo a mi mamá mucho más, dos pasos más adelante que mi papá en planificaciones o en visión de construcción de algo, mi papá es mucho del día a día, no sé si será con todos los casos de las otras familias iguales, pero yo creo que tiene que ir como por ahí. Quizás haya desconfianza, bueno en general hay una desconfianza, en general también un poco de los comité, están como en general de una imagen venidas a menos de cuanto a ciertas estafas que se han dado, incluso había un comité en un momento que era como colindante con este comité de nosotros, que era un poco más antiguo, pero se descubrió que había una estafa de una mujer, entonces me da la impresión que hay un tema de que muchos hombres creen que un comité es para ir a cahuinear, ir a hueviar, ir a perder el tiempo y que ellos no van a formar parte de eso” (C.)

Pero cree también que hay una enorme desconexión de ciertos hombres de 40 o 50 años, aunque para él la generación de los 40 años en general “*está más desconectada de los problemas políticos, es la que más viven de forma individualista, en el fondo son hijos de la dictadura, yo soy más bien hijo de la democracia*”, una generación que para él “está cercenada del sentir”, dice. Incluso cuenta que él al comenzar muy joven a participar en la Juntas de Vecinos y en el comité, cuando le contaba a otras personas sobre todo de su edad que, por ejemplo, presidía la

Junta de Vecinos, le decían que estaba “con las viejas cahuineras” (entrometidas), pero también recuerda que gran parte de los comentarios provenían de hombres.

No obstante, las personas entrevistadas consideran que cree que hay una generación que viene con otra disposición, una generación más joven de jóvenes que ha crecido mucho. C. mismo representa un caso interesante de involucramiento en el comité de parte de una nueva generación, aunque él sea treintañero. Si bien comenta que durante gran parte de su vida ha vivido con su familia en casas con espacio para cada uno de sus integrantes y nunca tuvo una motivación primera, su decisión llegó por lo menos desde el momento en que fue invitado. Por ser hombre soltero, parece ser que el conseguir un hogar no era un ideal primario, lo que se relaciona con el desconocimiento que tenía de los requisitos concretos de, por lo menos, ese comité de vivienda. Sin embargo cambió su parecer y buscó participar.

“tenía que ver con el tema de que fuera en Santiago, dije, ‘ya, adscribo’, por otro lado que fuera multicolor y que nadie.. pudieran haber, pudieran estar todos, pudieran estar gente de afuera... de hecho dentro del comité hay personas transgénero, no somos muchos homosexuales parece, yo no veo, yo sé que hay como un par, pero no iba a haber discriminación por ese lado, o sea, era un proyecto inclusivo en todas sus líneas, entonces qué más bonito que eso, así que démosle. Estoy con gente, o sea, ya Valeria me da una confianza en cuanto a su persona, políticamente también, es un proyecto que querámoslo o no, tiene una postura de izquierda, no tiene una postura de derecha, así que adscribo, entonces en el fondo para mí era como: ‘qué más puedo pedir de un comité de vivienda que tenga todos estos elementos y que en el fondo yo me siento plenamente identificado con todo,’ entonces, es como anillo al dedo, entonces yo creo que también por eso yo dije voy a entrar en un principio sin saber que esto resulta, vaya para un lado, vaya para otro, pero igual me gusta. De hecho hasta yo me acuerdo cuando en las primeras reuniones yo decía ‘bueno y si no funciona yo igual fui parte de el proceso’, o sea, no sé, quizás no voy a quedar con casa pero sí ayude a gente y familias, eso era más que suficiente, viéndolo desde el lado más social, obviamente quizás en un momento me iba a decir ya, ya no voy a poder participar porque tenís que hacer otra cosa, etc., pero para mí en un principio siempre fue ‘apoya el comité por todas estas cosas que tiene’“

También para I., quien representa una diferencia y distinción de participación activa junto con C., los hombres jóvenes participan más y lo ve como un “cambio de conducta” de la generación actual joven, desprendiéndose de algunos roles que “tengan que cumplir” en el sentido de simplemente trabajar, “traer plata a la casa” y descansar el fin de semana “porque trabajaste toda la semana”. Y R. ve también un cambio en los hombres más jóvenes, que están siendo diferentes, los cuales reconoce “bien activos” y que “están en todas”. Considera que la

juventud está “más avanzada” en relación a la mentalidad chilena para transformar las cosas, sobre todo los “menores de 25 años”, que traerían para ella grandes valores, agallas, ética y conciencia. Pero con respecto a hombres más jóvenes aún, es interesante cómo R. trata con sus dos hijos la participación en el comité. Ella tiene una sensibilidad y posición política muy clara con respecto a cómo construye y mantiene su relación con los hombres y cómo observa la posición que estos toman con respecto a la familia. En el caso de sus hijos, de 20 y 15 años, reconoce que han ido pocas veces a las asambleas y otras actividades del comité, unas dos o tres veces, ella los invita constantemente pero considera que también faltan actividades dirigidas también para los jóvenes. Sabe también que su hijo mayor está estudiando en Valdivia, lejos de Santiago, y que el menor “anda en otro mundo, entonces anda descubriéndose solo”. Lamenta que no han ido a ninguna marcha con ella, pero releva como un orgullo que los dos hijos sean independientes, lo que le permite poder cumplir sus tareas en el comité, y dice:

“R: Yo los he educado a cocinar, a limpiar, a hacer todo, no me necesitan a mí para nada,

M: *Entonces no has tenido que en momentos dejar tu labor del comité para cumplir roles?*

R: Una vez que estaba enfermo mi hijo, el menor, que es obvio que tengo que estar con él, no lo voy a dejar solo enfermo en la casa, pero no, personal como yo decido mis horarios de trabajo, yo llevo mi vida a mis horarios, entonces yo por esa parte no tengo problemas, siempre estoy en todas, yo voy a todas, a donde me llaman yo voy”

Para ella el más grande es “super consciente” pero está lejos, mientras el menor también “está consciente de todo”, pero lo canaliza en otras actividades, como el rap. Reconoce que como familia tienen una vida política, una historia familiar relacionada a la política que es necesario continuar. Pero también entiende que tras una confrontación con los militares en tiempos de toque de queda tras el estallido de octubre 2019 su hijo menor tuvo que arrancar y fue atacado por bombas lacrimógenas y balines, que si bien no lo hirieron en la piel, sí le significaron quedar con problemas psicológicos por un tiempo considerable, incluso con problemas estomacales. Sin embargo, ella busca constantemente de involucrarlos en su lucha y en la lucha de otras y otros

“Él [hijo menor] sabe toda la historia, de hecho con mi papá él conversaba mucho y ellos se querían mucho, mi papá todo lo que no me dio a mí se lo dio a mi hijo menor yo creo, y le contaba también sus torturas, mi hijo sabe las torturas de mi papá, y al principio él estaba muy... de hecho cuando murió mi papá, que fue en agosto del año pasado, le escribí un rap muy lindo y de hecho el 2016... imagínate, mi hijo tiene hoy 15 años, hace 4 años atrás, tenía once, él fue invitado un 11 de septiembre

a todas las casas de torturas a recitar sus poemas que él escribía por este tema. Y no sé qué pasó ahora, fuimos esa vez y de ahí se enfermó y como que no quiso nada más. De ahí mi hijo, después el grande que es Primera Línea, lo llevo pa allá y justo tocó esos gases y este vomitó, se cagó, pobre chiquitito, y de ahí se ha ido en otra, nada nada, está todo el día jugando, en otro mundo, como si no pasara nada. Y el otro día lo paré, le dije no, yo no te voy a obligar a ir a una marcha, pero que sea escribe con respecto a... uno no puede estar indolente, hay [inaudible] chicos de 16 años detenidos de tu edad casi, escolares, que están luchando por ti y por todo el resto, y tú no puedes estar aquí como si nada. Y eso es consciencia de los padres, cómo van a ser los hijos, si tú a tu hijo los dejas ahí que se vaya en una burbuja, ándate, pero yo exijo. De hecho se viene a vivir un sobrino conmigo que tampoco, que es mayor ya, tiene 25, no está ni ahí con nada, y yo le dije aquí es mi casa, si tú te quieres venir a vivir conmigo, una vez a la semana tenís que ir a la marcha y una vez a la semana tenís que leer lo que está pasando y aquí discutimos, si tú no estás dispuesto a eso te vas, y ahora se fue de nuevo, según él vuelve el otro mes, pero la consciencia la hace uno y uno puede ir enseñando y con respecto.. Le hablé también de la vivienda a este chico, porque él no tiene casa, no tiene nada, le hablé, vamos, postúlate, métete al comité, tiene una hija de 10 años, él fue papá a los quince años. Por eso, hay gente que no está nada, no le interesa ni vivienda, no sé de qué piensan, pero hay que ir concientizando, yo siempre soy del trabajo de la concientización, por eso a mí me gusta el trabajo desde la calle, desde la junta de vecinos porque ahí es donde tú ves a la gente, sobre a la gente que está mal informada. Yo a varias vecinas le hablo del comité de vivienda, que no tienen casa pero no sé.. ahh no, es como no querer luchar, haber tirado la esponja, ya no tengo más ganas si mañana tengo que trabajar igual, es como... esa es la gente mayor, después está esta otra gente que te digo yo, 40, no sé de repente yo con mucha gente de esa he tenido problemas, muchos problemas”

En una entrevista realizada para el capítulo anterior un hombre que habitaba la Residencia me comentaba, tras preguntarle sobre la motivación de los hombres por su casa propia, que él nunca había escuchado a un hombre que dijera “quiero tener mi casa” y que buscara además luchar por ello. Uno de los puntos que él me marcaba era “la durabilidad del compromiso” en la lucha por la vivienda, que son proyectos de larga ejecución y aliento, compromiso que parecería ser más difícil de tomar para cierto grupo de hombre adultos.

La participación, entonces, responderá tanto a las historias y relaciones de las personas con las instituciones o grupos en cuestión, a las precariedades situacionales o históricas que tengan, así como también a suposiciones y presiones de sexo-género. Esta compleja dinámica se profundiza en una sociedad con un rasante individualismo que se proyecta a las formas que las personas imaginan conseguir el acceso a una vivienda. En general, sólo teniendo en cuenta estos puntos es posible evaluar la participación de ciertas personas y la limitación en la participación de otras, “haciendo estrictamente lo necesario” o yendo sólo a escuchar a las reuniones pero no

prestando verdadera atención a lo que estaba diciéndose. Los casos anteriores indican que las personas posibilitan su participación en organizaciones territoriales por la vivienda de acuerdo a expectativas y roles de familia y de sexo-género, y también de las formas cómo las estructuras familiares incentivan o bloquean las participaciones.

4.5. Comentarios finales

En este capítulo se intentó describir y analizar la situación y participación de personas que se organizan en un comité de vivienda llamado Por un Santiago Multicolor en Santiago Centro, Chile. En este sentido, “el allegamiento”, es decir, la situación de vivir en un techo ajeno generalmente de algún familiar o de conocidxs/amigxs, es una realidad extensiva para muchas personas, viviendo con inseguridad e tenencia o de ocupación.

A través de pequeños relatos de vida y de experiencias habitacionales y políticas quise destacar la relación que hay entre situaciones de allegamiento, los tránsitos que vive o ha vivido una importante cantidad de integrantes del comité, y la participación en relación al comité mismo, en la medida que una gran cantidad de integrantes del comité efectivamente vive en allegamiento y son mujeres. Como se vio representado en las y los entrevistados, si bien a algunas o algunos esta situación les permite vivir con eventual tranquilidad, la constante inseguridad es general, lo que les impide proyectarse y por ello conformarse. Pero también se quiso demostrar cómo las historias de las mujeres son mucho más complejas y cambiantes que la de los hombres, en más lugares y con mayores tránsitos entre viviendas. Además de que ciertas formas de habitabilidad bajo techo representan un tremendo peligro a mujeres que están obligadas a aceptar condiciones que en otra situación no aceptarían y en ese sentido es decidir el relato de R., quien reconoce que pese a haber vivido en la calle y en instituciones, los momentos de mayor peligro las vivió en viviendas particulares. Frente a esto, sostengo, que es imposible analizar la situación de falta de hogar o derechamente de estar en calle o en albergue, sin analizar qué situaciones vivieron antes o que posibilidades tienen de habitar en el futuro, lo que depende en gran manera de sus identidades e identificaciones de sexo-género, lo que las lleva a definir sus negociaciones y decisiones con personas e instituciones. En general, la solidaridad territorial y barrial parecer desarrollarse más bien por iniciativa de mujeres, que se organizan a través de las ollas comunes, las rutas de alimentación, los comercios populares y otras actividades barriales. En este sentido, el comité se reconoce como intercultural, feminista y de izquierda y apunta a las demandas por la vivienda digna, por el barrio seguro, por la ciudad democrática y el buen vivir. Se trata de remarcar constantemente en ciertas organizaciones de

pobladoras y pobladores que esta no es una lucha únicamente por la vivienda, no es únicamente “viviendista”.

Sin embargo, señalé que muchos comités de vivienda desde la dictadura desarrollaron prácticas de cobros injustificados y estafas hacia la población participante, desincentivando la participación e involucramiento de muchas personas. Esta representación de una forma de política neoliberal centralizada, autoritaria, burocrática y poco transparente que ha ido distanciándose de las comunidades y territorios, llevó a la gente a buscar las formas individuales de acceso a la vivienda, como por ejemplo los subsidios en postulación individual. Absolutamente central para los comités es el problema de la participación y justamente para transformar esta situación anterior es que por lo menos el comité Por un Santiago Multicolor tiene una constante labor de transparencia de parte de la dirigencia y de incentivar y educar en función de la participación. Además, y pese a ser una vía institucional de acceso a vivienda a través, generalmente, de subsidios estatales para la consecución de la vivienda privada a largo plazo, reconocen en la manifestación callejera una forma de lucha legítima y necesaria. Así, han cortado la Alameda, se manifiestan frente al SERVIU, en la Municipalidad y en el terreno en cuestión, reconociendo que esta ha sido finalmente la única forma con la que han logrado ser escuchados y recibidos por autoridades.

Para concluir, me parece importante cerrar dos puntos. En primer lugar, es preciso notar la continuidad de situaciones entre quienes están con y sin techo viendo las mismas rutas habitacionales de los integrantes y las relaciones que se dan en los trabajos territoriales. El cruce de los espacios por parte de las personas queda clarificado principalmente en el caso de R., quien nos muestra cómo una misma persona puede habitar espacios distintos, en países distintos, y por lo tanto entrar eventualmente en categorías distintas. Las vidas de las personas, en este caso, unen las experiencias con y sin techo. Además, en la labor alimentaria desde el estallido social de octubre del 2019 y después con la pandemia, desde que la organización de pobladoras, pobladores, vecinas y vecinos han debido ampliar sus labores a la provisión de alimentación a gran escala para vecinas y vecinos que quedaron absolutamente desprotegidos tras la crisis económica por parte del estado, muchos de ellos en viviendas. Pero también la alimentación popular, principalmente de ollas comunes y entrega de cajas de alimentación, fue orientada a quienes habitan la calle. Es decir, esta proyección desde las y los pobladores a las personas con hogares propios o en situación de calle es un indicio de la necesidad de evidenciar los puentes que hay entre poblaciones que según la política pública están en categorías distintas. El otro punto central es que la lucha especialmente de muchas mujeres debe darse en diversos frentes: tanto contra las empresas inmobiliarias que acumulan bienes raíces, contra los

gobiernos nacionales y comunales que pactan, aceptan y permiten esto, también contra el narcotráfico y sus fuerzas territoriales masculinas y juveniles, así como también frente a los hombres dentro del hogar que a veces las explotan y controlan. Todos estos elementos o expresiones son parte de una misma estructura patriarcal, androcéntrica y machista que se ha cristalizado en la estructura familiar, en las políticas de vivienda y en las ayudas sociales.

Conclusiones

Las Naciones Unidas estiman que la población sin hogar en el mundo ronda entre cien millones y mil millones dependiendo cómo se la defina, que hay unas 330 millones de familias en el mundo que no pueden encontrar una vivienda digna, y que el desplazamiento residencial por desarrollo urbano, la acumulación de capital inmobiliario y las construcciones llegan a asimilar la cantidad de desplazamientos por catástrofes naturales y conflictos armados (Madden y Marcuse, op. Cit.: 28-29). Cada ciudad funciona hoy en día como un “microcosmos que revela un macrocosmo”, “una célula en un tejido urbano” mundial, un problema global sólo con diferencias de grado pero no sustanciales entre diversas latitudes, “*hoy en día, el sur global y pobre existe en el noreste de París, o en Queens y en Tower Hamlets. Y norte global rico vive en lo alto sobre las calles de Mumbai y vuela en helicóptero a los áticos de Jardins y Morumbi, Sao Paulo*” (Marrifield, 2019: 69).

La financiarización de la vivienda y las ciudades amenaza miles de barrios alrededor del mundo, desplazando o concentrando a vecinas y vecinos. Parece ser que cada vez las ciudades serán más costosas, más altas, las viviendas más apretadas, más inseguras en su tenencia, con mayor posibilidad de contratos abusivos y desregulados, en procesos de gentrificación como la representación urbana del capitalismo (Herrera Castillo y López-Morales, op. Cit.). También un problema global y progresivo son las empresas multinacionales de arriendos cortos y turismo, que desarrollan violentas industrias que llevan a la destrucción de comunidades y barrios en diversas ciudades del mundo. Por ejemplo, la compañía de alojamientos Airbnb ha sido determinante y responsable de la expulsión o desplazamiento de vecinos y el deterioro de centros históricos y centros turísticos sobre todo en Europa, pero también cada vez más en América Latina. Ahí las viviendas, ya encarecidas en muchos barrios, comienzan a destinarse casi únicamente a arriendo de cortas estadías, con una dirección corporativa que presiona con un poderoso lobby los gobiernos y los municipios para flexibilizar regulaciones y aumentar sus ganancias (Brossat: 2019).

Otra razón del deterioro barrial y el desplazamiento urbano es el narcotráfico, que se toma las calles, las viviendas y eventualmente las municipalidades de zonas urbanas. El caso de la comuna de San Ramón en Santiago de Chile bajo la gestión de Miguel Ángel Aguilera (ex Partido Socialista) mostró cómo se emplearon en la municipalidad a integrantes de una importante banda de narcotráfico de la zona sur de la capital, que usaron este espacio para expandir e institucionalizar redes. También mi caso junto a mi familia en el Barrio Brasil de Santiago Centro, que durante casi dos años vivimos y luchamos contra quien arrendara la

vivienda bajo la nuestra. Un hombre que tras haber hecho su capital traficando en el barrio, compró casas antiguas y las subdividió en piezas mínimas sin ningún tipo de instalación adecuada, para ofrecerlas a precios irrisorios a población principalmente migrante. Esa casa, que constaba de dos pisos de aproximadamente 100 m² cada uno, en su peor momento de hacinamiento tenía por lo menos 75 personas adultas residiendo, sin contar niños. La lucha fue dura y tuvimos que soportar amenazas de muerte a mi madre y a mi hermana. El narcotráfico domina no sólo las calles, sino que también las propiedades del centro de Santiago.

Pero pese a estos y a los problemas globales y locales en esta tesis descritos, los gobiernos chilenos se presentaron y consideraron hasta hace muy poco por sí mismo y por países de la región como un exitoso ejemplo de la política de vivienda, urbana y de ayuda social. Esta valoración se basó tanto por su cobertura como por la institucionalidad, lo que representaba la estabilidad social y económica que el nuevo proceso de transición a la democracia buscó desde los años noventa. Además, principalmente a través de políticas urbanas y habitacionales se logró también “contener” la movilización y organización social de pobladores y pobladoras.

Después de la dictadura, el estado en su nuevo rol subsidiario en cuanto a vivienda, construcción y ayuda social, desarrolla una institucionalización y alianzas estatales-privada que finalmente concentró, aisló y reprodujo la pobreza extrema. Las poblaciones que accedieron a subsidios de vivienda fueron desplazadas a otras comunas de la capital, concentradas en muchos casos en conjuntos habitacionales masivos. Por su lado, las instituciones de atención directa para personas “en situación de calle”, de carácter privado, conformaron una red de dispositivos que concentraron la pobreza en sus instalaciones, ofreciendo servicios precarios que viven crónicamente faltas de recursos y personal, con horarios inconvenientes para las y los usuarios, y además son espacios de inseguridad, violencia, consumos y abusos. Principalmente en relación a las personas “en situación de calle”, pareciera ser que cuando las organizaciones plantearon la conceptualización nueva y el ingreso de estas al sistema de protección social, más o además de buscar la superación del problema y la estabilización de las vidas de las personas atendidas, conformaron finalmente un nicho donde pudieron desarrollar sus proyectos laborales, sociales y en algunos casos pastorales. Como se ha mencionado, esto ocurre aunque dentro de este sistema hayan personas, administradores, profesionales y voluntarixs que realmente quieren ayudar y esta ambivalencia es algo que ha limitado constantemente la discusión, que se reconozcan los errores cometidos y se busque repararlos. También en Europa ha sido criticada esta tendencia en organizaciones dirigidas por las clases media liberales

“En Escocia, la industria de la pobreza está dominada por una clase media liberal de izquierdas. Dado que los especialistas de esta clase realmente tienen buenas intenciones cuando se trata de atender los intereses de las personas de las comunidades desfavorecidas, acaban un poco confundidos, molestos y ofendidos cuando esas mismas personas empiezan a transmitirles su enfado. Nunca se les ocurre, pues se ven como los buenos, que la gente a la que pretenden servir pueda considerarlos oportunistas, trepas o charlatanes. Ellos mismos se consideran paladines de la subclase, y su algún pobre empieza a mostrar ideas propias o, Dios no lo quiera, se rebela contra los expertos en pobreza, lo culpan de malinterpretar los hechos” (McGarvey, 2018: 169)

Hacia el 2011, Mario Garcés planteaba que “*pareciera entonces que los tradicionales movimientos sociales chilenos -los trabajadores, los campesinos, los pobladores- se los hubiera tragado la tierra*”, invisibilizados por los medios de comunicación y los actores políticos de la transición (Garcés, M. en *Movimiento de Pobladores en Lucha*, 2011: 11). Gran parte de esto también influenciado por las dinámicas territoriales de muchas poblaciones, que desprotegidas y en conflicto con la nueva institucionalidad enfrentaron además diariamente a grupos que justamente golpean al movimiento social en sus mismos espacios con diversas violencias directas y simbólicas, ya sea criminales o religiosos.

Sin embargo, la exclusión urbana histórica, latente y oculta explotó con el estallido social del 2019, con la pandemia y la crisis migratoria reciente, donde las viviendas, el trabajo, el comercio, el transporte, la seguridad y las relaciones con las fuerzas del orden vivieron quiebres y catástrofes. Chile evidenció y masificó las miserias y los conflictos ocultos de diversas poblaciones, espacios urbanos e instituciones y también sus luchas. Aún así el problema habitacional no fue uno de las primeras consignas que se levantaron en el estallido. Las movilizaciones y consignas por las pensiones o la educación, que se arrastraban desde años anteriores tomaron fuerza en un primer momento de la movilización. Y fue en la pandemia donde la crisis de vivienda y habitabilidad fue puesta en el centro del debate, sobre todo tras las políticas de confinamiento, y esto de alguna manera derivó que para la discusión constitucional la vivienda fuera clave. Por su lado, la crisis migratoria se ha manifestado en su cara más dura y visible con poblaciones y familias viviendo en las calles sobre todo en el centro de la ciudad, pagando arriendo carísimos, tomando terrenos y haciendo frente a la inseguridad de las tenencias o al comercio ilegal de suelos (“loteos brujos”) que cobran millones por el derecho no oficial a ocuparlos, presionando también al mercado y al estado en su necesidad de derechos básicos.

Se manifestaron así crisis ocultas y latentes de la vivienda y la ciudad, saliendo de su pasado encapsulamiento en espacios privados precarios y hacinados, como una reacción a la

profundización y masificación de procesos de exclusión, segregación y marginalización de una parte importante de la población. Hoy en día la crisis urbana y de vivienda se extiende masiva y visiblemente no únicamente en los márgenes físicos de la ciudad, sino que está dispersa en espacios diversos, en las estaciones centrales, centros históricos, barrios de bares y fiestas, mercados, conformando bolsones de marginalidad, pobreza o criminalidad, incluso en los mismos barrios donde está localizada mucha de la institucionalidad del poder político y económico. Y también salieron a la luz la resistencia y lucha incansable de pobladores y personas por el acceso a estas, que en realidad se extiende por gran parte del siglo XX hasta la actualidad.

*

Junto con la reproducción y profundización del problema de la falta de viviendas y la exclusión y marginación de las poblaciones que lo viven por parte de las políticas públicas, ciertos investigadores sociales de la pobreza han jugado un rol fundamental en el desarrollo y mantención de la focalización. Quienes se dedican específicamente a las personas en situación de calle o en Alemania sobre “Wohnungslosigkeit” han solido trabajar y levantar datos exclusivamente de poblaciones que se reconocen dentro del concepto y exclusivamente en los espacios de calles e instituciones. Pero muchos y muchas investigadoras evitan cuestionar lo que están percibiendo y evitan analizar estos datos en relación a la población que viven en emergencia de vivienda o en el déficit de vivienda. En Chile tampoco han buscado conversar con la rica investigación que desde la historia y el feminismo se ha generado en torno y sobre el movimiento de pobladores chileno. Más bien se han contentado con investigar personas sin hogar en espacios concretos, levantando rápidas encuestas y descripciones, desnudándolos de sus información y analizándolos. Muchos lo han hecho sin considerar las causas estructurales, históricas y de género que produce salidas y movimientos constantes de personas de hogares diariamente y que transitan en su mayoría por diversos lugares antes de llegar a donde están situados estos investigadores.

Pero también los investigadores han servido para confirmar orientaciones de programas, generar estereotipos y concentrar perfiles, además de colaborar en la estigmatización de ciertos grupos. Se siguen desarrollando investigaciones únicamente en espacios de calle e instituciones sin considerar que son espacios con dinámicas espaciales y relacionales que hace que veamos a cierta población y no a otra. Si vemos una alta proporción de poblaciones con problemas de consumo de drogas, por ejemplo, pasta base, o con problemas psiquiátricos severos, es

necesario cuestionarnos que quizás más que ser características de gente sin hogar en general, son tales características las que determinan que las personas lleguen a estos espacios. O que es justamente la vida en los hogares, calles o en las instituciones, con sus precariedades, conflictos y peligros, los que pueden catalizar o profundizar tales problemas. ¿Cómo vamos a evitar que se estigmatice entonces a las personas en situación de calle como “consumidoras de pasta” o como personas “locas” si las describimos como tal? Y ¿Cómo vamos a dimensionar que el consumo de pasta es mucho mayor a las poblaciones y espacios de calle y que llega a un aproximado 2,7% de la población nacional (Ferrer, C., 2021)? ¿o que casi un tercio de la población chilena mayor de 15 años ha sufrido trastornos psiquiátricos en sus vidas (Vicente, Salvidia y Pihán, 2016)? La focalización no nos deja ver el problema general y global.

Relacionado con esto, es importante mencionar que grupos de científicos y trabajadores sociales con gran compromiso social y cotidiano con las poblaciones sin hogar, y que sin duda han ayudado mucho para mejorar la situación de miles de personas, por sus aproximaciones y concepciones pastorales y de caridad evitan constantemente la discusión política hacia una transformación del problema de la vivienda y a la ciudad. Relacionados a los servicios de atención, a organizaciones de investigación, a colegios y a universidades cristianas, donde la presencia de los jesuitas es tan antigua como extendida, están los grupos que han desarrollado una especie de “caridad científica” que domina las discusiones y las atenciones sobre el asunto y que encuentran una gran acogida en el estado (Eubanks, op. Cit.; Ponce de León, op. Cit.).

Por último, es importante también prevenir del elitismo con que otros organismos de investigación académicos, privados, ONGs y de atención, sobre todo en los países del norte, discuten constantemente sobre pobreza extrema. Creo que las formas en que nos acercamos y relacionamos a movimientos sociales y poblaciones en situaciones extremadamente precarias son prioritarias de repensarse. Es importante no volver a repetir los errores que cometieran investigadores en el pasado, por ejemplo los “Touraine Boys” chilenos, que desde su academicismo discutían, analizaban y evaluaban si el movimiento de pobladores y pobladoras era efectivamente un movimiento social o no, en momentos que se perfilaba como uno de los actores principales de las luchas urbanas (Cortés, 2022).

*

La tesis presentada aporta una nueva perspectiva en por lo menos dos aspectos. En primer lugar, a través de una descripción, análisis y crítica a la política social pública-privada tanto de vivienda como de ayuda social, se muestra el desarrollo y la mantención de un sistema que

segrega, margina y concentra a poblaciones urbanas particularmente pobres, con una institucionalidad que finalmente ha administrado y profundizado el problema. En segundo lugar, en base a las etnografías desarrolladas, se ha mostrado que las poblaciones sin hogar y en “urgencia de vivienda” sobrellevan esta situación influenciados y determinados por sus posiciones, identificaciones y relaciones de sexo y género, en un contexto general de dominación masculina de hogares, de las calles y de instituciones. Para evidenciar cómo se constituyen las situaciones y rutas habitacionales y políticas en base a lo anterior es que se ha trabajado con dos grupos de Santiago Centro, una residencia para personas sin hogar y un comité de vivienda.

Con la Residencia Solidaria se pudo mostrar que los servicios de atención están principalmente destinados a hombres porque se asume que es un problema principalmente masculino al basarse en perfiles de quienes justamente llegan a ellos o se encuentran en contacto con estos. En el grupo residente se vieron justamente las diversas causas y rutas, accesos a trabajo y recursos, estados de salud y situaciones de conflictos y violencias, pero también la relaciones que construyen con las personas y los espacios, y las ayudas que reciben, determinadas por cómo estos perciben y proyectan sus masculinidades. Se muestra en este grupo el dominio masculino de un espacio precarizado, las formas que tienen las trabajadoras de manejar esta forma de habitabilidad y los principales problemas que esto significa, donde sobre muchos pesa una presión para desarrollar autonomías e independencias, pero que por falta de recursos significa que vivan muchas desconexiones familiares y soledades. También evidenciamos que los hombres que aquí residen tienen diferentes relaciones también con el espacio, viéndose por un lado relativas comodidades y despreocupación pese a vivir situaciones difíciles de aguantar, mientras que en otros se ven reclamos por condiciones mínimas pero que no son tomadas en serio ni por los otros residentes ni por las trabajadoras. Y por último, se muestra que a través de la orientación del mismo servicio como también de las socializaciones que dentro se generan hay otras poblaciones que deciden no acercarse.

Dar cuenta de las dinámicas de género en las historias de las personas y socializaciones internas a los servicios y sus espacios me llevó a ampliar la mirada. Pude dar cuenta, en primer lugar, cuáles habían sido las historias anteriores o posteriores de los hombres ahí presentes, y cuáles son las situaciones y rutas de las poblaciones que por diversos motivos no llegan a las calles y a los servicios y que deciden mantenerse bajo techo.

En esto se hizo importante la consideración del comité de vivienda, que a través de historias familiares y habitacionales, mayormente de mujeres, me llevó a ver situaciones de allegamiento, hacinamiento, precariedad, abuso y finalmente emergencia de vivienda en

situaciones que se aguantan y ocultan y que muchas veces no son percibidas por la política social pese a ser incluso peligrosas. Ahora, aunque hayan grupos cuyas situaciones han tratado de ser invisibilizadas, dentro de estos desarrollan grupos con una activa organización y movilización por la ciudad y la vivienda, que han podido perfilarse como protagonistas de la contingencia política urbana hace décadas, como el movimiento de pobladoras. Pero también gracias a una perspectiva de género y feminista se pudo evidenciar en relación a este grupo una gran cantidad de hombres tanto con desintereses por obtener una vivienda, basado también en cierta comodidad, como también otros que más directamente critican, desvalorizan y limitan la participación de mujeres, principalmente a mujeres relacionadas conyugalmente a ellos porque no estarían cumpliendo sus roles familiares y de género. Relacionado con esto, el ejemplo del caso de abuso de un hombre a una menor de edad, hija de una integrante del Comité de Vivienda, que significó finalmente un quiebre en el movimiento, quizás el mayor hasta ahora, da cuenta que los problemas relativos al sexo y al género son de central importancia para los movimientos sociales. Este hecho me parece absolutamente relevante porque muestra cómo el machismo y la violencia masculina se acopla y complementa a las acciones y políticas de instituciones estatales y privadas y a otros grupos que ejercen violencia callejera para juntos tratar de mantener finalmente el orden social y de género.

Esta tesis es un aporte en la medida de relacionar estos grupos separados por la política social, por las instituciones y por investigadores, dando cuenta cómo ciertas poblaciones sin hogar transitan entre diversos espacios y situaciones de acuerdo a sus identificaciones de sexo-género, tomando diversas categorías de acuerdo a las instituciones con las que tomen contacto y distintos caminos de acuerdo a sus posibilidades. A través de un foco en las dinámicas de género reconocidas en terreno se permite hacer esta relación entre grupos que se piensan distintos, presentando sus cruces y movimientos que finalmente nos lleva a considerar una mayor cantidad de personas y espacios y una mayor consideración de aspectos estructurales de este problema. En este sentido, mi tesis se ha enfocado más en las relaciones de los grupos y personas con las instituciones que en las personas mismas, más en sus vidas y movimientos que en sus registros y circunstancias, saliendo de la focalización.

Es el grupo amplio de personas en emergencias de viviendas o en precariedades bajo techo el que se presenta como la fuente potencial de donde las personas pueden llegar a las calle, a los servicios o a los comités de viviendas, con caminos y rutas determinados por sus identidades e identificaciones de sexo-género. Y en esto están involucran muchas personas no pobres y de clase media. El foco es entonces convencer de que por un lado todos estamos involucrados en los mismos procesos frente a este desarrollo urbano y por otro lado, como nos muestra el

ejemplo de Virginia Eubanks (op. Cit.), muchos y muchas somos susceptibles de tener que vérnosla con la institucionalidad de ayuda social o vivienda social en algún momento.

La realidad social de poblaciones pobres está constituida de relaciones y estructuras sociales que traspasan los espacios y grupos en pobreza y que involucran a la sociedad entera, lo que nos llama a cuestionar lo que ciertos investigadores vemos incluso en terreno:

“Hablar hoy de “suburbio problemático” o de “gueto” es evocar casi automáticamente, no ‘realidades’ -por otra parte, amplísimamente desconocidas por quienes hablan de ellas con la mayor naturalidad-, sino fantasmas alimentados por experiencias emocionales suscitadas por palabras o imágenes más o menos descontroladas, como las que vehiculizan la prensa sensacionalista y la propaganda o el rumor políticos. Pero para romper con las ideas recibidas y el discurso corriente no basta, como a veces quiere creerse, con ‘ir a ver’ qué es lo que pasa. En efecto, no hay duda de que la ilusión empirista nunca se impone tanto como en casos como éste, en que el enfrentamiento directo con la realidad no deja de presentar algunas dificultades, si no algunos riesgos, y por lo tanto algunos méritos. Y sin embargo todo hace pensar que lo esencial de lo que se vive y se ve sobre el terreno, es decir, las evidencias más sorprendentes y las experiencias más dramáticas, tiene su origen en un lugar completamente distinto. Nada lo muestra mejor que los guetos estadounidenses, esos lugares abandonados que se definen, en lo fundamental, por una *ausencia*: esencialmente, la del Estado y todo lo que se deriva de este, la policía, la escuela, las instituciones sanitarias, las asociaciones, etcétera (Bourdieu, 1999: 119).

Hay que superar entonces la idea del “aislamiento” o de estar “fuera del sistema” usado principalmente con las poblaciones sin hogar. Solo al pensar lo compleja que es la red de instituciones y personas que trabajan diariamente para y con poblaciones en situación de calle, del Hogar de Cristo, de secciones del Ministerio de Desarrollo Social, de consultorios de salud, de colegios cristiano con miles de voluntarios y voluntarias y los investigadores especializados es suficiente para dar cuenta de las múltiples relaciones de las personas en extrema pobreza, incluso sus sobreintervenciones.

En esta dirección, esta tesis remarcó la responsabilidad de problemas transversales, como la concentración de la riqueza, de suelo y de propiedad, la especulación inmobiliaria y la usura de arrendatarios, la segregación residencial y el hacinamiento, las malas calidades de la producción de vivienda subsidiada en los últimos 30 años, la discriminación de arrendatarios a mujeres, migrantes y poblaciones trans, las estructuras familiares que expulsa a personas por no calzar en sus valores, la violencia machista que hace huir a mujeres, jóvenes y niños, el narcotráfico y la violencia que golpea en miles de poblaciones en nuestro país, desplazándolas y obligándolas

a residir en espacios no deseados y peligrosos. También se hace una crítica a la romantización de los hogares y las familias como espacios de protección y cuidado. Son justamente las dinámicas que ocurren en miles de hogares y familias, con sus estructuras de poder, sus costos y sus precariedades, las que llevan a miles de personas a abandonar viviendas y a buscar otras alternativas. Es necesario recordar los comentarios de R. quien decía *“mira, he tenido más peligro viviendo en piezas que he arrendado, me han pasado cosas peores en casas de otra gente que en la calle”*.

Es de central importancia superar ciertas metodologías con visitas esporádicas o puntuales a las poblaciones con las que trabajamos y comenzar a construir metodologías de relaciones duraderas, que construyan redes de apoyos y asociaciones, en este caso con movimientos sociales que son la punta de lanza de las luchas urbanas generales. Será parte de esto también dejar de romantizarlos y dar paso a análisis de sus dinámicas también más escondidas y dar paso a incluso criticar aspectos que dificultan o entorpecen su organización y movilización. Hay posibilidades de encontrar salida con un fortalecimiento de los movimientos sociales y un mejoramiento del sistema público de vivienda y ayuda social con un mayor rol del estado, donde las ciencias sociales pueden jugar un papel central. Y en último lugar,

Al remarcar los errores cometidos, esta tesis demuestra que será fundamental trabajar o seguir trabajando en una política nacional universal de protección a la ciudad y a la vivienda, no focalizada, en base a derechos consagrados universales y con perspectiva de género, que fortalezca la participación, negociación y decisión de las mismas personas y sus organizaciones. No solamente para mejorar lo material, sino para saldar una deuda histórica de marginación de los pobres urbanos y para proteger a la sociedad en su conjunto frente a posibles abusos y exclusiones.

“Mientras, el problema de la vivienda ya no afecta solo a los más vulnerables, sino a una creciente mayoría social. Asfixiada por unos alquileres abusivos, sin la posibilidad de acceder a una vivienda pública o a una hipoteca, a mucha gente no le queda otra alternativa que buscar apoyo mutuo y organizarse. Nos hallamos en una encrucijada histórica, que no admite medias tintas: defender la vivienda de quienes solo quieren lucrarse de ella se ha convertido en un deber colectivo. Dependen de ello nuestro futuro y el de las generaciones venideras” (Madden y Marcuse, 2016: 20)

En el caso chileno, esta cuestión se podrá empezar a concretizar sólo y únicamente cuando se pueda establecer en la constitución que la vivienda digna y el acceso a la ciudad deben ser derechos sociales asegurados.

Referencias bibliográficas

- Abarca Castro, Janice (2014). *Dimensión de género en la política pública de Personas en Situación de Calle desde la percepción de los actores involucrados de la Región de Tarapacá. Durante el Segundo Semestre del año 2014* [Tesis para optar al Grado Académico de Licenciado en Trabajo Social, Universidad Arturo Prat, Iquique, Chile].
- Anderson, Nels (1923). *The Hobo. The sociology of the Homeless Man*, Chicago: University of Chicago Press,
- Angelcos, N. y M. Pérez (2017). De la ‘desaparición’ a la reemergencia: Continuidades y rupturas del movimiento de pobladores en Chile. *Latin American Research Review*.; 52(1), pp. 94-109.
- Aguilar, Paula Lucía (2011). La feminización de la pobreza: conceptualizaciones actuales y potencialidades analíticas, *R. Katál., Florianópolis*, v. 14, n. 1, jan./jun., pp. 126-133
- Alleweldt, Erika y Vincenz Leuschner (2004), *Freundschaften auf der Straße*, Berl. J. Soziol., Heft 3, pp. 339-356
- Anderson, Sandra C. (1987). Alcoholic Women on Skid Row, *Social Work*, Vol. 32, No. 4 (July–August), pp. 362-365
- Alvarado Peterson, Voltaire (2019). El bienestar en el Estado neoliberal: escenarios de la propiedad en el Gran Santiago, *CUHSO • CULTURA-HOMBRE-SOCIEDAD*, diciembre, Páginas 13-35.
- Amarilla, Ximena y Javier Ruiz-Tagle (2018). Desde la informalidad hacia la masividad del mercado, *Revista Ciudades 120*, octubre-diciembre, RNIU, Puebla, México.
- Arangua, Lisa, Ronald Andersen y Lillian Gelberg (2005). The Health Circumstances of Homeless Women in the United States, *International Journal of Mental Health*, Vol. 34, No. 2, Homelessness and Health (I)(SUMMER), pp. 62-92
- Araos, Consuelo (2015a), El allegamiento o la proximidad invisible en Siles V., Catalina (Ed.), *Los invisibles*, Editorial del Instituto de Estudios de la Sociedad, ProQuest.
- Araos, Consuelo (2015b), Comentarios al estudio ‘allegamiento y solicitud de viviendas de emergencia: más que una estrategia económica’, *Revista CIS Techo-Chile*, N°18, abril, pp. 99-108
- Arriagada, Camilo, Ana María Icaza y Alfredo Rodríguez (1999). Allegamiento, pobreza y políticas públicas, SUR, *Temas Sociales*, N°25, agosto, pp. 1-12
- Auyero, Javier, A. Burbano de Lara, y M. F. Berti (2014). Violence and the State at the Urban Margins. *Journal of Contemporary Ethnography*, 43(1), 94–116.

- Auyero, Javier, Philippe Bourgois y Nancy Scheper-Hughes (eds.) (2015). *Violence at the urban margins*, Oxford University Press.
- Bachrach, Leona L. (1987). Homeless Women: A Context for Health Planning, *The Milbank Quarterly*, Vol. 65, No. 3, pp. 371-396
- Baeza Leiva, Mónica (2015). Breve análisis de la feminización de la pobreza en Chile, *Revista Chilena de Derecho y Ciencia Política*, Vol. 6, N°1, Mayo-Agosto, pp. 95-116.
- Baker, R., C. Panter-Brick y A. Todd (1997). Homeless Street Boys in Nepal: Their Demography and Lifestyle, *Journal of Comparative Family Studies*, Vol. 28, No. 1 (SPRING), pp. 129-146.
- Bermúdez, Bertha (2009). (re) Construcción de identidades masculinas en situación de calle, [Tesis para optar al grado de Magister en Estudios de Género y Cultura, mención en Ciencias Sociales, Universidad de Chile – Facultad de Ciencias Sociales].
- Blanco, Andrés, Vicente Fretes Cibils y Andrés Muñoz (2014). Busco casa en arriendo: promover el alquiler tiene sentido, BID.
- Bogard, Cynthia J., J. Jeff McConnell, Naomi Gerstel y Michael Schwartz (1999) Homeless Mothers and Depression: Misdirected Policy, *Journal of Health and Social Behavior*, Vol. 40, No. 1 (Mar.), pp. 46-62
- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.
- Bourdieu Pierre (2013). *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica, 1ª ed. 5ª reimp. – Buenos Aires
- Bourgois, Philippe (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Siglo XXI, Argentina
- Brossat, Ian (2019). *Airbnb, la ciudad uberizada*, Katakarak, Pamplona
- Brzank, Petra (2009). (Häusliche) Gewalt gegen Frauen: sozioökonomische Golgen und gesellschaftliche Kosten, *Bundesgesundheits-Gesundheitsforsch-Gesundheitsschutz* · 52, pp. 330–338
- Burt, Martha R. y Barbara E. Cohen (1989). Differences among Homeless Single Women, Women with Children, and Single Men, *Social Problems*, Vol. 36, No. 5 (Dec.), pp. 508-524
- butterbaugh, laura, laurel weir y katie mcgovern (1998). Homelessness: Women Search for Answers, *Off Our Backs*, Vol. 28, No. 7 (july), pp. 12
- Cáceres, Michelle (2019). Barreras legales de acceso a la vivienda social en la comuna de Santiago, *Revista de Arquitectura* Vol. 24, N°36, junio, Formas de habitar, pp. 40-45.

- Camejo, Soledad; Luigi Della Mea, Sofía Monetti, Daniel Pérez, Natalia Pintado y Romina Santos (2014). Situación de calle y Ley de Faltas. Continuidades y rupturas en las políticas de abordaje a las personas en situación de calle, a partir de la aprobación e implementación de la Ley de Faltas, Trabajo presentado en las XIII Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR, Montevideo, 15-17 de setiembre.
- Calterone Williams, Jean (1998). Domestic violence and poverty: The Narratives of Homeless Women, *Frontiers: A Journal of Women Studies*, Vol. 19, No. 2, Varieties of Women's Oral History, pp. 143-165
- Castells, Manuel (1973). Movimientos de pobladores y lucha de clases en Chile. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, Vol. 3(Nº7), pp. 9-35
- Centro UC Políticas públicas (2019). *Integración social y urbana. Aportes críticos para la nueva ley*, Nº39, Agosto.
- Ciapessoni, Fiorella (2014) Informe: Situación de calle desde una perspectiva de género y el trabajo de atención directa. Disponible en <https://docplayer.es/24902491-Informe-situacion-de-calle-desde-una-perspectiva-de-genero-y-el-trabajo-de-atencion-directa.html>
- Clarke, Pamela, Carol Williams, Melanie Percy y Yeoun Soo Kim (1995). Health and Life Problems of Homeless Men and Women in the Southeast, *Journal of Community Health Nursing*, Vol. 12, No. 2, pp. 101-110
- Cofré Schmeisser, Boris (2011). El Movimiento de pobladores en el Gran Santiago: las tomas de sitios y organización en los campamentos. 1970-1973”, *Tiempo Histórico*, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Nº2, Santiago de Chile, , pp. 133-157
- Connell, R. W. (1995). *Masculinities*, Polity Press, Cambridge, UK.
- Correa Parra, Juan (2016). La nueva política habitacional en Chile, una mirada desde el acceso al transporte público. *Revista CIS*, Nº20, julio, pp. 49-85.
- Cortés, Alexis (2022). Los Touraine Boys y el movimiento social imposible de pobladores, *Revista Mexicana de Sociología* 84, núm. 2 (abril-junio): 477-506.
- Danciu, Lagarde (2017). *Sin techo. Caminando en un mundo que prohíbe sueños*, Descontrol, Barcelona.
- Davidson, Claudia (2014). Gender Minority & Homelessness: Transgender Population, *Quarterly Research Review of the National HCH Council*: Vol. 3, Issue 1, September.
- de Lauretis, Teresa (1989). *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, London, Macmillan Press, pp. 1-30

- Defensoría de la Niñez (2022). Niños, niñas y adolescentes en situación de calle: factores y caracterización en los últimos años, Nota Técnica, N°4, enero.
- Del Romero, Luis (2018). Cartografías de la desigualdad, una década de conflictos de vivienda y nuevas resistencias en Santiago de Chile. Análisis del conflicto de la Maestranza de San Eugenio, *EURE*, vol. 44, N°132, mayo, pp. 47-66.
- Diebäcker, Marc, Yann Arhant y Roswitha Harner (2015). Parenting within Homelessness: A Qualitative Study on the Situation of Homeless Fathers and Social Work in Homeless Support Services in Vienna, *European Journal of Homelessness*, Volume 9, No. 2, December.
- Dunne, Gillian A., Shirley Prendergast y David Telford (2002). Young, gay, homeless and invisible, *Culture, Health & Sexuality*, Vol. 4, No. 1 (Jan. - Mar.), pp. 103-115
- England, Edith (2018) Inaccessible Rights: the homelessness experiences of trans individuals, poster en Congreso FEANTSA (European Federation of National Organisations Working with the Homeless), Budapest
- Eissmann, Ignacio y Catalina Cuadra (2016). El potencial de las Estrategias Residenciales para Superar la Situación de Calle: Aportes desde la Experiencia Chilena. Estudio Residencias y Casas Compartidas: Estrategias y Aportes para la Situación de Calle. Proyecto financiado con recursos del Fondo Chile de Todas y Todos 2016 del Ministerio de Desarrollo Social, Línea Análisis de Experiencias. Moviliza. Unidad de Investigación y Desarrollo.
- Eissman, Ignacio e Isabel Lacalle (2022). Programa Vivienda con Apoyo: Aproximación a los primeros resultados de la experiencia chilena, *Revista Ciudadanías*, núm. 10, octubre 1, pp. 1-23
- Espinosa, Vicente (1988). *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Ediciones Sur, Santiago de Chile.
- Eubanks, Virginia (2019). *La automatización de la desigualdad*, Capitán Swing, Madrid.
- Fernández, Pamela (sin año). Experiencia del Hogar de Cristo con adultos mayores: avances y desafíos, *Centro de Estudios Públicos Expansiva*, serie En Foco, N°129, pp. 1-25.
- Fernández, Samuel (2008). Circunstancias de la fundación del Hogar de Cristo. Estudio histórico en los documentos contemporáneos, *Teología y Vida*, Vol. XLIX, pp. 875-891
- First, Richard y Beverly Toomey (1989). Homeless Men and the Work Ethic, *Social Service Review*, Vol. 63, No. 1 (Mar.), pp. 113-126

- Flock, Wigbert (2005). Pobreza y autoorganización en Santiago de Chile. Un estudio etnográfico en el barrio José María Caro, *Revista Mexicana de Sociología*, Universidad Nacional Autónoma de México, Vol. 67, No.1 (Jan. – Mar.), pp. 1-30.
- Foucault, Michael (2009). *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México.
- Fu, Diana y Erica S. Simmons (2021), Ethnographic Approaches to Contentious Politics: The What, How and Why, *Comparative Political Studies*, Vol. 0(0) pp. 1-27
- Fuster-Farfán, Xenia (2019). Las políticas de vivienda social en Chile en un contexto de neoliberalismo híbrido. *EURE*, Vol. 45, N°135, mayo, pp. 5-26.
- Galasso, Emanuela y Pedro Carneiro (2009). *Conclusiones de la evaluación de Chile Solidario*, Banco Mundial, p. 1-15.
- Garcés Durán, Mario (2015). El movimiento de pobladores durante la Unidad Popular, 1970-1973, *Revista Atenea*, núm. 512, julio-diciembre, Universidad de Concepción, Chile, pp. 33-47.
- Garcés, Mario (2011). Los pobladores durante la Unidad Popular: movilizaciones, oportunidades políticas y la organización de las nuevas poblaciones, *Tiempo Histórico*, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, N°3, Santiago de Chile, pp. 37-53
- Gelberg, Lillian, Barbara Leake, Michael C. Lu, Ronald Andersen, Adeline M. Nyamathi, Hal Morgenstern y Carole Browner (2002). Chronically Homeless Women's Perceived Deterrents to Contraception, *Perspectives on Sexual and Reproductive Health*, Vol. 34, No. 6 (Nov. - Dec.), pp. 278-285
- Gerull, Susanne (2009), Armut und soziale Ausgrenzung wohnungsloser Menschen, *Sozial Extra*, 5|6, pp. 37-41.
- Gil Mc Cawley, Diego (2016). *Derecho a la vivienda, integración urbana y minimalismo regulatorio en Chile*, Sin info.
- Goffmann, Erving (1998). *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires
- Góngora, Mario (1966). Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile, siglos XVII a XIX, *Cuadernos del Centro de Estudios Socioeconómicos*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Chile.
- González Rodríguez, Miguel (2017). Política de vivienda social en El Bosque. Municipio y experiencias de comités de vivienda en el contexto del estado subsidiario (2006-2014), *Revista Espacios*, 7(14), pp. 40-73
- Hatton, Diane C., Dorothy Kleffel, Susan Bennett y Elizabeth A. Nancy Gaffrey (2001). Homeless Women and Children's Access to Health Care: A Paradox, *Journal of Community Health Nursing*, Vol. 18, No. 1 (Spring), pp. 25-34

- Herrera Castillo, Nicolas y Ernesto López-Morales (2021). Inversionistas de vivienda en el Gran Santiago: una nueva ola de negocio inmobiliario, *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universitat de Barcelona, Vol. 25, N°1, pp. 111-140.
- Hidalgo Dattwyler, Rodrigo (2007). ¿Se acabó el suelo en la gran ciudad? Las nuevas periferias metropolitanas de la vivienda social en Santiago de Chile, *EURE*, v.33, n.98, Santiago, mayo, pp. 57-75
- Hidalgo, Rodrigo; Abraham Paulsen y Luis Santana (2016). El neoliberalismo subsidiario y la búsqueda de justicia e igualdad en el acceso a la vivienda social: el caso de Santiago de Chile (1970-2015), *Revista Andamios*, Volumen 13, número 32, septiembre-diciembre, pp. 57-81
- Huey, Laura y Marianne Quiroutte (2010). Any Girl can call the cops, no problem: The Influence of Gender on Support for the Decision to Report Criminal Victimization within Homeless Communities, *The British Journal of Criminology*, Vol. 50, No. 2 (MARCH), pp. 278-295
- Iglesias Vázquez, Mónica (2011). *Rompiendo el cerco: El movimiento de pobladores contra la Dictadura*, LOM Ediciones, Santiago de Chile.
- Irarrázaval, Ignacio, Irene Azocar, Francine Nualart y Angeles Morandé (2007). *Políticas públicas y el sector sin fines de lucro en Chile*, PNUD, mayo.
- Johnson, Alice y Larry Kreuger (1989). Toward a better understanding of homeless women, *Social Work*, Vol. 34, No. 6 (November), pp. 537-540
- Joseph, Lauren, Matthew Mahler y Javier Auyero (eds.) (2007). *New Perspectives in Political Ethnography*, Springer-Verlag, New York.
- Juris, Jeffrey S. y Alex Khasnabish, en Della Porta, Donatella y Mario Diani (eds.), (2015), *Social Movements*, Oxford University Press.
- Kipp, Almut (2013). *»Alltagswelten« obdachloser Frauen*, Centaurus Verlag & Media UG, Freiburg.
- Lafuente, Corazón y Patricia Lane (1995). Lived experiences of homeless men, *Journal of Community Health Nursing*, Vol. 12, No. 4, pp. 211-219
- Lamas, Marta (1986). La antropología feminista y la categoría "género", *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, noviembre, pp. 173-198
- Langer, Paola (2010). Las líneas de la marginalidad: Identidad de las personas en situación de calle, *Doble Vínculo*. N°3.

- Lewit, Eugene M. y Linda Schuurmann Baker (1996). Homeless Families and Children, *The Future of Children*, Vol. 6, No. 2, Financing Child Care (Summer - Autumn), pp. 146-158
- Lim, Yee Wei, Ronald Andersen, Barbara Leake, William Cunningham y Lillian Gelberg (2002). How Accessible Is Medical Care for Homeless Women?, *Medical Care*, Vol. 40, No. 6 (Jun.), pp. 510-520
- López, Victoria (2019). Desigualdad programada. El impacto de los programas de vivienda social en base a subsidio en Chile, *Revista CIS*, pp. 55-75
- Mallett, Shelley, Doreen Rosenthal, Deborah Keys y Roger Averill (2010). *Moving Out, Moving On, Young people's pathways in and through homelessness*, Routledge, Nueva York.
- Mayock, Paula y Joanne Bretherton (eds.) (2016). *Women's Homelessness in Europe*, Palgrave Macmillan, United Kingdom
- McGarvey, Darren (2018), *Safari en la pobreza. Entender la ira de los marginados de Gran Bretaña*. Capitán Swing, Madrid.
- mcgroven, katie (1998). Women and Household Dependence, *Off Our Backs*, Vol. 28, No. 7 (july), pp. 12,14
- Marileo Millán, Genaro (2019). *Vivienda Social: La lucha oculta de las mujeres*, Fundación Feman.
- Mellafe, Rolando (1981). Latifundio y poder rural en Chile en los siglo XVII y XVIII, *Cuadernos de Historia*, Universidad de Chile, N°1, pp. 87-108.
- Mills, Crystal y Hiro Ota (1989). Homeless Women with Minor Children in the Detroit Metropolitan Area, *Social Work*, Vol. 34, No. 6 (November), pp. 485-489
- Ministerio Desarrollo Social (2012). *En Chile Todos Contamos. Segundo Catastro de Personas en Situación de Calle*.
- Montecino, Lésmer (2008). Personas en situación de calle en Santiago de Chile, *Discurso & Sociedad*, Vol. 2, N° 2, pp. 330-356
- Montecino, Lésmer, y Cinthya Lepín (2010). La delincuencia en el discurso de personas en situación de calle de Santiago de Chile, *Literatura y Lingüística*, N°22, pp. 93-102.
- Morales, Eduardo y Sergio Rojas (1986). Erradicación de pobladores de campamentos del área Metropolitana por comuna de origen y destino, *Documento de trabajo*, Programa Flacso-Santiago de Chile, Número 280, Enero.

- Movimiento de Pobladores en Lucha (2011), *Siete y Cuatro. El Retorno de los Pobladores*, Quimantú, Santiago de Chile.
- Necochea Vergara, Andrés (1987), Los allegados: una estrategia de supervivencia solidaria en vivienda, *EURE*, N°39-40, octubre, pp. 85-99
- North, Carol y Elizabeth Smith (1994). Comparison of White and Nonwhite Homeless Men and Women, *Social Work*, Vol. 39, No. 6 (November), pp. 639-647
- Nunez, Ralph (2001). Family Homelessness in New York City: A Case Study”, *Political Science Quarterly*, Vol. 116, No. 3 (Autumn), pp. 367-379
- Núñez, Carla (2013). Mujeres en situación de calle más allá del andar cotidiano, *Rev. Sociedad & Equidad*, N°5, enero, pp. 188-212.
- Olavarría, José (2003). Los estudios sobre masculinidades en América Latina. Un punto de vista, *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*, Nro. 6, Flacso/Unesco/Nueva Sociedad, Caracas, pp. 91-98
- Pearce, Diana (1978). The Feminization of Poverty: Women, Work, and Welfare, *Urban and Social Change Review*, N°11.
- Picasso, Florencia (2016). Programas dirigidos a las familias en situación de vulnerabilidad en Chile y Uruguay. Tensiones y hallazgos del poder y la innovación. *Revista de Ciencias Sociales (CI)*, Universidad Arturo Prat, Chile, núm. 37, pp. 27-45.
- Ponce de León Atria, Macarena (2011). *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830-1890*, Editorial Universitaria, Santiago
- Queirolo Palmas, Luca (2017). *¿Cómo se construye un enemigo público? Las «bandas latinas»*, Traficante de Sueños, Madrid.
- Raczynski, Dagmar (1994), Políticas sociales y programas de combate a la pobreza en Chile: Balance y desafíos, *Colección Estudios Cieplan*, N°39, junio, pp. 9-73
- Reuschke, Darja (2010). *Wohnen und Gender. Theoretische, politische, soziale und räumliche Aspekte*, VS Verlag für Sozialwissenschaften | GWV Fachverlage GmbH, Wiesbaden.
- Rial, Virginia, Eloísa Rodríguez y Fabricio Vomero (2007). Varones jóvenes en situación de calle, *Ficha “Jóvenes sin techo”*, Programa de Antropología y Salud de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, FHCE 2005-2006
- Ribeiro Biscotto, Priscilla; Maria Cristina Pinto de Jesús, Marcelo Henrique da Silva, Déise Moura de Oliveira, Miriam Aparecida Barbosa Meregui (2016). Understanding of the life experience of homeless women, *Rev Enferm USP*; 50(5), pp. 749-755.

- Ritchey, Ferris, Mark La Gory, Jeffrey Mullis (1991). Gender Differences in Health Risks and Physical Symptoms Among the Homeless, *Journal of Health and Social Behavior*, Vol. 32, No. 1 (Mar.), pp. 33-48
- Rivera, Álvaro (2012). Historia de la política habitacional en el área Metropolitana de Santiago, *Revista CIS*, Vol. 16, N°16, diciembre, pp. 27-44.
- Rodríguez, Alfredo y Paula Rodríguez (2012). El primer año de las políticas urbanas de Sebastián Piñera: el monólogo auto-elogioso, *Ciudad y Reconstrucción* 6, pp. 118-134.
- Rodríguez, Alfredo y Paula Rodríguez (2013). Urbanismo a la carta, *Ciudad y Reconstrucción* 8, Corporación de Estudios Sociales y Educación, SUR, pp. 189-209.
- Rodríguez, Alfredo y Paula Rodríguez (2014). El Minvu (2010-2014): ‘Un poco, un poco oscuro’, *Ciudad y Reconstrucción* 8, Corporación de Estudios Sociales y Educación SUR, pp. 162-179.
- Rodríguez, Alfredo y Ana Sugranyes (eds.) (2005). *Los Con Techo. Un desafío para la política de vivienda social*, Ediciones SUR, Santiago
- Rodríguez, Alfredo y Ana Sugranyes (2012). *El traje nuevo del emperador. Las políticas de financiamiento de vivienda social en Santiago de Chile*, Flacso Ecuador, Instituto de la Ciudad.
- Rodríguez, Paula (2013). La participación en un Estado subsidiario: Programa Quiero Mi Barrio (Santiago de Chile, 2006-2010) en Di Virgilio, María Mercedes. *Producción social del hábitat* / María Mercedes di Virgilio y María Carla Rodríguez. – 1a ed. – Buenos Aires: Acafé de las ciudades.
- Rodríguez, Paula (2016). El debilitamiento de lo urbano en Santiago, Chile, *EURE*, Vol. 42, N°125, enero, pp. 61-79.
- Rojas Pedemonte, Nicolás (2008). Más allá de las carencias: Tipologías de personas en situación de calle, *Revista Trabajo Social*, N°75, noviembre, pp. 55-66.
- Rubin, Gayle (1986). El tráfico de mujeres: bitas sobre la ‘economía política’ del sexo, *Nueva Antropología*, Vol. VIII, No. 30, México
- Sabatini Downey, Francisco, Alejandra Rasse, María Paz Trebilcock, Ricardo Greene (2021). Ciudad y Segregación vapuleadas por el capitalismo, *Revista Urbano*, N°42 / noviembre 2020 - Abril, pp. 8 – 17.
- Salazar, Gabriel (2000). *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, LOM Ediciones, Santiago.

- Salinas, Maximiliano (1986). El bandolero chileno del siglo XIX. Su imagen en la sabiduría popular, *Araucaria de Chile*, Ediciones Michay, 1978-1989 (Madrid : G. Robles) 12v., N°36, p. 57-75
- Sánchez, Elías (2017). Entre la ciudad de la participación y los promotores urbanos, *Revista CIS*, N°23, diciembre, pp. 57-74.
- Savage, Méabh (2016). Gendering Women's Homelessness, *Irish Journal of Applied Social Studies*: Vol. 16: Iss. 2, Article 4, pp. 43-64
- Segato, Rita (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayo sobre género entre antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Snow, David; Susan Baker y Leon Anderson (1989). Criminality and Homeless Men: An Empirical Assessment, *Social Problems*, Vol. 36, No. 5 (Dec.), pp. 532-549
- Stillerman, Joel (2017). Housing pathways, elective belonging, and family ties in middle class Chileans' housing choices, *Poetics*, Vol. 61, April, pp. 1-12
- Stoner, Madeleine R. (1983). The Plight of Homeless Women, *Social Service Review*, Vol. 57, No. 4 (Dec.), pp. 565-581
- Sugranyes Ana y Alfredo Rodríguez (eds.) (2005). *Los con techo. Un desafío para la política de vivienda social*, Ediciones SUR, Santiago de Chile.
- Susser, I. (1996). The construction of poverty and homelessness in US Cities, *Annu. Rev. Anthropol.*, 25, pp. 411-435.
- Tapia, Ricardo (2011). Vivienda social en Santiago de Chile. Análisis de su comportamiento locacional, período 1980-2002, *Revista Invi*, N°73, Vol. 26, pp. 105-131.
- Valenzuela Márquez, Luis (1991). *Bandidaje rural en Chile Central. Curicó, 1850-1900*, Dirección de Biblioteca Archivos y Museos.
- van Leeuwen, Marco H. D. (1994). Logic of Charity: Poor Relief in Preindustrial Europe, *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol 24, N°4 (Primavera), pp. 589-613
- Vargas Faulbaum, Luis Hernán y Francisco Socías Hernández (2016). El subsistema Seguridades y Oportunidades del Ingreso Ético Familiar de Chile desde un enfoque de derechos: análisis de su trayectoria y de sus desafíos futuros, *Opera*, N°18, enero-junio, pp. 183-202
- Vergara Erices, Luis Alejandro (2014). El estado subsidiario y sus políticas urbanas: la expulsión de los estratos bajos de la ciudad, *GeoGraphos*. [En línea]. Alicante: Grupo Interdisciplinario de Estudios Críticos y de América Latina (GIECRYAL) de la Universidad de Alicante, 6 de febrero, vol. 5, n° 62, p. 146-166

- Vicente, Benjamín, Sandra Saldivia y Rolando Pihán (2016). *Prevalencias y brechas hoy; salud mental mañana*, Acta Bioethica; 22 (1): pp. 51-61.
- von Mahs, Jürgen (2011). Homelessness in Berlin: Between Americanization and Path Dependence, *Urban Geography*, 32:7, 1023-1042.
- Wacquant, Loic (2008). *Las cárceles de la miseria*, Manantial, Buenos Aires
- Wesselmann, Carla (2009). Wohnungslose Frauen, *Sozial Extra*, 5/6, , pp. 46-48
- Winker, Gabriele y Nina Degele (2010). *Intersektionalität. Zur Analyse sozialer Ungleichheiten*, 2., unveränderte Auflage, transcript,
- Young McChesney, Kay (1995). A Review of the Empirical Literature on Contemporary Urban Homeless Families, *Social Service Review*, Vol. 69, No. 3 (Sep.), pp. 429-460

Referencias páginas web

- 24horas.cl (03.06.2022). “Estamos hablando de garantizar derechos”: Gobierno presenta “Plan de Emergencia Habitacional”. <https://www.24horas.cl/estamos-hablando-de-garantizar-derechos-gobierno-presenta-plan-de-emergencia-habitacional>
- Abarca, V. (06.06.2018). “La historia la hacen las mujeres”. Pobladoras en Dictadura. *Raza Cósmica*. <https://razacomica.cl/sitio/2018/06/06/la-historia-la-hacen-las-mujeres-pobladoras-en-dictadura>
- Alvarado, R. (08.07.2022). Plan de Emergencia Habitacional del Gobierno: ¿Qué opinan las y los expertos?. *Universidad de Chile*. <https://www.uchile.cl/noticias/188035/especialistas-analizan-el-plan-de-emergencia-habitacional-del-gobierno>
- Brettin, M. (21.05.2022). Mietskasernenstadt Berlin: Als Wohnen todkrank machte. *Berliner Zeitung*. <https://www.berliner-zeitung.de/b-history/wohnen/mietskasernenstadt-berlin-als-wohnen-todkrank-machte-li.224536>.
- Chile Atiende (24.10.2022). DS 1 – Tramo 1: Subsidio habitacional para comprar una vivienda una vivienda de hasta 1.100 UF. <https://www.chileatiende.gob.cl/fichas/19094-ds-1-tramo-1-subsidio-habitacional-para-comprar-una-vivienda-de-hasta-1-100-uf>
- Chile Atiende (24.10.2022). DS 1 – Tramo 2: Subsidio habitacional para comprar una vivienda de hasta 1.600 UF. <https://www.chileatiende.gob.cl/fichas/5172-ds-1-tramo-2-subsidio-habitacional-para-comprar-una-vivienda-de-hasta-1-600-uf>

- Chile Atiende. (24.10.2022). DS 1 – Tramo 3: Subsidio habitacional para comprar una vivienda de hasta 2.200 UF. <https://www.chileatiende.gob.cl/fichas/5436-d-s-1-tramo-3-subsidio-habitacional-para-comprar-una-vivienda-de-hasta-2-200-uf>
- Chile Atiende (15.02.2022). Programa Noche Digna. <https://www.chileatiende.gob.cl/fichas/23037-programa-noche-digna>
- Chile Atiende (03.03.2022). Vivienda Primero. <https://www.chileatiende.gob.cl/fichas/101656-vivienda-primero>
- Chile Atiende (15.02.2022). Programa Noche Digna. <https://www.chileatiende.gob.cl/fichas/23037-programa-noche-digna>
- Chile Atiende (06.05.2022). Código Azul. <https://www.chileatiende.gob.cl/fichas/54927-codigo-azul>
- Decreto 49 (13.09.2011). Aprueba Reglamento del Programa Fondo Solidario de Elección de Vivienda. <https://www.bcn.cl/leychile/navegar?idNorma=1039424>
- Decreto 1 (20.01.2011). Aprueba Reglamento del Sistema Integrado de Subsidio Habitacional y deroga el D.S. N°40, de 2004, y el capítulo segundo del D.S. N°174, de 2005. <https://www.bcn.cl/leychile/navegar?idNorma=1026260>
- Diccionario Pons (s.f.). <https://es.pons.com/traducci%C3%B3n/alem%C3%A1n-espa%C3%B1ol/lumpen>
- Ferrer, C. (12.07.2021). Tiene prevalencia entre adolescentes: Las cifras, datos y alertas sobre el consumo de pasta base en Chile. *Emol*. <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2021/07/12/1026494/cifras-consumo-pasta-base-chile.html>
- Gehrke, K. (06.12.2018). Alexanderplatz. Schlafenden Obdachlosen angezündet – zwei Männer vor Gericht. *Tagespiegel*. <https://www.tagesspiegel.de/berlin/schlafenden-obdachlosen-angezundet--zwei-manner-vor-gericht-3068146.html>
- Gobierno de Chile (02.02.2022). Fondo Solidario de Elección de Vivienda: anuncian más de 5.600 familias beneficiadas. <https://www.gob.cl/noticias/fondo-solidario-de-eleccion-de-vivienda-anuncian-mas-de-5600-familias-beneficiadas/>
- Gobierno de Chile (07.05.2019). Vivienda Primero: Lanzan programa de reinserción que otorga un hogar provisorio a personas en situación de calle. <https://www.gob.cl/noticias/vivienda-primero-lanzan-programa-de-reinsercion-que-otorga-un-hogar-provisorio-personas-en-situacion-de-calle/>

- Larraín, C. (03.12.2020). Las políticas de suelo y la Ley de “Integración Social y Urbana”. *CIPER Chile*. <https://www.ciperchile.cl/2020/12/03/las-politicas-de-suelo-y-la-ley-de-integracion-social-y-urbana>
- La Tercera (s.f.) “Compromiso Vivienda”: Presidente Piñera anuncia programa que busca dar solución habitacional a 50 mil familias. <https://www.latercera.com/politica/noticia/compromiso-vivienda-presidente-pinera-anuncia-programa-que-buscar-dar-solucion-habitacional-a-50-mil-familias/RHLNXVISJZEXXLQJVIXZTK2JXA>
- Levin, S. (27.12.2019). “They’ve turned their backs on us”: California’s homeless crisis grows in numbers and violence. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/society/2019/dec/26/theyve-turned-their-backs-on-us-californias-homeless-crisis-grows-in-numbers-and-violence>
- Ley 21.450 (27.05.2022). Aprueba Ley sobre Integración Social en la planificación urbana, gestión de suelo y Plan de Emergencia Habitacional. <https://www.bcn.cl/leychile/navegar?idNorma=1176603>
- Ley 18.020 (11.08.1981). Establece subsidio familiar para personas de escasos recursos y modifica normas que indica. <https://www.bcn.cl/leychile/navegar?idNorma=29448>
- Márquez, Y. (03.07.2022). Gobierno presenta plan de emergencia habitacional que busca construir más de 260 mil viviendas. *Biobiochile.cl*. <https://www.biobiochile.cl/noticias/nacional/chile/2022/07/03/gobierno-presenta-plan-de-emergencia-habitacional-que-busca-construir-mas-de-260-mil-viviendas.shtml>
- Ministerio Secretaría General de Gobierno (10.11.2018). Programa de Gobierno buscará que 1.500 personas dejen la situación de calle. *Gobierno de Chile*. <https://msgg.gob.cl/wp/2018/11/10/programa-de-gobierno-buscara-que-1-500-personas-dejen-la-situacion-de-calle/>
- Moraga, F., K. Sepúlveda, E. Zenteno Torres, A. Luneke y Javier Ruiz-Tagle (19.06.2021). Cuidadoras, trabajadoras y dirigentes: El creciente rol de las mujeres en las Poblaciones Emblemáticas. *CIPER Chile*. <https://www.ciperchile.cl/2021/06/19/cuidadoras-trabajadoras-y-dirigentes-el-creciente-rol-de-las-mujeres-en-las-poblaciones-emblematicas>
- Palma, F. (01.10.2019). Proyecto de Ley de Integración Social y Urbana: Qué está en disputa con esta iniciativa sobre la ciudad y la vivienda. *Universidad de Chile*. <https://www.uchile.cl/noticias/156268/la-discusion-por-el-proyecto-de-ley-de-integracion-social-y-urbana>

- Radio Uchile (09.06.2022). Déficit habitacional: 35 comunas concentran el 55% de la falta de vivienda en el país. <https://radio.uchile.cl/2022/06/09/deficit-habitacional-35-comunas-concentran-el-55-de-la-falta-de-viviendas-en-el-pais/>
- Rodríguez, S. (04.11.2020). Banco de Suelo del Minvu dispone de 1.827 hectáreas para proyectos habitacionales. *La Tercera*.
<https://www.latercera.com/nacional/noticia/banco-de-suelo-del-minvu-dispone-de-1827-hectareas-para-proyectos-habitacionales/2PRNCTEJ2RDH7M3X26DQBZP7EE/>
- Relly, P. (30.07.2022). “Extremely disturbing” videos of attacks on homeless found during murder investigation. *New York Post*. <https://nypost.com/2022/07/30/south-carolina-men-arrested-for-extremely-disturbing-attacks-on-homeless/>
- Spiegel Panorama (06.12.2020). Obdachloser soll angezündet worden sei.
<https://www.spiegel.de/panorama/koeln-obdachloser-soll-angezuendet-worden-sein-a-8968e8d5-af31-482d-a565-b99b27e0923a>
- Unidad de Fomento (19.08.2022). *En Wikipedia*.
https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Unidad_de_fomento&oldid=145465662
- Valencia, F. (12.2021). Piñera da urgencia a proyecto “pro inmobiliarias” que amenaza el patrimonio de los barrios. *El Ciudadano*.
<https://www.elciudadano.com/portada/pinera-da-urgencia-a-proyecto-pro-inmobiliarias-que-amenaza-el-patrimonio-de-los-barrios/12/21>

Listado de Imágenes

- Imagen 1. Flujos de erradicación de campamentos en Santiago hacia el año 1987 (p. 35)
- Imagen 2. Viviendas sociales construidas en el área metropolitana de Santiago, 1991-2000 (p. 44)
- Imagen 3. Mapa de Santiago Centro y del Barrio Yungay (p. 128)
- Imagen 4. Mapa de la comuna de Santiago Centro con marcación del Barrio 10 de Julio (p. 174)
- Imagen 5. Localización de Barrio 10 de Julio (azul) y ubicación terreno demandado (rojo) (p. 181)